

PATRICK ERICSON



MALEFICIUM

*La Inquisición acabará con la herejía,
si la justicia y la verdad no lo impiden*

NOVELA

Lectulandia

La historia, durísima pero real, es bien conocida. En los primeros años del siglo XVII (en concreto en 1610) se celebró en Logroño un extraordinario Auto de Fe en el que fueron juzgadas una serie de personas, sobre todo mujeres, a las que se acusaba abiertamente de brujería. Después de un bochornoso y multitudinario recuento de delaciones, intrigas, señalamientos y amenazas, varios lugareños de Zugarramurdi (Navarra) tuvieron que comparecer ante un tribunal de la Inquisición, constituido ad hoc. Los acusados eran tan sólo unos pobres infelices cuyo delito más grave era haber participado en rituales paganos bajo el influjo de hierbas alucinógenas. Y muchos sufrieron la atroz «purificación» de las llamas por orden de la Iglesia Católica.

El jurista don Alonso de Salazar y Frías, no sólo participa como miembro del tribunal que juzga a los presuntos herejes sino que, ante todo, llega al íntimo convencimiento de que se está procediendo injustamente con ellos. ¿No habrá, detrás de esta purga salvaje y desmesurada, alguna razón política? ¿No se tratará de una compleja maniobra orquestada por ciertos señores feudales (como don Tristán de Alzate) que, en connivencia con la Iglesia, persiguen intereses territoriales y económicos? Desde luego, los habitantes de Zugarramurdi suponían un problema para la férrea jerarquía eclesiástica, de la que descreen abiertamente («¿Crees que es ciencia infusa todo lo que dicen unos hombres que, beneficiándose de las prebendas que les otorgan sus hábitos, viven diez veces mejor que tú?», espeta un personaje con acidez en la obra), así que arremeter contra su osadía incorporaba un serio aviso para las poblaciones circundantes.

Lectulandia

Patrick Ericson

Maleficium

ePub r1.0

pcastrod 09.11.14

Título original: *Maleficium*

Patrick Ericson, 2012

Editor digital: pcastrod

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Durante muchas edades hubo brujas. La Biblia mandaba que no debía permitírseles vivir; por tanto la Iglesia, de forma ociosa e indolente durante 800 años, tomó sus cuerdas, tenazas y atizadores, y se puso a hacer su sagrado trabajo con ganas. Durante nueve siglos metió en prisión, torturó, colgó y quemó hordas de brujas y limpió el mundo cristiano con su malvada sangre. Luego se descubrió que no existían las brujas, y que no las había habido nunca. Uno no sabe si reírse o llorar.

MARK TWAIN



In el nombre de Dios Todopoderoso, yo, Alonso de Salazar y Frías, jurista al servicio del *Nestoris Herectus Pravitatis Sanctum Officium*, doy veraz testimonio de lo ocurrido en el llamado «Auto de Fe de Logroño» contra las brujas de Zugarramurdi. Ahora que todo ha acabado y veo cercano el fin de mis días, he decidido por mi propia voluntad plasmar sobre el papel todo lo que aconteció durante los varios años que estuve a cargo de la investigación que me fue delegada por el Consejo de la Suprema Inquisición de Madrid. Por aquel entonces fui testigo de muchos horrores y torturas que con el paso del tiempo consiguieron abrir una profunda herida en mi corazón, por lo que no me arrepiento de haber procedido con honradez y buen juicio. Impugnar las decisiones tomadas por los otros inquisidores que formaban parte del Tribunal de Logroño, y buscar la verdad a través de las declaraciones de miles de vecinos de las distintas villas del valle de Baztan, no fue un mero capricho ni un acto de presunción por mi parte, sino una necesidad del alma. Todas aquellas víctimas inocentes que tuvieron que padecer el suplicio, la humillación y la muerte, clamaban justicia; y yo, simplemente, se la ofrecí. Aunque para entonces ya era demasiado tarde.

Pero mejor me olvido de los prolegómenos y me ciño a dejar constancia de lo ocurrido en la región de Xareta, porque toda historia exige un comienzo y es mi deber y obligación dar primicia siendo fiel a la realidad de lo allí acaecido.

Aquella mañana de finales de junio del año de nuestro Señor Jesucristo de 1609, cabalgaba en paz camino de Logroño, dichoso por dejar atrás el enrarecido ambiente de la corte madrileña, así como las inoperantes juntas que degradaban el poder político de los miembros más relevantes del Consejo Real. Me acompañaban don Gonzalo de Mendoza, mi secretario, y también mis pajes y una guarnición de alabarderos de la Guardia Vieja del rey, quienes caminaban detrás de nosotros embutidos en sus uniformes jaquelados en cuadros rojos y blancos con sus capotillos de mangas abiertas a modo de aletas sobre el jubón, escolta que me fue proporcionada por el inquisidor general don Bernardo de Sandoval y Rojas, arzobispo de Toledo.

Las órdenes dictaminadas por este eran bastante explícitas: debían protegerme de asaltantes y bandidos hasta que llegásemos al convento de San Francisco.

Transcurridos varios días de viaje, finalmente alcanzamos los arrabales de Logroño. Decidimos detenernos con el propósito de abreviar a las bestias y, por supuesto, para ofrecerle algo de descanso a nuestros doloridos huesos.

Desde lo alto de una colina, sentado sobre la grupa de mi caballo, pude ver el grupo de casas, algunas torreadas, que formaban parte de tan ilustre ciudad, la cual se erigía en un llano de tierras añojales más allá de los sembrados, reseco ahora por el calor del estío. Angosto y tortuoso, el sendero que se deslizaba pendiente abajo en busca de las aguas del río Ebro corría por bancales uniformes donde prosperaban manzanos y zarzamoras. En el cálido ambiente de la tarde, según recuerdo hoy con nostalgia, se diluía el canto de las alondras.

Irguiendo mis posaderas oteé el horizonte hasta que pude distinguir el campanario del convento de San Francisco, elevado por encima de las coralinas techumbres de las viviendas. Mi primera impresión fue de incomodidad. La agreste y sombría visión que se ofrecía ante mis ojos, donde los cardizales que rodeaban la ciudad se asemejaban a sierpes espinosas ciñendo lo poco que quedaba en pie de los quemados muros de piedra, originó en mí cierta melancolía y tristeza. Era como si mi alma intuyese la tragedia que un año después habría de vivirse en Logroño.

Le hice un gesto a mi secretario, que se acercó de manera servicial. Cubría sus hombros una capa magna, e iba lujosamente vestido con casacón, calzas azules, medias blancas, chinelas con hebilla dorada y chapeo de plumas.

—¿Y decís, mi buen Gonzalo, que los señores inquisidores don Juan del Valle Alvarado y don Alonso B Herrera Holguín, aguardan mi llegada? —le pregunté.

—Así me lo confirmó el secretario del arzobispo de Toledo antes de partir —dijo él con voz templada—. Hasta donde yo sé los correos fueron enviados desde Madrid hace apenas una semana, por lo que la noticia de vuestro nuevo nombramiento ya debe haber llegado hasta los oídos de fray Gaspar de Palencia, prior del convento de San Francisco y calificador del Santo Oficio.

Meditando sus palabras muy bien antes de pronunciarse, terminó diciendo:

—Ha de saber vuestra señoría, que el Tribunal está investigando un asunto de brujería, y que os aguardan con ansiedad para que escuchéis las delaciones de los vecinos de las villas implicadas. Necesitan conocer vuestro criterio.

—Algo he oído... sí.

—Estos pagos, olvidados por la mano de Dios, sirven a los propósitos del diablo, y en sus prados y cuevas se reúnen las brujas —terció el oficial de la Compañía de soldados, un hombre de gran dignidad llamado Rodrigo de Cantabella, amigo de las tabernas y de los juegos de dados, quien se acercó a nosotros alabarda en mano.

Asentí en silencio, pues ya había tenido ocasión de consultar los archivos de la Suprema y conocía bien las investigaciones realizadas, años atrás, por las autoridades civiles de Navarra.

—Será mejor que sigamos adelante —les dije a los dos con ceño—. No es aconsejable hacerles esperar.

Espoleé con suavidad a mi caballo y el animal se puso en marcha. La comitiva que me servía de escolta, llevando consigo un pendón con la Cruz Verde del Santo Oficio, avanzó a un mismo tiempo.

Ya declinaba el sol cuando cruzamos el río Ebro a través del puente de 716 pies de vara castellana de longitud —fortificado con torreones y sostenido por doce arcos reales— que conducía a esa parte de la muralla donde se ubicaba la entrada de los peregrinos.

Logroño era una ciudad bastante grande para su época, bella y rica como ninguna, donde pululaban aprendices de todos los oficios inconfesables. Así lo pudimos comprobar mientras deambulábamos por la rúa Vieja, mezclándonos entre el gentío de truhanes, comerciantes, pedigüños y abates partidarios de la barraganería y a la vez previsores de sus hábitos.

Tras dejar a nuestra izquierda la iglesia de Santa María de la Redonda fuimos a encontrarnos con el frontispicio de la iglesia de Santiago, santuario de parada obligatoria para los cansados viajeros, para los que se acercaban a rezar al Santo Apóstol, y para todos aquellos que necesitaban saciar su sed en la Fuente de los Peregrinos. Ascendimos la calle Mayor hasta llegar a su final, y de ahí entramos a la bocacalle que enfilaba hacia el barrio de los mercaderes.

Al pasar frente a una hospedería situada junto al hospital de San Juan pudimos ser testigos de una riña entre un leñador de recias espaldas, armado con un destal de hoja afilada, y un grupo de rufianes que pretendían apropiarse de la bolsa que colgaba de su ceñidor. Mas fue ver a los alabarderos, cuando todos, sin excepción, corrieron por las estrechas callejuelas adyacentes como si les persiguiera el mismísimo diablo; incluso la víctima de los asaltantes, que no debía de tener la conciencia muy tranquila cuando prefirió huir a tener que acogerse a la protección de la Guardia Vieja del rey.

—¿Quiere vuestra señoría que vayamos tras esos rufianes? —inquirió el capitán Rodrigo, pues ellos representaban la autoridad en cualquier ciudad de España—. Las levas necesitan hombres con hígados, aunque sean unos miserables bribones —se echó a reír.

—A fe mía que esos tienen más hambre que las ratas —apuntó con jactancia otro de los soldados, un segoviano tan alto y magro como el arma que portaba con orgullo—. Y ya se sabe que el alimento y el medro sólo se consiguen sirviendo a las armas o a la Iglesia.

Negué con un gesto, instándoles a que siguiesen adelante. Debido a las fatigas del viaje deseaba llegar cuanto antes al convento de San Francisco.

Nos dirigimos hacia el este haciendo gala de nuestra autoridad y señorío, por lo que muchos de los ciudadanos se fueron apartando a un lado y a otro, temerosos ante la presencia de los soldados y el distintivo gallardete de la Santa Inquisición.

Apenas nos habíamos adentrado en la calle Herrerías, cuando nos detuvimos frente a un enorme edificio situado al otro lado de la travesía de Palacio. De una puerta con arco lobulado, clave con escudo de armas y enjutas con relieves, a cuyos lados se abrían dos ventanas que decoraban sus dinteles con motivos florales, vimos salir a un grupo de hombres que portaban un cadáver sobre una angarilla. Los portadores llevaban el rostro embozado con sus capas. En cabeza iba un clérigo de

luengas barbas que, debido a tantas penitencias impuestas con sumo rigor, más bien parecía un saco de huesos que un servidor de la Iglesia.

Rezaba en voz alta un responso:

—*Ne recorderis peccata mea, Domine. Dum veneris iudicare sæculum per ignem. Dirige, Domine, Deus meus, in conspectu tuo viam meam. Dum veneris iudicare sæculum per ignem. Requiem æternam dona ei, Domine, et lux perpetua luceat ei. Dum veneris iudicare sæculum per ignem...*

—¡Por los clavos de Cristo! —juró el oficial al mando de la guarnición cubriendo su rostro con el capotillo—. ¡Es la peste!

Nada más mencionar el nombre de tan terrible y mortal enfermedad, los caballos piafaron y los aguerridos alabarderos comenzaron a temblar como viejas aprensivas. Tampoco se quedaron atrás los pajes y mi secretario, que se persignaron con devoción a la vez que susurraban una plegaria a San Roque para alejar así cualquier atisbo de contagio. Sólo yo me mantuve firme como una roca sobre la silla de montar. Por no fomentar el temor que sentían quienes me acompañaban, desvié mi trayectoria dirigiéndome hacia el norte.

Atrás quedó aquel barrio infecto donde la muerte negra no hacía distinciones entre hidalgos y vasallos de signo servicio, y con paso lento nos dirigimos hacia el monasterio de San Francisco.

Fray Gaspar de Palencia, prior del convento y calificador del Santo Oficio, me recibió en la sala capitular con grandes honores y lisonjas después de que el cillerero acompañase a mi secretario hasta la biblioteca, pues como erudito y escribano que era, deseaba aprovechar el tiempo ilustrándose con los varios libros, códices y manuscritos que allí se guardaban con mucho celo. Mis pajes, mientras tanto, fueron a desempaquetar el equipaje después de haber conducido los caballos a las cuadras del monasterio.

Era fray Gaspar un hombre corpulento de formas redondas y ventrudas. Tenía la nariz carnosa, los pómulos rollizos y una espesa barba de color gris que compensaba de algún modo su calvicie. La impresión que aparentaba a primera vista era la de ser un monje benevolente y jovial, pero cuando se le iba conociendo más a fondo, uno comprendía que tras aquella máscara de indulgencia se ocultaba una persona sistemática y autoritaria que tendía a fundir en una unidad global la intuición y la sensatez. Y si bien es cierto que, según sus propias palabras, procuraba conducir a las almas descarriadas hacia el camino del Cielo con el buen ejemplo de sus actos, para mí que sentía cierto desdén hacia todo aquel que no comulgase con sus principios morales.

Harto de escucharle hablar del peligro que corría la comunidad eclesiástica por culpa de los *Religionnaires* —enemigos del papa— y los judíos conversos que ignorando las normas de la Iglesia celebraban el *sabbat* a escondidas de los cristianos, le pedí que me condujera hasta don Alonso de Becerra Holguín, del hábito de los Alcántara e inquisidor apostólico del antiguo reino de Navarra y su distrito, o

en su defecto a la sala del Tribunal, donde me aguardaba el licenciado don Juan del Valle Alvarado; pues este, que debía estar estudiando los informes referentes a un caso de brujería que traía de cabeza al Tribunal de Logroño, había requerido mi presencia.

Sorprendido de que estuviese al corriente de ese detalle, enarcó sus pobladas cejas observándome con recelo.

—¿Puedo saber quién os ha facilitado dicha información? —inquirió con voz ampulosa.

—El cillerero es un hombre bastante lenguaraz a mi parecer —sonreí—, pero no creo que su indiscreción sea motivo de castigo. Si el inquisidor general de Toledo me ha enviado a este monasterio no es para que sus miembros recelen de mí y me vengan con reservas, sino todo lo contrario. Creo que tengo derecho a saber qué está ocurriendo, pues hasta mi escribano y los alabarderos que me han escoltado hasta aquí desde Madrid, están al corriente de las detenciones de varias personas que han sido inculpadas de brujería

—Un asunto de lo más preocupante... y escurridizo, además —el calificador del Santo Oficio cabeceó con resignación—. Precisamente don Alonso se halla reunido en las mazmorras con el alguacil y las primeras acusadas de brujería, así como con las otras gentes que se allegaron al monasterio por su propio pie, hace ya unas semanas, para declarar que habían sido inculpadas por sus vecinos sin motivo alguno —le explicó con todo detalle, bajando el tono de su voz—. Según afirman, nadie en su comarca practica la brujería. Dicen que todo son falsos testimonios de una criada de origen francés resentida con su dueña. Y que si bien confesaron haber mantenido tratos con el diablo no fue por propia voluntad, sino debido a las violentas amenazas y torturas que habían tenido que sufrir a manos de la autoridad local que actúa en nombre de fray León de Aranibar, abad del monasterio de San Salvador de Urdax, después de que el sacerdote de Zugarramurdi pusiera en su conocimiento la delación de la joven francesa.

—¿Hablamos de navarros?

—Así es, concretamente de un puñado de hombres y mujeres de las distintas villas que se asientan en la región de Xareta, cercanas a la frontera con Francia —contestó con firmeza mi interlocutor—. Una de las acusadas, de las que vinieron por su propio pie acompañadas de un guía, es una afamada *sorgina* de Zugarramurdi, de nombre María Txipia de Barrenetxea. La acompañaban sus sobrinas, María y Estebanía de Yriarte, también Joanes de Goyburu, el amancebado de esta última —concretó—, su padre y un joven llamado Joan de Sansim. Estos últimos viven en Arraioz.

—¿Y cuál creéis vos que es el verdadero motivo que les ha empujado a viajar hasta Logroño? —me interesé.

—Mi opinión es que los muy ladinos quisieron adelantarse a su inminente detención presentándose aquí con vanas excusas, tal vez para restarle importancia al

asunto. Sabían, de antemano, que no iban a poder escabullirse del rígido interrogatorio del brazo secular. No olvidemos que se les relaciona con las cuatro acusadas enviadas previamente por fray León de Aranibar.

—¿Sabéis como se llaman esas cuatro mujeres, las primeras inculpadas?

Siempre he pensado que es más fácil y honrado llamar a la gente por su nombre, sea o no culpable de algún delito.

—La primera que fue denunciada se llama María de Yurreteguia, que es esposa de un molinero de aquellos pagos y ama de la criada que efectuó la delación. Las otras tres son María Pérez de Barrenetxea, hija de la susodicha María Txipia, así como Joana de Telechea y Estebanía de Navarcorena, la más vieja de todas.

—¿Y decís que los otros inculpados, la sorgina, su hija y demás deudos, vinieron a pedir recuesta de sus propias acciones?

Quise retomar la conversación de un principio, no en vano aquel detalle implicaba una conducta bastante extraña, pues nadie que fuese culpable de un delito acudiría personalmente a la Santa Inquisición. No tenía ningún sentido actuar así.

—Sí, en efecto —el propio fray Gaspar pareció comprender, durante breves segundos, lo paradójico y extraño que resultaba la decisión de aquellas gentes—. Aunque ya os he dicho antes que los vecinos los acusaron de mantener tratos con el diablo, de ahí que se allegasen a Logroño para declamar su inocencia antes de que fueran requeridos por los del brazo secular. Lo que no se esperaban es que el guía que los había conducido desde Zugarramurdi fuese llamado a declarar ante don Alonso. ¿Y sabéis lo que este rapaz le dijo al decano? Que efectivamente eran brujos, y que no había tribunal en su villa que pudiera condenarlos —reflexivo, juntó las yemas de sus dedos—. La verdad... pienso que tratar de confundir a los inquisidores, con la absurda estrategia de hacerles creer que habían sido víctimas de la mala fe de sus vecinos, es una argucia propia de los servidores del diablo.

No estaba de acuerdo con sus palabras, pues existía la posibilidad de que realmente fuesen inocentes. Sin embargo, no quise importunarlo con disensiones ni con más preguntas, ya que había sido nombrado censor por el Tribunal del Santo Oficio y un nuevo interrogatorio, por improcedente, podría herir su orgullo y desacreditar la honorable labor que efectuaba. De ahí que le rogase que tuviera a bien conducirme hasta el despacho donde me aguardaba el licenciado don Juan del Valle Alvarado.

Mostrándose algo más complaciente y servicial, el prior del convento me pidió amablemente que fuese con él. Me acompañó hasta el refectorio, que a aquellas horas albergaba al resto de los frailes descalzos acogidos a la Regla de San Francisco. Nada más verme llegar dejaron de comer las verduras hervidas de sus escudillas, un frugal alimento que marcaba el final del día y la necesidad de acudir cada cual a su celda en busca de descanso y oración.

Más de un centenar de miradas analizaron cada uno de mis movimientos según me adentraba en la sala. Yo, respetuoso, fui saludando con corrección a todos

aquellos comensales que encontraba en mi camino y estos, a su vez, me devolvieron la venia para luego seguir comiendo como si mi presencia en aquel lugar ya no fuese motivo de extrañeza.

Fray Gaspar me indicó un asiento vacío al final de las mesas colocadas en hileras, diciéndome que habría de aguardar la llegada de los inquisidores del Tribunal junto con el resto de los hermanos, pues ya era demasiado tarde para mantener una conversación cuyo eje central girara en torno a los prosélitos del diablo. Pronto comprendí que no estaba dispuesto a satisfacer mi deseo de hablar cuanto antes con don Alonso Becerra, o en su defecto con el licenciado don Juan del Valle, por lo que accedí a la invitación obligado por las normas de caridad y cortesía que se han de guardar en un convento. No tenía otra elección, ni fuerzas para oponerme a su laudo.

Al cabo de unos minutos, poco después de que los seglares del servicio doméstico colocaran ante mis barbas una escudilla pobre de alimento y un cucharón de madera, dos hombres entraron en el refectorio arrastrando consigo el insoportable hedor de las mazmorras. Eran ellos: don Alonso, decano del Tribunal del Santo Oficio en Logroño, y el licenciado don Juan.

Seguí comiendo, ignorando su aparatosa entrada en la sala porque, ciertamente, no era el mejor momento para las saluciones. No obstante, por el rabillo del ojo pude ver cómo el prior se acercaba a ellos para acompañarlos hasta sus asientos y de paso advertirles de mi llegada, poniendo en su conocimiento, de forma escueta y sutil, mi apremio por formalizar una audiencia con los demás miembros del Tribunal. Al pronto me dirigieron una fugaz y ensoberbecida mirada que para nada resultó de mi agrado.

Tuve que aguardar hasta el final de la refacción antes de poder dirigirles la palabra. Fray Gaspar se encargó de las presentaciones.

Don Alonso de Becerra, ataviado con el hábito distintivo de los Alcántara, se dirigió a mí con respeto y cortesía. Era este un hombre de faz austera y mirada crítica, con una frente pura en forma abovedada. Tenía la nariz ligeramente aquilina, y sus pómulos y mandíbula parecían unirse en un solo trazo. Era de preclara inteligencia, aunque debido a su soberbio carácter a veces resultaba distante en el trato y altivo en las formas.

En cuanto a don Juan del Valle, su arrogancia personificaba el fanatismo del ser humano y la hostilidad de la vida. Su cuerpo era atlético, con cierta tendencia a las formas rudas y cortantes propia de los soldados al servicio de Dios. Abrupta pelambre coronaba su entrecejo, de donde le nacía una nariz de pico corvo como las que poseen los pájaros de presa. La suspicacia anidaba en sus ojos, de un color grisáceo casi fantasmal. La impresión del conjunto era de seriedad y dominio. Supe desde un principio que nuestros caracteres no habrían de congeniar, pues resultó ser un hombre firme en sus ideas inquisitoriales, incapaz de ver más allá de su propio criterio. Y ya se sabe que cuanto más nos empeñamos en querer llevar la razón, más se aleja esta de la verdad. Y yo, por encima de todo, siempre he defendido la

imparcialidad de juicio.

Honeste vivere, naeminem laedere et jus sum cuique tribuere, que es el principio filosófico del derecho, según el jurista romano Domicio Ulpiano.

Como si ambos quisieran poner a prueba mis conocimientos en materia de fe, iniciaron una conversación bastante controvertida —a mi parecer— mientras recorríamos los umbríos corredores del convento camino de nuestras habitaciones. Obviando el hecho de que mi nuevo nombramiento me colocaba a la altura de las labores que ellos mismos realizaban en el Tribunal del Santo Oficio de Logroño, y que por lo tanto no estaba sujeto a sus requerimientos inquisitoriales, solicitaron mi opinión sobre la síntesis de los problemas filosóficos más discutidos por el tomismo —fe, razón, creación y política—, y su posible vinculación a las heréticas ideologías propugnadas por hugonotes y demás reformistas.

Yo, que siempre me he acogido a la discreción en lo que respecta a los asuntos teológicos, máxime si el oyente busca en mis palabras un motivo de crítica con el fin de desprestigiarme, les dije que la filosofía es la ciencia de las totalidades. Añadí que su función y significado incluye el orden divino del mundo, por lo que no debíamos tomarnos con frivolidad las influencias platónicas y aristotélicas plasmadas en los escritos de Tomás de Aquino, pues su teoría del conocimiento se basaba en la experiencia sensible del ser humano y finalizaba con la abstracción; a través de la cual, el hombre podía adquirir el discernimiento de lo universal y llegar a comprender el conocimiento infuso de Dios.

Por suerte, la plática duró hasta que llegamos a nuestras respectivas celdas, situadas una al lado de otra. He de reconocer que el tema de conversación no me inspiraba ninguna confianza. Además, me sentía demasiado cansado como para seguir debatiendo cuestiones filosóficas, cuando la verdadera obligación de mis colegas era la de ponerme al tanto de las acusaciones vertidas sobre los inculpados por brujería, y no acuciarme con sutiles interpelaciones.

Cuando les pregunté por los acusados, me dijeron que ya habría tiempo de hablar con tranquilidad al día siguiente, pues ahora necesitaba descansar de mi largo viaje. No quise insistir. Hubiera resultado inútil. Aquellos hombres sólo se escuchaban a sí mismos.

Mal comienzo el nuestro.



En compañía de los demás inquisidores del Tribunal del Santo Oficio, descendí los peldaños de piedra que habrían de conducirnos hasta las mazmorras del palacio inquisitorial, donde permanecían reclusos quienes habían sido acusados de brujería. Nos acompañaban mi secretario y don Juan de Jaca, alguacil de las cárceles secretas de Logroño, el cual portaba en su mano diestra una tea de esparto y alquitrán con el fin de iluminar nuestros pasos.

Según nos precipitábamos a los infiernos de los calabozos, una extraña sensación se apoderó de mi espíritu: la de sentirme aprisionado por los muros de la escalera en espiral, que parecía no tener fin.

El aire estaba enrarecido, como viciado. El aroma a putrefacción que ascendía de aquel infecto subterráneo me hizo recordar los ergástulos donde se solía encerrar a los esclavos sujetos a una condena indefinida. Ya había tenido ocasión de comprobar las duras condiciones a las que se veían sometidos quienes eran conducidos a los sótanos de la Posada de la Hermandad, en Toledo. Y aunque a mis cuarenta y cinco años de edad debería estar acostumbrado a la rigidez de los procedimientos carcelarios, me resultaba violento descubrir que la caridad de Cristo no llegaba a manifestarse en aquellos lugares donde más se la necesitaba.

Don Gonzalo de Mendoza, el escribano que habría de dar testimonio del interrogatorio, hizo un mohín con la nariz al percibir cierto tufillo a excrementos y orines. Acercándose a mí, me susurró en voz queda:

—¿Cree vuestra señoría que seguirán vivos? ¡Pardiez! A fe mía que ni las ratas se atreverían a anidar en semejante pocilga.

—La voluntad del ser humano es inquebrantable, y más cuando se trata de superar los trances más amargos —le respondí en tono neutro.

El alguacil, que iba por delante de nosotros, se giró para ofrecernos una virulenta sonrisa. Su escasa dentadura no era menos inmunda que aquel lugar, pues tenía las encías negruzcas a causa de un recalcitrante flujo de pus que afloraba por la comisura de sus labios. Ambos retrocedimos cuando una exhalación nauseabunda surgió de su boca.

Nos observó cínicamente con su único ojo; el otro estaba velado por un humor vítreo que cubría el iris y parte de la esclerótica.

—Descuiden vuestras mercedes, pero esas gentes son inmunes a todo. Están acostumbradas a vivir en el infierno junto al diablo, por lo que estas celdas deben de parecerles incluso apetecibles.

Se echó a reír, chasqueando a continuación su lengua viperina.

A mi espalda pude oír el carraspeo de don Juan del Valle, censurando de algún modo nuestras palabras. Los inquisidores, y mucho menos un simple secretario, no éramos quiénes para juzgar las normas carcelarias del brazo secular. Le dirigí una mirada cómplice a don Gonzalo y este captó de inmediato el mensaje, por lo que decidimos guardar silencio para no incentivar la disconformidad.

Llegamos ante un recio portón con roblones de hierro oxidado protegiendo la hoja de madera. El alguacil sacó el juego de llaves cuya anilla metálica colgaba de su cincha. Después de examinarlas todas, una por una, introdujo en la cerradura la que andaba buscando. La puerta se abrió tras un chirrido largo que evidenciaba la falta de grasa en sus goznes. Aherrojados con argollas en los pies, tumbados sobre el revestimiento de paja que cubría el suelo y apenas vivos, se intuían los cuerpos de los acusados. Debían sudar copiosamente —o así lo creí—, ya que el bochorno y el hedor que desprendían los muros de piedra caliza resultaba infernal. De seguir allí por más tiempo, aquella celda podría llegar a convertirse en su tumba.

Cuando mis ojos se acostumbraron a la oscuridad pude distinguir sus rostros, hasta ahora velados por las tinieblas. Llamó mi atención el hecho de encontrar en aquel cubículo a una anciana cuya edad rondaría los ochenta años. Jamás pensé que fuese necesario torturar de ese modo a quien estaba a un paso de la muerte; resultaba inhumano.

A su alrededor se agrupaban cinco mujeres y dos hombres de mediana edad, así como dos jóvenes de ambos sexos. Parecían bestias malheridas.

Don Juan de Jaca introdujo la tea ardiente en el antorchero. Luego procedió a quitarles los cepos para que los presos pudieran ponerse en pie.

—Creo que vuestras señorías estarán de acuerdo conmigo en que este no es el mejor lugar para un interrogatorio —apuntó mi secretario.

—Precisamente, iba a proponer que fuesen conducidas a un lugar menos insalubre —respondí antes de que lo hiciesen mis hermanos inquisidores, revirando la mirada hacia ellos en busca de clemencia para los inculpados.

Accedieron a regañadientes.

—Sea... —determinó don Juan del Valle, sentencioso, dirigiéndose al alguacil—. Condúcelos hasta la sala del Tribunal. Así lo requiere el paniaguado del arzobispo de Toledo.

Su alusión a la amistad que me unía a don Bernardo, tío del duque de Lerma, me reveló una nueva faceta del inquisidor. Por fin había salido a relucir el auténtico motivo de su descrédito hacia mi persona: sentía celos de mi nombramiento.

No se lo tuve en cuenta. Mi única preocupación, en aquel momento, era sacar de allí cuanto antes a aquellas personas y averiguar si realmente tenían tratos con el diablo. Lo demás quedaba subordinado a los intereses de la verdad.

Lo primero que pensé al verlos allí, de pie, con sus hatos hechos jirones,

amedrentados debido a nuestras miradas inquisitorias, fue que aquellas gentes se encontraban desatendidas por la justicia de Dios y la caridad de los hombres. Tanto ellos, como sus deudos, pertenecían a un linaje inferior donde la pobreza y la ignorancia eran su única fortuna, y eso los convertía de facto en personas insignificantes, en individuos sin ningún derecho. Estaban solos en aquel trance tan amargo. Nadie vendría a mediar en nombre suyo.

La información que manejaba al respecto, y que había tenido ocasión de leer hacia la hora prima, era que habían sido víctimas de las delaciones de unos cuantos vecinos de sus respectivos villorrios, gente de su misma calaña. Ese detalle los colocaba en una posición bastante delicada, pues el Tribunal solía aceptar como válidas las razones de los confidentes y no la de los inculpados. Difícilmente saldrían de aquella situación sin sufrir antes una larga serie de castigos como podían ser el potro, la toca, la mancuerna y otros suplicios.

Ya en Toledo tuve ocasión de conocer el miedo cerval de la plebe hacia todo lo que estuviese emparentado con el diablo y la brujería, un temor que se extendía como una terrible enfermedad desde Tarifa a Roncesvalles. Las gentes de las villas donde se cebaba la desgracia, como podían ser la gran pestilencia y las malas cosechas, en su ignorancia solían apedrear y torturar a todo aquel que fuese sospechoso de pertenecer a una secta de brujos. La mayor parte de los informes guardados en los archivos de la Suprema, donde se mencionaban distintos procesos inquisitoriales relacionados con la nigromancia, celebrados años atrás, afirmaban que el odio y el rencor que existía entre vecinos era la verdadera y única causa de las delaciones. En la mayoría de los casos, estas se formalizaban debido a las viejas disputas de siempre entre campesinos que defendían los linderos de sus heredades o la propiedad de las cabezas de ganado que pastaban libremente en los campos. Y a veces, incluso, se acusaba por simple envidia.

De ahí que, en el caso que nos ocupaba, tuviese yo mis dudas con respecto a su culpabilidad. *Non semper ea sunt quae videntur.*

Sentados al otro lado del estrado del Tribunal del Santo Oficio, mis colegas y yo observábamos la inerte mirada de los supuestos idólatras, devotos del diablo. Nos acompañaban el alguacil y fray Gaspar de Palencia, y también otros escribanos, consejeros, consultores y calificadores del Santo Oficio, que atestiguaban y daban fe del interrogatorio. También estaba presente mi secretario, que por aquello de ser vascongado y conocer la *lingua navarrorum* habría de actuar como intérprete.

—Tengo ante mí un informe redactado por fray León de Aranibar, abad del monasterio de San Salvador de Urdax, que para más señas lleva adjunto un anexo escrito por el párroco de Zugarramurdi —les dije con una entonación de voz hartamente reposada, tratando de no imponer demasiado énfasis a mis palabras—. ¿Tenéis algo que decir en vuestra defensa?

Don Gonzalo les tradujo el mensaje.

Los acusados cruzaron sus miradas huidizas, temerosos de que su declaración

podría ser malinterpretada. Habló un hombre de aspecto tosco y un tanto ordinario. Por la ropilla de piel de oveja que cubría su cuerpo deduje que se trataba de Joanes de Goyburu, pastor de Zugarramurdi.

—Si vuestra señoría me lo permite, os diré lo mismo que a los muy ilustres señores que instituyen este Tribunal —dirigió su mirada hacia el decano inquisidor, don Alonso Becerra—. Si estamos aquí es porque hemos sido calumniados injustamente por algunos de nuestros vecinos. Somos inocentes. Ni adoramos al diablo, ni hemos hecho mal a nadie.

Mi secretario, a su vez, cumplió fielmente su cometido como intérprete.

—Aquí dice que fuisteis acusados por María de Ximildegui, la cual aportó pruebas fehacientes que confirman vuestra asistencia a un *sabbat* demoníaco — insistí.

Se adelantó la más joven de las mujeres. Debía ser María de Yurreteguia, la esposa del molinero.

—Dicha moza no es digna de crédito, pues ha de saber vuestra señoría que ella misma reconoció haber participado de las juntas ilícitas celebradas en la parte de Francia. Si esa mala pécora asegura que somos brujas por reunirnos algunas noches en el prado, junto al fuego, con el único propósito de comer, beber y divertirnos un poco tras la larga jornada de trabajo, ¿por qué no está ella aquí, si compartió con nosotros la alegría de la fiesta?

Después de que don Gonzalo hubiese traducido al castellano sus palabras, le hice un gesto para que transcribiera al papel la pregunta, en todo caso aceptable, de aquella mujer. También a mí me resultaba extraño que no hubiese sido obligada a presentarse ante el Tribunal para confirmar la veracidad de sus palabras. A pesar de ello, decidí ignorar la pregunta de la acusada. Una disputa verbal podía entorpecer mi labor.

Volví a examinar el informe, buscando un nombre que había visto apostillado en uno de los márgenes del pergamino.

—¿Quién es María Txipia de Barrenetxea? —inquirí, observando después la reacción del grupo.

Una mujer de mediana edad, lisiada, de largos cabellos canos e hirsutos, y vestida con harapos, respondió al requerimiento.

—Yo soy.

—Aquí se dice que eres una de las reinas del conventículo, que reúnes con malas artes a niños y doncellas en un lugar llamado *Akelarre*, que en cristiano quiere decir el prado del Cabrón, y que cuando estos se niegan a participar de las juntas, te los llevas volando por las ventanas —quise pecar de irónico para criticar de forma sutil la ingenuidad de quienes se sentaban conmigo en el estrado del Tribunal—. Y yo pregunto... ¿Cómo es posible que una tullida como tú sea capaz de los prodigios que se te imputan, cuando apenas puedes arrastrar tus pies al caminar?

La anciana se echó a reír con marcada tristeza, mostrándonos los cuatro dientes

que todavía conservaba en sus foscas encías.

—Ha de saber vuestra señoría que las brujas, según cuentan los más versados en estos asuntos, poseen el poder de convertirse en animales gracias a sus hechizos y pócimas. De ahí que puedan volar como los pájaros —había cierto sarcasmo en sus palabras—. Sin embargo, yo debo de ser una mala bruja, pues por más que lo deseo todavía no me han salido alas —luego, con algo más de seriedad, terminó diciendo—. No... no soy capaz de tales prodigios, si es eso lo que vuestra señoría desea saber.

—Sin embargo, hay quien atestigua que eres la amante del diablo, y que tu hija, María Pérez de Barrenetxea, te sucederá en el cargo una vez que hayas muerto.

—Si al diablo le gustan viejas y achaparradas, no lo sé —se encogió de hombros—. Pero si es tan astuto y perverso como dicen, más le valdría buscarse una bella moza y no este cuerpo desfigurado por los años. En cuanto a María, observadla bien... —desvió la mirada hacia su hija, que al margen de ser tan oronda como ella, era un tanto lerda y jorobada—. Ya ha dejado atrás la belleza de la juventud, si es que alguna vez fue bien parecida —se le escapó una risita histriónica—. No creo que el diablo la quiera como esposa.

«Estoy de acuerdo contigo», pensé para mis adentros.

Miré de soslayo hacia don Alonso de Becerra, que ocupaba el centro del estrado por ser el inquisidor de mayor antigüedad. Acariciaba con inquietud la birreta de color negro que descansaba sobre la superficie. No parecía muy conforme con el modo en que estaba llevando a cabo el interrogatorio, según pude comprobar.

—Creo que deberíais ceñiros a las preguntas que se han de hacer a los reos en materia de brujas —opinó el decano—. Para eso nos fueron remitidas desde el Consejo de la Suprema Inquisición de Madrid.

—¿Puedo ver dicho requerimiento? —me atreví a solicitar.

Don Alonso me pasó una carta escrita en papel pergamino. En ella pude leer una larga serie de recomendaciones:

1.-En qué días tenían las juntas y cuánto tiempo estaban en ellas, y a qué hora iban y volvían.

2.-Y si estando allá, o yendo y viniendo, oían campanas, perros o gallos del lugar más cercano, y a cuánto estaba el lugar más cercano de la parte donde se juntaban.

3.-Si sabían los días y horas en que se debían juntar, y si había alguna persona que las avisaba y quién era.

4.-Si tenían maridos o mujeres, o padres, madres, parientes y criados, y si dormían en un mismo aposento.

5.-Y si las echaban de menos alguna vez, o cuál era la causa por la que no las echaban de menos, o si alguno de los susodichos las habían regañado por ello.

6.-Si daban de mamar a sus retoños, y si llevaban consigo a las criaturas, o a quién las dejaban encomendadas, o qué es lo que hacían con ellas.

7.-Si iban vestidas o desnudas, y dónde dejaban los vestidos, y si los encontraban

en la misma parte donde los habían dejado o en otro lugar...

Dejé de leer la larga lista de interpelaciones. Algunas de ellas resultaban tan absurdas que no quise demorar por más tiempo la consulta, y menos cuando tenía ante mí a aquellas personas que aguardaban mi decisión.

—He de suponer que ya han sido interrogadas por el Tribunal, por lo que no creo aconsejable que recaigamos en el error de formularles las mismas preguntas —me dirigí al decano—. Pero sí me gustaría conocer vuestra opinión con respecto al hecho de que la gran mayoría sean mujeres.

Don Alonso Becerra no tuvo ningún reparo en contestar.

—Parafraseando al noble inquisidor fray Martín de Castañega, os diré que las mujeres son compendio de todos los vicios... y las viejas y pobres más aún, si cabe, que las jóvenes —fueron las palabras del decano, que intentaba por todos los medios justificar las acusaciones de los vecinos de Zugarramurdi.

Guardé silencio, y todo para evitar disensiones entre nosotros frente a los acusados. Sin embargo no compartía para nada su criterio.

El licenciado don Juan del Valle intervino apoyando las palabras de quien vestía el hábito de los Alcántara. Y lo hizo tras abrir un libro que sostenía entre las manos y que yo había reconocido desde que entró con él en la sala. Era un ejemplar del *Maellus Maleficarum*, redactado por los dominicos alemanes Heinrich Kramer y Iacobus Sprenger, un libro que, desde hacía varios años, se había convertido en la biblia de los inquisidores de todos los reinos y ducados cristianos.

—Ayer mismo mantuvimos una conversación con respecto a la filosofía defendida por Tomás de Aquino, inspirada en los pensamientos aristotélicos... ¿Os acordáis? —inquirió, y al instante tuve la sospecha de que sus palabras escondían una oscura intención; una vil estrategia destinada a tergiversar lo hablado la noche anterior—. Vos mismo reconocisteis que no se debía criticar a la ligera tales reflexiones.

—En efecto, lo recuerdo —arrugué la frente—. Pero ¿tiene eso algo que ver con la acusación que recae sobre estas gentes?

—Sí, lo tiene —afirmó Del Valle, convencido—, máxime si hablamos de esos hechizos o fascinaciones de los que habla el apóstol san Pablo en el *Libro de los Gálatas*, cuando pregunta: «¿Quién os fascinó? —Ojeó las amarillentas páginas del libro—. Veréis, me gustaría leeros un párrafo, si me lo permitís.

—Estáis en vuestro derecho —le invité a que lo hiciera.

—Pues bien, dice así: «Y de esta fascinación hablaron Avicenna y Al-Gazali; también santo Tomás menciona dicha fascinación, pues dice que la mente de un hombre puede ser modificada por la influencia de otra. Y la influencia que se ejerce sobre otro procede a menudo de los ojos, pues en estos puede concentrarse cierta influencia sutil. Porque los ojos dirigen la mirada hacia cierto objeto sin prestar atención a otras cosas; pero ante la visión de una impureza, como por ejemplo una

mujer durante sus períodos mensuales, los ojos, por decirlo de algún modo, contraen cierta impureza. Eso es lo que dice Aristóteles en su libro *Sobre el sueño y la vigilia*, y así, si el espíritu de alguien se encuentra inflamado de malicia y cólera como ocurre con frecuencia en el caso de las viejas, su espíritu perturbado mira a través de sus ojos, pues su semblante es muy maligno y dañino y a menudo aterrorizan a niños de tierna edad, en extremo impresionables...» —dejó de leer, cerrando de nuevo el libro—. No deberíais dar tanto crédito a las palabras de esa bruja. Que no os engañe su sencillez.

—*Initium sapientiae timor Domini* —añadió don Alonso B Herrera, defendiendo las palabras del licenciado.

Reconozco que su alegato me colocaba en desventaja. Necesitaba tiempo para reflexionar. Mi decisión, entonces, fue la más acertada.

—¡Bien! Creo que deberíamos resolver este asunto remitiendo a Madrid los autos con las calificaciones de las culpas encontradas. Les enviaremos un despacho para que sean ellos quienes dispongan la prosecución del asunto —por una vez, los demás miembros del Tribunal apoyaron mi decisión, haciéndolo con afirmaciones de cabeza—. ¡Don Juan...! —me dirigí con voz enérgica al alguacil de las cárceles secretas de Logroño—. Llevaos a los prisioneros. El interrogatorio ha finalizado.

Con gran tristeza tuve que ser testigo de cómo los reos eran conducidos nuevamente al oscuro y hediondo infierno de las mazmorras. Por desgracia, el suplicio de aquellas sencillas gentes no había hecho más que empezar.



María venteó el aire gélido de aquella mañana de diciembre, como si quisiera aprisionar con este sencillo y espontáneo gesto la esencia indefinida de las tierras navarras donde había vivido junto con sus padres durante cerca de cuatro años, un lugar en el que se entremezclaba el denso hedor que desprendían los excrementos de las cabras que pastaban a sus anchas en los verdes prados de la región, con el bien preciado aroma del pan recién hecho y el de los guisos de tripas de cerdo que se cocinaban a fuego lento en las marmitas de los campesinos y pastores; propietarios de los distintos caseríos erigidos sobre las landas salvajes del valle de Baztan.

Regresar a Zugarramurdi —eso fue lo que pensó entonces— vendría a facilitarle la oportunidad que andaba buscando: recomponer su espíritu y penitenciar el terrible pecado que arrastraba consigo desde hacía varias semanas, aunque para ello tuviera que entregarse en cuerpo y alma al santo propósito de buscar el perdón de Dios. Porque ella, María de Ximildegui, todavía conservaba la suficiente fe en Jesucristo nuestro Señor como para no dejarse arrastrar por las abominables prácticas de aquellos que, alentándola con diabólicas artimañas, habían conseguido introducirla en el oscuro mundo de los dioses paganos y sus ritos ancestrales. De esta guisa, enmendando el error de haberse dejado persuadir por la astuta palabrería de los herejes que vivían al otro lado de la frontera, el Altísimo habría de concederle la gracia de perdonar el sacrilegio cometido semanas atrás, cuando la obligaron a renunciar a Cristo en presencia de una talla de madera ahumada que representaba la figura de un macho cabrío con apariencia de hombre: el fauno Akerbeltz, numen druídico protector de las cosechas.

Las discrepancias surgieron en el momento en que se negó a hacer lo mismo con el nombre de la Virgen María, pues fue mayor su devoción a la madre de Jesús que el temor a contradecir a los miembros que formaban parte de aquel conciliábulo de brujos.

—Si no eres capaz de venerar la imagen del genio de las cosechas por encima de todas las cosas, su madre, la diosa Mari, acechará tus pasos en la tierra... y no habrá lugar en ella donde puedas esconderte —le había dicho, con voz cavernosa, la vieja sorgina que solía presidir el *sabbat* en Ciboure; advertencia que escondía una concluyente amenaza.

A partir de entonces, a cada instante se sentía vigilada, e incluso perseguida, por quienes organizaban las reuniones profanas todos los viernes del año y las vísperas de

los días de fiesta; tal como podían ser las jornadas de Pascua, la Noche de Reyes, la Asunción, el Corpus Christi, Todos los Santos, la Purificación, la Natividad y la Noche de San Juan.

En realidad, huía de Ciboure porque necesitaba dejar atrás el acoso que había tenido que sufrir por parte de algunos de los hombres y mujeres de la secta que veneraba a las deidades afines a las religiones idólatras. Nadie que hubiese sido aceptado como novicio en el concilio de las sorginas, y participado del ritual de iniciación, podía distanciarse de los afanes gregarios de sus prosélitos, ni tampoco olvidar que se debían fidelidad unos a otros hasta el final de sus días, quedando así sujetos a unos preceptos bastante más inflexibles que los promulgados por los sacerdotes cristianos.

Sí, en efecto; escapaba de las amenazas de los sacrílegos, y también de las pesquisas inquisitoriales del jurista Pierre de Lancre.

Lo hacía sola, nadie más la acompañaba en aquel viaje que habría de convertirse en un retorno a la sensatez y en una búsqueda del perdón divino. Su única preocupación, tras saberse a salvo de la secta de sorginas y brujos de la que hasta ahora había formado parte en Ciboure, y de la férrea persecución, por mandato real, llevada a cabo por los inquisidores franceses al otro lado de la frontera, era encontrar cuanto antes una casa donde trabajar como sirvienta para ganarse honradamente el pan de cada día con el sudor de su frente. Y si bien es verdad que el diablo solía visitarla a menudo en sueños, incitándola a proceder de forma aviesa contra aquellos que cumplían fielmente la ley de Dios y los preceptos de la Iglesia católica, creyó que la distancia y el perdón habrían de poner fin a las pesadillas que la acosaban de noche.

Con el fardel sobre los hombros, María cruzó el bosque de olmos y castaños que bordeaba el río, conocido por los lugareños como «el arroyo del infierno», para enfrentarse a las distintas haciendas que constituían el arrabal de Zugarramurdi.

Estaba aterida de frío. Tenía las manos y los pies congelados debido a las horas de larga andadura. Pero se sentía dichosa. Libre. Iniciaba una nueva vida.

Sin prestarles mucha atención, pasó frente a dos pastores que vigilaban su rebaño desde el otro lado del camino. Holgados bajo la sombra de un viejo olmo degustaban cecina, queso, pan y vino, mientras charlaban amistosamente. Iban vestidos con zamarras de lana, calzones y polainas de color blanco, ahora amarillentas por el paso de los años. Sus cabezas aparecían laureadas con guirnaldas de adelfas y ciprés, y entre las piernas de ambos descansaban sus respectivos bastones de acebo. Repararon en la joven María, pues los cabellos dorados de aquella angelical criatura llamaban la atención de cualquier moro, judío o cristiano que se tuviese por hombre.

Al pronto dejaron a un lado la plática para fijarse en sus bien dibujadas curvas.

—¡Vive Dios! Belleza y donaire prodigas, zagala... Y soberbios atributos los que asoman por el degolladero.

María ignoró el soez requiebro del más joven de los pastores, así como las

chocarreras carcajadas que vinieron después. Siguió caminando sin volver la vista atrás, aunque le fue imposible evitar que la soflama provocada por la vergüenza arañara con rabia sus mejillas. Sólo cuando se alejó de ellos se atrevió a bajar la mirada hacia el blusón de arpillera aprisionado bajo el corpiño. Comprobó que sus pechos eran demasiado turgentes y generosos como para ir mostrándolos por encima del escote. Para evitar miras lúbricas, con suavidad y experiencia alzó la tela con el fin de introducirlos un poco más hacia dentro.

Después de recorrer la distancia que la separaba del villorrio, finalmente llegó a un grupo de caseríos y otras haciendas erigidas en mitad del valle. Conocía a casi todos sus propietarios desde hacía años, no en vano había pasado parte de su vida en Zugarramurdi. Consideró por ello hacia dónde dirigir sus pasos, mirando en derredor suyo en busca de algún vecino al que proponerle un trueque de intereses: trabajo a cambio de comida y techo.

Ya tenía decidido acudir a la iglesia, para ver si el párroco podía acreditarla ante una buena familia, cuando escuchó la voz de una mujer llamándola desde la puerta del establo que había frente al camino. A María le extrañó que lo hiciese por su propio nombre, pues creyó que nadie habría de reconocerla después de cuatro años sin pisar aquellas tierras.

—¿María? ¿Eres tú, pequeña? —inquirió la dueña de la heredad por la que transitaba en ese instante—. ¡Por los clavos de la Vera Cruz! ¡Si eres María de Ximildegui, la hija de Gastón *el Zarracatín*!... Hay que ver lo que has crecido.

Fue escuchar el apodo de su padre —que le había sido impuesto por los vecinos por aquello de que comerciaba con ropa vieja—, y al momento volvió a sonrojarse. Y aunque peor oficio era el de pellejero, a María no le agradaba que le recordasen la penuria en la que se hallaba sumida su familia.

Dicha mujer debía tener unos pocos años más que ella. Llevaba el cabello cubierto por una albanega de fustán. Su atuendo, aunque era el que se esperaba de una campesina, poseía cierto empaque y señorío que lo hacía diferente a la indumentaria de las demás aldeanas. Tanto la falda como la sobrefalda eran de lino, así como el jubón cortado hasta la cintura con cuello de tirilla y sin mangas, cuyos botones de madera estaban forrados en tela tafetán, lo que venía a indicar que su familia disfrutaba de recursos económicos suficientes.

Al observarla detenidamente, María tuvo que admitir que su rostro le era familiar.

—¿Vos me conocéis? —inquirió con cierta curiosidad cuando la tuvo a su lado.

—Veo que no me recuerdas —la otra constriñó su mirada, fingiendo sentirse un tanto ofendida por la pregunta—, y eso que sus buenos cuartillos de plata le costaba a mi madre sustentar a la tuya... Necato creo que se llamaba, ¿verdad?

María afirmó con un silencioso gesto, pero seguía sin reconocerla. La dueña del caserío le refrescó la memoria, confesándole que años atrás su madre —la de la francesa— había trabajado en casa de su familia como criada. Entre otros calificativos, dijo de ella que era chismosa, parlanchina, haragana, chambona,

callejera y devota de las fiestas mundanas, pero una eficiente y leal doncella. Y aunque sus palabras parecían expresadas desde el cariño, a María de Ximildegui no le hizo ninguna gracia tener que escuchar tales epítetos. Era como si pretendiese desprestigiar la imagen de su madre.

Después de avivar su memoria con aquel episodio, finalmente la reconoció. Se trataba de María de Yurreteguia, la hija del guarnicionero, que por aquel entonces estaba comprometida con un molinero llamado Esteban de Navalcorea, ahora su esposo. Este se ganaba el sustento diario gracias al molino que fray León de Aranibar, abad de la parroquia de San Salvador de Urdax, le había arrendado a su anciano padre: el auténtico dueño del caserío donde moraban.

Se decía de María de Yurreteguia, cuando la francesa y sus padres vivían en Zugarramurdi, que se trataba de una joven lenguaraz y descocada. Incluso, y eso era lo que más temía María de Ximildegui, se rumoreaba que asistía a muchas de las reuniones nocturnas que las sorginas solían celebrar en el prado de Berroscoborro, siempre promovida por los tejemanajes de sus tías María Txipia, vieja tullida y maestra de novicios, y Graciana de Barrenetxea, que era la reina del *sabbat*.

A pesar de todas estas referencias, de las que hizo oídos sordos por interés, María necesitaba encontrar una hacienda donde servir. Fue por lo que reprimió su deseo de mandarla al infierno allí mismo, y haciendo de tripas corazón le rogó que la acogiera en su casa como doncella, tal y como su madre había hecho en el pasado con la suya.

María de Yurreteguia aceptó el ofrecimiento, alegando que ciertamente necesitaba que alguien le echase una mano en los menesteres de la casa. Le ofreció cama y tres comidas al día, e incluso le prometió consignarle cuatro reales por semana. Esto último, siempre y cuando quedase satisfecha con su trabajo.

—Si estás de acuerdo ya puedes dejar de vagabundear de un lado a otro —le dijo—. Coge tu fardel y sígueme. Lo primero que voy a hacer es despiojar tus cabellos —hizo una mueca de repulsión—. Estoy segura de que debes de haber acumulado una procesión de liendres durante tu viaje desde Ciboure. Porque vienes de allí, ¿verdad? —preguntó—. Ahí es donde nos dijo tu madre que os marchabais cuando hace años os vimos partir de Zugarramurdi.

—En efecto... de allí vengo —afirmó María con voz queda, proyectando una tímida sonrisa.

Se agachó para recoger la talega donde llevaba una muda de ropa y algo de alimento, a fin de caminar en pos de su nueva ama.

Después de que la dueña se adelantara a abrir el pequeño ventanal que daba al establo que había en la parte de atrás de la casa, orientado hacia las colinas, la joven miró de un lado hacia otro con verdadera aprensión. El lugar presentaba indicios de haber sido utilizado como secadero de pieles: había manchas de sangre seca dispersa por todo el suelo. Una imagen bastante desagradable, a su parecer.

Colgada del techo, muy cerca del dintel de la puerta, una lámpara de aceite

iluminaba el camaranchón. Al margen de un destartalado cofre de oxidados herrajes, una vieja silla de enea arrinconada tras la puerta y el mugriento bacín donde habría de hacer sus necesidades, pudo ver un jergón de paja tendido en el suelo. Estaba cubierto por un par de sábanas de cuero curtido y una sucia frazada de piel de oveja. El aroma de aquel cuartucho no era menos repulsivo que una letrina, pues en el ambiente se entremezclaban las pestilencias que provenían del chiquero donde se guardaban los cerdos, con el rancio tufillo a madera vieja que desprendían las vigas que sustentaban la techumbre.

María de Yurreteguia le sugirió que guardara sus pertenencias en el arcón, y que después se aprestase a bajar a la cocina para proceder al despioje antes de que la enviara a ordeñar las cabras y a curtir las pieles.

—Si no estás versada en este oficio —le previno—, yo misma te enseñaré a secar, estaquear y descarnar los cueros.

Dicho esto, la dueña se marchó dejándola a solas en su pequeño reino de gélidas paredes encaladas.

María se sintió satisfecha al haber podido encontrar unos amos a quienes servir, y más después de constatar el buen talante que derrochaba la joven esposa del molinero. Guardó sus viejos hatos en el cofre, tal y como esta le había aconsejado. Después rebuscó en lo más profundo del fardel hasta dar con un mendrugo de pan —tan negro como la tez de un moro— y una onza de queso curado que apestaba a demonios. Tomó asiento en la silla. Tratando de relajarse, se dispuso a embuchar con rapidez la insustancial pitanza de urgencia antes de iniciar las tareas domésticas.

Al tiempo que engullía a dentelladas los pocos víveres que le habían sobrado del viaje, pues estaba desfallecida a causa del hambre que arrastraba desde primeras horas del día, se dejó llevar por el recuerdo. Así, evocó uno de los momentos más impenetrables de los vividos los últimos meses.

Acaeció que llegado el tiempo de la Cuaresma se vio obligada a confesarse, ya que los remordimientos de conciencia apenas le permitían conciliar el sueño y se pasaba las noches en una insoportable duermevela. Temerosa de que el sacerdote, en mitad del sacramento de penitencia, le recriminara sus malas artes como bruja, pues había renegado de Dios en presencia de paganos, decidió ocultarle su apostasía. Tuvo miedo de enfrentarse a las iras de la Iglesia católica y también a las amenazas de las sorginas, que preveían una desgracia en caso de que hablara más de la cuenta.

Tras confesarse de sus otros pecados, aguardó el momento de recibir el santísimo sacramento. Pero he aquí que le fue imposible tomar el Cuerpo de Cristo como el resto de los parroquianos, y todo porque en lugar de la sagrada forma veía una nube oscura envolviendo las manos del sacerdote. Aquella visión la aterrorizó tanto que tuvo que marcharse antes de que finalizara el oficio.

Obsesionada por culpa de aquel prodigio sobrenatural del que fue testigo en la iglesia, María cayó enferma de melancolía al comprender que Dios no deseaba dispensar su reniego y que, de ser así, seguía bajo el dominio del diablo; pues era

cosa bien sabida que a los brujos les es imposible ver la hostia una vez bendecida.

Con el propósito de expiar sus culpas marchó hacia una vieja ermita que había a media legua de Ciboure. Allí estableció contacto con otro sacerdote, hombre docto y comprensivo con las infracciones de los lugareños. Una vez que escuchó su confesión, este le aconsejó citar el nombre de Jesús al comienzo de cada una de las horas del oficio divino, con el fin de alejar a los demonios. Aunque, eso sí, renunció a darle la absolución hasta no recibir la aquiescencia de su ilustrísima Bertrand d'Echaus, obispo de Bayona.

A partir de entonces volvió a distinguir la Sagrada Forma, e incluso pudo participar de la Eucaristía.

No obstante, y a pesar del tiempo transcurrido, María seguía teniendo la extraña impresión de que aún estaba bajo la atenta y crítica mirada de la secta de los brujos.

IV

Mi presencia en Logroño debió alterar la sistemática metodología utilizada por los otros miembros del Tribunal, pues en los días que siguieron al primer interrogatorio la tirantez entre mis colegas y yo fue en aumento. Don Alonso Becerra, que era el inquisidor de mayor autoridad y hombre de austero carácter, había aceptado como válidos, desde el principio, los hechos testificados y denunciados por los vecinos de Zugarramurdi: declaraciones que le fueron remitidas por fray León de Aranibar en distintos despachos. Al igual que él, don Juan del Valle creía que los acusados formaban parte de una gran secta de brujos que tenía su origen al otro lado de la frontera y que se extendía por toda Navarra con el fin de demonizar a sus gentes. Según mi criterio, las delaciones no coincidían y había continuos detalles en los testimonios que resultaban contradictorios.

El sentido crítico de mis palabras, avaladas por la lógica y no por afirmaciones de escasa credibilidad asociadas a la superstición, fueron motivos de ligeras discrepancias. Con el transcurso del tiempo, tales desavenencias llegaron a convertirse en motivo de hablilla entre los frailes del convento, así como entre los consultores del Santo Oficio. Censuraban, a mis espaldas, los argumentos que solía exponer cada vez que me reunía con mis colegas del Tribunal para debatir la realidad de los sucesos acaecidos en la región de Xareta. De hecho, el ordinario del obispado y varios juristas iban proclamando por todo el monasterio que mi única intención era la de ridiculizar la dilatada experiencia de los demás inquisidores, amparándome en la protección que me otorgaba el arzobispo de Toledo. Tuve que hacer frente a las fuertes críticas, con humildad, para no empeorar mi relación con ellos. Debía, ante todo, mirar bien por dónde pisaban mis pies, y a un mismo tiempo hacerlo con firmeza para no dejarme avasallar.

Con el propósito de no fomentar la animadversión entre nosotros, apoyé la iniciativa de don Juan del Valle —que era quien se encargaba de la prosecución del sumario— de viajar hasta el valle de Baztan en busca de un mayor número de pruebas que viniesen a corroborar la existencia de brujas en la región. Su labor, al margen de interrogar al resto de los vecinos de las villas colindantes a Zugarramurdi, era la de entrevistarse personalmente con el abad del monasterio de Urdax, el comisario de Vera y los vicarios de Lasaka y Santesteban. Aproveché la ocasión para recordarle la necesidad de interrogar nuevamente a María de Ximildegui, la joven que había iniciado las delaciones, aconsejándole que tuviese a bien exigirle pruebas materiales que vinieran a demostrar la veracidad de su confesión; tales como

ungüentos, vestidos, pócimas, e incluso esos sapos que decía haber recibido, al igual que los demás participantes del conventículo.

Por su parte, don Alonso Becerra le sugirió que efectuara los arrestos convenientes con el fin de acabar de una vez por todas con las prácticas diabólicas que azotaban la comarca, pues así se lo habían exigido encarecidamente desde Madrid.

Aquella instancia me llevó al convencimiento de que existían secretas razones, posiblemente de Estado, para someter a los navarros, que dicho sea de paso se habían convertido en un auténtico quebradero de cabeza para el rey Felipe el Tercero, cuyos predecesores tuvieron que resolver la integración de Navarra separando en dos al Viejo Reino, unificando la religión y el idioma, haciendo coincidir los límites estatales con los diocesanos y atrayendo a los poderes locales. Lo único que se pretendía, propalando la idea de que la región estaba en manos de los hijos del diablo, era seguir manteniendo la institución de la frontera. Aunque era consciente del ardid político urdido entre palacios y conventos, tuve que fingir no saber nada y limitarme a cumplir con mi encomiable labor, que era averiguar la verdad de lo acaecido y juzgar a los culpables, si es que los había.

Aprovechando la ausencia del licenciado don Juan del Valle, que finalmente marchó hacia la villa de Zugarramurdi, y el hecho de que don Alonso se viera agobiado por el trabajo y por las reuniones que mantenía con el prior del monasterio y los demás calificadores del Santo Oficio, que le dejaban poco tiempo para ocuparse de la suerte de los reos, di orden de que estos fuesen realojados en otras celdas algo menos insalubres. Cuando el alguacil me preguntó por qué motivo, le dije que debíamos proporcionarle un poco más de luz y aire fresco a los acusados, o posiblemente morirían antes de que se celebrase el juicio. En realidad, sólo pretendía concederles el privilegio de sentirse seres humanos y no animales enjaulados. La misericordia era lo único que podía ofrecerles para atenuar su dolor. Además, me urgía hablar nuevamente con ellos, y debía hacerlo de forma individual para que no se viesan intimidados por la presencia de sus amigos y deudos. Sólo entonces hablarían sin ambages.

Días después del traslado de los prisioneros, poco antes de la hora tercia, mandé llamar a don Gonzalo. Le dije que cogiese su atril y sus útiles de escribanía porque íbamos a hacerle una visita a una de las inculpadas, concretamente a María de Yurreteguia. Y así, sin contar con los demás miembros del Tribunal, dejamos atrás los muros del convento y juntos nos allegamos al palacio inquisitorial en busca del alguacil.

Lo encontramos en su garita, dormido junto a la puerta de recia madera que conducía a los sótanos y salas de castigo. Zarandeeé sus hombros, y al hacerlo casi se cae del escabel donde se hallaba sentado, pues mantenía la espalda retrepada contra la pared y al despertar de forma brusca casi pierde el equilibrio. Le pedí que nos acompañase de nuevo a las mazmorras. Y aunque accedió a mi demanda lo hizo a

regañadientes, bisbiseando una larga serie de juramentos y maldiciones.

Necesitaba hablar a solas con María de Yurreteguia, pues ella había sido la primera inculpada y el origen de la cacería de brujas. Me pareció un buen comienzo.

—¿Existe algún motivo por el que vuestra señoría desee interrogar de nuevo a esa mujer? —quiso saber don Juan de Jaca, bostezando después de formular su pregunta.

—A mi parecer, tiene mucho que decir todavía.

—Que no os confundan sus artimañas —me aconsejó—. Tras las palabras de una mujer sólo se esconde la más corrupta de las mentiras. Dios las hizo así de pérdidas desde el principio de los días.

—Vuestro conocimiento sobre la materia me sorprende —ironicé de forma sutil, pues no esperaba de él una reflexión tan profunda sobre el sexo femenino.

—Casado estoy desde hace veinte años, y en todo ese tiempo he aprendido que no se puede confiar en una hembra... niña, moza o vieja.

Aunque para nada compartía su opinión, opté por guardar silencio. No había acudido a las cárceles secretas de Logroño para participar de un debate sobre las virtudes y defectos de la mujer, sino para hablar concretamente con una de ellas. Era lo único que me importaba en aquellos instantes.

Seguimos descendiendo las escaleras camino de los calabozos. Al cabo de unos minutos nos detuvimos en un corredor abovedado de reducida altura que parecía precipitarse sobre nuestras cabezas. A lo largo del muro de la angosta galería se alineaban varios portones con pequeñas troneras enrejadas por donde se solía abastecer de agua y comida a los condenados. El alguacil nos abrió la puerta de la celda situada en primer lugar. Se apartó a un lado para que pudiésemos entrar, después de entregarle el hachón a mi secretario.

—Y lo dicho... desconfiad de esa arpía —fue su recomendación antes de marcharse—. Que no os seduzcan sus bonitos ojos ni las sinuosas curvas de sus pechos.

Aquel comentario resultaba impropio, y más teniendo en cuenta mi condición de canónigo y mis hábitos de inquisidor. No se lo tuve en cuenta, pero estaba fuera de lugar.

Una vez que atravesamos el umbral cerró la puerta, quedando fuera como buen guardián.

María se puso en pie nada más vernos entrar en la celda. Pude comprobar, con cierta satisfacción, que aun siendo un lugar terrible y sombrío era bastante más confortable que la inmundada mazmorra donde habían sido reclusos en un principio. Por lo pronto, un pequeño orificio en el muro permitía la entrada de un inconsistente rayo de luz, un nimio detalle que, de seguro, habría de levantar el ánimo de los confinados en los distintos calabozos de aquel infierno.

Le hice un gesto a mi secretario para que dejase la tea en el antorchero; y en el suelo, el atril y demás útiles que sostenía con cierta dificultad.

—Acomodaos en el escañuelo, don Gonzalo —le indiqué un banquillo de madera

que había en una de las esquinas, medio oculto por las sombras—, pues al margen del jergón de la acusada, no veo otro lugar mejor donde hacerlo.

—¿Y vos?

—Permaneceré de pie.

—Como guste vuestra señoría.

Colocó el escabel bajo la antorcha con el fin de tener suficiente luz como para transcribir adecuadamente la conversación. Extrajo la pluma de ganso y la tinta que guardaba en su pequeña caja de escribano.

Desvié mi mirada hacia María de Yurreteguia. Era una joven bastante atractiva, un peligroso «don» para quien había sido acusada de brujería. No tendría más de veintidós o veintitrés años de edad. Sus cabellos eran largos y sedosos, y tenía unos ojos tan profundos y verdes como el mar. No quise fijarme en sus otros atributos, que eran más que evidentes. Saltaban a la vista. Y no lo hice, no por temor a la fascinación, sino por respeto a su persona y también porque un siervo de Dios no debe, ni puede, dejarse influenciar por la tentación de la carne.

—Puedes sentarte, mujer —le dije, y ella obedeció de inmediato tras escuchar la traducción de mi secretario. Lo hizo sobre el pequeño entarimado donde descansaba el jergón—. Y ahora, responde a mis preguntas y dime la verdad... ¿Has renegado de Dios y te has ofrecido al diablo?

La interrogante pareció confundirla. No supo qué contestar. Al cabo de unos segundos, sus labios temblaron al pronunciarse:

—Jamás he renegado de Dios.

—Pero has copulado con el diablo —di por hecho que era así, aunque en realidad se trataba de una estratagema para hacerla hablar.

—Mi único pecado ha sido divertirme con otros hombres a espaldas de mi esposo —se sinceró, agachando la cabeza a causa del pudor.

—Y sin embargo, tu joven criada va diciendo por ahí que eres bruja.

—La única que tiene tratos con el demonio es mi tía María Txipia y su hija, que han estado proporcionándonos ungüentos y pócimas diabólicas con el propósito de someternos a su voluntad. Así os lo podrán confirmar mis primas María y Estebanía... también las demás mujeres.

En la mayoría de los casos de brujería, según pude comprobar en los diversos informes que se guardaban en la biblioteca del arzobispado de Toledo, los acusados solían buscar la reconciliación para evitar ser pasto de las llamas purificadoras, incluso delataban a algún familiar cercano para proporcionar una mayor credibilidad a su confesión. Con estas referencias, tuve pleno convencimiento de que aquella mujer sólo pretendía salvar su vida, aunque fuese a costa de los demás.

—Dices eso para acogerte al edicto de gracia del Tribunal, porque temes acabar en la hoguera.

—¡Os digo la verdad! —exclamó, retorciendo la falda con sus manos en un claro gesto de desesperación—. Ya desde niña fui embaucada por un puñado de viejas que

solían celebrar sus reuniones nocturnas en el prado y en las cuevas de Zugarramurdi. Entre ellas, como ya confesé días atrás, se encontraban mis tías María Txipia y Graciana de Barrenetxea.

—Es la primera vez que oigo ese nombre —admití—. ¿Es una de las acusadas?

—Era la madre de María y Estebanía de Yriarte. Murió después de que los vecinos la ataran a un poste, le infligieran terribles tormentos y la dejaran morir sin ningún cuidado —se mordió el labio inferior—. Esa zorra de María de Ximildegui, mientras la vieja agonizaba, llegó a decir que veía un hombre negro junto a Graciana, mordiéndole la quijada... algo que nadie más que ella podía ver. Todos creyeron que se trataba del diablo que venía a por su alma.

—Entonces, ¿reconoces que hay motivos para creer que sois hijas del demonio?

—Si es eso lo que deseáis oír, no seré yo quien os contradiga.

Su actitud me resultó bastante más dócil que cuando la interrogué por primera vez. Necesitaba averiguar los motivos.

—¿Has hablado con algún inquisidor después de la última consulta ante el Tribunal?

Afirmó con un ligero gesto de cabeza, pero guardó un cauto silencio.

—¿Puedo saber con quién? —insistí.

—Con el licenciado don Juan del Valle. Vino a verme en compañía del alguacil antes de partir hacia Zugarramurdi.

—¿Te pidió él que reconocieras tu culpa?

—Sí... me dijo que sería lo mejor para mí. Y luego... —se detuvo, vacilante—. También me aconsejó que guardara silencio, que no hablara con nadie más que con él.

—¿Ni siquiera conmigo? —pregunté, obviamente después de que don Gonzalo me tradujese la respuesta de la acusada.

—Lo siento, pero no puedo decir nada más.

—Podría hacer que te azotaran por rebeldía —intenté amedrentarla con duros castigos.

Sintiéndose incómoda por el rigor con que estaba conduciendo el interrogatorio, se puso en pie. Antes de que yo o mi secretario pudiésemos reaccionar, se aflojaron los cordeles del jubón con una mezcla de furor e impotencia y sus espléndidos senos quedaron al descubierto. He de reconocer que la visión de la carne, por un instante, consiguió turbar mi espíritu, aunque lejos de provocar mi ardor como hombre lo que sentí fue lástima de aquella pobre mujer, pues varias heridas, ya cicatrizadas, cruzaban su pecho de un extremo a otro: la habían azotado con marcada crueldad. A continuación se giró para mostrarnos su espalda. También allí vimos señales de latigazos.

Tras cubrir su cuerpo con el blusón, se volvió de nuevo hacia nosotros.

—¿Me haríais vos lo mismo?

Me dirigió una mirada tan penetrante que no supe contestar. Aun así, debía

continuar con mi trabajo. Un castigo de esa índole, nada extraño ante una acusación de brujería, no podía dirimir el interrogatorio.

—¿Hay algo más que quieras contarme? Prometo guardar en secreto tu confesión.

—No, lo siento.

—¿Estás segura? —insistí, tratando de presionarla.

—Ya os lo he dicho todo.

Tenía intención de dar por finalizada la consulta, pues estaba seguro de que no habría de sacarle ni una sola palabra más, cuando me asaltó un instintivo pensamiento. Abusando de mi autoridad —era hartamente arriesgado poner en entredicho los métodos de mis colegas del Tribunal— le formulé una última pregunta:

—Antes has reconocido ser una adúltera, y haber mantenido relaciones carnales con otros hombres fuera del matrimonio. Dime, ¿has realizado el coito desde que llegaste a Logroño? ¿Alguien de aquí ha demandado tus favores?

El rostro de la acusada sufrió una inexplicable transformación, pues al pronto sus mejillas palidieron y su cuerpo comenzó a temblar.

—No... nadie —titubeó unos segundos.

Pálida como la cera, guardó silencio de sepulcro.

Desvié mi mirada hacia el secretario, que seguía traduciendo nuestra conversación del vascuence al castellano a la vez que escribía en el pergamino todo lo que se iba diciendo.

—Don Gonzalo, borre mis últimas palabras... y también las de la acusada.

Así lo hizo, intuyendo que el cuestionario de preguntas podría comprometer la probidad de algún miembro del Tribunal, como podía ser el caso de don Juan del Valle Alvarado.

Contrito por los pecados ajenos, abandoné la celda de María de Yurreteguia con un amargo sabor de boca.

Visité uno a uno a todos los acusados. El alguacil no cesaba de rezongar. Parecía incomodarle el hecho de que cumpliera con mi obligación como inquisidor del Santo Oficio, algo incomprensible teniendo en cuenta que aquel hombre formaba parte del brazo secular y que su trabajo no era otro que acogerse a los mandatos de los inquisidores. Ignoré sus gruñidos de exasperación, que ya comenzaban a resultarme tan desagradables como irrespetuosos. Puede que su impaciencia tuviera que ver con el hecho de que faltase muy poco para la hora sexta. Así lo deduje por el rugido de sus tripas, pues parecía llevar ocultos en su vientre una camada de gatos recién paridos. Aunque eso no justificaba su actitud.

—Descuidad, don Juan —le dije—, que con esta ya acabamos.

Farfulló un nuevo exabrupto que no llegué a entender, pero que intuía como un juramento destinado a maldecir todo aquello que tuviera que ver con el diablo.

Tras alcanzar el último de los portones de los calabozos, se agachó para introducir la llave en la cerradura. Con un chirrido estrepitoso, la puerta cedió al empuje del

alguacil.

—Ahí la tenéis... —señaló a la acusada con un gesto de su cabeza, la cual permanecía acurrucada en un rincón sujetándose las piernas con ambas manos—. Esperaré fuera, como de costumbre.

Me pareció intuir cierto despecho en sus palabras. Obvié su agrio carácter y entré en la celda en compañía de mi secretario, que nuevamente recibió la antorcha de manos de don Juan. Llevando a cabo su ritual, colocó el atril frente a la única banqueta que había, sentándose después de introducir la tea en el hachero.

Estebanía nos observaba con ceño. Por un instante sentí su odio como algo tangible, como una bofetada de desprecio. Yo, sin embargo, lejos de sentirme ofendido la miré con otros ojos, con algo más de humanidad.

No podía decirse que fuera una mujer atractiva, aunque sí es verdad que escondía cierta magia tras su deleitable sonrisa. Una enorme cicatriz le atravesaba la mejilla derecha de un extremo a otro, confiriéndole al gesto cierta disciplina. Tenía un párpado caído hacia abajo, como si aquel estigma, que posiblemente arrastraba desde hacía demasiados años, fuese un remanente de su impenetrable personalidad. Iba desaliñada, vestida tan sólo con una mugrienta y jironada camisola que le llegaba hasta las corvas. Como estaba sentada en el suelo, con las piernas recogidas, mostraba sin pudor gran parte de sus muslos.

Cometí el error de dejar que mis ojos se posaran en dicha zona de su cuerpo durante unos segundos. Sintióse inspeccionada, abrió del todo las piernas para mostrarme su piloso y cálido sexo.

—¿Os parece bien así? —inquirió, mordaz.

Su deseo no era otro que el de provocarme.

No comprendí muy bien sus palabras hasta que don Gonzalo me las tradujo. Para entonces ya había apartado la vista hacia otro lado, impelido por el decoro.

—Será mejor que te sientes sobre el jergón —le aconsejé, y mi secretario así se lo hizo saber.

—¿Y si no?

Ladeó su cabeza de forma provocativa, paseando la punta de su lengua por encima del labio superior.

—En caso contrario ordenaré que te azoten.

Mi contestación debió intimidarla, pues accedió de inmediato a mi demanda. Ya no sonreía como en un principio.

—Dime... ¿Es cierto que el diablo se os aparecía en mitad del prado, y que tenía forma de macho cabrío?

—Un diablo había, os lo juro... y cabrones unos cuantos más —se mordió una uña. Sus ojos proyectaban cierta ironía.

Se estaba burlando nuevamente. Según juzgué, no merecía la pena seguirle el juego. Era una pérdida de tiempo.

—¿Le rendíais tributo al demonio? —seguí adelante con el interrogatorio.

—Sí; nos lo exigía mi suegro, que andaba religado con mi difunta madre.

—¿Te refieres a Miguel de Goyburu?

—El mismo. Era el rey del *akelarre*.

—¿Fornicabais con él?

—¿Con quién, con Miguel o con el diablo? —quiso saber.

—¿Acaso no eran la misma persona?

Aguardé su reacción, después de que don Gonzalo le trasladara mi pregunta. Retrayéndose, frunció la mirada.

—Sabéis demasiadas cosas.

—Es mi deber como inquisidor llegar hasta el fondo de la verdad —le recordé, siempre en un tono de voz comedido pero a la vez severo.

Lejos de amilanarse hizo un mohín con sus labios, un gesto incisivo henchido de soberbia.

Vanitas vanitatum et omnia vanitas.

—Pero lo que vuestra señoría no sabe es que celebrábamos misas negras en el prado y en las cuevas, a las afueras de Zugarramurdi.

Aquel era un detalle bastante significativo, pues no había ninguna referencia a celebraciones de esas características entre las confesiones de los demás encausados.

—Explícate...

—Veréis... Miguel es capaz de invocar al diablo con sus conjuros y cánticos. Cuando este hace acto de presencia nos ordena levantar un dosel con paños oscuros y viejos, bajo el cual se erige un altar en su honor. Sobre el ara colocamos el cáliz con las hostias negras, el misal y las vinajeras —me fue explicando—. Como buenas esclavas tuyas que somos, vestimos al demonio con un hatillo sucio y maloliente. Para tal menester nos ayudan varios criados que trae consigo desde el infierno —entrecerró su único ojo sano, como queriendo circundar sus palabras con un aura de misterio—. Oficiamos la misa cantando a propósito con voz desentonada, como si fuésemos cerdos. Mientras, el diablo lee un misal de piedra y predica un sermón en el que nos dice que no hay más dios que él. Entonces nos ofrece una oblea nauseabunda al final de la eucaristía, diciendo: «Este es mi cuerpo». Y los demás, respondemos: «Cabrón arriba... cabrón abajo».

O aquella pobre mujer estaba realmente loca, cosa que no dudé ni un instante, o poseía una desorbitada imaginación. Creo que intentaba salir indemne del interrogatorio alegando toda aquella sarta de estupideces.

—Decidle que continúe —le dije a mi secretario, y este así se lo hizo saber.

—Recuerdo que de pequeña me obligaron a renegar de Dios —prosiguió con su descabellada historia, enfatizando cada palabra—. Los brujos y brujas más ancianos, entonces igual que ahora, prevenían a los novicios para que se cuidasen de nombrar el nombre de Jesús o el de la Virgen María en las reuniones que se celebraban en el prado. También nos prohibían persignarnos. Una vez iniciado el conventículo, accedíamos a sus demoníacos caprichos y nos holgábamos con el resto de los brujos,

bailando desnudos alrededor del fuego. Satanás nos obligaba a pasar a través de la hoguera diciéndonos que no habríamos de sufrir ningún daño, pues el fuego del infierno, a pesar de que los sacerdotes afirmaban lo contrario en sus sermones, ni quemaba ni daba pena alguna, sino que proporcionaba cierto placer en el alma. Y que así, formando parte de su legión de servidores, podíamos hacer todo el mal que deseáramos sin temor a sufrir las terribles inclemencias que nos han hecho creer los que portan el estandarte del cristianismo.

Sopesé en silencio sus palabras. Su explicación de lo que era un *akelarre* me recordaron las grotescas imágenes de un cuadro que pude ver en el palacio de los herederos de don Felipe de Guevara, un óleo pintado por un holandés llamado Hieronymus Bosch, donde los rostros humanos, así como las figuras de los esperpénticos animales que parecían poblar las profundidades del infierno, se perfilaban como distorsiones caricaturescas destinadas a representar la ruindad y la bajeza de las personas.

Cambié el tercio de la conversación.

—Se dice por ahí que tu madre era herbolaria... una sorgina.

—La mejor —añadió con orgullo.

—¿Tú y tu hermana conocéis el poderoso secreto de las plantas?

—Sí; ya de niñas solíamos ayudar a nuestra madre y a nuestra tía en la elaboración de las pócimas y ungüentos.

—¿Has oído hablar alguna vez del *Codex Vindobonensis*, o de algún otro libro del físico herbolario Dioscórides?

—No sé leer ni he visto un libro en mi vida, pero conozco las propiedades de casi todas las plantas.

—¿Utilizaste alguna vez la *Mandrágora autumnalis* en tus bebedizos... o la *Datura stramonium*?

—No sé distinguirlas por su nombre, pero las reconozco en cuanto las veo.

—Dichas hierbas trastornan el seso de quien las ingiere, ¿lo sabías? —insistí, tenaz.

—Por ello son armas que utiliza el diablo para proporcionarnos poder.

Me olvidé de las plantas. Le hablé entonces de las confesiones de sus otros compañeros. Pero antes me dirigí a mi secretario.

—Don Gonzalo, vos habéis sido testigo de todos los interrogatorios que hemos realizado esta misma mañana... ¿No es cierto que María Txipia, poco antes de que acudiésemos a esta celda, ha negado cualquier vínculo con el diablo?

—Cierto. Escrito está —afirmó, un tanto solemne.

—Decídselo, pues.

Así lo hizo, hablándole en su difícil lengua. Tras lo cual, continué con el interrogatorio.

—Y bien Estebanía... ¿Podrías explicarme la actitud reacia de tu tía a no aceptar su culpa?

—Es demasiado vieja para temerle a la muerte.

—Y tú demasiado joven para morir, ¿verdad? —sentenció—. Dime, ¿qué fuego te provoca mayor temor, el de la hoguera o el del infierno? —concluí, lapidario.

Me miró de soslayo, sopesando el significado oculto de la pregunta. Tardó unos segundos en responder.

—De los dos, el que es motivo de suplicio.

—¿No puedes ser más explícita? —porfié, fingiendo ignorancia.

—Vuestra señoría ya conoce la respuesta.

No quise insistir. Sabía, por dilatada experiencia, que los acusados de brujería aceptaban su delito con el único propósito de acogerse al edicto de gracia. Cualquier confesión arrancada por medio de amenazas y torturas sólo serviría a los intereses de la ambigüedad.

—Doy por finalizado el interrogatorio —le dije a mi secretario—. Será mejor que nos vayamos.

—¿Y qué hay de mí? ¿Tendréis en cuenta mi confesión a la hora de juzgarme? —inquirió Estebanía, poniéndose en pie al ver que pensaba marcharme sin decirle antes qué opinión me merecían sus respuestas.

—*Qui seminat iniquitatem, metet mala* —respondí en el idioma de los eruditos, dándole a entender que quien sembraba iniquidad recogía calamidades. Miré a don Gonzalo, el cual, fiel a su labor, terminó de escribir mis últimas palabras—. Recoged vuestros útiles de escribanía. Don Juan debe estar aguardándonos con impaciencia.

Efectivamente, apoyado en el muro del corredor y con cara de pocos amigos, el alguacil esperaba a que saliéramos de la celda de la última inculpada. Se acercó con el fin de cerrar la puerta.

—¿Podemos irnos de este infecto lugar? —preguntó, cansado de tanto esperar—. Lo digo porque no hay más reos que interrogar y mi estómago me exige a gritos una escudilla de lentejas.

—Sí, ya nos vamos —contesté, dándole la espalda. Apenas había alcanzado la puerta de salida de las hediondas mazmorras, cuando me giré para decirle—: Pero ha de saber, don Juan, que si volvéis a ponerle una mano encima a María de Yurreteguia, sea para azotarla sin el consentimiento del Tribunal, o para abusar de ella como mujer, yo mismo me encargaré de encerraros para siempre en la más oscura de estas celdas.

No pude ver la expresión de su rostro, pues le di la espalda para ascender las escaleras en compañía de mi secretario. Y sin embargo, barrunté el temor que se había adueñado de su alma al escuchar mis palabras. Y es que no hay nada peor que verse desnudo moralmente por culpa de la verdad.

Aquel bastardo jamás intentaría aprovecharse de su cargo, y mucho menos volvería a amenazar a ninguna mujer para que cediese a sus más bajos instintos carnales.

Durante los cinco primeros días que estuvo ayudando a la dueña en sus quehaceres, María de Ximildegui sólo coincidió en un par ocasiones con Esteban de Navalcorea y su padre, el viejo Íñigo. En este tiempo apenas cruzaron con ella unas pocas palabras. No es que pretendiesen ignorarla, que hubiera sido una descortesía por su parte. Si el diálogo entre ellos no prosperó más de lo estrictamente necesario fue porque se sentían cansados, exhaustos de tener que afrontar varias jornadas consecutivas de firme trabajo. Por tanto, lo último que deseaban era perder su tiempo con conversaciones baladíes de índole doméstico: un vulgar entretenimiento propio de mujeres. El deseo de ambos, en aquellos instantes de extenuación, no era otro que dormir unas pocas horas antes de enfrentarse a un nuevo día de esclavitud laboral.

En lo referente a su contratación, no pusieron objeciones. Los hombres aprobaron su permanencia en la casa después de que María de Yurreteguia les dijese que era hija de Necato Boguet, la esposa de Gastón *el Zarracatín*. Aunque, ciertamente, también influyó el hecho de saber que un rostro joven y bonito habría de placerles la vista cada vez que regresaran del trabajo. Su presencia vendría a alegrar la grisácea uniformidad que se vivía en el caserío desde hacía ya varias semanas.

El motivo de que Esteban de Navalcorea y su padre pasaran una o dos jornadas seguidas fuera de casa se debía a la incesante tarea de moler el trigo —quehacer que realizaban día y noche— y a la legua de distancia que separaba a Urdak de Zugarramurdi. De mutuo acuerdo, padre e hijo pernoctaban en el molino a fin de no perder su tiempo yendo diariamente de una villa hacia otra, algo que resultaba agotador. Para hacer acopio de sustento solían llevar consigo sus mulas y arreos con las alforjas bien atiborradas de cecina de chivo, queso de oveja, pan candeal y vino curado de la baja montaña de Navarra.

Un día después de que se despidiera nuevamente de su esposo y de su suegro, María de Yurreteguia, sin pudor alguno, se sinceró con la francesa. Le confesó en tono socarrón, ya que la tenía por amiga, que echaba en falta un hombre que le diese calor las largas y frías noches de invierno, pues era hembra de natural fogoso y no estaba acostumbrada a tanta soledad. Aunque, por otro lado, reconoció que la ausencia de Esteban la eximía de tener que darle explicaciones cada vez que iba a visitar a su tía Graciana, a la que solía acudir en busca de un remedio que contrarrestase el mal de ojo o que aliviara el fuerte dolor de ovarios al que debía enfrentarse los primeros días de la «rosa roja».

Aquella misma tarde, tras darle de comer a los cerdos y de someter las pieles de cabritilla al baño curtiente de alumbre y sal —que habrían de convertirse en buenos y permanentes cueros—, María le pidió a su criada que la acompañase hasta Arraioz, donde vivía su tía en compañía de sus hijas, quienes habían heredado sus malas artes y su afinidad hacia todo lo que tuviese que ver con la magia de las plantas y el culto a los genios de la tierra. Al no poder negarse, ya que su labor como doncella consistía en acatar las órdenes de la dueña y someterse a sus caprichos, la joven se vio obligada a acceder a su petición, aunque lo hizo a regañadientes. En el fondo temía que aquellas mujeres quisieran involucrarla en sus diabólicas reuniones al igual que ya le había ocurrido en Ciboure.

Aprovechando que el molinero tardaría un par de días en regresar, se pusieron en camino nada más despuntar el alba. Puesto que habrían de recorrer algo más de dos leguas, para luego volver a Zugarramurdi antes de que les sorprendiera la noche, decidieron atravesar las mugas de las distintas heredades con el fin de ganar tiempo. Mientras caminaban a solas por el valle, el gélido viento del norte fustigaba con vehemencia cada rincón de sus cuerpos. En el ambiente se percibía cierto olor a lluvia y tierra mojada, señal inequívoca que presagiaba el inminente arribo de una tormenta.

Horas después, cuando estuvieron a unos cincuenta pasos del caserío donde vivían Graciana y sus hijas, María le dijo a su criada en voz baja, de forma confidencial:

—Has de saber que mi tía es una mujer admirada en toda la región, aunque también hay algunos vecinos que la temen y respetan —le advirtió, sujetando la albanega que cubría su cabeza con el fin de que no se la llevase el fuerte viento que soplaba del norte—. Pero no por ello te sientas cohibida en su presencia. Ella, mis primas y María Txipia, son la única familia que me queda. No tienes nada de qué temer.

Lejos de aliviar su inquietud, las palabras de María lograron turbar más aún el ánimo de la francesa, que creyó ser víctima de una encerrona. Había algo de siniestro y misterioso en el tono de voz del ama, lo que fomentó su desconfianza.

Cruzaron el cercado de madera que bordeaba aquellas tierras, adentrándose después en la senda que conducía al caserío.

Como si estuviesen aguardando su llegada, la puerta se abrió para dar paso a una mujer de cabellos rojizos y encrespados. Presentaba una profunda cicatriz que iba de un lado a otro de la mejilla derecha. Tenía un ojo semicerrado, secuela de un mal aire que le había sobrevenido siendo ella una niña. Debía rondar los treinta y cinco años de edad, y a pesar de haber perdido un par de dientes en una reyerta —el día que la pillaron robando en casa del orfebre y le propinaron una monumental paliza—, poseía un cuerpo bien formado que venía a suplir el resto de sus numerosas imperfecciones.

Era Estebanía de Yriarte, una de las hijas de Graciana de Barrenetxea.

Saludó a María con efusividad, abrazándola como si en vez de primas fueran hermanas de sangre. A continuación le dirigió una pertinaz mirada a la joven que iba

con ella.

—¿Y tú quién eres?

—María de Ximildegui —contestó la francesa, con timidez.

—Trabaja en mi casa como criada —terció la esposa del molinero, justificando así su presencia.

Tras asentir en silencio, se apartó a un lado para que pudieran pasar quienes venían a visitar a su madre. María de Yurreteguia instó a su criada a que entrase sin ningún miedo.

Una vez dentro, la joven se encontró con un grupo de gente congregada frente al fuego del hogar. La más vieja de todos los allí reunidos permanecía sentada en el centro, con un manto ceñido sobre los hombros y un rebociño cubriéndole la cabeza. Le hacía compañía otra anciana que vendría a tener su misma edad; ambas tan arrugadas y rancias, que si bien el diablo no se las había llevado todavía al infierno no era por la edad, sino por sus rostros mal encarados y sombríos. En medio de ellas se sentaba un hombre de cabello plateado y frente arrugada. Sus pupilas chispeantes parecían contener el fuego del infierno.

Al otro lado de la habitación pudo ver a una mujer de cabello corto y dorado como el trigo. Su rostro se traía cierto parecido al de Estebanía. Sospechó, de inmediato, que debían ser hermanas.

Sentado en un escabel había un tipo alto, hercúleo, de nariz roma y frente despejada, que llevaba anudado a su cintura un mandil de herrero. Llamó su atención una vieja lisiada de no más de ocho palmos de altura, que avivaba el fuego de la hoguera añadiendo unas cuantas ramas secas que había en un cenacho de esparto. Los dos últimos miembros del corrillo eran un joven de ojos azules y cabello oscuro — que sostenía un tamboril entre sus piernas—, y un pastor de cabras con trazas de jaque que no cesaba de sobar las prietas carnes de Estebanía.

Se fijó en un pequeño pero significativo detalle: las paredes estaban completamente desnudas, no había ni un mal crucifijo o imagen de Cristo que viniera a bendecir la casa con el fin de alejar a los muchos demonios que pululaban, como almas en pena y camino del purgatorio, por toda la región de Xareta. Los muros, encalados posiblemente decenas de años atrás, tenían un color ceniciento a causa del humazo y el hollín de los fogones. El hecho de que los ventanucos estuviesen cerrados impedía que el aire pudiera renovarse, lo que originaba un olor insalubre y putrefacto como el de la carne en descomposición, un vapor mefítico capaz de producir tercianas, pútridas calenturas y otros males a quienes hacían de aquella pocilga su hogar.

María de Yurreteguia se encargó de presentarles. De este modo, la joven doncella estrechó relación con Graciana de Barrenetxea, así como con su comadre María Zozoya, las más viejas de todo el grupo. Conoció también al pastor Miguel de Goyburu, el anciano que permanecía sentado entre las sorginas de mayor edad, así como a la tullida María Txipia, de sonrisa tan diabólica como la que solían

exteriorizar las imágenes de los dioses a los que veneraban. El tamborilero Joanes de Sansim, que tenía la misma edad que la francesa, se atrevió a lisonjearla con descaro, exaltando la gracia que prodigaba su bello e inocente rostro y las cadenciosas líneas de su cuerpo, que si bien no eran tan exageradas como decía, resultaban bastante más atractivas y voluptuosas que las de aquellas brujas. María se ruborizó al escuchar las galantes palabras del joven que se rascaba sus partes más íntimas mientras la observaba de arriba abajo como si se tratase de una yegua en venta.

El jayán del mandil se llamaba Joanes de Etxalar, y efectivamente se dedicaba a reducir el mineral de hierro a metal y a otras faenas relacionadas con la herrería. En cuanto a María de Yriarte, era algo mayor que su hermana. Su aspecto resultaba igual de desaseado y sus ademanes particularmente violentos. El hombre que manoseaba sin ningún pudor uno de los pechos de Estebanía era su amancebado. Se llamaba Joanes de Goyburu, y era, a su vez, hijo del viejo pastor de cabras llamado Miguel.

La dueña de la casa las invitó a sentarse frente al fuego, por aquello de que la hospitalidad no estaba reñida con la pobreza. María de Yurreteguia le indicó una silla a su criada, que casualmente estaba colocada muy cerca de la que ocupaba la sorgina. Ella tomó asiento entre María Txipia y Joanes de Etxalar.

—Y bien... ¿qué te trae por estos pagos? —quiso saber Graciana, girando la cabeza hacia su sobrina.

—La necesidad de espolear el deseo sexual de mi esposo, pues hace ya varias semanas que me rehuíe con la excusa de que está cansado de tanto trabajar. Según dicen él y su padre, han de finalizar la molienda antes de Pascua o no podrán ofrecerle a fray León de Aranibar el diezmo exigido.

Su rostro conservaba esa contrita expresión que exteriorizan las bestias al hacer sus necesidades fisiológicas.

Varios de los presentes hicieron un mohín de repulsa al escuchar el nombre del abad del monasterio premostratense de San Salvador. A ninguno de ellos le caía bien el párroco de Urdax, dueño de gran parte de las tierras arrendadas a los habitantes de los distintos villorrios del valle de Baztan. Era así gracias al trato de favor que recibía de don Tristán de Alzate y de las prebendas otorgadas por el recién fallecido pontífice Clemente VIII. Casualmente, los únicos campesinos que no estaban sujetos a su jurisdicción eran los que poseían sus tierras en Zugarramurdi. De ahí que fray León criticase en sus sermones a los habitantes de la villa vecina, acusándolos de amancebados, de maliciosos e insurrectos, y de tener tratos con el diablo.

La clerecía, en general, no soportaba a los hombres libres.

—El hombre que no fornicaba con su mujer bien se merece el tratamiento de cabrón, pues otro vendrá que ocupe su lugar con malas artes —apuntó María de Yriarte, recriminando así el proceder tan poco viril del molinero.

Todos le rieron la gracia, incluso la joven francesa, quien tuvo que ocultar con la mano una incipiente sonrisa que sin querer afloró a sus labios, pues temió pecar de

insolente burlándose de las cuitas de su ama.

—¡Ah...! Gran necesidad la tuya, mujer —intervino Joanes de Etxalar, el herrero—. Si tú me lo permitieses, yo mismo satisfacería la apetencia que demandas apagando el fuego que abrasa tus entrañas.

—No sé en qué cosa tienes más excelencia, si en tu boca de sapo o en el rabo de pollino que cuelga entre tus piernas —replicó la aludida, con desdén.

Regresaron las risotadas ante la sarcástica respuesta. La bufonada resultó tan aparatosa que María Txipia y María de Zozoya, aullando al igual que lobas en celo, doblaron sus cuerpos longevos y contrahechos hasta dar con sus cabezas en las rodillas.

—Hay vergajos reservados para el azote, y otros muchos para el deleite —le siguió el juego—. Y el mío sirve para ambos propósitos.

—Ingeniosa respuesta la tuya, palomo ladrón —María le guiñó un ojo, pícara y atrevida—. Déjame que lo consulte con mi esposo y luego te cuento.

Tras la incendiaria respuesta, la mujer del molinero se puso en pie a una indicación de Graciana. Ambas se dirigieron, con pasos cortos y jadeantes, hacia un destartalado chiribitil que hacía las veces de botica. Comadreaman entre sí, rebuscando entre los varios botes de ungüentos, tarros con polvos, botellas con venenos líquidos y demás brebajes que se alineaban en la alacena, una pócima que viniese a devolverle la pasión al olvidadizo esposo.

La joven María se sintió desamparada al quedar a solas con aquellas gentes, extraños que la envolvían con sus miradas de ojuelos siniestros y colmados de concreciones legañosas. Retorció sus manos con nervio, evitando alzar el rostro debido al temor que le provocaba aquella cofradía de licenciosos que parecían sopesar con cierto interés el valor de su cuerpo. Discretamente, le echó un ligero vistazo al interior de la casa con el fin de pasar desapercibida.

Para atenuar la inquietud que mostraba la francesa, Joanes de Goyburu extrajo el *txisto* de madera que guardaba en el interior de su alforja y comenzó a tocar una cadenciosa melodía aprendida de niño. Joan de Sansim se aprestó a acompañarle con su tamboril, por lo que pronto se olvidaron de ella.

Apenas habían transcurrido unos minutos, cuando regresó María de Yurreteguia con una pequeña redoma de cristal que contenía un líquido tan negruzco y grasiento como la bilis de un apestado. Le hizo un gesto a su criada para que se pusiera en pie, recordándole que debían marcharse antes de que cayera la noche. Pronto habría de llover, y no era prudente atravesar el bosque los días de tormenta.

La mujer del molinero se despidió de sus deudos y amigos, no sin antes darle las gracias a su tía por conseguirle un remedio contra la inapetencia sexual de Esteban. Dirigió sus pasos hacia la puerta, haciéndole un gesto a su criada para que fuese tras ella.

Varias horas después, mientras bordeaban los montes Atxuria y Mendibil en su viaje de regreso, fueron sorprendidas por una fuerte lluvia. El endiablado viento

doblaba las copas de los árboles, arrancando asimismo los arbustos más arraigados a la tierra. Las culebrinas que rasgaban los oscuros nubarrones las obligaron a acelerar el paso. Temían que un rayo pudiera enviarlas directamente al infierno.

Cuando por fin llegaron al caserío estaban empapadas. Exudaban gran cantidad de agua por cada uno de los poros de su piel, al igual que dos cántaros de barro después de reiterados viajes hacia la fuente.

Una vez que tendieron sus húmedas vestimentas de los ganchos de hierro que solían utilizar para guindar la cecina, añadieron unos cuantos troncos a la hoguera con el propósito de reavivar el fuego. No tuvieron más opción que desnudarse, pues era de necias seguir en remojo como las legumbres.

María y su joven doncella, tal y como sus madres las trajo al mundo, se acomodaron a un par de varas castellanas de la chimenea, sobre las diversas pieles de oveja que cubrían el suelo. Unas gachas calientes consiguieron devolverles el color a sus rostros, que para entonces parecían haber sido tallados en marfil a causa de la extrema lividez de sus mejillas.

Como viese que la francesa seguía temblando de frío, la dueña le preparó un emplasto elaborado con estopa, aguardiente, incienso, mirra y otros ingredientes balsámicos, bizma que colocó con mucho cuidado sobre la espalda de su criada y en su pecho.

Y allí estuvieron, platicando de amores y desamores, como dos jóvenes amigas, hasta que el sueño las obligó a retirarse a descansar.

Fuera, el viento gemía como alma en pena y la lluvia arreciaba cada vez con mayor fuerza sobre el valle de Baztan.

La noche trajo consigo la más horrenda de las pesadillas.

María de Ximildegui despertó al sentir un fuerte dolor de cabeza. Las paredes del camaranchón, así como los demás objetos desperdigados por los rincones, giraban enloquecidos en torno suyo. Trató de incorporarse, pero el vértigo le hizo perder el equilibrio y al pronto cayó de espaldas sobre el jergón de paja. Tenía ganas de vomitar, pero era tal la sequedad de su garganta que le fue imposible expeler alimento alguno a pesar de las arcadas. Intentó gritar con el fin de llamar la atención de la dueña. Fue inútil. Se sentía tan enferma que apenas si tenía fuerzas para hablar. La voz murió incluso antes de alcanzar sus labios.

Lentamente, la puerta se fue abriendo poco a poco. El cuartucho se iluminó al instante gracias al fuego que desprendía el haz de juncos untado en manteca que fue asomando con cierto sigilo tras la hoja. Con los ojos entrecerrados, indispuesta aún por los efectos del mareo, la joven reconoció a la esposa del molinero. Sonreía de forma artera, como quien esconde un terrible secreto. Entró acompañada de los demás miembros que componían la secta de brujos. El grupo la observaba con avidez, contorneando con sus miradas las donairoas líneas de su cuerpo desnudo. Entre los labios se les cuajaban vahos de regocijo.

María extendió uno de sus brazos como queriendo apartar con ese gesto la amenaza que se cernía sobre ella. Horrorizada, descubrió que sus dedos parecían extenderse varias pulgadas hasta tocar el techo. Era como si su propio cuerpo estuviera sometido a algún tipo de magia relacionada con el demonio. Los maderos que sujetaban la techumbre, increíblemente, se curvaban sobre sí mismos formando un arco que iba descendiendo con lentitud sobre su cabeza. Incluso el viejo arcón resultó afectado por este insólito encantamiento, pues al pronto vio cómo se abría y se cerraba por sí solo. Del interior de aquel cofre diabólico surgió una voz cavernosa, la del mismísimo Satanás, que la llamaba por su nombre desde lo más profundo de las entrañas de la tierra.

Aterrada, María intentó huir arrastrándose por el suelo, mas el grupo cayó de inmediato sobre ella para retenerla. Reían enloquecidos, burlándose de su espantada. Los rostros de quienes pretendían diezmarla con sus malas artes, ahora tan cerca de ella que podía oler el pútrido aliento de sus bocas, proyectaban una siniestra expresión propia de endemoniados. Entre todos volvieron a colocarla sobre el jergón. Le maniataron las manos para que no pudiera defenderse.

Miguel de Goyburu se bajó los calzones hasta los tobillos, mostrando sin pudor un bálano tan bien formado como el de un pollino en celo, algo realmente insólito para un hombre de su edad. María de Yriarte, riendo y bailando a un mismo tiempo como el resto de las mujeres, se acercó a él para entregarle una calavera de macho cabrío. El pastor la colocó sobre su cabeza, proporcionándole dicha máscara una apariencia cuando menos execrable y siniestra. Graciana de Barranetxea, sorgina y reina madre del conciliábulo de brujos, conjuraba el nombre del numen druídico y ancestral que tutelaba las antiguas tierras de Navarra. Su propósito no era otro que agradar al dios Akerbeltz con aquel hierático sacrificio.

El anciano pastor de cabras, transformado ahora en el fauno fecundador de la tierra, se colocó entre las piernas de la francesa, de rodillas, mientras se dejaba acariciar por las solícitas manos de su nuera Estebanía, que hacía las veces de mamporrero. Joanes de Goyburu, quien no parecía sentir celos de la labor de su amancebada, comenzó a tocar el *txisto* de forma alegre moviendo sus pies al compás de la música. Joan de Sansim, secundando la iniciativa de su primo, efectuaba un redoble de tambor.

María de Yurreteguia aprovechó la inmovilidad de su doncella para susurrarle al oído una letanía de conjuros. En cuanto a las viejas María Txipia y María Zozoya, una relamía el cuerpo de la joven de forma irreverente al tiempo que la otra mordisqueaba sus hombros, el cuello y la aureola rosada de sus pezones.

Tan indefensa como una liebre aprisionada entre los dientes de un cepo, María sintió cómo el diablo se abría paso en su interior, provocándole un dolor insoportable pero a la vez exquisitamente placentero. Segundos después le sobrevino un bestial orgasmo y su cuerpo se estremeció desde los pies a la cabeza. Cerrando los ojos, sintió deslizarse hasta caer en un profundo abismo sin fondo.

A partir de ese instante, todo fue oscuridad y silencio en el camaranchón.

VI

Poco antes del amanecer, hacia la hora prima, fray León de Aranibar se personó en el *scriptorium* del monasterio de San Salvador de Urdax con el firme propósito de encargarle a uno de los legos amanuenses, concretamente al novicio fray Agustín de Durango, la redacción de una misiva que habría de remitirse al inquisidor general del Santo Oficio en Logroño: el decano don Alonso Becerra Holguín.

Un grupo de monjes eruditos permanecían inclinados sobre sus mesas copiando a mano los textos de diversos incunables, absortos en su trabajo. El roce de la tela del hábito —el inevitable frufú que se originaba al caminar—, logró sesgar el silencio que se vivía en aquel lugar de eximia sabiduría, distrayendo al instante a quienes se entregaban en cuerpo y alma a un trabajo excesivamente prolijo. Unos pocos siguieron con la mirada al recién llegado, sustrayéndose de su labor durante unos instantes. Otros, por el contrario, de tan inmersos que estaban en su sereno quehacer ni siquiera repararon en la presencia del viejo abad.

Procurando no importunar al resto de los copistas, fray León se inclinó hasta colocar sus labios muy cerca del rostro del joven que traducía unos legajos escritos en latín, procedentes de la bula papal *Summis desiderantes affectibus*, de Inocencio VIII. En ella se reconocía la existencia de la brujería y quedaba derogado el *Canon Episcopi* del año 906, documento eclesiástico que afirmaba que creer en brujas era motivo de herejía.

—Deja eso y acompáñame —le susurró al oído izquierdo.

Fray Agustín, acostumbrado a no discutir las órdenes de sus hermanos superiores, y mucho menos la del abad, cerró el tintero y guardó su pluma de ganso y el *rasorium* en un pequeño mueble de maderas nobles, labrado a golpe de cincel, que había junto al amplio ventanal de vidrieras policromas. Introduciendo sus manos en las holgadas mangas de su túnica, se dispuso a ir tras los pasos de fray León.

Cruzaron el refectorio, no sin antes haber pasado por la cillería y la sala capitular —lugar de reunión del cabildo—, hasta que finalmente llegaron al claustro. Allí, paseando a través de la galería cubierta de arcadas que conducía al patio interior, fray León de Aranibar le encargó la misión de redactar una carta dirigida al decano del Tribunal de Logroño. En ella habría de manifestar su inquietud por la sorprendente proliferación de hermandades brujescas en la región de Xareta, la mayoría de ellas originarias del Labourd francés tras el inicio de las pesquisas realizadas por parte de los inquisidores Pierre De Lancre y Jean d'Espagnet. Eran en sí lo que había obligado

a muchos de los seguidores del demonio a huir hacia el sur y buscar refugio en las tierras altas de Navarra, algo que venían haciendo desde hacía un par de siglos; años antes de las encarnizadas luchas entre agramonteses y beamonteses.

Fray Agustín de Durango, que a pesar de su juventud atesoraba una perspicacia poco habitual en un novicio, intuyó la maniobra político-religiosa del abad. No era ningún secreto que las tierras adquiridas por el monasterio de San Salvador formaban parte de la ligazón vinculante entre la Iglesia católica y el señor de Alzate —la tarde anterior se le había ordenado redactar una carta cuyo destinatario era, precisamente, el hidalgo don Tristán—, cuyo fin no era otro que hacerse con el control de las cinco villas de la montaña, ahora en manos de don Diego de Zabaleta tras el decreto del virrey Cardona. Mas, como a pesar de su juventud era un hábil y prudente estratega, conforme escuchaba sus palabras asentía a todo en silencio.

Dejando atrás la galería del claustro, deambularon por la senda empedrada que conducía a la fuente central del patio ajardinado, donde otros monjes meditaban absortos en sus plegarias y pensamientos.

—Redactada la misiva debes ir a la villa de Vera para pedirle audiencia a don Lorenzo de Hualde, párroco de la iglesia de San Esteban. Te encomiendo la tarea de entregarle en mano dicha carta, así como la que escribiste ayer tarde... la que iba dirigida a don Tristán de Alzate. Ya se encargará él de hacérsela llegar a sus respectivos destinatarios —adujo el abad, solemne—. Luego viajarás hasta Lesaka, donde te entrevistarás con el comisario inquisitorial don Domingo de San Paul. Quiero que le digas que se reúna conmigo, aquí, en el monasterio de Urdax, una vez que culminen los días de Pascua... ¿Me has entendido?

El lego asintió con un ligero ademán, frunciendo los labios en una irrefutable mueca de conformidad.

Fray León concluyó su alocución diciéndole que podía regresar al *scriptorium*, pues debía finalizar la transcripción de la bula papal en la mayor brevedad posible. La iba a necesitar como arma de ataque ante el inicio de una nueva lucha entre los seguidores de Cristo y los lacayos del diablo.

El problema, según fray Agustín de Durango, era que los únicos monstruos del averno a los que hacía referencia el abad se encontraban en su calenturienta y miserable imaginación.

Un ingenioso artificio digno del propio diablo.

Un rayo de sol, remiso pero cálido como el beso de una madre, entró por la tronera hasta acariciar sus párpados de forma indeleble. María entreabrió los ojos ajena al recuerdo de lo ocurrido la noche anterior. Bostezó, todavía somnolienta. Pasados unos segundos, una luz se encendió en su mente y vino a su encuentro la memoria: cobró plena conciencia de la agresión que había sufrido en contra de su voluntad.

Se incorporó con resolución, haciéndolo como herida por el picacho de una

aguijada. Tras apartar las sábanas de cuero curtido y la frazada que cubrían su cuerpo, se puso en pie, temblando de frío a causa de su bien justificada aprensión. Corrió hacia el cofre donde guardaba su camisola de arpillera, el corpiño y su falda de cuatro picos de color pardo, tonalidad que odiaba por ser la misma que utilizaban las prostitutas. Se vistió con premura y acierto, sin dejar de pensar en las tremendas maldades de las que había sido inocente víctima hacía apenas unas horas. Nada más recordar la procacidad de aquellos brujos, que de forma endiablada habían abusado de ella, extrañamente le sobrevino una inadmisibles sensación de complacencia que al instante relacionó con uno de los tantos ardidés del demonio, pues resultaba increíble que habiéndola obligado a fornicar por la fuerza, se dejase llevar por el deleite cuando debía estar clamando al cielo su desventura. Pero así era como se sentía, satisfecha, y ello le causaba tal consternación que, sólo por un instante, creyó que en realidad no era ella quien tutelaba sus emociones.

Una vez embutida en sus ropajes, la joven recapacitó sobre lo ocurrido aquella madrugada. Tras una breve reflexión, pensó que la inesperada visita de los brujos bien podía haber sido fruto de su imaginación: un mal sueño. No en vano, era bastante improbable que aquellas gentes pudiesen haber recorrido algo más dos leguas de distancia en tan poco espacio de tiempo, y menos en una noche diezmada por las terribles inclemencias de la tormenta. A no ser que, gracias a su magia ancestral, hubiesen galopado por los aires a lomos de los demonios.

Este último pensamiento, más que complacerla, consiguió erizar el vello de su piel.

Confundida, María decidió bajar a la cocina con el fin de plantearle sus dudas a la dueña. Si sus sospechas eran ciertas, y había sido víctima de las oscuras prácticas de los brujos con el único propósito de iniciarla en los asuntos del diablo, estaba segura de que no habría de mentirle. Lo creyó así, pues en aquellos menesteres no se privaban los muy taimados, al formar parte de su demoníaca evangelización, de predicar los favores a los que podría acogerse siendo una de las siervas de Satanás.

La encontró de rodillas en el suelo, frente al hogar, ahora apagado. Amontonaba unas cuantas ramas secas de manzano sobre cuatro troncos bastante más gruesos. Su propósito era encender el fuego con el que habría de cocinar uno de sus deliciosos guisos elaborados a base de picada, pan tostado remojado con vinagre, almendras, ajos, hierbas aromáticas y especias; baturrillo que solía preparar cada vez que su esposo volvía a casa desde la vecina Urdax, al cual se le esperaba para antes del crepúsculo.

Como María de Yurreteguia era una mujer bastante intuitiva, se giró al barruntar que no estaba sola en la cocina.

—Ya era tiempo de que despertases, holgazana, pues es en estas labores cuando más te necesito... y no mullendo el jergón —le recriminó con indulgencia, mostrándose asaz amable con la condición descuidada y perezosa de su criada.

—Anoche me visitaron los demonios —le soltó María; así, sin más.

—¡Vive Dios! —exclamó la dueña, persignándose a la vez que se ponía en pie—. Espero que te estés burlando de mí y no hables en serio. En todo caso, deberías medir tus palabras si no quieres que la gente de aquí te considere una bruja.

María de Ximildegui caminó hacia ella con pasos cortos y medidos.

—¿Acaso negáis haberles abierto la puerta del camaranchón a vuestra tía y al resto de sus deudos y amigos?

Fue escuchar la insolente pregunta de su criada, cuando rompió a reír impelida por aquella absurda interpelación que la involucraba en algo tan descabellado y absurdo. Pero lo que en realidad le hacía gracia era que, según su criada, aquellas pobres gentes servían a los intereses del demonio, aseveración que podría acarrear graves consecuencias en caso de que sus palabras llegaran a oídos de fray Felipe de Zabaleta, párroco de Zugarramurdi.

—Debería castigarte por necia, pues jamás escuché semejante estupidez en boca de una doncella —contestó enfadada, pues ya comenzaba a perder la paciencia—. Mi opinión, y no creo errar en mi juicio, es que debes de haber tenido un mal sueño. Pero tranquila, muchacha... no eres la única en estos pagos que asocia sus pesadillas con momentos vividos. Por desgracia, las prédicas de los sacerdotes que promueven el temor al infierno desde el púlpito de las iglesias, originan absurdos desvaríos entre las gentes del lugar.

»Los clérigos, por si no lo sabes, ven brujas donde no hay más que interés por mantener vivas las viejas costumbres de nuestro pueblo. Bailar alrededor del fuego, la víspera de San Juan o la Noche de Todos los Santos, no es más censurable que aprovecharse del trabajo de nuestros hombres, como hacen ellos al exigirnos un diezmo hartamente elevado a cambio del arriendo —la jaleó con una débil cachetada en el trasero, dirimiendo la conversación—. ¡Anda!... Déjate ya de mentecaterías y ve a echarle de comer a los cerdos. Y ten cuidado con el verraco, que ese sí que es un auténtico demonio. A la última criada que tuve en casa le arrancó una mano de un bocado... en un descuido.

Volvió a reír, sin dejar de mover la cabeza de un lado hacia otro. Pero en esta ocasión, el motivo de su hilaridad fue el gesto aterrorizado de María al escuchar sus últimas palabras.

Tratando de olvidar lo ocurrido, la joven se marchó de la cocina dispuesta a iniciar sus quehaceres. Aquella mañana se sentía demasiado ofuscada para pensar, y no era de gente sesuda entablar una lucha con la razón cuando esta se negaba a admitir el hecho de que hubiese sido víctima, la noche anterior, de una ceremonia diabólica teniendo al mismísimo Satanás de testigo; eso sí, encarnado en el cuerpo de Miguel de Goyburu y su apabullante virilidad.

Tras rodear los álgidos muros del caserío y encaminar sus pasos hacia las porquerizas, aceptó como válida la respuesta ofrecida por la esposa del molinero. Había tenido una pesadilla terrible. Sí; sólo se trataba de eso, de un simple sueño provocado por los recuerdos de los infernales momentos vividos en Ciboure.

María de Ximildegui, después de cumplir con su labor de criada en los menesteres más humildes y de tráfago, alimentando a puercos y cabras y acarreando las talegas de trigo hasta el granero, resolvió volver de nuevo al caserío para ejercer su cometido como doncella personal del ama, quien ya debería estar echándola de menos.

Caminaba con cierta apatía, enfrascada en sus propios pensamientos. El recuerdo de aquellas gentes de Arraioz, a las que reconoció como parte integrante de un conventículo de brujos y sorginas, a pesar de todo seguía latente en su memoria. Para distraerse, dirigió su mirada hacia las landas salvajes, ahora engullidas por un mar de niebla de grisáceos matices. Al filo del horizonte, el sol naciente se asemejaba a un doblón de oro velado por un finísimo cendal de delicada transparencia.

Al pronto escuchó una barahúnda de voces: el rumor de quienes discutían mientras caminaban por la senda que atravesaba el valle. Eran tres mujeres de avanzada edad en compañía de un fraile barbiespeso y un clérigo de casta y dócil apariencia. Parecían embargados por alguna extraña desventura.

Los vio dirigirse directamente hacia la puerta del caserío. Decidido, el fraile golpeó con fuerza sobre la hoja de madera. Al pronto salió a recibirles la esposa del molinero, que llevaba las manos embadurnadas de harina. Tras intercambiar un breve saludo les permitió la entrada.

Llevada por el vicio de saber lo que no debería ser de su incumbencia, aceleró el paso con el fin de llegar cuanto antes al caserío. Sólo entonces dejó atrás la visión onírica y delirante de un cabrón poseyéndola violentamente, pesadilla que parecía perseguirla allá donde fuese desde que se despertara aquella mañana.

Cuando entró en la casa, los recién llegados estaban sentados alrededor de la mesa y la dueña se disponía a servirles unas gachas de cebada y leche de almendra con caldo de gallina, reservando de este modo el guisote de picadillo para su esposo y su suegro.

—¿Has terminado ya tus labores? —inquirió María de Yurreteguia, dirigiéndose a su criada.

La joven afirmó con la misma timidez que mostraría una doncella la noche de su boda. Conforme con la respuesta, añadió:

—Será mejor que tomes asiento si quieres comer algo caliente.

Colocó el puchero humeante en el centro de la mesa y repartió las escudillas de barro y las cucharas de madera. Cada cual se fue sirviendo a su antojo, según la necesidad del estómago.

En completo silencio, la hija del *Zarracatín* se dispuso a engullir aquel mejunje, simulando cierto desinterés por la conversación.

—Me preocupa lo que pueda acaecer en el valle de Baztan, ahora que nuevamente se ha abierto la herida de hace años entre Alzates y Zabaletas —dijo fray Pedro de Arburu, el tonsurado de luengas barbas—. Como sabéis, don Diego de Zabaleta ha sido nombrado capitán y gobernador de las cinco villas de la montaña

gracias al virrey Cardona. Anoche mismo se dejaban oír las duras críticas del abad por todas las celdas del monasterio de San Salvador —bajó el tono de su voz—. Según he podido saber gracias al boticario, que conoce todos los secretos del convento, fray León de Aranibar ha enviado esta misma mañana una carta al comisario de Vera, don Lorenzo de Hualde, cuyo destinatario final sería el señor de Alzate. Fray León, como buen paniaguado que es desde que el francés le entregara la tutela del monasterio —esbozó una sonrisa irónica—, solicita instrucciones ante el temor de perder el patronato sobre Zugarramurdi, Urdax y Ainhoa, así como los diezmos que deben tributar las gentes de Aniz, Arraioz y Eugui. Él y Domingo de San Paul, comisario inquisitorial de Lesaka, e incluso Hualde, andan religados entre sí, confabulando el modo de inculpar de brujos, herejes y amancebados a los vecinos y autoridades locales de los distintos villorrios —carraspeó un poco—. He oído decir que mantendrán una reunión en el monasterio una vez transcurrida la Pascua. Pretenden desacreditar a los zugarramurdiarras.

—Hábil estrategia la de esos tres —intervino el clérigo don Joan de la Borda, primo del fraile, tras limpiarse la boca con la manga de su hábito—. Desean divulgar tales patrañas para crear un entorno de hostilidad, en estos pagos, que nos haga recelar unos de otros. Y a fe mía que lo conseguirán debido a las distintas rencillas que existen entre los vecinos. De esta guisa, sus planes influirán en la reacción antiseñorial que sentimos los habitantes de las distintas villas que están bajo su jurisdicción, lanzándonos irremediabilmente a una encarnizada lucha que favorecerá los intereses de los Alzate, que a su vez son los lacayos más sumisos del rey Felipe el Tercero.

María de Yurreteguia los escuchaba con suma atención. Aquel asunto le incumbía directamente. Su esposo vivía gracias al trabajo que le proporcionaba uno de los molinos sometidos a la atribución del monasterio de San Salvador. Los distintos intereses en juego, e incluso las frecuentes riñas entre los señores feudales que habían jurado sus cargos en la Cámara de Comptos de Navarra, podrían afectar su actual modo de vivir.

—¿Acaso no fue Lorenzo de Hualde quien provocó la persecución de brujas en el Labourd, llevada a cabo por Pierre de Lancre, incitando al pueblo para que formularan las tan cacareadas delaciones? —preguntó de forma irónica una de las ancianas, llamada María de Arburu. Era madre del fraile que había iniciado la conversación y tía del clérigo que apoyaba las palabras de su hermano en Cristo—. Y todo gracias a las componendas e intrigas concebidas por los señores de Alzate y D'Amou. Ellos fueron los encargados de interceder ante el rey Enrique el Cuarto de Francia para que enviase un docto licenciado en los asuntos del diablo.

—El juez inquisitorial al otro lado de la frontera, Jean d'Espaignet, ya ha condenado a varias mujeres a la hoguera tras haber sido halladas culpables de brujería. Por lo visto eran reincidentes, así que fueron procesadas por relajación —añadió don Joan de la Borda, recordándoles el peligro que corrían.

María de Ximildegui hundió su cuello entre los hombros. Le sobrevinieron los temblores nada más escuchar el nombre del presidente del Parlamento de Burdeos. Aún recordaba, con cierto temor, la caza de brujas llevada a cabo en la región donde vivía con sus padres.

La dueña del caserío, consternada por la noticia, se dirigió a las dos mujeres que permanecían en silencio, que no eran otras que María Baztan de la Borda —madre de don Juan, el clérigo— y su amiga Graciana Xarra.

—¿Y vosotras qué opináis?

—Que deberías tener cuidado —le respondió Graciana, comprimiendo los labios en un claro gesto de reproche.

—El hecho de que te vean con tus tías no es ni acertado ni provechoso, y puede llevarte en volandas hasta los inquisidores de la Suprema... y por ende, a los del brazo secular —añadió María Baztan, con voz grave.

Este último comentario dio pie a una larga y tendida discusión. La esposa del molinero trató de defenderse, alegando que no hacía nada malo con ir a visitarlas de vez en cuando en busca de un remedio para alguno de sus males. Fray Pedro de Arburu, con parte de las gachas que engullía con avidez prendidas de su barba hirsuta y encanecida, le reconvino diciéndole que todos sabían de sus reuniones nocturnas en el prado de Berrocoberro, junto a otras muchas mujeres y hombres del lugar. Con cierta cortesía, exquisitamente amable, le aconsejó que se olvidara de toda aquella parafernalia ancestral propia de *religionnaires*, pues con ello sólo conseguiría fomentar las iras del abad de San Salvador de Urdax. La celebración de dichos rituales, aunque tradicionales, autóctonos e inofensivos, podrían interpretarse como juegos diabólicos por parte de algunos de los hombres de Dios al servicio de don Tristán de Alzate.

Aprovechando que el debate parecía prolongarse más de la cuenta, la doncella se levantó de la mesa llevándose la escudilla de barro, que introdujo en un barreño con agua tras haber dado buena cuenta de las gachas. Al igual que una sombra incorpórea, se deslizó hasta su camaranchón después de ascender la angosta y crujiente escalera en busca de soledad.

Necesitaba reflexionar con calma sobre todo aquello de lo que se había hablado en su presencia. Lo cierto es que no estaba dispuesta a sufrir de nuevo el acoso de los brujos, ni tampoco a llamar la atención del Santo Oficio.

Porque si algo había sacado en claro de la conversación que acababa de escuchar, era que su ama, sin lugar a dudas, formaba parte de un conciliábulo de sorginas: las servidoras del diablo.

VII

Vuestra señoría ha llevado el interrogatorio con gran maestría y acierto, sobre todo en el desagradable asunto de los azotes y el abuso cometido contra la más joven de las acusadas —me dijo don Gonzalo, sorprendido de mi perspicacia. Caminábamos por la galería superior de palacio, desde donde se podía observar una vista magnífica del cubo artillero del Revellín, y también del río Ebro—. Por un momento, creí culpable a don Juan del Valle. Y sin embargo, vos... —se detuvo bajo la arcada del mirador, apoyándose en la balaustrada de madera que se precipitaba sobre el patio de armas. Luego me observó con extrañeza. Parecía desconcertado—. ¿Cómo habéis sabido que era el alguacil?

Al igual que mi secretario, coloqué ambas manos en el antepecho del corredor. Dirigí mi mirada hacia los tornasolados muros de piedra, tórridos e inmemoriales, que recibían la luz de un esplendoroso sol de mediodía. Más allá de la techumbre del palacio inquisitorial, el cielo sedoso sonreía a los montes lejanos, cuyas cumbres abrazaban un cúmulo de nubes resplandecientes que se asemejaban a las crestas espumosas del mar.

—Si hubiese sido el licenciado, cosa poco probable debido al valor que este le profesa a sus hábitos, no se habría limitado a decirle a la rea que guardase silencio, ni tampoco se hubiera marchado de Logroño sin antes ordenar que fuese conducida a una celda de castigo, donde seguiría incomunicada hasta su regreso —me giré hacia él para ofrecerle una explicación todavía más convincente—. Además, don Juan del Valle puede ser un hombre de rígidas costumbres, e incluso un tanto presuntuoso, pero no es un depravado. Os lo aseguro.

—Pero, la acusada dijo...

—No —lo interrumpí, enérgico—. En ningún momento dijo que fuese él.

—Ya... cierto —don Gonzalo reflexionó unos segundos—. ¿Entonces? —porfió, con curiosidad.

—Pensad un momento. El alguacil es el único que tiene acceso a las llaves de las mazmorras. Nadie, que no cuente con su autorización, puede entrevistarse con los prisioneros. Es un detalle que, según pensó, habría de beneficiarle, puesto que la rea no podría decirle a nadie que había sido violada a la fuerza —apunté, sagaz—. Él sabía que don Juan del Valle partía para Zugarramurdi y que, tanto yo como el decano del Tribunal, andábamos ocupados con las instrucciones que habíamos recibido de la Suprema de Madrid. Lo último que esperaba es que volviésemos a interrogar a los reos antes del inicio del proceso, que no habrá de celebrarse antes de un año. ¿Acaso

no os disteis cuenta del mal humor que ha demostrado toda la mañana? —inquirí.

—Creí que era motivado por el hambre.

—Puede que también fuera así —tuve que reconocer, en voz queda ahora—. Sin embargo, recordad que intentó convencerme de que no debía prestarle demasiada atención a las palabras de la joven María, añadiendo que todas las mujeres mentían de forma inherente debido a su veleidosa naturaleza. Fueron tantas las veces que trató de prevenirme de los posibles engaños de la acusada, que de inmediato recelé de sus advertencias e intuí que trataba de ocultarme algo.

—¿Pensáis denunciar el hecho?

Moví tristemente la cabeza de un lado a otro.

—Flaco favor le haría yo a esa mujer si les digo a los demás miembros del Tribunal que el alguacil ha abusado de ella.

—No os entiendo...

—Si hago público lo ocurrido, pensarán que esa bruja lo ha hechizado con sus malas artes con el propósito de hacerle pecar; que al fin y al cabo es la misión del diablo. Cualquier motivo es válido si con ello justifican la certificación de las delaciones.

Mi escribano estuvo de acuerdo. De saberse que ambos habían mantenido contacto carnal, don Juan excusaría su incontinencia diciéndoles a los del Santo Oficio que se había visto obligado a fornicar con aquella bruja impelido por algún extraño maleficio. En todo caso, aunque María de Yurreteguia denunciase el hecho de haber sido salvajemente violada por el alguacil, nadie creería jamás sus palabras, y menos si era para inculpar a uno de los miembros del brazo secular, que supuestamente cumplían los preceptos de la Iglesia de forma decorosa.

Ya iniciábamos nuestra marcha cuando vimos que un paje de cámara, elegantemente vestido, venía hacia nosotros desde el otro extremo de la galería. Lo reconocí de inmediato. Era Berengario di Anzio, uno de los lacayos de don Alonso B Herrera: un emperejilado joven de rostro angelical que hacía las veces de espía del decano.

—Perdonad que os interrumpa, pero don Alonso requiere la presencia de vuestra señoría en la secretaría del Consejo —se dirigió a mí con respeto, ignorando en todo momento a mi secretario.

Aquel mancebo de origen napolitano, que por alguna extraña razón no gozaba de mi simpatía, además de petulante desconocía las normas de cortesía, pues es bien sabido que el saludo ha de ofrecerse en primer lugar y no anteponerlo a las obligaciones.

—¿Podrías decirme el motivo de su requerimiento? —le exigí con frialdad.

—Lo desconozco —torció el gesto, como si lamentase el hecho de no estar al corriente de lo que pergeñaba su amo—. Sólo os puedo adelantar que se encuentra reunido con fray Gaspar de Palencia y con el doctor Vergara de Porres, chantre y catedrático de la colegial de Nuestra Señora de la Redonda y vicario por el señor

obispo de Calahorra.

—¡Sea! Dile que iré en breve.

Sólo entonces se dignó a mirar a don Gonzalo. Lo escudriñó de un modo sutil, afectivo. Alzó su barbilla para sonreírle, como sintiendo mucho no haberse fijado en él al llegar. Acto seguido se marchó por donde había venido, moviendo capciosamente sus caderas. Aquel era el andar característico de un afeminado.

—Tened cuidado —le sugerí a mi secretario—. Creo que le habéis caído en gracia a ese bello mozo.

—¡Pardiez, señoría! —exclamó, horrorizado—. Cuidad vuestra lengua e insinuaciones, que para nada soy de la condición de ese lacayo.

Me eché a reír al verle de aquella guisa, tan desazonado. La soflama pintaba de rojo sus mejillas y sus pupilas chispeaban de indignación.

Le resté importancia al asunto, trivial en todo caso, pidiéndole que me entregase los pergaminos donde había transcrito los diversos interrogatorios. Deseaba estudiarlos en profundidad, después de que finalizase mi reunión con el decano y el chantre de la colegial de Santa María de la Redonda.

Allí se separaron nuestros caminos. Don Gonzalo bajó a las caballerizas para comprobar que los mozos cuidaban de nuestras monturas, proporcionándoles heno y agua fresca del abrevadero, mientras yo acudía a la llamada de don Alonso Becerra.

Cuando llegué a la secretaría del Consejo, el decano mantenía una acalorada conversación con sus allegados clericales. Según pude observar, el cillerero les había llevado un frugal refrigerio y algo de vino, pues debido al carácter urgente de la reunión ninguno de ellos había tenido ocasión de pasar por el refectorio de palacio. Entonces recordé que también yo estaba en ayunas. Lo cierto es que después de escuchar las confesiones de los reos apenas si tenía apetito.

Se alborozaron mucho al verme, como si mi presencia entre ellos fuera motivo de júbilo. Don Alonso, que portaba en sus manos un escrito, me instó a que leyera la carta que le había enviado el licenciado don Juan del Valle después de su entrevista con el abad del monasterio de San Salvador de Urdax. Su buen humor me dio mala espina. Al instante comprendí la verdad: dicho comunicado venía a certificar que, en efecto, nos enfrentábamos a una terrible secta de hechiceros que pretendían envilecer las mentes de los navarros.

Leí detenidamente el texto ante la mirada atenta de los consultores del Santo Oficio. Reconocí la letra del licenciado, así como su modo de describir los horrores promovidos por el diablo y sus fieles seguidores. Don Juan del Valle, con la autoridad que le otorgaba el Tribunal de Logroño, había conseguido que un gran número de vecinos colaborasen con él en las pesquisas e interrogatorios. Según decía en su carta, las delaciones se sucedían unas tras otras cada vez con mayor reincidencia. Hablaba de la multiplicación de conventículos, de los alborotos provocados por las gentes que decían ser víctimas de los hechizos, y también, cómo no, de las actuaciones de los alcaldes de corte y comisarios inquisitoriales de aquellos pagos. Me sorprendió

encontrar, entre los detenidos, los nombres de dos clérigos: fray Pedro de Arburu y el canónigo don Joan de la Borda.

Para hacerles partícipes de mi estupor, leí en voz alta:

—«... por estar como están refrendados por los diez testigos que fueron presos de esta complicidad, además de los ocho testigos de la primera declaración; por los cuales se comenzó a entrar en complicidad. Y también por parecernos que, siendo como son sacerdotes, sabrán el castellano, o por lo menos el latín, y tendrán discurso y razón para que con ellos podamos descubrir y entender los fundamentos, marañas y secretos de esta diabólica secta...» —mostrando mi perplejidad, aparté la mirada del pergamino—. ¿Sacerdotes implicados en un caso de brujería?

Mi pregunta motivó una nueva discusión, pues también a ellos les escandalizaba saber que el alcance del demonio pudiera estar influyendo en la actitud, hasta ahora intachable, de quienes servían al Dios verdadero.

—Y no sólo ellos han sido detenidos por brujos, sino también sus respectivas madres, María de Arburu y María Baztan de la Borda —me confirmó don Alonso, preocupado pero a la vez satisfecho de la labor llevada a cabo por el licenciado—. Y eso no es todo... —antes de continuar, tosió dos veces—. En Vera, el comisario inquisitorial, don Lorenzo de Hualde, ha conseguido reunir en su parroquia a un gran número de niños y niñas que dicen ser víctimas de algunos de sus familiares. Estos, por lo visto, los obligaban a participar de las juntas de brujas.

—¿Las palabras de un niño prevalecen por encima de las afirmaciones de sus padres? —pregunté con cierta ironía.

—Bien es sabido que la inocencia no alberga mentira alguna, y que sólo la verdad puede brotar de unos labios que no conocen el pecado.

—La región anda desprotegida, por lo que el demonio gana adeptos con gran facilidad —añadió fray Gaspar—. Prueba de ello son las incontables delaciones que se están efectuando desde que fueron detenidos los miembros de la secta de Zugarramurdi. Tenemos noticias de que don Miguel Yrisarri, deán de Santesteban, y fray Domingo de San Paul, en Lesaka, han reconocido que el problema también afecta a sus respectivas feligresías. Tanto es así, que don Juan del Valle ha nombrado notario del Santo Oficio al sobrino de fray Domingo, ofreciéndole prebendas a cambio de que le informe sobre posibles casos de brujería.

—Tales persecuciones están causando pependencias y riñas entre los vecinos —terció el doctor Vergara, el cual parecía bastante inquieto por las consecuencias originadas desde la llegada de don Juan del Valle a la región de Xareta—. Se están cometiendo toda clase de atrocidades contra aquellos que han sido delatados. El pueblo se está tomando la ley por su mano, quemando hogares, torturando a quienes creen sospechosos de herejes, e incluso ejecutando a personas que ni siquiera hemos interrogado. Mi opinión es que el licenciado, al margen de detener y mandar torturar a los posibles culpables de brujería, debería imponer el orden dentro de los términos territoriales de la comarca, ya que a los poderes locales parece no importarle en

absoluto.

También yo estaba de acuerdo, y así quise exponérselo al decano; pero antes de que pudiese hablar, se me adelantó el prior del convento de San Francisco.

—Las autoridades civiles y eclesiásticas están cumpliendo con su cometido, que es hacer hablar a quienes sirven al diablo —nos recordó fray Gaspar, reprochando de algún modo las críticas palabras del chantre de Nuestra Señora de la Redonda—. No hemos de juzgar sus métodos, que al fin y al cabo son los procedimientos a utilizar en estos casos.

Decidí intervenir antes de que los ánimos de los consultores fuesen a más.

—Opino que deberíamos ser nosotros quienes formalicemos los interrogatorios —me dirigí a don Alonso, que parecía reflexionar en silencio—. Hemos de pedirle a don Juan que remita a los inculpados a este Tribunal, incluidos esos dos clérigos que menciona en su carta. Asimismo, esta misiva... —agité el pergamino que sostenía en mi mano— debería enviarse a la Suprema de Madrid para que sea estudiada por el inquisidor general, quien habrá de disponer sobre cómo hemos de actuar con los acusados.

—Por una vez estoy de acuerdo —don Alonso Becerra dio por válida mi propuesta—. Hay que poner fin a este turbio asunto antes de que se nos vaya de las manos.

Tras pronunciarse, el decano me pidió amablemente que le entregase la carta enviada por el licenciado. Así lo hice, enrollando de nuevo el pergamino. Fue entonces cuando se fijó en los pliegos que sostenía bajo el brazo.

—¿También vos habéis recibido correspondencia? —me preguntó, frunciendo la mirada—. ¿Tal vez del arzobispo de Toledo?

—Hace tiempo que no recibo noticias de don Bernardo de Sandoval —le confesé, pasando por alto su insinuación—. Esto que veis aquí son las nuevas confesiones de los reos.

—¿Habéis vuelto a interrogarlos?

—Así lo he creído conveniente.

—Supongo que seguirán negando ser fieles seguidores del diablo —intervino fray Gaspar, y lo hizo imprimiendo certeza a sus palabras.

La arrogancia de aquel hombre iba siempre a la par de sus intervenciones, debilidad humana que no se ajustaba a la sencillez propia de un franciscano.

—Os equivocáis —repliqué, aunque con algo menos de soberbia—. Muchos de ellos han admitido su culpa y piden arrepentimiento público de sus actos.

—¡He ahí la prueba de que los reos son fieles discípulos del demonio! —exclamó don Alonso Becerra, reprochando así la indulgencia que yo había mostrado hasta ahora con los condenados—. Ya os lo dije... esas gentes, que fueron delatadas por sus familiares y vecinos, se refocilan en el placer de damnificar a sus semejantes.

—¿Dónde queda el placer cuando es mayor el temor que sienten a ser quemados vivos en la hoguera?

Mi pregunta lo cogió desprevenido. No supo qué contestar.

Aproveché ese instante para despedirme de los allí reunidos. Necesitaba tiempo para analizar las confesiones de aquellos pobres desgraciados a los que se les atribuían increíbles prodigios, como era adquirir la forma de diversos animales o atravesar las paredes, con el fin de acudir a sus juntas. Y sin embargo, nadie cayó en la cuenta de que seguían encerrados en las cárceles secretas, cuando bien podrían haberse escapado volando a través de las aspilleras de las mazmorras gracias al poder que, de ser ciertas todas aquellas atribuciones que se le arrogaban, recibían del mismísimo Satanás.

Yo, por el contrario, seguía creyendo que dichas afirmaciones eran fruto de la imaginación de los acusados.

Veritas filia temporis.

En asuntos de brujería no hay nada más desacertado que el concepto que genera la mentira, ni nada peor que el miedo que origina acogerse a la verdad. Una increíble paradoja.

Si bien los sofismas de los miembros del Tribunal tiraban por tierra la integridad moral de los acusados, y aniquilaban con sus argumentos cualquier vestigio de inocencia que pudieran atesorar sus almas, el hecho de que los reos hablasen con franqueza podía conducirlos al potro, y de ahí al cadalso. Era entonces cuando la verdad adquiría un terrible significado.

Leer las confesiones de los acusados, esas otras que habían sido rectificadas tras conocerse que la Suprema había decretado un edicto de gracia para todos aquellos que, reconociéndose brujos, demostraran interés por arrepentirse y abrazar de nuevo la fe de Cristo, no me ayudaron a sentirme a gusto con mi menester como inquisidor del Santo Oficio. Porque si la mentira se reorganizaba a conveniencia de las personas que se habían manifestado libremente, tergiversando las primeras declaraciones según su provecho, me iba a resultar difícil hacerme una idea de lo que en realidad había acaecido en las distintas villas diseminadas por el valle de Baztan.

Sentado frente a mi mesa de despacho, leí la nueva declaración de Miguel de Goyburu. Me pregunté, no sin ciertas dudas, si aquel anciano era capaz de comunicarse con el diablo, tal y como afirmaba, o si todo era un vil engaño con el fin de buscar el perdón del Tribunal. Si en un principio había negado cualquier relación con Satanás, ahora admitía haber lanzado conjuros contra sus vecinos por el mero hecho de hacerles sufrir o para llevar a cabo una venganza. Aquel cambio de opinión, a mi juicio, resultaba bastante sospechoso. Dijo también, y así lo había recogido mi secretario en su librito, que varias veces al año, coincidiendo con las fiestas religiosas, él y varias brujas más acudían a los camposantos de las iglesias para desenterrar los cuerpos de los difuntos, y que no les importaba profanar a los muertos porque el diablo les exigía que sacasen los huesos de los menudillos de los pies, las ternillas de las narices y los sesos hediondos de los cadáveres que allí descansaban en

paz, y que tan sabroso bocado resultaba para el macho cabrío y su prole de demonios. Del mismo modo afirmaba que Lucifer se les aparecía sentado en un trono dorado con cinco cuernos, y que él, como rey del *akelarre*, se colocaba a su derecha, llevando entre sus manos un puñado de culebras, que eran símbolo del pecado y la maldad.

Asimismo, atestiguó que la fallecida Graciana de Barrenetxea, y otras mujeres desposadas con el demonio, solían presentarles a los niños que habían sido seducidos gracias a sus hechizos para que lo adoraran como único dios. Reconoció, además, que elaboraban filtros y pócimas, y que en sus marmitas se cocían pieles de sapos, carne putrefacta de los ahorcados, corazones de niños sin bautizar y entrañas de otros animales inmundos. Incluso admitió que acudían a sus conventículos montados en escobas o sobre machos cabríos engendrados en el averno, siendo conducidos por los diablos menores que servían a Satanás.

También su hijo, Joanes de Goyburu, así como su sobrino Joanes Sansim, confesaron pertenecer a la secta de brujos. Su cometido era el de amenizar, con la música de sus instrumentos, el instante en que el demonio poseía carnalmente a las mujeres que eran de su agrado. Decían que su poder era tal, que podían hundir los barcos que faenaban frente a las costas de San Juan de Luz gracias a los arpegios del *txistu* y del tamboril, así como de provocar terribles tormentas y ventiscas.

Las hermanas Yriarte, dos barraganas que se entregaban sin ningún comedimiento al placer de la carne, reconocieron igualmente pertenecer a la secta de brujos, lo mismo que Joana de Telechea y Estebanía de Navarcorena, cosa que no admitieron la tullida María Txipia y la corcovada de su hija. Estas negaron cualquier relación con el demonio. Ya no sé si por sinceridad o estupidez.

Dejé a un lado los diversos pergaminos que contenían las confesiones de los reos y me puse en pie. Mis pasos me condujeron hasta el ventanal desde donde podían verse las aguas del río. Al principiar el crepúsculo, las calles de la ciudad se fueron vistiendo de oro y sangre. En los sembrados que se extendían al otro lado de las murallas se apreciaba cierta serenidad, como una promesa de ternura. Y allá, a lo lejos, las montañas se fundían con las rosadas nubes que acechaban al filo del horizonte.

Mis ojos se perdieron entre toda aquella belleza mientras me preguntaba qué podía haber empujado a los vecinos de Zugarramurdi a delatar a esas pobres gentes. A mi parecer, las denuncias como las confesiones eran producto de la imaginación, por lo que no existían pruebas suficientes para acusarlos. Y no sólo porque los reos se contradecían en los testimonios, sino también porque la práctica de los actos atribuidos resultaban completamente inverosímiles.

Entonces... ¿Qué había empujado a esas gentes a admitir todas aquellas aberraciones? ¿Tal vez su amor a la vida... su temor a la muerte? ¿Quién manejaba sus voluntades? ¿Quién dictaminaba sus palabras? ¿Era Dios, o quizá el diablo?

Náufrago en el proceloso mar de la incertidumbre, las yemas de mis dedos

acariciaron las cristaleras emplomadas que separaban el mundo real de la superstición. Y entonces comprendí que la verdad, a veces, se disfrazaba de inanes engaños.

Ante la oleada de escalofríos que recorrió de arriba abajo mi cuerpo, no tuve más remedio que buscar bajo la tela del hábito el crucifijo que colgaba de mi cuello. Con serenidad y cierta amargura, lo besé tan dignamente como se merecía.

Sólo Dios podía ayudarme en aquella empresa, y ahora era consciente de que lo necesitaba más que nunca.

VIII

Aquella fría mañana de diciembre, en la que la mayor parte de los vecinos de Zugarramurdi se aprestaban a seleccionar las mejores aves y corderos que habrían de acabar en las mesas de sus hogares el día de la Natividad, la nieve hizo acto de presencia en forma de diminutos corpúsculos que asemejaban ser plumones de blancas palomas zarandeadas por el viento. No había chimenea, de entre los distintos caseríos dispersos por todo el valle, que no vomitase el condensado y ceniciento humo procedente del fuego del hogar que alimentaba el hervor de los guisos en las marmitas. En el ambiente se apreciaba cierto aroma a carne, legumbres y especias: un tufillo agradable que indicaba el inicio de la tradicional celebración pascual.

Apenas faltaban tres días para que se conmemorase el nacimiento de Jesucristo, una fecha que no todos los zugarramurdiarras veneraban con el fervor propio de un cristiano viejo y piadoso. Unos pocos vecinos, simplemente, no se dejaban contagiar por las incursiones verbales y dogmáticas de los monjes del lugar, ni tampoco por su venerada procesión de edictos evangelizantes. No necesitaban toda esa parafernalia eclesiástica imbuida a golpe de espada por las huestes de la Iglesia desde hacía siglos. Ellos ya poseían sus propias tradiciones, prácticas vinculadas a aquellas tierras desde el principio de los tiempos. Eran unos ritos casi olvidados por la memoria colectiva de los navarros, pero vivos en las ancestrales costumbres heredadas de padres a hijos.

Tal y como sostenían sorginas y brujos paganos, el ceremonial de la Natividad se hallaba emparentado con la magia atávica y hereditaria del pueblo navarro. La noche más larga del año, según la creencia popular enriquecida por las arcaicas ceremonias drúidicas —que solían celebrarse a escondidas en las cuevas y prados de la comarca—, era causa de regocijo porque marcaba el inicio de la renovación y el triunfo de la vida sobre la muerte: *natalis invictis*. Sólo que en este caso, el invicto había dejado de ser el Sol, numen superior de todas las civilizaciones primordiales, para ser suplantado por la ingrávida figura del Hijo de Dios.

Este era el mensaje que intentaba transmitirle María de Yurreteguia a su joven doncella.

Ambas se dirigían a casa del pastor Beltrán Larralde, y lo hacían en compañía de María Juanto y María Presona, dos hermanas de avanzada edad naturales de Vera. La esposa del molinero pensaba permutar con él uno de sus cabritos a cambio de algunas arrobas de trigo de las varias fanegas con las que había sido gratificado su esposo tras la molienda. No era la única vecina del lugar que utilizaba el sistema de trueque

como moneda de cambio. Allí, en las tierras altas de Navarra, el intercambio de favores y alimentos no se consideraba una transacción comercial, sino más bien una forma de sobrevivir a los diezmos e impuestos que debían tributar a los poderes locales.

El gélido viento de la mañana las fue envolviendo con su manto helado, por lo que decidieron unirse unas contra otras con el fin de procurarse el calor que anhelaban sus cuerpos. De este modo parecían formar un todo consecuente. Tal era la imagen uniforme de las cuatro mujeres, que cualquiera que las viese deambular por la senda preñada de guijarros que atravesaba el valle, diría de ellas que eran una misma persona representando los inconciliables rostros de la vida del ser humano: la juventud y la ancianidad.

—Has de saber, María, que los clérigos yerran al pensar que la felicidad radica en la abstinencia y en la purificación del alma —dijo María Presona, dirigiéndose a la criada al servicio de su joven amiga—. Existen otras satisfacciones que templan el espíritu, y que nos descubren las cosas buenas de la vida. Cuando nos reunimos en el prado, oye bien lo que te digo, lo hacemos para endulzar nuestros pesares. El baile, la música y el fuego, sirven para aliviar las desventuras que hemos de sufrir día a día, por lo que resultan bastante más seductoras que las prédicas de los sacerdotes.

—No renuncies a la idea de disfrutar de los dones que nos ofrece la diosa Mari, que es fuente de sabiduría —añadió la otra vieja, cuya verruga encima del labio superior le daba una apariencia, cuando menos, sombría. A eso contribuía también la nariz aquilina que parecía curvarse hacia abajo.

María no quiso llevarles la contraria, pero seguía defendiendo el canon eclesiástico de que la virtud del cuerpo y el sacrificio del alma habrían de acercarla a Dios, algo por lo que venía luchando desde que las brujas de Ciboure la obligaran a apostatar.

Ante el ominoso silencio de la joven francesa, intervino María de Yurreteguia.

—Escúchalas con atención —le susurró al oído—. Eres demasiado crédula en los asuntos relacionados con la Iglesia, y te dejas influenciar fácilmente por la charlatanería de unos clérigos que aman más su bolsa y sus placeres que la santidad que tanto predicán. ¡Ay! Si yo te contara... —enfaticó.

Y fue al sentirse menospreciada, llegando incluso a creer que la tenían por una joven sin temperamento, cuando María de Ximildegui incurrió en el peor de todos los pecados: la soberbia.

—Mal concepto tienen de mí vuestras mercedes. Pues deben saber que sin llegar a ser ilustrada, tampoco soy lerda —se apartó el cabello que un golpe de viento había conseguido deslizar hacia su rostro—. Escucho, cavilo y mantengo cerrada la boca, que discreta soy desde que mi madre me echó al mundo, y jamás me sentí embaída por los asuntos de Dios, ni tampoco por los del... —se mordió el labio inferior, guardando silencio al no saber cómo iban a juzgar su reflexión.

—¡Vamos! ¡No refrenes el ardor de tus palabras! —la exhortó María Juanto,

aferrando su antebrazo—. ¡Atrévete a decir su nombre!

Tarde se arrepintió la doncella de haberse dejado llevar por un raptó de arrogancia. Sus ínfulas de mujer rebelde la habían delatado como alguien capaz de razonar por sí misma, sin ayuda de disciplinarios discursos clericales o arterias de gente marrullera.

—No es bueno conjurar al diablo —fue lo único que pudo decir, y lo hizo en un susurro.

—¿No será que le tienes miedo? —porfió la vieja.

—Puede ser —reconoció María, sin ambages—, pues las prédicas de fray Felipe de Zabaleta nos advierten del peligro que corremos cada vez que pronunciamos el nombre de Satanás.

Fray Felipe era el párroco de la iglesia a la que solía acudir todos los domingos desde que regresara a Zugarramurdi.

—¿Y tú crees que es ciencia infusa todo lo que dicen unos hombres que, beneficiándose de las prebendas que les otorgan sus hábitos, viven diez veces mejor que tú? —inquirió esta vez María Presona, que a continuación hizo un gesto que expresaba cierto acaloramiento del ánimo—. Escucha, niña... No hace falta que presumas de casta y piadosa en nuestra presencia. Sé, demasiado bien, que eras asidua a los *batzarres* que solían celebrarse en Bayona antes de la llegada del inquisidor Pierre De Lancre. Yo misma, que acudí a algunos de ellos, te he reconocido nada más verte aparecer en compañía de nuestra amiga María. Y he de decir a tu favor que bailabas como una endemoniada la víspera de San Juan del pasado año. ¿O es que ya no recuerdas cómo cimbreabas tus caderas de placer cuando te dejaste montar por aquel mozo cuyo bálano era tan grande como la cabeza de un sapo? —bajó el tono de su voz, mostrándole una dentadura cuyas encías supuraban debido a la piorrea. Un tufo hediondo taladró las fosas nasales de la doncella, hasta el punto de sentir repugnancia—. Eres una de las nuestras... quieras o no —soltó una carcajada estridente.

La francesa, avergonzada, admitió en silencio haber participado de los conventículos que se llevaban a cabo al otro lado de la frontera. Tenía razón, en aquellas reuniones sectarias había fornicado con varios hombres, e incluso se había dejado acariciar por otras mujeres sin importarle en absoluto las consecuencias de sus ignominiosos actos. De ahí que le pesara más el recuerdo de tales obscenidades que la talega de trigo que llevaba colgando de su espalda. Eran tan cuantiosos e inconfesables sus pecados, que llegó incluso a dudar de que Dios pudiese perdonarla algún día.

La conversación declinó en comadreo, y al pronto se fueron sucediendo las confidencias de unas y otras.

María de Yurreteguia, despojada ya de todo ese pudor que proyectaba su cándido rostro de mujer respetable, les confesó que aguardaba con impaciencia el momento de acudir a la junta que habría de celebrarse, a falta de dos noches, en el prado de

Berroscoberro. En voz queda, pero abriendo al máximo sus ojos a la vez que sonreía con incipiente picardía, añadió que también ella esperaba hallar un hombre bien dotado, tal y como había encontrado su doncella en Bayona. Necesitaba desfogarse, liberarse de lo que ya era una necesidad imperiosa de la carne y del espíritu, puesto que el zote de su esposo sólo tenía ojos para la mula que hacía girar la piedra del molino, como si las peludas ancas del animal fuesen más deseables que su prietas, redondas y turgentes posaderas.

—Que no os extrañe que el muy rufián dedique su tiempo a levantarle la cola a la pobre bestia con el fin de tomarla como hembra —aseveró, convencida de sus palabras. Se echó a reír con desparpajo al imaginar a su cónyuge copulando frenéticamente con el animal—. De ahí que llegue a casa sin fuerzas y sin ganas de cumplir con sus obligaciones maritales... ¡El muy cabrón!

Después de que la esposa del molinero diese rienda suelta a su enfermiza imaginación, María Juanto se dispuso a narrarles, con todo lujo de detalles, lo que había acontecido en Vera cuando ella era una adolescente; un hecho que, aunque no llegó a ser de dominio público, le afectaba personalmente. En realidad, lo había tenido que sufrir en sus propias carnes.

Por lo visto, siendo ella muy joven fue inculpada de brujería y apresada por los hombres del brazo secular. Como se negaba a admitir su delito, a pesar de las diversas torturas que le infligieron, llamaron a un saludador de Logroño que además de ser el sobrino del caudatario del arzobispo de Sigüenza, era también muñidor de una cofradía que ofrendaba sus dones a la imagen de Nuestra Señora de Muskilda. Este les prometió arrancarle los demonios del cuerpo, aunque para tal menester se vería obligado a efectuar una de las prácticas más indecorosas y repudiadas por la Iglesia: la fornicación.

Con embaimientos y palabras retorcidas, Francisco de Alvarado, que así se llamaba aquel degenerado, consiguió convencer al comisario inquisidor de Vera de que era necesario actuar de ese modo, y cuanto antes mejor. El viejo abad, aconsejado por varios de sus hermanos en Cristo, se prestó al juego del saludador. No obstante, dispuso como condición que él y otros clérigos del convento fuesen testigos de aquel exorcismo tan inusual, por aquello de que más valía comprobar con sus propios ojos el resultado de la profana ceremonia que dejarle a solas con el diablo y sus tentaciones.

Después de que el verdugo la atase desnuda a la rueda de tortura, el muñidor se acercó a ella con el fin de ensalivar todo su cuerpo y bendecirlo con el agua del hisopo. Llevando hasta el final su engañifa, recitó una larga serie de fórmulas religiosas destinadas a alejar al diablo. Tras lo cual, el impúdico se bajó los calzones y la poseyó con brutalidad en presencia de varios miembros del Santo Oficio.

A los pocos minutos, según la propia María Juanto, el dolor dio paso al placer y sintió las sacudidas de un inesperado orgasmo, por lo que no pudo evitar que una larga serie de gemidos brotasen involuntariamente de su garganta. El saludador

aprovechó la ocasión para decirles a los inquisidores presentes que tales suspiros no eran otra cosa que el lamento de un espíritu diabólico abandonando la envoltura carnal de la acusada; asegurándoles, también, que después de haber expulsado a Satanás de su cuerpo gracias al conjuro y a sus rezos, y de ser bendecida por los fluidos de sus santos testículos, aquella hembra, hija del pecado, quedaría inmunizada para siempre, por lo que ningún otro demonio habría de venir a poseerla.

—Todavía no sé si aquellos doctos y sapientísimos clérigos llegaron a creer tal estupidez —les dijo María Juanto, proyectando una amarga sonrisa—. Pero hay una cosa que es cierta, y es que las túnicas de algunos clérigos se elevaron unas pulgadas como por ensalmo o fuerza divina... ¡Ja, ja, ja! Os aseguro que aquella noche más de uno terminó estrujándose la verga, cuando no decidiera recurrir a la disciplina del chicote.

Las demás mujeres rieron también al escuchar la ocurrencia de la más vieja del grupo.

La conversación siguió su curso, siempre por el escabroso camino de la frivolidad. María de Ximildegui, sin poder evitarlo, sintió cierto cosquilleo bajándole por el vientre hasta humedecer los ángulos más recónditos de sus muslos. Y a pesar de que recitaba en silencio el nombre de Jesús de forma iterativa, tal y como le aconsejara el fraile de la ermita erigida a las afueras de Ciboure, había una parte de ella, la más oscura, que disfrutaba con el sabor picaresco que exteriorizaban todas esas historias de falos enhiestos como picas y, además, dominantes.

Otros relatos de análogo mensaje, donde lo erótico y lo carnal primaban por encima de la virtud, sirvieron de solaz entretenimiento a las mujeres hasta que por fin llegaron a casa de Beltrán Larralde.

María de Ximildegui se hallaba sentada a la mesa frente a Esteban de Navalcorea y su joven esposa. Tenía a su lado a Íñigo, el padre del molinero. Engullían desordenadamente la liebre con ajijeso de sus respectivas escudillas, sin importarles que la salsa se deslizara por las comisuras de sus bocas, pues cuando el hambre acucia se suele embuchar a dentelladas como animales y apenas si hay lugar para las taxativas delicadezas de la que hacen gala los hidalgos.

Fuera, más allá del recio portón, varias pulgadas de nieve cubrían todo el valle de Baztan. El fuego del hogar templaba los muros del caserío, que a esas horas de la noche rezumaban una extrema frialdad, ya que el agua penetraba a través del roblón hasta humectar los maderos que formaban la techumbre. Para entrar en calor, los comensales encontraron en el vino el mejor paliativo.

Ya iba por su segundo cuartillo, alampado por el regusto del licor en la boca, cuando el anciano le preguntó a su hijo:

—¿Vas a aceptar la oferta del corregidor?

—Sabéis muy bien que no, padre. Jamás se las vendería a ese miserable... ni a ningún otro —contestó Esteban con hosquedad, mirándolo fijamente a los ojos—.

Las tierras que se extienden más allá del río me costaron mis buenos reales de plata, y si las compré fue porque María y yo, una vez que se quede preñada y vengan los hijos, necesitaremos un lugar donde erigir nuestra propia casa —le sonrió a su esposa, cogiéndola de la mano—. Si el azar ha querido situarlas en mitad de sus cultivos, es cosa de Dios y no mía. Además, ya tiene demasiados manzanos para vivir holgadamente.

—Me alegra oírte decir eso, hijo. Los Olgaray andan en conflicto con nuestra familia desde que vivía tu abuelo. La culpa la tienen unas mulas que mi padre le vendió a ese engréido, siendo este muy joven, las cuales fallecieron poco después de acomodarlas en sus cuadras. Como mi difunto padre se negó a devolverle su dinero, lo acusó de brujo y de haberle echado una maldición a las bestias una vez consumado el acuerdo. Gracias a Dios, la delación no fructificó y todo quedó como una simple anécdota.

—Libelos y denuestos de gente con mucha imaginación y pocos redaños, padre... superchería boba. Jamás he creído en esas historias que se cuentan sobre sorginas que vuelan por los aires para ir a besarle el culo a un diablo cabrón. Chismes de vieja, al fin y al cabo —subrayó Esteban, y siguió comiendo como si nada.

María de Ximildegui dirigió su mirada hacia la dueña, que hizo un mohín con los labios y torció el gesto, dándole a entender que mantuviese la boca cerrada.

—Hablas con mucha ligereza —le recriminó el anciano—. Es bien sabido que el diablo arremete con sus oscuras artes contra los impíos y los recelosos, trastornándoles el seso.

—¿De verdad pensáis que los inquisidores se creen esas patrañas? —Esteban alzó ligeramente las cejas, observándolo con estupor.

—A eso te podría responder el señor d'Amou, que fue víctima de la mordedura de una bruja que le estuvo chupando la sangre del muslo mientras dormía —Íñigo frunció los labios, bajando el tono de su voz—. Si hasta asegura que el propio Satanás y tres brujas a su servicio, entre ellas la dueña de Sansinena, le infligieron diabólicos tratamientos después de rodearle el cuello con una soga para que no pudiese escapar.

—¡A saber qué hacía la bruja en la cama del francés! —Esteban se echó a reír, burlándose de la ingenuidad de su viejo padre—. Para mí que la bruja le chupó algo más que la sangre. Ya sabéis...

El molinero soltó una carcajada bastante ordinaria, mirando con cierto descaro a la joven que estaba sentada frente a él; mejor dicho, a los pródigos senos que asomaban por encima del corpiño.

Con el fin de desviar el tercio de la conversación, y para que dejase de observar lo que no era de su incumbencia, María de Yurreteguia le comentó a su esposo que el día anterior había ido a casa de Beltrán Larralde, tal y como le había pedido, a permutar dos sacas de trigo por uno de sus cebados corderos. Esteban, a su vez, le preguntó por la salud del viejo pastor, con quien le unía una grata amistad. Y así, antes de que se diesen cuenta, platicaban de otros asuntos relacionados con la

economía familiar.

Aprovechando que la pareja hablaba de sus cosas, el sexagenario deslizó sigilosamente su mano hasta colocarla sobre la falda de la francesa, por encima de sus rodillas. La joven, nada más sentir que alguien manoseaba sus muslos, dio un respingo y ahogó un grito de sorpresa. No quiso desviar su mirada hacia el viejo impertinente, cuyos dedos ascendían poco a poco buscando el calor de su entrepierna. Apenas si podía hablar. El pudor y la vergüenza se lo impedían.

Tras soslayar la mirada, advirtió que el muy truhán seguía engullendo los cuartos traseros de la liebre, tajada que sostenía con su otra mano como si nada de aquello fuese con él.

—Señora, si me lo permitís, quisiera retirarme a descansar —solicitó atropelladamente. Hizo un ligero movimiento con sus pies, liberándose de la presión que ejercía la mano diestra de Íñigo sobre su pierna—. Ya es tarde y mañana he de levantarme al alba.

Entre las virtudes de María de Yurreteguia estaba el percatarse de todo lo que acontecía a su alrededor, incluso con los ojos cerrados. Por eso adivinó de inmediato el apremio de su criada; no en vano, había advertido el ligero movimiento que ejecutaba el brazo de su suegro bajo la mesa.

—Puedes marcharte —la despidió con una cordial sonrisa—. Ya recogeré yo todo esto.

Desvió su mirada hacia las escudillas y cubiletes de madera que había sobre la mesa.

La joven abandonó su asiento, imaginando la cara de frustración que pondría el pícaro anciano al ver que se esfumaba la posibilidad de seguir adelante con su juego. Lo cierto es que se sentía un tanto asqueada por la falta de comedimiento de aquel libertino, y mucho más de ser ella su centro de atención. Sin embargo, mientras ascendía los peldaños que habrían de conducirla al húmedo camaranchón, recordó el sueño que había tenido días atrás: la nítida imagen del viejo pastor poseyéndola con desenfreno.

El rubor ascendió hasta sus mejillas. No se había sentido así de turbada desde que se arrepintiese de sus pecados, antes de cruzar la frontera de Francia en busca del perdón de Dios.

Envuelta en una nube de pensamientos erráticos, se echó sobre el jergón relleno de paja y esparto, cubriéndose con la frazada hasta la nariz. Las imágenes del pasado giraban en su mente al igual que una volandera de molino. Y así, sumida en las más profundas abstracciones, estuvo cerca de una hora sin poder dormir.

Ya el sueño velaba sus ojos, cuando escuchó el quejumbroso rechinar de los goznes mal engrasados de la puerta. Incorporó su cuerpo con denotado nerviosismo, pues al instante creyó que eran los brujos que venían de nuevo para torturarla con sus diabólicas artes, tal y como, según pensaba, había ocurrido días atrás. Sin embargo, tras la hoja del portón apareció el rostro angelical de su ama, e iba sola. En la mano

sostenía una vela de sebo cuyo pabulo ardía de forma tenue. Al recibir de frente el resplandor, su rostro quedó escindido entre luces y sombras.

Nada más entrar, le hizo un gesto a su doncella para que se pusiera en pie, añadiendo a continuación:

—¡Vamos, vístete! —la apremió—. Esta noche sopla el *Sorgiñaizia* y los dioses nos favorecen. Tenemos una cita en el prado del Cabrón a la que no podemos faltar.

IX

Después de pasar cerca de un mes en la región de Xareta, tiempo que dedicó a entrevistarse con los comisarios inquisitoriales de aquellos pagos, así como a interrogar tanto a delatores como a los sospechosos de adorar al diablo, don Juan del Valle regresó a Logroño una soleada mañana de septiembre. Trajo consigo gran copia de informes y testificaciones formuladas por gente de acreditada honradez, documentos que llevaban impresas las rúbricas testimoniales de los abades y vicarios de las distintas villas afectadas por el mal de la brujería. Al margen de las confesiones de los acusados, arrancadas tras incesantes torturas y amenazas por parte de los alguaciles del brazo secular, el licenciado condujo a veintidós nuevos inculpados hasta el Tribunal de esta ciudad; entre ellos a los dos clérigos llamados fray Pedro de Arburu y don Joan de la Borda, cuya actitud había sido censurada, semanas atrás, por algunos miembros de la clerecía logroñesa.

En total, ya eran treinta y uno los reos que aguardaban en las cárceles secretas del palacio inquisitorial a la espera de juicio. Un número demasiado reducido teniendo en cuenta que sólo en Zugarramurdi y en los demás villorrios de la región se habían levantado actas a cerca de trescientas personas, presuntamente implicadas en los asuntos del demonio.

Igualmente, y esto sí que me causó gran asombro cuando no espeluzno, supe que Del Valle se había traído con él, tras ordenar su exhumación, el ataúd donde descansaban los restos mortales de la difunta Graciana de Barrenetxea. El propósito del licenciado no era otro que el de purificar el cuerpo y el alma de la sorgina con el fuego de la hoguera, en caso de que el Tribunal, tras el correspondiente auto de fe, firmara en contra de ella una sentencia de relajación.

Así las cosas, don Alonso Becerra se holgó mucho al conocer la excelente labor realizada por nuestro colega en el valle de Baztan. Salió a recibirlo, con gran honor y pompa, a las puertas del convento de San Francisco en compañía del prior y de otros calificadores de su entera confianza, pertenecientes a las distintas órdenes religiosas de la ciudad: mercedarios, franciscanos, dominicos, trinitarios y jesuitas.

Yo mismo tuve que hacer acto de presencia porque así me obligaba mi cargo. También acudí al sínodo que se celebró en la sala del Consejo tras su llegada, pues tenía curiosidad por saber qué nuevas nos traía el más implacable de los inquisidores de Logroño. Este nos habló del gran interés demostrado por fray León de Aranibar, y del excelente trabajo llevado a cabo por los comisarios de Vera, Santesteban y Lasaka, quienes habían conseguido concienciar al pueblo para que delatasen a todos

aquellos que fuesen sospechosos de pertenecer a la secta de brujos; aunque bien es cierto que algunos habían confesado su culpabilidad por propia iniciativa después de haber sido presentados *in conspectu tormentorum*, exhortándoles a que por amor de Dios dijese la verdad o se enfrentasen al suplicio inquisitorial.

De este modo, los reos se evitaban un castigo que, en caso de negar su participación en el *akelarre*, innecesariamente habrían de sufrir en sus propias carnes.

También se abordó el delicado asunto que relacionaba al fraile premostratense de San Salvador de Urdax, así como a su primo el presbítero de Hondarribi, con el resto de los inculpados y sus demoníacas conjuras, algo que resultaba embarazoso en toda su acepción. Llegado mi turno de hablar, le pedí explicaciones a don Juan del Valle con respecto a la acusación de brujería que recaía sobre las cabezas de ambos clérigos, exigiéndole pruebas concluyentes que viniesen a corroborar que ciertamente se hallaban involucrados en los oscuros propósitos del diablo.

—Habéis de saber —me confesó el licenciado—, que fray Pedro de Arburu negó en todo momento haber participado de las juntas celebradas en el prado del Cabrón. Incluso, y eso es algo que os costará entender, yo mismo puedo atestiguar que a esas horas se encontraba en el convento con el resto de sus hermanos.

—Siendo así, no entiendo por qué le habéis traído con vos. Es obvio que no pudo estar en dos lugares a un mismo tiempo —objeté al instante.

—Menospreciáis mi labor, don Alonso —me lanzó una mirada pretenciosa—. He de deciros que no suelo dejar nada al azar.

—¿Entonces? —quiso saber don Vergara de Porres, participando en la conversación.

El licenciado Del Valle, acomodado en su sillón, alzó unas pulgadas su túnica hasta dejar al descubierto las corvas. Lo cierto es que hacía bastante calor en la sala.

—Como ya he dicho, fray Pedro estaba en el monasterio a la hora del *akelarre*. Ciertamente, dormía con placidez —asintió con la cabeza—. Pero he de añadir que su alma no se hallaba ligada al cuerpo, pues hartado trabajo nos costó despertarlo a quienes vigilábamos aquella extraña soñolencia.

—Conozco bien los síntomas —añadió el decano, saliendo en defensa de su colega con una rigurosa disquisición que venía a interpretar el profundo sueño del acusado—. Son muchos los brujos que acuden a los conventículos en espíritu, ya que estos tienen poder para abandonar sus envolturas carnales cuando así lo desean. Es un poder que reciben directamente del diablo.

Estuve tentado de exigirle un razonamiento admisible que confirmara su supuesto, evidencias que vinieran a demostrar que aquel comentario, tan fuera de lógica, era algo más que retórica eclesiástica basada en la superstición, pero me abstuve de avivar la controversia porque una palabra pronunciada a destiempo podría conducirnos a la disensión y al debate.

No fui yo, sino el chantre de la colegial, el que sí se atrevió a poner en duda la culpabilidad de los acusados, y lo hizo dirigiéndose a don Juan del Valle.

—He recibido noticias de don Antonio Venegas de Figueroa, obispo de Pamplona, quien al igual que vos ha recorrido el valle de Baztan en busca de pruebas que vengan a corroborar la existencia de brujos en la región. Sin embargo, su ilustrísima me ha informado que el fenómeno de la brujería se basa enteramente en embustes e ilusiones. Afirma que las gentes de allí, la gran mayoría, no saben qué es ser brujo... y mucho menos conocen el significado de la palabra *akelarre*.

—Coincidí con él en Lesaka —reconoció el licenciado—. Según me dijo, cuando tuvimos ocasión de intercambiar opiniones, los miembros del Tribunal actuábamos impelidos por nuestro celo cristiano —hizo un elocuente gesto de desaprobación—. Prefiero creer que nos estamos aventurando a juzgar a esas gentes a la ligera, sin antes haber comprobado sus tropelías, a permitir que el diablo nos confunda a todos con sus artimañas y entorpezca nuestra labor y buen juicio. Opino igual que Arnaldo Amalrico, legado papal, inquisidor y ferviente enemigo de los albigenses, cuando el ejército de Montfort atacó la ciudad de Béziers, cuyas gentes eran sospechosas de herejía: «¡Matadlos a todos, Dios reconocerá a los suyos!» —proyectó una sonrisa un tanto despectiva—. Nos guste o no, es nuestro deber acogernos a las pautas marcadas por el Santo Oficio. *Contraria contrariis curantur*.

—Ni vos sois Hipócrates, ni estamos tratando una enfermedad —no me pareció correcto el aforismo, de ahí mi réplica—. Estamos hablando de brujería, y de si es cierto o no que los inculpados realmente son culpables de las atrocidades que se les imputan.

Del Valle no encajó bien mis palabras, pues sus ojos chispeaban de ira al igual que los de un lobo que hubiese caído en una trampa para conejos.

—Si vais a tener en cuenta la opinión de don Antonio Venegas, también deberíais leer las cartas del inquisidor francés, *monsieur D’Espaignet*, y las del señor d’Uturbie —precisó, un tanto ufano—, pues en ellas se habla de siete procesillos de actos comprobados de las cosas que han confesado los brujos de Bayona.

—Es fácil confesarse culpable cuando se proclama un edicto de gracia por el cual pueden reconciliarse y esperar la benevolencia del Tribunal. Pero ¡ay!, cuán distinto sería si sus testimonios hubiesen de conducirlos hasta la hoguera.

Hubo un gran silencio en la sala del Consejo. Les gustase o no, los allí reunidos sabían muy bien que decía la verdad.

—En todo caso, fray Pedro de Arburu y don Joan de la Borda son culpables —intervino el doctor Isidoro de San Vicente, que estaba sentado junto al prior del convento de San Francisco—. No hemos de olvidar que sus respectivas madres son tan brujas como ellos. Y ya sabéis lo que se dice... de tal parra, tal racimo.

—Si vamos a acogernos a los adagios, recordad... *In dubio, pro vita* —atajó el doctor Vergara de Porres, amparándose en la necesidad de demostrar, primeramente, que un reo condenado a muerte era en verdad culpable del delito que se le imputaba.

Aquel comentario, tan contrapuesto al pensamiento generalizado de los miembros del Tribunal, suscitó de nuevo la polémica. Unos consultores, la mayoría, afirmaban

que el obispo de Pamplona pecaba de ingenuidad y que se dejaba engatusar por los astutos hijos del diablo y sus marrullerías; otros, los menos, defendíamos la posibilidad de que todo se tratase de una locura colectiva que tendría su razón de ser en el temor y la ignorancia de la gente.

Para poner fin al litigio tuve que ejercer de mediador y lanzar mi propuesta al Tribunal.

—Creo que para no enzarzarnos en luchas internas deberíamos enviar los informes de don Juan del Valle al inquisidor general de Toledo, como ya hemos hecho en reiteradas ocasiones, y que este juzgue cómo se ha de proceder en cada uno de los casos —les dije en tono neutro, poniéndome en pie—. Por mi parte, pienso escribir una carta dirigida al cronista oficial de la corte, don Pedro de Valencia, para que en su justa opinión estudie los testimonios de los delatores y las confesiones de los reos, pues es harto conocido su buen juicio y la equidad de sus disertaciones humanistas.

—¿Acaso dudáis de nuestra labor como inquisidores? —preguntó, enojado, don Alonso Becerra.

—No... pero creo que la controversia acabará cegándonos a todos y eso va en detrimento de la verdad. Pienso, y esa es mi opinión, que nos falta perspectiva para ver lo que realmente está ocurriendo en la región de Xareta —le hice un gesto a mi secretario, que permanecía sentado frente a la mesa donde varios escribanos transcribían nuestra conversación, para que recogiese el tintero y su pluma y se aprestara a acompañarme—. Podéis continuar debatiendo todo el día sobre los asuntos del diablo, si así lo deseáis. Yo, por mi parte, tengo la obligación de...

La súbita aparición del alguacil en la sala del Consejo, el cual venía acompañado de don Antonio de Horcajadas, físico encargado de velar por la salud de quienes permanecían encerrados en las cárceles secretas de Logroño, vino a interrumpir mi invectiva. Demasiada turbación en sus rostros, según pude apreciar.

—Supongo que existirá una poderosa razón para que vuestras mercedes irruman en la sala de ese modo.

El decano se puso en pie, molesto ante la osadía de aquellos hombres que, por su condición de seglares, tenían prohibida la entrada al cónclave monacal.

Don Juan de Jaca, con evidente nerviosismo, le ofreció las oportunas explicaciones.

—Pido disculpas... pero he de poner en conocimiento de vuestra señoría que el reo Miguel de Goyburu se encuentra gravemente enfermo.

—Eso no justifica vuestro atrevimiento —le arengó don Juan del Valle.

—Sí... si el asunto requiere tomar medidas drásticas —intervino el físico, cuya mirada exteriorizaba cierta preocupación—. El prisionero que agoniza en los calabozos de palacio presenta diversos bubones por todo el cuello y en las axilas. Creo que nos encontramos ante un caso de *Pasteurella pestis*.

Durante los meses que siguieron al cónclave, tras el regreso a Logroño del licenciado don Juan del Valle, fueron varios los reos que encontraron en la muerte negra una liberación y un escape a sus tribulaciones. El primero en sufrir el azote de la temible peste fue Miguel de Goyburu, que falleció a los pocos días de contraer la enfermedad; según me contaron después, lo hizo entre terribles padecimientos. Le siguió Estebanía de Navarcorena, por aquello de que la muerte gusta de llevarse a las gentes de mayor edad, y más tarde le tocó el turno a María de Yriarte y a su prima María Pérez de Barrenetxea. Sus cuerpos jamás recibieron sepultura, sino que permanecieron confinados en sus respectivos ataúdes, dentro de las celdas de castigo, a la espera del Auto de Fe que habría de celebrarse un año más tarde.

He de reconocer que aquel otoño fue uno de los más largos y difíciles de mi vida, no sólo por la cantidad de despachos, notificaciones y comunicados que tuve que leer y redactar con el propósito de informar a mi valedor, el cardenal y arzobispo de Toledo, sino también porque debía atender mis otras obligaciones como canónigo del cabildo de Jaén, que me aportaban fructuosas prebendas y demás beneficios.

A pesar de mis compromisos como inquisidor y de mis otros deberes religiosos, dediqué parte de mi tiempo a investigar los auténticos motivos que derivaron en la enajenación conjunta de quienes creían estar siendo atormentados por la magia diabólica de los brujos. Según iba recibiendo informes de algunos clérigos de mi entera confianza, como eran el licenciado Labayen, don Miguel de Orgaray y don Tomás de Urrutia, e incluso del obispo de Pamplona, más sospechaba yo de la posible relación entre las sectas de brujos en el valle de Baztan y el hecho de que los señores tributarios del sur de Francia anduviesen fraguando intrigas con el fin de recuperar parte de sus antiguos territorios, ahora bajo el dominio y la jurisdicción del virrey de Navarra y del gobernador de Guipúzcoa. Tal era el caso de don Tristán de Alzate, un poderoso hidalgo, dueño de distinguidas posesiones a un lado y otro de la frontera, que lo mismo presentaba pleitesía al rey español que a Enrique el Cuarto de Francia; en realidad, espía de ambos y señor de sí mismo.

Siempre pensé que las paces firmadas en la catedral mayor de Valladolid entre Felipe el Tercero y el monarca francés, gracias a la intervención del papa Clemente VIII, habrían de resultar infructuosas si no existía de por medio un compromiso matrimonial entre los hijos de ambos reyes: la infanta Elena y el joven Luis, ambos todavía unos niños. Y si bien es cierto que era demasiado pronto para un enlace regio,

no estaba de más que se fuera pactando el casamiento con el fin de asegurar la paz entre ambos reinos. Y todo esto lo digo porque como consecuencia de la inestabilidad política que se vivía en las villas fronterizas gracias a las diferencias entre los poderes locales, representados estos por las familias Alzate y Zabaleta, caprichosamente habían aumentado las delaciones por brujería que tanto favorecían al señor d'Uturbie y a los monjes que recibían de ellos canonjías y otras rentas anejas.

Y así, durante los meses de otoño y principios de invierno, los comisarios inquisitoriales de las distintas villas pertenecientes a la región de Xareta ejercieron de emisarios del Tribunal del Santo Oficio, enviando de forma sucesiva a distintos vecinos después de que estos, obligados *in conspectu tormentorum*, declarasen formar parte de la secta de los brujos. Entre los nuevos acusados se encontraban María Presona, Graciana Xarra, María de Etxatxute, María de Etxegui, María de Etxalecu, Estebanía de Petrisancena, Martín Vizcar, Joanes de Etxegui, Domingo de Subildegui, Joanes de Odia, María Zozoya, Joanes de Lambert, Mari Joanto, Beltrana de la Fragua, Joanes de Yribarren, y otros más cuyos nombres se han ido borrando de mi memoria debido al implacable paso de los años. Y sin embargo, recuerdo cada uno de sus rostros... sus gestos consumidos... la tristeza de sus miradas al ser encarcelados en las mazmorras del palacio inquisitorial, a la espera de una sentencia que habría de decidir el destino de sus vidas... el rictus de impotencia y desesperación de sus labios... así como el decaimiento exánime de sus pies arrastrándose por los corredores que enlazaban las distintas salas que hubieron de visitar antes de descender, definitivamente, al infierno de las prisiones.

Todavía hoy, después de tantos años, me entristezco al pensar que pude haberles salvado la vida si mi empeño se hubiese manifestado como una declaración de rebeldía. Sólo espero que Dios nos perdone a todos aquellos que formamos parte del Tribunal.

Junto con los inculcados que fueron enviados a Logroño, don Juan del Valle recibió varias cartas escritas por los comisarios de las distintas parroquias que ejercían su labor con ahíta perseverancia. De ahí que aquella tarde de mediados de enero y sin previo aviso, el licenciado se presentase en mi despacho sosteniendo en su diestra un pergamino enrollado. Tras besar fraternalmente mis mejillas en una expresa ostentación de paz, esa paz que nos debíamos como hermanos en Cristo, me entregó una misiva que acababa de recibir y que iba firmada por fray León de Aranibar.

—Tomad, don Alonso —extendió su mano—. Leed esto con atención y decidme sinceramente qué pensáis.

Le hice un gesto para que tomase asiento en la jamuga que había al otro lado de la mesa. Después de desenrollar el pergamino, comencé a leer en voz alta:

—«La insolencia prevalece entre los hombres y mujeres que han sido inculcados de brujería. Lanzan sus calumnias sin ningún pudor. Van diciendo por ahí que todo es un engaño, que soy yo quien, desde el púlpito, incito a las gentes para que denuncien

a sus vecinos acusándoles de brujos, incluso han llegado a afirmar que amenazo a los niños para que digan lo que no es. Tras lo cual, he tomado la decisión de mantenerme al margen del asunto hasta que el Santo Oficio me conceda una mayor autoridad y comisión. Los ánimos se van enardeciendo día a día. Y aunque a vuestra señoría pueda parecerle que me mueve el deseo de ser nombrado calificador, os prometo ocuparme de todo desinteresadamente para servir a Dios y al Santo Oficio» —le entregué nuevamente la carta a don Juan, reflexionando en silencio antes de ofrecerle mi opinión—. Si es sinceridad lo que buscáis, os diré que el proceder de esas gentes es fruto de la rebeldía... natural, en todo caso.

—¿Rebeldía? —inquirió, frunciendo la mirada al no ser capaz de comprender mis palabras.

—En efecto. La desobediencia está motivada por los trágicos sucesos que últimamente acontecen en el valle de Baztan, donde gentes sin autoridad se toman la justicia por su mano y prenden a los sospechosos para torturarlos sin orden ministerial —me aclaré la voz—. Hablamos de alborotadores que son apoyados por los alcaldes de corte y merinos chicos de los distintos villorrios, quienes, a su vez, también abusan de sus prerrogativas. Sé, porque así han llegado hasta mí las quejas, que hay grandes disturbios que degeneran en violencia. Sin ir más lejos, el párroco de Zugarramurdi me ha confesado, en una carta, que a la difunta Graciana de Barrenetxea le fueron inflingidos severos castigos después de que varios vecinos se allegasen hasta el caserío donde vivía y la sacasen de él a la fuerza. Hubo allí suplicios como encadenarla a un poste y golpearla hasta morir. O el caso de una mujer preñada a la que ataron a un banco, la torturaron aplicándole el garrote para, finalmente, apalearla sin misericordia y sin ningún tipo de consideración hacia el hijo que llevaba en sus entrañas. Por supuesto, tanto la madre como el niño nonato sucumbieron al tormento —le lancé una fría y crítica mirada—. Y después de semejantes atrocidades, ¿todavía os sorprende que los ánimos de los vecinos anden soliviantados?

Don Juan torció el gesto, acariciándose la barba en un instintivo gesto de contrariedad. Mis argumentos debieron de parecerle exagerados, aunque no tanto como la barbarie que se vivía en las tierras altas de Navarra. Asintió con la cabeza, aceptando el hecho de que los tumultos iban acrecentándose según se sucedían las delaciones.

—Las autoridades locales se esmeran en mantener el orden, aunque a veces la buena voluntad no es suficiente —dijo, al cabo de un plúmbeo silencio—. Pero tendréis que reconocer que si los buenos cristianos actúan así, es porque se sienten amenazados por los servidores de Satanás.

—Los enemigos de Dios no siempre son aquellos que acuden a las juntas nocturnas montados en escoba —mascullé irritado, dejándome llevar por el pecado de la soberbia.

Del Valle envaró su cuerpo, molesto por el mensaje que se ocultaba tras mis

palabras.

—Creedme, a veces creo que estáis inspirado por el diablo —me soltó a la cara.

Después apretó con fuerza los dientes, reprimiendo otros muchos criterios que guardaba en su interior. También yo me sorprendí al escuchar su comentario.

—No tendré en cuenta vuestras palabras porque las habéis pronunciado a la ligera, sin deteneros a reflexionar. No obstante, os ruego sentido común, pues en el asunto de los brujos veo más la mano del hombre que la del demonio... ¿O no os habéis puesto a pensar que las relaciones entre el monasterio de Urdax con el señor de Alzate vienen de lejos, y que este ejerce su derecho de patronato sobre la parroquia de Vera y otras feligresías?

—¿Intentáis decirme que todo es una maniobra política urdida por el hidalgo don Tristán, y que su propósito no es otro que aprovecharse de la detención de los inculcados con el fin de restablecer el dominio absoluto de sus tierras?

—No lo sé —reconocí al instante—, pero estoy dispuesto a averiguarlo.

Antes de que el licenciado pudiese refutar mi comentario, don Alonso Becerra entró en el despacho acompañado de un escribano de los que daban fe de los desempeños y ocupaciones del brazo secular.

—Ruego a vuestras señorías que me acompañen a la sala del Tribunal —nos dijo con voz grave y de forma concisa—. Quiero que escuchen el testimonio de una mujer que dice haber dado a luz al hijo del diablo.

Mientras caminaba por los corredores de palacio en compañía de los demás inquisidores, en dirección a la sala del Tribunal, no dejaba de pensar en la ridícula confesión de aquella mujer que afirmaba haber concebido un vástago del demonio. Tal y como yo juzgaba su declaración, o bien la rea buscaba acabar con sus huesos en la hoguera, con el fin de terminar de una vez por todas con su sufrimiento —he de recordarles que la vida en prisión resultaba el peor de los suplicios—, o en realidad había acabado por volverse loca y sus palabras eran fruto del desvarío. Quizá esto último fuese lo más acertado, pues no existía una explicación racional que justificase sus palabras.

Según nos iba relatando don Alonso Becerra —mientras caminábamos hacia la estancia donde nos aguardaba la inculpada en compañía del alguacil, un escribano y don Venancio Anierte, intérprete de palacio—, el proceso de la susodicha se había iniciado el dos de octubre del pasado año tras el viaje del licenciado a la región de Xareta, pero se había pospuesto hasta que a la acusada le llegase el momento de dar a luz a su hijo y este fuera entregado a las hermanas del convento, como se solía proceder en estos casos. Ya habían transcurrido dos semanas del parto. De ahí que el decano creyese conveniente retomar el interrogatorio con el fin de redactar un informe completo y cotejarlo con la anterior confesión de la rea, expedido en Urdax en presencia de fray León de Aranibar.

Por lo que pude entender de las explicaciones que nos iba ofreciendo don Alonso

Becerra, el prior del monasterio de San Salvador había sido requerido por la autoridad local para que les sirviese de intérprete, pues ninguno de los oficiales inferiores de justicia del brazo secular conocía el dialecto utilizado por los navarros.

—Y allí se presentó fray León dispuesto a ayudar a la pobre mujer, pues de poco le iba a servir su preñez en caso de que los alguaciles del brazo secular perdiesen la paciencia y la condujeran a la sala de tortura —nos dijo el de la orden de Alcántara—. Según los informes, la rea se negó a hablar en cinco ocasiones, creyendo que el hijo que llevaba en su vientre habría de salvarla del suplicio de la mancuerna. Sin embargo, el dominico de Urdax, cuya mente preclara parece inspirada por el mismísimo Dios, tuvo la ocurrente idea de mandar detener a la madre de María de Barrenetxea...

—¿María de Barrenetxea? ¿Acaso no falleció a causa de la gran pestilencia hace unas semanas? —lo interrumpí, pues en realidad andaba desconcertado.

—Os confundís de acusada. Por suerte, tiene el mismo nombre que la bruja de Arraioz, mas ni siquiera son familia —don Alonso Becerra frunció el ceño. Tras ello, siguió explicándonos los pormenores del caso—. Y bien, como decía... fray León de Aranibar mandó llamar a Catalina Dechave, madre de la inculpada, para que los verdugos la torturasen en presencia de su hija. La instó buenamente a que hablara, apremiándola para que confesara sus pecados ante los alguaciles del Santo Oficio porque era deseo de Dios perdonarla, y no condenarla. Y que si no lo hacía, su madre habría de expiar por ella todas sus culpas —al llegar al final del corredor giró a la derecha—. Le recordó que el Altísimo quería sustraerla de la ignorancia, pues en caso contrario la idolatría habría de ocasionarle graves perjuicios, tal como perder su alma inmortal. Le dijo también que sólo Él podría salvarla de la abominación que había practicado durante tanto tiempo. Por ello, la instó a que le dijese el nombre del padre de la criatura que llevaba en sus entrañas. No en vano, la joven seguía sin desposar y no se conocía varón que viviese con ella bajo un mismo techo.

—¿Y lo hizo? —pregunté de nuevo—. ¿Dijo quién la había preñado? —insistí, intrigado.

Don Alonso esbozó una amplia sonrisa.

—Aguardad un instante y podréis escuchar vos mismo su confesión.

Finalmente llegamos a la sala del Tribunal. La rea, que llevaba una cuerda alrededor del cuello, estaba sentada en un escabel entre los dos alguaciles. Junto a la tarima aguardaban don Juan de Jaca y el consabido intérprete.

Sin más dilación ocupamos nuestros asientos tras la mesa —vestida con un cobertor de raso color púrpura— que estaba situada en lo alto del estrado, bajo el dosel. Sobre ella descansaba una escribanía y una campanilla que se utilizaba para recordar a los presentes que debían mantener silencio el tiempo que durase el interrogatorio. Don Alonso Becerra, como decano del Tribunal, lo hizo en el centro después de quitarse la birreta. El licenciado y yo ocupamos las sillas que había a ambos lados. En cuanto al escribano general y al notario del secreto, ambos se

sentaron frente a una mesa larga, situada en medio de la sala, para ir transcribiendo las respuestas de la acusada.

—Don Alonso... —se dirigió a mí el decano—. ¿No sentíais curiosidad por saber quién preñó a esta pobre muchacha?

—Así es —respondí, escueto.

—Pues bien, preguntádselo vos mismo. —Me hizo un gesto con la mano para que procediese al interrogatorio.

Con la venia de don Alonso, y después de aclarar mi garganta, me dirigí a la acusada.

—¿Puedes decirnos el nombre del padre de tu hijo?

El intérprete fue traduciendo mis palabras, con soltura y buena voz. La mujer respondió en la *lingua navarrorum*.

—*Fraydevaççuec eremenindute leccoesqutuvaterat etahan eda neraççy oncivatetic.*

—¿Qué ha dicho? —me dirigí a don Venancio Aniorte.

—Asegura que fue inducida por el demonio a yacer durante tres días consecutivos, y que eso fue en marzo. Dice que unos frailes la llevaron a un lugar escondido y le dieron de beber de un recipiente.

—Debe referirse a fray Pedro de Arburu, acusado de brujería —fue la opinión de don Juan del Valle—. Tampoco me extrañaría que estuviese implicado don Joan de la Borda. Para mí que han sido ellos los responsables de su preñado. De seguro que estaban bajo la influencia del diablo.

Ignoré su comentario y seguí adelante con el interrogatorio.

—En todo caso, no ha respondido a mi pregunta —maticé, antes de seguir con mi labor inquisitorial—. Don Venancio... pregúntele a la rea, *Christi nomine invocato*, si había mantenido antes relación con el demonio, y si había sido por voluntad propia o por sometimiento.

Así lo hizo, fiel a su obligación, después de que el secretario del decano hubiese escrito mi pregunta y la respuesta de la inculpada.

La rea contestó con voz ronca:

—*Yndarracaldu nituen vaynan begiac eççaystan laussotu, enuen minçeçenahal artuninduten eta comentuco caperarat ereman: hamberçe fraydevaççuez zaoten eta villostuninduten.*

—Afirma que cuando tenía doce años se le apareció el demonio en figura de ángel de luz, y se le aparecía como Cristo crucificado moviéndola a devoción, y que siguió viéndolo desde entonces. También dice que esos frailes que ha mencionado antes la llevaron a la capilla del convento, sintiéndose ella sin fuerzas, y que allí la desnudaron.

—¿Y eso...? —quise saber, un tanto perplejo.

El intérprete se encogió de hombros, como desentendiéndose de tener que explicarme el significado de aquellas frases sin sentido.

La acusada siguió hablando. Nos confesó que sus relaciones carnales con el diablo eran continuas, y que ella le tenía gran afecto. Aseguró sentirse arrobada en su presencia, y que a veces lo veía como si fuera la Santísima Trinidad.

—¿De qué forma invocabas a tu dueño infernal? —inquirió esta vez don Juan del Valle, participando del interrogatorio.

—*Vatec urresco yrur quoroa zeramaççam buruan etappeç guisa yaonçiric zagon. Berçehec oynac yquçtençioç atelaric*^[1] —contestó, sonriendo de forma idiota.

Don Venancio tradujo de nuevo.

—Dice que no necesita invocarlo, porque ella misma es parte del demonio y que sólo a él quiere agradar... y que odia a Dios como a su peor enemigo.

Don Alonso Becerra se santiguó al escuchar aquellas palabras en boca de la acusada.

—Como veis, su confesión no esconde ningún arrepentimiento, por lo que es imposible que pueda acogerse al edicto de gracia. No hay de por medio una intencionalidad oculta que venga a salvarla del castigo. Si Dios no lo impide, acabará ardiendo en la hoguera... y a ella ni siquiera parece importarle —me dirigió una mirada pretenciosa—. ¿Necesitáis más pruebas que certifiquen la presencia del diablo en las villas de Baztan?

He de reconocer que me quedé sin adarves tras escuchar la declaración de la encausada. Guardé silencio ante la incómoda sensación de ser yo quien estaba siendo juzgado por mis colegas del Tribunal. No me atreví a formular ninguna otra pregunta. El testimonio de aquella desdichada había resultado tan explícito y contundente que me fue imposible tratar de ayudarla, y mucho menos rebatir su brutal confesión. Ella misma se había condenado.

Aquella tarde, tras las oraciones de completas, me introduje en mi lecho con el fin de descansar de las labores del día. Aproveché ese instante de atenuación para buscarle un significado a las palabras de la mujer que afirmaba haber sido poseída por el demonio. Fui sincero conmigo mismo y me dije que tal vez estuviese equivocado, y que en realidad mi convencimiento respondiera a la necesidad de la lógica, pues es verdad que la razón puede ser alterada por los ardides del diablo, quien suele confundir nuestras mentes aconsejándonos cosas vanas que no son ciertas y que él mismo nos imbuye.

Por otro lado desconfiaba de don Venancio Yriarte, el intérprete al servicio del Tribunal. El hecho de que cobrase su estipendio de manos del decano no hacía sino incrementar mis dudas. ¿Cómo podía yo estar seguro de que su traducción había sido fiel a la realidad, si ni siquiera me había acompañado mi secretario, gran conocedor del dialecto de las tierras altas de Navarra? ¿Y si todo se trataba de un vulgar engaño por parte de don Alonso Becerra para confundirme y hacerme cambiar de opinión con respecto a la presencia del diablo en la región de Xareta?

Y así, debatiéndome entre la desconfianza hacia los hombres, la fe en Dios y el temor al diablo, comencé a rezar para que el hijo de aquella barragana no fuese, en

verdad, el Anticristo profetizado por el más joven de los apóstoles.

XI

Envueltas en chales de lana, ambas mujeres abandonaron el caserío poco antes de la medianoche aprovechando que los hombres se hallaban inmersos en el más profundo de los sueños; y todo gracias a la esencia de adormidera que, con tal propósito, la esposa del molinero había mezclado con el vino de su esposo y de su suegro antes de la cena.

Adentrándose en el valle como dos sombras desgastadas y anónimas, dejaron atrás la muga que señalizaba los linderos de sus tierras. En total silencio se encaminaron hacia el norte. En mitad del firmamento, velada en parte por oscuros nubarrones, la luna llena iluminaba con su tibia luz los campos de helechos revestidos de nieve. El paisaje parecía envuelto en un fantasmal y nacarado ornamento. Aquella noche, el viento traía consigo cierto olor a pócimas y ungüentos de hechicería.

A pesar de las bajas temperaturas, dueña y criada descendieron la vaguada por donde discurrían dócilmente las aguas del río Ezcurra, cuya corriente, con el paso de los años, había conseguido erosionar una masa de rocas calizas hasta convertirla en un siniestro pasadizo de más de cien varas castellanas de longitud; un sombrío lugar donde solían reunirse las sorginas para celebrar sus encuentros paganos.

Caminaban en total silencio, adentrándose cada vez más en el bosque de olmos y castaños que circunscribían la aldea. Tan sólo se escuchaba el gemido del viento azotando las copas de los árboles, el eco tenaz del río a su paso por los arrabales de Zugarramurdi y el incesante palpar de sus propios corazones. Todo, menos el temor de ser sorprendidas por otros vecinos, les era indiferente. La determinación de seguir adelante se justificaba gracias a los introspectivos criterios vinculados a la satisfacción personal. Su iniciático viaje hacia el prado de Berroscoberro se debía, en parte, a piadosas fórmulas de subsistencia. Tanto una como la otra sabían muy bien a qué atenerse, y nada de lo que ocurriera en el *sabbat* habría de cogerlas desprevenidas.

Pero mientras María de Yurreteguia acudía libremente a la cita impelida por un insaciable deseo de libertinaje, su criada lo hacía llevada por el temor de contradecir los deseos de su ama. Ni siquiera tuvo la oportunidad de decidir por sí misma, algo que no sólo agraviaba su orgullo, sino que también subvertía su espíritu disciplinado y sujeto a la voluntad de Dios.

Poco antes de llegar a la cueva, a cosa de cincuenta pies de donde estaban, percibieron el resplandor anaranjado que irradiaban las varias antorchas que traían consigo un grupo de personas: sombras anónimas que atravesaban los eriales que

habían sido roturados para convertirse en tierras de labranza.

Los vieron acercarse por el oeste en total silencio, aprovechando la protección que les otorgaba la noche. La dueña le susurró a María de Ximildegui que aquellas gentes debían ser Graciana de Barranetxea, sus hijas y el resto de sus acompañantes; los hombres y mujeres que había conocido días atrás, cuando se presentaron en casa de la hacedora de la suerte en busca de un filtro pasional.

Nada más escuchar el nombre de la sorgina, la criada estuvo a punto de santiguarse debido al respeto que esta le imponía. Pero le retuvo el sentido común, ya que nadie que formara parte del conventículo de idólatras comulgaba con los sagrados ritos del catolicismo, y ello le podría ocasionar serios problemas.

Cuando estuvieron a su altura, Estebanía se acercó a su prima para abrazarla cariñosamente. Implantando un sonoro beso en su mejilla, le susurró ciertas palabras al oído que nadie llegó a alcanzar, y ambas rompieron a reír. Ajena a la amistad que las unía desde niñas, la francesa saludó con cierto retraimiento a los demás sectarios. Otros hombres y mujeres cuyos rostros le eran conocidos, ya que formaban parte de la comunidad de vecinos de Zugarramurdi, la saludaron cortésmente con breves palabras de bienvenida. Los había también de las villas de Urdax, Santesteban, Arraioz y Vera. Algunos de ellos llevaban a cuestas diversos haces de leña seca para encender un fuego; otros, por el contrario, portaban diversos amuletos y máscaras de animales. Entre estas predominaban unos horribles adornos fabricados con cabezas descarnadas de machos cabríos, de donde pendían una larga serie de láminas de oropel, pedrerías, lentejuelas y demás abalorios chamánicos.

Pero lo que más sorprendió a María de Ximildegui, fue descubrir a varios adolescentes entre toda aquella comparsa de licenciosas mujeres, varones excitados por el delicado aroma de los sexos y ancianos decrepitos en busca de diversión. Algunos eran casi unos niños. Sin embargo parecían felices de estar allí, compartiendo con los adultos aquel instante, como si la gloria de sus vidas consistiera en dejarse llevar por la frívola y pagana ceremonia que habría de celebrarse aquella misma noche en el prado del Cabrón.

La joven criada se sintió un tanto incómoda, pues sabía por experiencia que ese tipo de reuniones degeneraba en promiscuas orgías. El hecho de imaginarse a aquellos mozos formando parte del rito carnal, era algo sencillamente inaceptable. Poco le faltó para criticar la decisión de los concurrentes al permitir semejante perversión, pero guardó silencio por temor a lo que pudieran pensar de ella.

Sí; «perversa» era la palabra que mejor definía el miserable comportamiento de aquella secta de brujos, según razonó mentalmente María. Ni siquiera en las reuniones a las que había asistido en Ciboure tuvo ocasión de presenciar tamaña depravación.

De nuevo, el sentido común le puso trabas a la voz y resolvió guardar silencio de sepulcro. Aunque, por otra parte, su mente no dejaba de concebir tórridas escenas donde la edad no era un impedimento a la hora de invocar los goces y deleites que

ofrecía la fornicación practicada sin reservas. Y ello consiguió perturbar, una vez más, su conciencia, pues tan pronto se sonrojaba al imaginar la desnudez de aquellas inocentes criaturas, como se sentía excitada ante la idea de disfrutar con un joven mozo.

Era la eterna lucha entre el bien y el mal que se libraba en su interior.

La estentórea voz de Graciana de Barrenetxea, elegida por todos como la «reina» del *sabbat*, les instó a ponerse en marcha, por lo que dejaron la plática para mejor ocasión y fueron tras sus pasos en completo silencio. Junto a la vieja hechicera iba Miguel de Goyburu, su consorte según los formalismos del conventículo. Les seguían un pequeño grupo de viejas embutidas en oscuros harapos, entre las que se encontraban las hermanas María Juanto y María Presona, así como María Zozoya y María Txipia. A unos pasos por detrás iba la esposa del molinero en compañía de su criada y de Estebanía de Yriarte, la cual llevaba consigo un fardel preñado de pócimas y bebedizos. A continuación desfilaba el resto del grupo formando una piña. Cerraban el cortejo Joanes de Goyburu y Joan de Sansim, quienes habrían de alegrar la fiesta tocando el *txistu* y el atabal respectivamente; instrumentos musicales necesarios a la hora de rendir culto a los dioses del cielo, el mar y la tierra.

Llegaron a una planicie cuyos verdes prados, salpicados de pequeños grumos de nieve, refulgían gracias a la cándida luz de la luna llena que declinaba sobre el paisaje. Estebanía dispuso que las mujeres fueran sentándose sobre la hierba formando un círculo, aprovechando que los hombres se afanaban en desliar las cuerdas de cáñamo que rodeaban los fardos de leña. Y entretanto, risas cómplices y satisfactorias llenaban los estancos de silencio de aquella gélida noche en la que habrían de entregarse a la relajación.

Antes de iniciar la ceremonia, Graciana fue distribuyendo entre los asistentes, diversos frascos de cristal que contenían aguardiente fabricado con bayas de endrina. También les entregó diversos pocillos con bálsamos de pestilente aroma, ungüentos que habrían de extender por las zonas más sensibles de sus cuerpos para que pudieran servirles de lanzadera hacia esa otra realidad que se ocultaba tras el tupido velo de la razón; pasta oleaginoso elaborada con diversas plantas autóctonas como eran la belladona, el estramonio, el beleño y la mandrágora.

Joanes de Etxalar extrajo su pedernal y su eslabón de la talega con el fin de encender un fuego. Por otro lado, Martín Vizcar, un campesino encargado de iniciar a los niños en las costumbres tradicionales de su pueblo, extendía diversas frazadas de lana y pieles de cordero sobre la hierba exenta de nieve.

María de Ximildegui se sintió algo más segura después de que la esposa del molinero la invitara a sentarse entre ella y su prima Estebanía. Varios hombres la observaban desde el otro extremo del círculo con una marcada expresión de voluptuosidad plasmada en sus rostros; entre ellos Juan de Sansim, el gallardo tamboril que se había encaprichado de ella. De hecho, en más de una ocasión le vio hacer el ademán de levantarse del suelo, impelido por el súbito e irresistible deseo de

sentarse a su lado.

Tras aconsejarle a su joven primo que tuviese un poco más de paciencia, Joanes de Gayburu le guiñó un ojo a su esposa Estebanía. Esta le devolvió una pícaro sonrisa mientras ceñía por los hombros a María de Ximildegui como si se tratase de un trofeo. Tales gestos implicaban una complicidad entre ambos fuera de lo común.

La leña seca comenzó a arder en el centro del círculo formado por hombres, mujeres y niños, y al instante fueron bendecidos por el calor que irradiaba la hoguera. Las más ancianas, después de conjurar a los genios de la tierra para que acudiesen a la llamada de sus fieles discípulos, incitaron a los presentes a que ingiriesen los bebedizos elaborados con bayas de endrina, y a que se aplicasen los ungüentos en el pecho, en las axilas y en las ingles.

Las primeras en suscribirse a las pautas del ritual fueron María y Estebanía Yriarte. Al ser su madre la reina del *batzarre*, debían dar ejemplo a los demás miembros de la secta.

Sin ningún pudor, aflojaron los entrelazados hilos de las almillas de lienzo con el fin de desabrochar la escotadura de sus camisolas. Sus senos, blancos como de un tibio alabastro, emergieron por encima del degolladero al igual que dos monumentales odres preñados de vino espirituoso. Con destreza, fueron extendiendo por todo su pecho el bálsamo de color negruzco.

Las demás mujeres apoyaron la iniciativa de las hermanas Yriarte, incluidas tres niñas cuyos pezones apenas si habían comenzado a despuntar. María de Ximildegui se vio obligada a desnudarse, igualmente, con el fin de llevar a buen término las normas del ritual pagano. Del mismo modo, los hombres se untaban el pecho, el vientre y también la verga, haciéndolo con la mixtura de hierbas que les ofrecía la vieja sorgina de Arraioz.

Todo esto sucedía mientras sus hijas hacían correr las redomas de licor y los hombres proferían soeces halagos que pretendían estimular la libido de sus compañeras de ceremonia, predisponiéndolas al coito como si se tratasen de hembras en celo.

Miguel de Goyburu se desnudó de cintura hacia abajo, colocándose muy cerca de la hoguera. Cubrió su cabeza con un capuchón que llevaba cosida la testa de un macho cabrío. Acto seguido, corrió de un lado a otro imitando el balido de un carnero, lo que suscitó la risa entre los más jóvenes.

Graciana de Barrenetxea, que hacía del culto a los dioses un fructífero negocio, colocó un bacín oxidado en el suelo para que los vecinos pudiesen ofrendar parte de su dinero al dios de la fecundidad. Uno a uno, los congregados a la junta fueron pasando por la bacinilla para depositar en ella algunas tarjas, reales y maravedíes, a medida de sus posibilidades, a la vez que exclamaban: «¡Esto es en honor del mundo y honra de la fiesta!».

La hacedora de la suerte, iniciando finalmente el ritual, invocó con voz ampulosa la presencia del fauno de los bosques.

—¡Oh, Akerbeltz, señor de los frutos y de las buenas cosechas! —gritó con fervor—. ¡En tu nombre unto mis partes más sagradas! —se alzó la falda, roída y llena de lamparones, aplicándose el unguento por los marchitos labios de su vagina con la ayuda de un pequeño pincel—. ¡De ahora en adelante he de ser una misma contigo! ¡Yo te invoco en nombre de Mari, diosa de las fuerzas de la naturaleza, para que nos otorgues salud, felicidad y una buena cosecha!

Para entonces, la concurrencia andaba enloquecida a causa de las alucinaciones provocadas por los componentes psicotrópicos de las plantas. Los hombres voceaban cánticos e invocaciones con el fin de atraer a las deidades tutelares de sus ancestros. En cuanto a las mujeres, completamente desnudas, pusieron en práctica su particular baile de seducción dando vueltas y más vueltas alrededor del fuego, saltando y riendo como poseídas por el diablo.

María de Ximildegui se dejó llevar por la melodía del *txistu* y del tamboril, y en su delirio se unió al grupo de danzantes acompañada de la esposa del molinero, que tiraba con fuerza de su mano. Cuanto más giraba en torno a la hoguera, más desinhibida se sentía. El paisaje había cambiado a su alrededor. Ya todo era distinto, más luminoso. La realidad que determinaba su vida cotidiana fue sustituida por ese otro mundo donde los cinco sentidos se expanden en todas direcciones hasta formar parte de un sentimiento colectivo de unicidad. Había dejado de ser individuo para convertirse en muchedumbre. Su alma personificaba la intrínseca substancia que da forma al ser humano, su corazón latía en consonancia con el resto de los corazones, y el deseo carnal de todos era su propio deseo.

La joven sirvienta se olvidó de Dios, de los píos abates y de las caritativas enseñanzas de la Iglesia católica, para fundirse con la materia de la que están fabricados los sueños.

En un acto de lucidez se observó las manos. Sólo entonces comprendió que era capaz de abarcar con ellas los confines del universo. Tal fue así, que saltó con todas sus fuerzas y sintió cómo su cuerpo comenzaba a levitar, alzándose ligeramente unas cuantas varas castellanas por encima del fuego. A su alrededor, los demás brujos surcaban el aire al igual que había visto hacer a las gaviotas cerca de la costa. Planeaban de un lado a otro, por entre las copas de los árboles, en un inenarrable vuelo hacia la libertad del espíritu, mientras la luna llena era testigo de aquel extraordinario prodigio.

Parpadeó unos segundos y de nuevo estaba en la tierra, bailando desnuda en compañía de sexagenarios que asemejaban ser criaturas con rostro de ángel y con niños de miembros erectos cuyos glandes resultaban tan apetitosos como fresones en sazón.

Uno de esos muchachos, cuyos cabellos del color del trigo parecía irradiar una luz de estrellas, se abrazó a su cintura con fuerza haciéndole perder el equilibrio. Ambos cayeron sobre la verde y húmeda hierba del prado, sin dejar de reír como idiotas. Hasta ella llegó el suave aroma a inocencia que derrochaba cada parte de su cuerpo,

cada pulgada de su piel.

Excitada como nunca antes lo había estado, la mano de la criada buscó desesperadamente el rígido y endurecido miembro del adolescente, el cual no habría de tener más de catorce años de edad. Una vez que se hizo con él, lo empuñó con fuerza, moviéndolo de arriba hacia abajo con lentitud. Disfrutó observando el gesto de placer que mostraba su joven y nuevo amigo. Lo besó en los labios, luego en los diminutos y tiernos pezones. Finalmente, bajó hasta las ingles para relamer con delectación el escroto de sus párvulos testículos. Una tímida y precoz eyaculación impregnó su rostro de semen. Limpiándose con el dorso de la mano, María se puso en pie de nuevo y comenzó a gemir como si en realidad, a ella y no al muchacho, le hubiese sobrevenido el orgasmo.

Graciana convocó a los participantes del *sabbat* para que fueran acercándose hasta Miguel de Goyburu, ahora convertido en el poderoso dios Akerbeltz, con el fin de que besaran sus partes más pudibundas; un juego que, en realidad, determinaba el inicio de la orgía colectiva.

Formaron una extensa fila unos detrás de otros, aunque no por ello sus cuerpos dejaron de bailar de manera espasmódica: crispados movimientos asociados a la locura. De este modo, y a pesar de las ventosidades que el anciano expelía cada vez que se le acercaban, diversión que promovía la risa de los participantes, los hombres besaron su fétido culo y las mujeres su ajado y maloliente bálano.

Finalizado el ritual de adoración, el pastor reencarnado en fauno se retiró hasta una cueva que había cerca de allí. Llegado este momento, Graciana iba señalando a las afortunadas que habrían de copular con el dios de las cosechas, con el propósito de que estas les fueran propicias aquel año. Como siempre, la primera en participar del ritual fue su hija Estebanía, que fue conducida por su propio esposo para que el viejo pastor de cabras pudiera gozar de las excelencias de su nuera. Joan de Sansim fue tras ellos, tocando el atabal.

Estebanía regresó al cabo de un tiempo indefinido —pues es cierto que las horas no tenían cabida aquella noche sin fin de prácticas paganas—, y lo hizo con un gesto de inconmensurable felicidad dibujado en sus labios. Nada más unirse al grupo de voluntariosos danzarines, fue en busca de su prima María de Yurreteguia. Acoplando su cuerpo al de ella, las lenguas de ambas se enroscaron en la lúbrica cavidad donde nacen las palabras. Las manos, celosas de sus labios, dieron rienda suelta a la imaginación y al pronto se acariciaban con frenesí, como auténticas amantes.

La siguiente en la lista fue María de Ximildegui, quien para entonces sentía el inconfundible ardor de la lujuria quemándole las entrañas, rugiendo entre sus piernas. Acompañada de Joanes de Goyburu y el joven tamborilero, se dejó conducir hasta la cueva donde le aguardaba el rey del *akelarre*. Alguien había encendido una nueva hoguera a la entrada, aunque algo más tímida, con el propósito de caldear el gélido y húmedo ambiente.

El interior estaba iluminado con antorchas de sebo. María caminaba con pasos

cortos y cautelosos, acariciando las humectantes paredes de la gruta como si buscara en el tacto el modo de aferrarse a esa realidad totalmente distorsionada, donde los colores y el sonido adquirirían una extraordinaria relevancia. Y he aquí que lo vio medio oculto por las sombras, tendido completamente desnudo sobre un viejo jergón de paja. Sin más preámbulos se recostó junto a Miguel de Goyburu. Impelida por la rítmica melodía de los músicos abrió sus piernas para dejarse poseer por un falso dios encarnado en el cuerpo de un mortal.

Con la mente enfebrecida a causa del licor de bayas y el unguento elaborado por las sorginas, María apenas si era consciente de lo que realmente estaba ocurriendo a su alrededor. Ni siquiera le importó que, tras aparearse con el anciano, ocupara su lugar el joven Sansim, que disfrutó de ella como era su deseo. Después le tocó el turno a su primo Joanes, el cual, actuando *contra naturam*, le ordenó colocarse a cuatro patas para sodomizarla. La joven exhaló varios gemidos de dolor, en un principio, y luego otros más de placer. Pronto comprendió por qué algunos hombres se montaban entre sí como había visto hacer en las juntas a las que había acudido en Ciboure. Aquel era, y así lo reconoció, un placer distinto: un goce diabólico.

Transcurrido un tiempo, en el cual varias mujeres más fueron conducidas hasta la cueva para llevar a cabo la ceremonia de ayuntar con el dios de sus ancestros, dio comienzo la auténtica orgía.

Espoleados por el desenfreno, María de Ximildegui fue testigo de cómo se apareaban unos con otros alrededor del fuego, sin distinción de sexo o edad. Poco importaban los lazos familiares, pues lo mismo las hermanas Estebanía y María retozaban juntas por el suelo, al igual que perras en celo, como Joanes de Gayburu apaciguaba los ardores de su joven primo tomándolo como hembra por detrás. María Txipia, vieja tullida y maestra de novicios, se placía acariciando los senos de su sobrina, quien en ese mismo instante hundía su rostro entre las piernas del herrero Joanes de Etxalar, que hacía las veces de alguacil, juez y verdugo dentro de la secta de licenciosos. Graciana, la sorgina de Arraioz, se entregaba al placer en solitario sin importarle las miradas de los demás. Miguel de Goyburu, que a pesar de su avanzada edad parecía poseer el vigor sexual de un joven muchacho, se hallaba recostado entre dos mujeres que le ofrecían, cada una, uno de sus pechos. Y en cuanto a Martín Vizcar, un anciano labrador que superaba los ochenta años, sólo buscaba las caricias de las adolescentes.

Todo aquel espectáculo, denigrante y lujurioso hasta límites inimaginables, comenzó a girar alrededor de María, convirtiéndose en un círculo vicioso y nauseabundo que le oprimía el corazón. Un río de tórrida lava, que vino acompañado de un inesperado vértigo, ascendió hasta su garganta. Se arrodilló en el suelo para vomitar. Después de aquello sintió que la realidad volvía a cobrar sentido, que el pensamiento cabal se hacía fuerte en su cerebro y le reprochaba el haberse dejado llevar por el pecado. Pero sólo fueron unos segundos de escueta reflexión, pues de inmediato regresaron los manejos involuntarios del subconsciente; y así, todo

pensamiento quedó supeditado a las prácticas que regulaban aquel conciliábulo de brujas.

Apenas se había dejado caer sobre la hierba, cuando alguien vino a manosear su cuerpo con delicada ternura. Era la esposa del molinero, su dueña, que tras haber satisfecho los deseos del herrero se hacía acompañar de Estebanía de Yriarte. Ambas consiguieron desencadenar sus más oscuros y recónditos deseos, haciéndola partícipe de un voluptuoso juego donde los labios, la lengua y las yemas de los dedos se conjugaban en deleitables complacencias.

Cerrando los ojos, María se abandonó a las caricias de aquellas mujeres. Tenues susurros musitados con gracia a sus oídos, frases incoherentes que hablaban de un amor distinto al de los hombres, se hicieron eco en su cerebro. Trató de encontrar el significado oculto de las palabras, pero le fue imposible.

Se sintió morir de placer, pero la suya no era una muerte común, era el renacimiento del ser, un filosófico reencuentro consigo misma donde lo humano y lo divino eran las únicas armas que podía esgrimir contra el embaucamiento que imperaba en aquel edén de artificio. Era prisionera de un mundo preñado de indefinibles sensaciones, rea de la lubricidad que tanto desdeñaba pero que, a la vez, le resultaba tan necesaria como el aire que respiraba. Escindida en ambiguos e incompatibles sentimientos, el sueño acudió a ella para velar sus ojos, un sueño tranquilo y a la vez turbulento, al igual que una de esas escenas de cuadros religiosos donde los ángeles portan flamígeras espadas mientras descienden a los infiernos. Quisiera o no, se hallaba a las puertas de un paraíso artificial en el que los demonios batían sus alas al compás de una alegre melodía.

Cuando María de Ximildegui despertó, el fuego se había consumido y sólo unos pocos concurrentes seguían entregándose al fornicio en completo silencio, protegidos por las sombras. A su lado, abrazando su cuerpo desnudo, dormía un apuesto mozo de tez bronceada y cabellos tan negros como el ébano. No le conocía de nada, aunque le había oído decir a la vieja sorgina que aquel hombre, llamado Joanes de Lambert, era hijo de un campesino que había sido condenado a morir en la hoguera en la región del Labourd.

Fue a ponerse en pie, pero tenía el cuerpo entumecido a causa del relente. Buscó a tientas su ropa entre quienes dormían al socaire de los helechos. Como todavía era de noche, y sólo los rescoldos de la hoguera iluminaban parcialmente el páramo, apenas pudo ver más allá de unas cuantas varas castellanas de distancia.

Dio un respingo cuando sintió que alguien apoyaba una mano en su hombro. Se giró con cierto recelo, temiendo que alguno de aquellos insaciables viniera a importunarla con disipadas proposiciones. Suspiró aliviada al descubrir que era María de Yurreteguia, cuyo rostro aparecía completamente desencajado debido a los imprevisibles efectos de la pócima elaborada con hierbas alucinógenas. Estaba vestida, y llevaba en su mano la falda marrón de cuatro picos, el jubón, la camisa y

los escarpines que, hasta hacía bien poco, había estado buscando con desesperación entre los arbustos.

La dueña le entregó sus atavíos, diciéndole a continuación:

—¡Rápido, vístete! —la apremió—. El viento ha cambiado de dirección y ahora sopla galerna. Pronto amanecerá y nosotras hemos de regresar al caserío antes de que despierte mi esposo —luego, acariciando el rostro de su doncella como una madre haría con su hija, terminó diciendo—: La ceremonia ha finalizado.

XII

Antes de seguir destejiendo el cadejo de mi historia, que no deja de ser el testimonio detallado de los hechos acaecidos en Logroño y que forman parte de mi vida, quisiera referirles una relación escrita de los sucesos que tuvieron lugar en Zugarramurdi después de que la joven francesa se aprestara a delatar a María de Yurreteguia, la mujer que buenamente, por caridad, le había ofrecido labor y hospedaje en su casa. Se trata de un diligente trabajo de reconstrucción basado en las indagaciones llevadas a cabo por don Juan del Valle en la región de Xareta, así como en las declaraciones de los hombres y mujeres que permanecían recluidos en las mazmorras: deposiciones que fueron transcritas fielmente por mi secretario tras los diversos interrogatorios que llevamos a cabo durante todo un año.

En este informe se recogen, en definitiva, las diversas atestaciones de quienes participaron, de un modo u otro, en la persecución de la que fueron víctimas algunos de los vecinos de Zugarramurdi y demás villas colindantes; un breve resumen de lo escrito en los centenares de pergaminos que guardaba en los anaqueles de mi despacho.

Por ello, ruego a vuestras mercedes que presten atención a estos apuntes, pues vienen a reflejar el exiguo conocimiento de los implicados, su irracionalidad y, ante todo, los prejuicios que provocaron el inicio de una convulsión general sin precedentes, en la que se vieron inmiscuidos tanto la plebe como los alguaciles del brazo secular y los clérigos de las distintas parroquias de la región.

DE DONDE SE HABLA DEL ARREPENTIMIENTO DE UNA BRUJA Y SUS CONSECUENCIAS

Después de que la acusada de nombre María de Yurreteguia fuese conducida ante fray Felipe de Zabaleta para que, en confesión, declarase ser una de las servidoras del demonio, aquel le impuso como penitencia pedir perdón públicamente en la iglesia de Zugarramurdi. Dicha mujer, apesadumbrada por sus diabólicos actos, se arrepintió en presencia de los demás vecinos del villorrio, delatando a su vez a varias mujeres y hombres que formaban parte del conciliábulo de brujos y brujas de la comarca.

Tal fue así, que al sentir el demonio el daño que habría de ocasionarle esta confesión a los brujos que solían holgarse con él en las juntas que se celebraban en el prado y en las cuevas todos los viernes y vísperas de fiesta,

los alentó para que fuesen a visitarla con el fin de lograr que volviese de nuevo a la secta.

Cierta noche, en la que los brujos concretaron reunirse en el prado del Cabrón, el diablo los convirtió a todos en animales —perros, puercos, sapos, cabras y gatos—, para que pudiesen marchar en su busca sin ser descubiertos por las demás gentes de aquellos pagos. Y así, fueron a casa de María de Yurreteguia con el vil propósito de acecharla. El demonio, que decidió acompañarles, aguardó en la huerta junto a los brujos más ancianos mientras los demás se allegaban a las ventanas del caserío. Acercando sus rostros a las cristaleras, la vieron en compañía de otras vecinas que habían acudido a su llamada de socorro para que la protegiesen de posibles represalias por parte de los miembros de la secta, pues la esposa del molinero estaba segura de que habrían de venir a por ella porque era viernes y día de celebración.

Miguel de Goyburu y otros hechiceros, en compañía del demonio, le hacían señales de advertencia desde el otro lado de la ventana; y sus tías María Txipia y Graciana de Barrenetxea, subidas en lo alto del humero, la llamaban con su voces cavernosas para que acudiese con ellas al prado y se holgase con otros hombres y mujeres alrededor del fuego, como a ella le gustaba hacer. Al ver que María de Yurreteguia ignoraba sus llamamientos, la amenazaron lanzándole terribles maldiciones.

Al sentirse coaccionada por sus compañeros de akelarre, comenzó a gritar en presencia de quienes la asistían. Se defendía dando voces y señalando hacia el lugar donde estaban los brujos, pero las mujeres que la acompañaba no pudieron ver nada porque el demonio las había hechizado a todas, de tal suerte que sólo María podía distinguirlos.

Viendo que insistían para que acudiese con ellos al conventículo, y que no tenían intención de marcharse hasta que accediera a sus deseos, María le arrebató el rosario a una de las mujeres y lo alzó en alto. Llevada por su fe en Dios, se santiguó y nombró varias veces el nombre de Jesucristo y el de su Madre la Virgen María. Y he aquí que los brujos, gritando enloquecidos, se alejaron del caserío debido al poder invocador suscitado por la súplica.

Pero como el demonio y sus servidores son gente despechada y vengativa, le arrancaron las berzas de la huerta y le destrozaron varios pies de manzanos. No contentos con ello, volaron hacia Urdax para hacerle mal al molino arrendado donde trabajaban su esposo y su suegro. Los brujos rompieron el rodezno y desencajaron el husillo y la piedra de moler para luego arrojarlos al río.

Al día siguiente, después de comprobar los daños ocasionados, María se allegó a la parroquia de fray Felipe para decirle que los brujos querían acabar con su vida por haber sido buena confidente. Conmovido por sus palabras, así como llevado por el temor de tener que enfrentarse él mismo a

las barrabasadas de los servidores del demonio, el clérigo viajó hasta el monasterio de San Salvador de Urdax para poner sobre aviso al dominico fray León de Aranibar, quien a su vez se encargó de informar a los calificadores del Santo Oficio que dependían del Tribunal de Logroño.

En las distintas aldeas del valle de Baztan, el pueblo, enardecido, comenzó a tomarse la justicia por su mano, agrediendo a todos aquellos que fuesen sospechosos de ser brujos, moriscos, herejes, calvinistas o judíos. Un grupo de gente se presentó en el caserío de Graciana de Barrenetxea —a la que dieron muerte—, así como en la casa de labor de Miguel de Goyburu y Estebanía de Yriarte, donde registraron cada una de sus habitaciones en busca de una señal diabólica que los identificasen como hijos del demonio, como podían ser gatos o sapos.

Joanes de Goyburu, indignado ante aquella situación, fue a ver a fray Felipe de Zabaleta para denunciar el hecho de que algunos vecinos estuvieran haciéndoles la vida imposible; a él y a su barragana. El párroco de Zugarramurdi, entonces, le aconsejó presentarse en la iglesia con Estebanía, pues deseaba hablar con ella en privado. Y así lo hizo.

Tanto fray Felipe como el abad de Urdax, que se había trasladado para ser testigo del interrogatorio, coaccionaron a la mujer, in conspectu tormentorum, para que reconociese públicamente pertenecer al grupo de las servidoras del diablo. La hija de la sorgina negó haber participado de las juntas nocturnas en el prado. Ante su negativa, la amenazaron con entregarla al verdugo para que este le aplicase todo tipo de torturas.

No tuvo más remedio que admitir su culpa.

Y ese fue el comienzo de la caza indiscriminada de brujas, pues Estebanía, a su vez, delató a otros vecinos de haber participado de las fiestas paganas; y estos a su vez denunciaron a varios más, que también tuvieron que reconocerse culpables ante el temor de ser torturados, de manera que en unos pocos días eran más los inculpados que los delatores.

Que sirva este conciso informe para que vuestras mercedes juzguen los hechos que impulsaron los acontecimientos previos a la celebración del Auto de Fe más controvertido de todos a los que hubo de enfrentarse el Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición en España.

Indulgentiam, absolutionem, et remissionem peccatorum nostrorum, tributa nobis omnipotens et misericors Dominus.

XIII

Demonios, demonios, demonios. No había más imagen en su cerebro que una horda de ángeles negros revoloteando a su alrededor.

Debido a la mala conciencia, pues se sentía poseída nuevamente por el diablo, víctima de sus inexorables artimañas, María de Ximildegui pasó los días de Pascua con altas fiebres que le nublaron la razón y que a poco estuvieron de acabar con su vida. La esposa del molinero, sintiéndose culpable de su enfermedad, o quizá por temor a que la doncella, en su delirio, pudiera balbucear palabras o frases que resultasen comprometedoras, y que estas llegaran a oídos de su suegro o esposo, apenas si se apartaba de su jergón y con ella pasaba la mayor parte del tiempo, cuidando de que no le faltase agua y comida.

Con ánimo de ayudar a la joven francesa en su inmediata recuperación, María Txipia le aconsejó a su sobrina que le diera de beber tintura de ajeno mezclada con una infusión de pino y cebolla, pócima elaborada según la receta de su hermana Graciana. Era esta quien dominaba el arte de la herboristería como ninguna otra en aquellos pagos, y conocía demasiado bien las propiedades curativas de todas y cada una de las plantas. Según le explicó, la cebolla aportaba fortaleza y salud, el pino alejaba la melancolía, y el ajeno era alivio y remedio de todas las enfermedades.

El tiempo que duró la convalecencia de la criada, y aprovechando que su esposo andaba atareado con la venta de los cerdos y cabras de sus corrales en el mercado de la vecina Urdax, María de Yurreteguia le permitió la entrada a su casa a varios de los vecinos que, con frecuencia, solían participar de las juntas que celebraban todos los viernes en el lugar llamado *akelarre*. Algunos traían consigo turrón de miel, pan de higo y mazapán de trufas, presentes que le entregaron a la joven convaleciente con el propósito de unir sus lazos de amistad. Otros, por el contrario, tan sólo buscaban interesarse por su estado de salud, pues ya la consideraban como un miembro más de la secta. En cualquier caso, el deseo de todos era que remitiese la fiebre para que pudiera participar con ellos, nuevamente, en las consabidas reuniones paganas.

Una buena mañana, dos días después de la Epifanía del Señor, María de Ximildegui consiguió ponerse en pie, aunque con cierta dificultad a causa de la indisposición que había acabado por consumir todas sus fuerzas. El molinero y su mujer, consecuentes con la enfermedad de la joven, la eximieron de sus obligaciones domésticas durante unas horas. Le aconsejaron que diese un largo paseo por los alrededores de la villa para ir desentumeciendo los músculos de sus brazos y piernas, pues la necesitaban completamente restablecida de salud para que pudiera emprender,

aquella misma tarde, la tarea de limpiar de boñigas los chiqueros y establos de la hacienda, ya que andaban desatendidos desde el inicio de su afección. Esteban de Navalcorea, en todo caso, no estaba dispuesto a promover la haraganería de la criada con prerrogativas laborales.

Al verse libre de compromisos y deberes, María decidió acudir a la iglesia para pedirle encarecidamente a Dios por la salvación de su alma.

Estuvo cerca de una hora rezando frente a la imagen de Cristo, implorando perdón con los ojos anegados por las lágrimas. Era una reincidente. Su pecado resultaba doblemente punible, por lo que podría arder en la hoguera si su falta llegaba hasta los oídos de los esbirros del Santo Oficio, y estos la entregaban al brazo secular para que la autoridad civil ejecutara la resolución condenatoria, según las leyes de los juristas inquisidores.

Semejante pensamiento turbó su espíritu. Fue entonces cuando se sintió engañada por la esposa del molinero, a quien no parecía importarle mucho la seguridad personal de una joven a su servicio —como era su caso—, ni sus sentimientos más íntimos. Sin ir más lejos, a María de Yurreteguia ni siquiera le afectaba el hecho de que al amo Esteban, su propio cónyuge, se le conociera en el pueblo como «el cornudo del molino».

Y luego estaban Graciana de Barrenetxea y sus deudos, que no eran sino un grupúsculo de brujos que servían a un dios con cabeza de cabrón: gente dispuesta a tentar con sus marrullerías a las personas pobres de espíritu, e incluso a sacarles sus dineros a cambio de pócimas y ungüentos mágicos.

Lo cierto es que todos ellos habían urdido una red de mentiras a su alrededor, en la que estuvo atrapada hasta que la conciencia vino a devolverle el sentido común y el decoro.

Tras sesudas reflexiones, y alentada por la idea de recuperar la dignidad que había perdido al entregarse nuevamente a la barraganería, así como preservar su vida de las posibles represalias de los diabólicos hechiceros, resolvió romper el contrato verbal suscrito entre ella y María de Yurreteguia. Pensó que lo mejor sería poner tierra de por medio y olvidarse de regresar a casa del molinero, por lo que tendría que buscar de inmediato otra familia a la que servir, si es que quería dormir bajo techo.

Sin embargo, un nuevo pensamiento vino a atormentar su espíritu. En la región del Labourd había oído decir que quienes renegaban de la secta de brujos eran perseguidos por sus miembros, y que las sorginas, subrepticamente, solían echar polvos mágicos a los familiares que dormían en casa de los arrepentidos, con el fin de llevarse a estos volando hasta los prados donde tenían por costumbre reunirse. De ahí que muchos decidieran esparcir agua bendita sobre sus cabezas antes de acostarse, pues de este modo no eran válidas las fórmulas nigrománticas de las hijas del diablo y les resultaba imposible conseguir arrastrarlos consigo al *sabbat* en contra de su voluntad. Se decía también que Satanás se les aparecía en espantosa figura, y que se les metía en la cama para ayuntar con ellos, así como para torturarlos. Quienes habían

vivido la experiencia, decían de él que tenía las carnes frías al igual que los muertos.

Sintiendo un ligero escalofrío por todo su cuerpo, María se levantó con el fin de abandonar la iglesia. Recorrió la nave central en silencio, arrastrando consigo la peregrina idea de encontrar a alguien que quisiera hacerse cargo de ella. Con este invariable pensamiento cruzó la puerta de salida.

Una vez fuera descubrió que no todo estaba perdido y que el Señor le ofrecía una nueva oportunidad de redención. El milagro, por segunda vez, se presentaba en forma de mujer.

Fue Joana de Azcaín, *serora* de la iglesia de Zugarramurdi y asistente de fray Felipe de Zabaleta, la que vino a paliar el temor de tener que enfrentarse de nuevo a María de Yurreteguia y sus caprichos: sacrílegos deseos originados desde la experiencia de quien comulgaba, desde niña, con las fechorías del diablo.

A ella se encomendó encarecidamente, esperando que la ayudase a salir de aquel infierno en el que se hallaba inmersa.

—¡Apreciada, señora! —exclamó, arrodillándose en el suelo—. Vuestro socorro me falta, y no puedo participaros la gran aflicción que me perturba sin sentirme avergonzada. Por favor... ¡Ayudadme! —le suplicó con lágrimas en los ojos.

Sorprendida por el sufrimiento de aquella joven, a la que reconoció de inmediato como la criada que trabajaba en casa del molinero, la mujer le pidió que se pusiera en pie y fuese más explícita; en suma, que le contara a qué se debía su consternación.

María de Ximildegui declinó la mirada, dudando entre decirle la verdad o buscar un falso pretexto que se acomodase al deseo de abandonar la casa, donde realizaba sus labores como doncella, sin perjudicar a la que hasta entonces seguía siendo su dueña.

Después de vacilar unos segundos se decantó por decirle la verdad, aunque prefirió omitir ciertos detalles relacionados con la secta de brujos. Temió que aquella mujer pudiera malinterpretar sus palabras.

Le confesó que el padre del molinero, viudo desde hacía años, se había encaprichado de ella y la perseguía, a escondidas y a cada momento, con la deshonesto intención de seducirla. Para terminar, le dijo también que Esteban de Navalcorea solía mirarla con ojos libidinosos, y que ello podría ocasionar ciertos desórdenes dentro del matrimonio. Le imploró que la ayudase, que intercediera en su favor porque no sabía cómo despedirse de la casa donde trabajaba sin que su dueña pudiera sospechar de los verdaderos motivos que la habían empujado a marcharse.

Joana asintió en silencio, haciéndose cargo de su delicada situación. Le prometió hablar con María de Yurreteguia, advirtiéndole que lo haría con mucho tacto para no poner en entredicho su buen nombre, ni el del esposo de esta.

—Le diré que no es prudente que una joven tan bonita como tú trabaje en su casa, donde podrías incitar, sin ser este tu propósito, el deseo de los hombres que conviven con vosotras bajo un mismo techo.

—¿Y qué haré entonces? —quiso saber la francesa, proyectando un gesto de

aprensión—. ¿De qué voy a vivir?

—No te preocupes —le dijo—. Hablaremos con fray Felipe para que puedas ayudarme en las labores domésticas que realizo en la iglesia. Estoy seguro de que él, como sacerdote, se hará cargo de las circunstancias.

Sintiéndose libre de una pesada carga, la joven besó las manos de Joana con auténtico fervor, dándole las gracias por aquel desinteresado gesto de bondad. Esta le restó importancia, aunque bien es cierto que acogió con agrado su demostración de gratitud.

Aferrándola por los hombros, le aconsejó que se tranquilizara. A partir de aquel instante sólo habría de servir en la casa de Dios.

En el convento abacial de San Salvador, honra de la villa de Urdax, fray León recibió con gran honor y pompa a los comisarios del Santo Oficio. El propósito de la reunión no era otro que conjurar en contra del gobernador de las cinco villas de la montaña. Religados unos con otros, habrían de encontrar el modo de poner en entredicho el nombre de don Diego de Zabaleta con el fin de impedirle que se hiciera con el poder absoluto de la comarca. De no ser así, el alcalde y merino de aquellos pagos, comisionado de don Tristán de Alzate, corría el riesgo de perder la jurisdicción —mediana y baja— de juzgar y condenar a los habitantes de las cinco villas, la facultad de vedar y otorgar facerías o tratados para compartir pastos con los pueblos colindantes, así como limitar el respeto que le debían los lugareños al acotado del monasterio, sus majadas y corrales.

Tras haberles reunido en el ala este del claustro, en la sala capitular, fray León de Aranibar buscó la complicidad del rector de la parroquia de San Esteban en Vera, fray Lorenzo de Hualde, y la de fray Domingo de San Paul. Este último los había puesto en antecedentes, confesándoles que pronto habría de dejar su puesto en la rectoría para cedérselo a uno de sus sobrinos, Juan Martínez de San Paul, decisión que no iba a ser bien recibida por los habitantes de Lesaka.

Entre sus confabulaciones primaba la necesidad de permanecer fieles a la familia Alzate y defender sus intereses, pues no les convenía olvidar que don Tristán era el auténtico depositario de todas las riquezas que poseían. Si el hidalgo perdía un ápice de su potestad sobre aquellas tierras, pronto habrían de luchar por sus derechos como arrendatarios de los campos de cultivo, molinos y demás haciendas.

Sentados en sillones de madera de altos respaldos, alineados a ambos lados del muro, los máximos exponentes de la clerecía en el valle de Baztan buscaban el modo de salir airoso de aquella guerra no declarada entre las dos familias más influyentes de Navarra.

—*Ignorantia legis neminem excusat* —fray León parafraseó el principio jurídico compilado en los textos legales del *Liber Sextus* del papa Bonifacio VIII, advirtiéndoles sobre la obligación de los ciudadanos de conocer las leyes—. Con esto os digo que hemos de recordarles a los siervos de la gleba que siguen bajo nuestra

jurisdicción, y que cualquier propósito de rebeldía será firmemente castigado.

—La situación es insostenible —masculló fray Lorenzo de Hualde, seguro de sí mismo. Echó hacia delante su cuerpo—. Y culpa de ello la tienen las almas descarriadas que buscan en las prédicas de Calvino y de Théodore Bèze, su sucesor, el modo de contrarrestar la autoridad de la Iglesia.

—¿Y qué podemos hacer al respecto? —quiso saber el comisario inquisitorial de Lesaka, interviniendo en la conversación.

—Imprimir rigor a nuestras decisiones —puntualizó el de Vera, concretando la verdadera labor de sus respectivas rectorías.

El abad del monasterio de San Salvador se puso en pie, meditando a la vez que paseaba por la gélida sala en busca de una solución que les satisficiera.

—Estoy de acuerdo. Debemos darle un escarmiento a toda esa gente ignorante que idolatra a los dioses de origen pagano que antiguamente tutelaban estas tierras salvajes, campesinos y pastores que le pierden el respeto a Dios. ¡Brujos que sirven a los propósitos del diablo! —exclamó encolerizado. Retomando la compostura, esbozó una sonrisa—. Los del Santo Oficio en Logroño me han rogado que les envíe todas las declaraciones que obren en nuestras manos sobre las actividades que llevan a cabo los herejes en estos pagos. El inquisidor don Alonso Becerra, asimismo, ha prometido repartir prebendas entre todo aquel que le informe de lo que desea escuchar.

La noticia despertó el interés de sus interlocutores. Cualquier beneficio sería bien recibido en aquellos momentos de inseguridad política que se vivía en el Viejo Reino. Confabular en contra de unos pobres campesinos no habría de vulnerar sus conciencias cuando estaba en juego la renta aneja a un canonicato u otro oficio eclesiástico de mayor prestigio y autoridad.

La reunión se prolongó hasta la hora tercia. En todo ese tiempo se debatieron diversas cuestiones, entre ellas la posibilidad de exhortar a los campesinos más pobres, endeudados con la Iglesia católica, para que denunciaran a quienes fueran sospechosos de servir al demonio; advirtiéndoles que, de no hacerlo, podrían perder sus caseríos y el arrendamiento de sus campos, o en el mejor de los casos, sufrir un incremento en el pago del diezmo que debían satisfacer a los poderes locales representados por la familia Alzate.

Del mismo modo, habrían de incentivar a otros sacerdotes para que estuvieran atentos a las señales de brujería que pudiesen advertir en sus distintos términos jurisdiccionales. Estuvieron de acuerdo en poner sobre aviso al deán Yrisarri y a fray José de Elizondo. También ellos debían esforzarse en la virtud de acabar con aquella plaga brujesca que se extendía desde el Labourd hasta la región de Xareta. No obstante, debían mantener vigilados a otros clérigos que, según los espías al servicio de fray León, defendían a los que comulgaban con las costumbres arcaicas y paganas del lugar, como podían ser fray Pedro de Arburu y su primo, el canónigo don Joan de la Borda.

Por ello, y poniendo como excusa la fidelidad que le debían a don Tristán de

Alzate, al Santo Oficio, a Dios y a sus propios hábitos, decidieron que había llegado la hora de actuar en contra de todos aquellos hechiceros, apóstatas y hugonotes que renegaban de la fe de Cristo.

A comienzos de la primavera del año de nuestro Señor Jesucristo de 1610, con más pena que gloria decidí viajar a Madrid. Mi propósito no era otro que entrevistarme con don Pedro de Valencia, cronista del rey. Este ya debería haber leído los escritos que le fueron enviados por mi secretario hacía un par de semanas. Pero antes tuve que requerir la aprobación de los demás miembros del Tribunal, pues debía proceder con legitimidad y no de otro modo.

Tanto el decano como don Juan del Valle suscribieron mi decisión de dejar Logroño, a pesar del mucho trabajo que quedaba por hacer antes de iniciar el proceso. A cambio, me rogaron que solicitase del Consejo del Santo Oficio la anulación del edicto de gracia —que la Suprema había concedido a los inculpados de brujería—, y sustituirlo por un edicto de fe, por lo que toda persona que se considerase buen cristiano debía denunciar a los supuestos herejes bajo pena de excomunión. Y lo hicieron por dos motivos: primero, porque así pensaban demostrar que el indulto no favorecía las confesiones de quienes se entregaban por propia voluntad, tirando por tierra mi hipótesis con respecto a la inocencia de los delatados; y segundo, porque las delaciones vecinales reafirmarían sus teorías sobre la participación del demonio en las juntas nocturnas, y tendrían libertad a la hora de dictaminar sentencia. Querían asegurarse la detención de los maestros brujos sin que yo pudiera juzgar su proceder, pues las confesiones se considerarían válidas por derecho y los reos no podrían acogerse al perdón del Tribunal sin la aprobación de los tres inquisidores. Al ser ellos dos mayoría, poco o nada determinaba mi criterio.

Como ya he explicado, semanas antes de iniciar el regreso a la Corte, mi secretario había redactado varias cartas que fueron enviadas a don Pedro de Valencia, solicitando su consejo sobre las cosas que estaban sucediendo en las tierras altas de Navarra. Así, notificándole de mi llegada con antelación, podría posponer sus otras obligaciones, que eran profusas desde que el rey Felipe el Tercero le encargase la elaboración de una historia sobre su vida, las relaciones de los asuntos de Indias y las censuras de los libros que debían imprimirse en los distintos talleres de Madrid. Necesitaba acogerme a la omnisciencia de las muchas materias que su asiento y cordura dominaban, pues no había otro humanista más esclarecido, ilustre, famoso y digno de admiración y respeto que él.

De esta guisa, recorriendo el Camino Real que llevaba a Madrid en compañía de los alabarderos de la Guardia Vieja del rey, de mis pajes, y también de mi fiel secretario don Gonzalo de Mendoza, decidí pernoctar en Valladolid a pesar de que,

por aquel entonces, era una ciudad acosada por la peste; un lugar que con el paso del tiempo se había ido despoblando ante el temor que provocaba tan terrible enfermedad.

A pesar de todo, en ningún momento tuve miedo del contagio ni me amedrentaron los gemidos de quienes lloraban a sus difuntos frente a las hogueras purificadoras erigidas a las afueras de la ciudad, donde el fuego reducía a cenizas gran cantidad de cadáveres que habían sido amontonados por los sepultureros. Al fin y al cabo, el espectro de la muerte negra campaba a sus anchas de un extremo a otro del reino, por lo que no existía en toda España un lugar seguro donde esconderse.

Mientras nos adentrábamos en el barrio de la Ronda, al otro lado de las murallas, me dejé llevar por la memoria y el recuerdo...

Valladolid, debido a la intercesión del duque de Lerma, había albergado durante cinco años a la familia real y al resto de los cortesanos, algo que lamentaron profundamente los madrileños el tiempo que duró la ausencia de sus majestades los reyes. Eran demasiados los nobles e hidalgos que se habían enriquecido gracias a los beneficios que les aportaba la vida palaciega, y que ahora tenían graves problemas pecuniarios al haber quedado desatendidas sus necesidades. Causa de hilaridad fue la campaña de desprestigio que iniciaron contra Valladolid, pues decían de esta ciudad que era insalubre y de malos olores, indigna de un monarca español. Hubo otros comentarios bastante más cáusticos e ingeniosos, cuya finalidad no era otra que burlarse de sus mujeres, a las que motejaban de «cazolerías». Por otro lado, los vallisoletanos decían de Madrid —esa villa de la osa que come bellotas—, que tenía un aprendiz de río, ridiculizando de este modo el escaso caudal del Real Canal del Manzanares en comparación con el Pisuerga. Igualmente, tachaban a sus hembras de «ballenatas».

Lo que sí resultaba cierto, era que los cortesanos madrileños tuvieron que dejar su vida social y sus palacios para levantar otros nuevos en Valladolid, pues necesitaban seguir gozando de los favores del rey.

Pero no todo fueron chacotas y discrepancias. El traslado de la corte a Valladolid favoreció la ejecución de grandes cambios arquitectónicos, de ahí que se acometieran muchas y costosas obras en un denodado esfuerzo por convertir la ciudad en meritoria residencia digna de sus reyes. Se erigieron nuevos palacios y casas nobles. Se reforzó el envío de agua desde Argales. Se pavimentaron gran parte de sus calles. Se levantaron pasadizos en pleno centro, para que el monarca y su séquito pudiesen circular a sus anchas desde el Palacio Real hasta la Huerta del Rey sin que la plebe viniese a molestarlos con su presencia. Y se proyectaron, además, otros trabajos dignos de mención, en los cuales los vallisoletanos se jugaron su honor y prestigio.

Esto me hizo recordar unos versos que le había oído recitar a un joven poeta llamado Francisco Gómez de Quevedo y Santibáñez Villegas, hombre de sutil ironía, cuando visitó Valladolid después de haber pasado varios años cursando sus estudios en Alcalá de Henares:

*A fuerza de pasadizos
Pareces sarta de muelas,
y qué cojas con tus calles
Y sus puntales muletas.*

Esta era la ciudad a la que llegamos, ya cerrada la tarde, después de haber recorrido un largo trecho desde la villa de Torquemada. Gracias a Dios, pudimos pernoctar en la iglesia parroquial de Santa Eulalia.

Agotados del viaje, y con más sueño que hambre, nos entremezclamos con los tejedores, maestros de obras, curtidores, caldereros, silleros, bribones, perdularios, trotamundos, curanderos, artesanos ambulantes, falsos tullidos, moceros, estudiantes hambrientos, soldados de fortuna, meretrices, indigentes, pícaros, faramalleros y demás gentes que vivían de la depredación y la ingenuidad de los más pudientes; plebeyos de patibulario aspecto que recorrían las callejuelas de la ciudad tratando de sobrevivir a la enfermedad y a la pobreza.

Sentí cierta lástima al comprobar personalmente sus tribulaciones, pues los vallisoletanos me resultaron bastante más necesitados que años atrás, antes de que el monarca hubiese aceptado la proposición del corregidor de Madrid de recibir doscientos cincuenta mil ducados a cambio de retornar a la villa que le había visto nacer; decisión que, por otro lado, se acomodaba a sus regios intereses, que no eran otros que huir de las fiebres que hacían estragos en la villa pinciana.

Finalmente llegamos a la plaza de la Cruz Verde, llamada también de los Herradores porque allí se congregaban los talleres de herrería, incluidos los de chamberga. Las voces de los ferrones, instando a los mozos para que avivasen el fuego, se confundían con el sonido estridente de los diversos martillos que golpeaban los yunques situados junto al horno, y con el jadeo de los fuelles y el agua que se precipitaba desde las ruedas hidráulicas. En aquel mismo lugar, junto a la parroquia de San Andrés, se solían instalar el corral de comedias, los juegos de cañas, las mascaradas y demás saraos populares, algo que causaba gran enojo a los clérigos del monasterio debido a la frívola naturaleza de los susodichos eventos.

Bajamos por la calle de las Calaveras —que recibía este siniestro nombre debido a su proximidad con el osario del convento—, para luego hacer un largo recorrido hasta llegar al palacio del conde de Benavente. Fue entonces cuando se desató la curiosidad de don Gonzalo, mi secretario.

—Vuestra señoría sabe que soy hombre piadoso y de preclaro entendimiento, aunque esté mal que yo lo diga, y también que temo al diablo como todo buen cristiano. Sin embargo... —vaciló unos segundos— me es imposible comprender que esas gentes puedan ser capaces de realizar los prodigios y maravillas que dicen. No sé si me he expresado bien.

—Perfectamente.

—Veréis, todo eso de que pueden desplazarse de un lado a otro volando por los

aires, gracias al poder que les otorga el demonio, o el hecho de que se conviertan en animales para que nadie los reconozca, es algo que está más allá de mi capacidad de entendimiento —mirándome a los ojos, preguntó—: ¿Vuestra señoría sabe a qué es debida tanta patraña, o si es cierto que ellos mismos se creen capaces de tales portentos?

—Recuerdo haber leído, en mis años de estudiante, un tratado acerca de las supersticiones, escrito por don Martín de Arles de Andosilla, gran teólogo y archidiácono del valle de Aibar, donde se decía que no hay tales vuelos nocturnos sino que es el diablo quien provoca extraños sueños a estos hombres y mujeres para que se crean sus propias fantasías. Todo eso de que son capaces de volar por los aires, de llevarse a los niños de casa de sus padres, con el fin de asarlos y comérselos, de fornicar con el demonio y demás atrocidades, en realidad son fruto de una entelequia... eso sí, una entelequia diabólica —maticé, ahora con cierta ironía.

—Pero ¿y los niños? —porfió mi subalterno, sin llegar a entender del todo mis explicaciones—. ¿También ellos son víctimas de esas pesadillas que decís?

—Los niños son quienes más viva tienen la imaginación —aduje—. Bastante que hayan escuchado la delación de algún vecino, para que su espíritu esté por las cosas malas —moví la cabeza de un lado a otro, con tristeza—. Su ánimo de protagonismo es uno de los peores inconvenientes con los que debe enfrentarse un inquisidor, pues al presuponerlos puros de corazón nos cuesta rebatir sus afirmaciones.

—¿Por qué entonces don Lorenzo de Hualde tiene encerrados en la parroquia a todos los niños de Vera, con la excusa de protegerlos del mal que puedan ocasionarles sus propios padres? ¿No sería más inteligente hablar seriamente con ellos para que digan la verdad? —quiso saber don Gonzalo.

—Sí... eso sería lo mejor. Sin embargo, el hecho de que esas criaturas confirmen la existencia de brujos en la región, diciendo que los obligan a participar de los reniegos de Dios y otras felonías, favorece al vicario y a los demás comisarios inquisitoriales de la comarca por lo que, como resulta obvio, no harán nada para contradecirlos.

—¡Por las llagas de Cristo que no entiendo nada! —exclamó mi secretario, frunciendo el ceño.

—Ni falta que os hace, don Gonzalo... ni falta que os hace —repetí, encogiéndome de hombros.

Ahí finalizó la conversación. Ante nosotros pudimos ver el convento de San Agustín, en cuya fachada se exponían los escudos de los condes de Villamediana, quienes se hallaban enterrados en la capilla mayor. Y hacia él nos dirigimos en total silencio, permanentemente escoltados por la compañía de alabarderos.

Nadie, ni siquiera mi fiel secretario, podía sospechar que dentro me aguardaban dos ilustres personas, de lógica inflexible y serenidad de espíritu, que habrían de ayudarme con sus discursos en la defensa de aquellos que decían servir al diablo.

Debía consultarles antes de tomar una decisión de la que tuviese que arrepentirme

el resto de mi vida.

A la mañana siguiente, aprovechando que los frailes agustinos se aseaban en las letrinas antes de acudir a la misa de tercia, mantuve una breve conversación con mi secretario mientras paseábamos por la huerta del monasterio.

—Don Gonzalo, lamento haber tenido que mentiros —dije con cierto apuro—, pero me he visto obligado ante el temor de que los espías de don Alonso B Herrera pudieran llegar a enterarse de la auténtica finalidad de nuestro viaje.

El escribano se me quedó mirando, deteniéndose en mitad de la senda que separaba en dos los plantíos de hortalizas.

—¿Vuestra señoría, acaso, no confía en mí? —preguntó, mostrándose ofendido en el tono y la expresión.

—Jamás he dudado de vos —reconocí en voz queda—. Si he tenido que ocultaros la verdad es porque no quise arriesgar mi misión. Los sillares del palacio inquisitorial, últimamente, parecen haber cobrado vida y escuchan cada una de nuestras palabras. Allí, en Logroño, todo está subordinado a los intereses del decano, inclusive la intimidad.

—¿Puedo saber en qué me habéis mentido? Si me es lícito preguntaros.

—Nuestro viaje finaliza aquí, y no en Madrid —contesté. Pensándolo bien, añadí con cierta cautela—. Bueno... por lo menos el mío. Yo he de permanecer en la ciudad un par de semanas, pero vos debéis seguir adelante con mis pajes y con la compañía de alabarderos. Don Bernardo de Sandoval os aguarda en el palacio del Consejo de la Suprema Inquisición. A él deberéis entregarle las cartas redactadas por el licenciado don Juan del Valle, rogándole la anulación de los edictos de gracia.

—No os entiendo —susurró mi secretario—. Se supone que don Pedro de Valencia espera reunirse con vuestra señoría en Madrid.

Le hice un gesto para que siguiésemos andando. Fuimos hacia la puerta que comunicaba con el claustro.

—Don Pedro de Valencia no se encuentra en Madrid en este momento —carraspeé antes de continuar—: Está aquí, en este monasterio, desde hace unos días.

—Pero... —repuso don Gonzalo, atónito.

—Sí, ya sé que le escribisteis una carta diciéndole que pensaba entrevistarme con él en el Alcázar. Sin embargo, antes de lacrar el pergamino cambié de opinión y yo mismo añadí unas letras.

Mi acompañante se quedó pensativo, reflexionando al respecto.

—¿Le pedisteis que viniera a Valladolid? —preguntó al cabo de unos segundos, al comprender ya mi argucia.

—Sí, y no sólo a él —añadí con voz cómplice—. También le rogué que, por otros medios no oficiales, se pusiera en contacto con el jesuita don Hernando de Golarte. Ambos me aguardan en este momento en el *scriptorium* del monasterio.

Asintió, pensativo.

—¿Y cuándo deseáis que parta para Madrid?

—Esta misma tarde. De hecho no debéis demorar más vuestro viaje.

—¿Y si el arzobispo pregunta por vuestra señoría? —insistió, preocupado. Sonreí ante la ingenuidad de mi secretario.

—No lo hará —le confesé en voz aún más baja—. Está al tanto de mi reunión con el cronista del rey.

—Entonces... ¿Pensáis regresar sin mí a Logroño?

—No —contesté, ahora de forma tajante—. Aguardaré aquí hasta que volváis de Madrid.

Don Gonzalo abrió la boca para decir algo más, pero se abstuvo de seguir adelante con el interrogatorio al ver mi gesto impaciente. Movi6 la cabeza de un lado a otro, chasqueando la lengua con harta resignaci6n. Era algo muy propio de 6l cuando estaba confundido.

Ya en el patio del claustro, despedí a mi secretario antes de dirigirme hacia la puerta de entrada al convento. Me adentré en el corredor de gélidos sillares, y subí las escaleras que conducían a la biblioteca y al *scriptorium*, donde ya debían estar esperándome don Pedro y don Hernando.

Era don Pedro de Valencia un hombre de semblante duro y anguloso, así como cejudo y de frente despejada. Lucía una barba bien recortada y un fino bigote que, al igual que la gorguera de encaje que rodeaba su cuello, le proporcionaba cierta solemnidad a su imagen. Iba vestido con elegancia, con casaca de paño de Segovia de color negro y calzas de terciopelo de idéntica tonalidad. Tras las lentes que se apoyaban en el puente de su nariz pude ver sus ojos acerados, fijos en los míos.

A su lado, junto a uno de los atriles cercanos al ventanal, estaba don Hernando de Golarte, ataviado con su hábito de la Compañía de Jesús.

—Un enrevesado asunto el de las brujas de Zugarramurdi.

Con estas breves pero sentenciosas palabras, don Pedro iniciaba la conversaci6n.

—Enrevesado y desconcertante, a fe mía —agregó don Hernando, dando conformidad a lo expuesto por el cronista oficial del rey.

—La pregunta que deberíamos plantearnos, para llegar a comprender la verdad, es la siguiente: ¿existen las brujas como entes diabólicos, capaces de transformar sus cuerpos y de lanzar maleficios gracias al poder del demonio? —expuse mi interrogante sin circunloquios, después de guardar un discreto silencio—. Defender lo contrario es considerado herejía por la Iglesia desde que Inocencio VIII redactase su bula papal *Summis desiderantes affectibus*. Sin embargo, según la opini6n de Dionisio en su epístola a Policarpo de Esmirna, nadie, ni siquiera el diablo, puede alterar las más nobles obras de la creaci6n, como son los hombres y los animales, si no es con la aquiescencia de Dios.

—Estoy de acuerdo con vuestra señoría —convino don Pedro, que asintió con un ligero gesto de cabeza—. Ya se menciona en las Decretales que a los brujos les es

imposible afianzar su poder, a menos que el inefable, justo y equilibrado designio de Dios les permita hacer uso de las artes mágicas del demonio.

—Yerran quienes creen en la brujería, pero también lo hacen quienes niegan la influencia de Satanás sobre el hombre —terció el jesuita, ofreciéndonos su opinión—. El Altísimo tutela todo lo que acontece dentro y fuera del orbe, cierto... pero a veces el diablo se manifiesta como un gran taumaturgo trastocando la voluntad de Dios. Ya entonces, cuando Adán y Eva convivían en el Edén, se valió de sus amaños para alterar el orden de las cosas divinas.

—Sí; pero la potestad del demonio sobre la tierra es perecedera —le recordó el cronista.

—En todo caso, lo que sí es cierto es que el diablo no necesita, obligatoriamente, la colaboración de los brujos para llevar a cabo sus malignidades —les dije a ambos —, por lo que la muerte repentina de una persona y otros infortunios, como es perder la cosecha a causa de las plagas, no tiene nada que ver con el hecho de que unas gentes se reúnan alrededor del fuego los viernes de cada semana y en las vísperas de los días festivos.

—Estoy de acuerdo con vos —don Pedro apoyó mis palabras, sin vacilar—. Tras haber leído los informes que me fuisteis remitiendo desde Logroño, en donde se recogen las confesiones de los inculpados y los testimonios de los delatores, he llegado a la conclusión de que en esas juntas no interviene el diablo, sino el vicio y la depravación. En tales conventículos, y esa es mi opinión, no se invoca la presencia del demonio porque lo único que les importa a los participantes es entregarse a la fornicación, el adulterio y la sodomía.

—No digo yo lo contrario —opinó don Hernando, reflexionando al respecto—. No obstante, ¿quién les ha imbuido la idea de que pueden volar o convertirse en animales a su antojo?

—Si tenemos en cuenta el asunto de las bacanales en Roma, que tal y como nos dice Tito Livio obedecían al terror provocado por las discusiones civiles, los misterios dionisiacos estaban emparentados con el uso de pócimas y ungüentos, capaces de alterar la realidad —añadió el cronista—. Son muchas las plantas, y muy venenosas, que son utilizadas por las sorginas en sus juntas desde tiempos inmemorables. Por eso os digo que todo está en la imaginación de quienes participan en los llamados *akelarres*. Además, algunas personas son víctimas de aberraciones mentales como la *melancholía* o el *morbum imaginorum* —reconoció—. Gente enferma... orates sin seso, en todo caso.

—Cierto es que existen varios detalles que se escapan a nuestro entendimiento —me dirigí al jesuita—. De ahí que quisiera pedirlos, como un gran favor, que habléis con don Gaspar de Vegas, provincial de la Compañía de Jesús en la jurisdicción de Castilla, que tiene su sede aquí, en Valladolid, para que os permita viajar hasta el valle de Baztan con el fin de recopilar toda la información que os sea posible. Yo, de momento, no puedo salir de Logroño sin contar con el consentimiento de mis colegas

del Tribunal. Aunque, en una carta privada que va camino de Madrid, le ruego a don Bernardo de Sandoval me sea concedido un permiso para recorrer las tierras altas de Navarra, una vez que haya finalizado el Auto de Fe contra los inculpados que aguardan en las cárceles secretas de la ciudad.

Don Hernando de Golarte enarcó sus cejas, sopesando mi propuesta de indagar en el asunto.

—¿Y qué hay de la investigación realizada por el licenciado don Juan del Valle? —se interesó—. ¿Os ha parecido insuficiente?

—Más bien inexacta, pues ha sido redactada a su conveniencia y a la de los comisarios inquisitoriales de las distintas parroquias de la región.

—¡Sea! —me dijo—. Hablaré con mi superior.

Después de recibir el apoyo del jesuita, me acerqué hasta colocarme muy cerca de don Pedro.

—En cuanto a vos, necesito de vuestro consejo —solicité.

—Os ayudaré en todo lo que esté en mi mano.

—¿Podrías decirme, entonces, qué diligencias inquisitivas se han de realizar para poner fin a las injustificadas delaciones que vienen sucediéndose desde hace más de un año?

El cronista, seguro de sí mismo, me dio su opinión.

—Si yo formara parte del Tribunal, haría todo lo posible por descubrir al brujo mayor de estos nefandos misterios —me dijo—. Probablemente, este tratará de ocultar sus vicios con palabras engañosas... *verbis decoris vitium obvolvere*. También convendría no prestarle oídos a los testimonios de los confidentes, que sólo hablan disparates para encubrir la verdad y desviar la atención de sus propios pecados. Que nadie os diga que el diablo lo engañó, que de seguro miente. Pues aunque el demonio sea quien aliente sus almas, no interviene en forma visible ni habla directamente con ellos.

Las palabras de don Pedro de Valencia quedaron grabadas a fuego en mi memoria. En un futuro me servirían de ayuda ante la dura lucha que habría de iniciar, en solitario, contra el decano del Tribunal y su fiel consejero don Juan del Valle Alvarado.

Finalmente, sin embargo, ambos inquisidores ganarían la partida.

María de Ximildegui, sentada en la puerta del monasterio, observó durante unos segundos la única estrella que resplandecía en el cielo de la tarde como una lágrima humedecida de nostalgia. La soledad del lucero vespertino la imbuyó de una profunda tristeza. Se sintió identificada con ella. Era un reflejo de sus propios pensamientos.

La mano membruda y sabia de fray Felipe vino a apoyarse en el hombro de la joven, la cual dio tal respingo que a punto estuvo de dejar escapar un grito de sorpresa. El sacerdote, sonriendo ante la inesperada reacción de María, encontró en la mordacidad un elemento de distracción.

—Sólo muestran inquietud aquellos que no tienen la conciencia tranquila — bromeó.

Ella guardó un prudente silencio, dirigiendo su mirada hacia las colinas que comenzaban a desaparecer engullidas por la opacidad del crepúsculo.

—Cuando yo era una niña, mi madre me dijo una vez que las almas de algunas personas resultaban tan escabrosas como los montes que se desgarran en barrancos y cañadas —susurró de un modo apacible—. Ahora sé lo que intentaba decirme.

Fray Felipe no llegó a comprender el significado de sus palabras. Acusó la falta de espíritu de la joven al hecho de haber tenido que abandonar la casa del molinero, forzosamente, tras sentirse amenazada por la actitud libertina del viejo Íñigo. Como ya era tarde, le aconsejó que entrara a la iglesia: la humedad del atardecer en los días de invierno era harto perjudicial para la salud. María accedió a la petición del clérigo porque lo último que deseaba era contradecir el deseo de quien, gracias a la intervención divina, la había redimido del pecado sin que este llegara a tener conocimiento de su desventura.

Accedieron a la capilla por una puerta lateral guarnecida de herrajes oxidados. Después de efectuar la indefectible genuflexión ante el Sagrado Sacramento, el sacerdote se detuvo bajo el púlpito.

—Será mejor que te sientes y esperes a que venga Joana —le dijo, señalando la hilera de bancos que había frente al presbiterio. María accedió a su recomendación—. Estará contigo en unos minutos, cuando termine de guardar las casullas, tunicelas, dalmáticas, estofas de púlpito y gremiales en el arca de la sacristía.

Arrastrando sus pies cansados a la vez que arregazaba el hábito unas pulgadas, fray Felipe se perdió entre la oscuridad del transepto camino de la sala capitular.

La mesa consagrada del altar, los candeleros, las vinajeras, los aguamaniles y el

sagrario —en cuyo corazón residía el cuerpo de Cristo—, se vanagloriaban de su propia grandeza. Paños de raso y tapices prelatios colgaban de los muros y columnas de la nave central, como ingrátidos espectros rezumando austeridad pragmática y fastuosa. El coro se velaba de vapores debido al incienso de los pebeteros que dulcificaba el ambiente con su plácido aroma. En las hondas capillas, fungosas de humedades, las cancelas de hierro protegían el descanso eterno de los diversos párrocos de otrora épocas allí enterrados.

Un súbito recelo vino a tirar por tierra toda aquella magia clerical que mantenía ensimismada a la joven. Cuando la adivinación sensitiva de su conciencia le avisó de un peligro a su espalda, de inmediato se le aceleraron los latidos del corazón. Girándose lentamente vislumbró una sombra oscura avanzando por el corredor de la nave. Era un gato de color negro. Se acercaba a ella con sigilo, buscando el contacto con sus pies.

María ahogó un grito de terror. El miedo la traspasaba como una espada ardiente e infinita. Al instante le sobrevino una terrible sospecha: aquella criatura del infierno, en realidad, no era otra que Graciana de Barrenetxea, que había ido en su busca para recordarle las obligaciones contraídas con los demás miembros de la secta de brujas.

Se retrajo asustada, entrelazando sus dedos hasta que formaron una cruz. Intentó detener, de este modo, el acompasado movimiento del animal. El conjuro no surtió efecto. El gato seguía avanzando hacia ella de forma inexorable.

Poniéndose en pie, la sirvienta giró su cuerpo para huir de aquella aparición. Y he aquí que chocó de forma inopinada con Joana de Azcaín.

—¡Válgame el cielo, muchacha! —exclamó la serora, sobresaltada—. Estás pálida... ¿Te ocurre algo?

—¡Es esa cosa de ahí! —gritó, señalando hacia atrás sin volver la cabeza. Un destello delirante brillaba con fuerza y pasión en sus pupilas—. ¡Viene a por mí! ¡Quiere llevarme consigo! —tenía los pómulos húmedos de sudor.

Joana dirigió su mirada hacia el lugar donde señalaba la joven, pero no encontró nada extraño, tan sólo el suelo ajedrezado y envejecido de la iglesia.

—Lo siento, pequeña —se excusó, encogiéndose de hombros a continuación—. Pero hasta donde mi vista alcanza, lo único que puedo ver es la suciedad del pavimento... que dicho sea de paso necesita una buena frotada —añadió, reprochándose tal descuido.

María giró su cuerpo con una expresión de estupor plasmada en el rostro. Atónita, pudo comprobar por sí misma que el minino había desaparecido como por arte de magia.

«¡Brujería!», caviló mentalmente.

—¡Estaba ahí! —insistió—. ¡Yo misma la he visto poco antes de que llegaseis!

—Pero... ¿De quién hablas?

—¡Era ella! ¡La sorgina de Arraioz! —estalló finalmente, con lágrimas en los ojos—. ¡Venía hacia mí!

Joana la estrechó entre sus brazos al descubrir que la muchacha temblaba por alguna extraña razón que no llegaba a comprender. Tenía las manos heladas. Sudaba profusamente. Su cándido rostro, de una palidez fría como el alabastro, ocultaba un misterio de confusiones y remordimientos. Le ardían la frente y las sienes, y las venas del cuello oprimían con fuerza su garganta.

Ante aquella demostración de angustia la condujo hasta la sacristía. Tras obligarla a sentarse en una silla de enea, la asistente de fray Felipe le dio de beber del vino que solía utilizarse en la Eucaristía, esperando que el licor aliviase su ansiedad y le devolviera el color a las mejillas.

María le dio las gracias. Después, añadió con voz apagada:

—Estimada señora, quisiera confesaros un secreto pero el pudor me lo impide.

—No soy yo quien debe escucharte, sino fray Felipe —le recordó Joana, sentándose a su lado con el fin de ofrecerle consuelo—. Porque, según barrunto, guardas algún pecadillo en tu inocente corazón que no te deja vivir... ¿No es así?

La joven afirmó en silencio, cabeceando con cierta reserva.

Fue a decir algo, cuando el sacerdote apareció en el umbral de la puerta. Este exhaló un bufido. Parecía nervioso, incómodo, contrariado. Sin vacilar, fue hacia el arca donde guardaba los utensilios religiosos. Abrió el cofre. Extrajo de su interior la estola y la cruz labrada en plata con pedrerías. Al darse la vuelta para marcharse reparó en ambas mujeres. Se mordió el labio inferior. No esperaba encontrarlas allí.

Con discreción, llamó a su asistente para hablar con ella en privado.

—Joana... necesito que vayáis en busca del alguacil —le rogó en voz queda—. La gente de aquí ha enloquecido. Pretenden apalear a dos mujeres que han estado mendigando frente a la iglesia. Desconozco los motivos, pero he de impedir que se tomen la justicia por su mano.

Tras ponerla al corriente de lo acaecido, el sacerdote se colocó la estola alrededor del cuello. Empuñando con fuerza la cruz de plata salió a zancadas de la sacristía.

Expedita, la serora le dijo a María que esperase allí mientras iba en busca de la autoridad, pues en la calle se había iniciado un altercado y lo último que deseaba era que se viese inmiscuida en un asunto tan desagradable como aquel. Sin ofrecerle otra explicación, abrió la pequeña puerta que conducía directamente a la parte de atrás de la iglesia, cuyo dintel era de tan exigua alzada que tuvo que inclinarse al pasar.

Ya a solas, la joven sintió curiosidad. Contraviniendo el consejo de Joana se dirigió a la capilla mayor. Una vez allí atravesó la nave principal, yendo después hacia la puerta de entrada. Con más temor que prudencia, la abrió ligeramente con el fin de descubrir qué es lo que estaba ocurriendo más allá de los sagrados muros de la iglesia. Y fue al asomar su cabeza por detrás del armazón de madera, cuando comprobó, horrorizada, que las responsables de aquel disturbio no eran otras que Graciana de Barrenetxea y su hija Estebanía.

Varios vecinos las increpaban a voces, culpándolas de la muerte de un niño recién nacido cuyos padres habían recibido, días atrás, la visita de ambas mujeres. Las

acusaban de aojadoras, de haber practicado magia negra contra la inocente criatura aprovechando que esta estaba sin bautizar. Otros decían de ellas que habían hechizado los campos con sus conjuros, de ahí las malas cosechas de aquel año. Las sorginas, sintiéndose acorraladas, gruñían como bestias.

Y mientras tanto, fray Felipe trataba de contener a la muchedumbre instándoles, en el nombre de Dios, a que no cometiesen el error de dejarse llevar por la exaltación extrema de los afectos y pasiones y por la superstición.

María de Ximildegui sintió un nudo en la garganta, pues creyó que aquellas brujas habían viajado desde Arraioz con el propósito de darle escarmiento. Cerrando de nuevo la puerta, corrió hacia el presbiterio en busca de su sagrada protección. Arrodillándose frente a la imagen de Cristo, la joven rompió a llorar entonando una oración con la que paliar su angustia. Balbuceaba un débil rezo entre dientes con temblor y confusión de palabras, imbuida de extraña inquietud que atarazaba sus entrañas.

Y allí estuvo, postrada ante la imagen de Jesús crucificado, hasta que dejó de escuchar el tumulto que provenía del exterior. Tan sólo alzó su cabeza cuando oyó la voz de fray Felipe hurgando en su conciencia.

—¿Qué preocupación te aflige, hija mía, para que tengas que buscar consuelo en presencia del Señor?

La joven se arrastró por el suelo como una penitente, con los ojos anegados por las lágrimas.

—¡Confesión, fray Felipe! ¡Confesión! —le suplicó a voces—. ¡Confesadme antes de que sea demasiado tarde y me vea arrastrada al infierno, porque mi pecado es tan grande que mancilla esta santa iglesia!

El sacerdote se santiguó al escuchar sus palabras, pues nadie mentaba el averno en un lugar sagrado como aquel sin un buen motivo. Adolecido de una invencible piedad, fray Felipe le ordenó que se pusiera en pie.

Había llegado la hora de enfrentarse a los demonios que desordenaban la mente de aquella irresoluta muchacha; y por supuesto, vencerlos con la ayuda de Dios.

Fray Felipe escuchaba atentamente la confesión de la joven María, en completo silencio. Fue tan revelador el testimonio de la francesa, que ni siquiera se atrevió a juzgar, de momento, la importancia que podrían tener aquellas palabras en caso de que llegasen a oídos de los vecinos.

A pesar de sentirse terriblemente incómodo escuchando las diversas y terribles historias de brujas que fornicaban y apostataban en el prado de Berroscoberro alrededor del fuego, un oscuro deseo suscitó su interés por todo lo prohibido y lo mundano. Un gélido estremecimiento sacudió su cuerpo de arriba abajo: un espeluzno brutal, mezcla de renuencia y frenesí, que vino a acelerar los latidos de su corazón. Incluso saboreó el agridulce regusto que destilaban los detalles más indecorosos que le iba explicando la joven.

Sin importarle demasiado su responsabilidad moral como discípulo de Cristo, el sacerdote se dejó arrastrar por las fantasías sexuales que podrían esperarse de cualquier hombre que, sentado muy cerca de una criatura tan atractiva y lozana como María de Ximildegui, tuviese que escuchar las lúbricas escenas que esta le detallaba entre sinceras lágrimas de arrepentimiento. Inevitablemente, tuvo una erección.

Estuvo tentado de abrir la celosía del confesionario con el fin de acariciar las manos de María para transmitirle confianza, lograr que su arrepentimiento resultara un poco más llevadero, pero temió provocar una situación que pudiera malinterpretarse. Y aunque bebía sus palabras sin poder apartar la mirada de los verdes ojos de aquel ángel arrojado al infierno de la relajación, que a su vez le observaba desde el otro lado de la celosía, fray Felipe permaneció erguido en el pequeño banco forrado de terciopelo carmesí sin demostrar ningún tipo de sentimiento. Aunque bien es cierto que comenzó a sentir que allí dentro, en aquel aislado recinto destinado a ser testigo de las debilidades del ser humano, la temperatura comenzaba a subir gradualmente según la historia de la joven María se iba tornando cada vez más tórrida.

La descripción de los juegos eróticos y paganos de los habitantes de Zugarramurdi, al margen de provocar su indignación —pues no dejaba de ser un ministro de Dios—, tendían a conceptuarse como idílicas escenas donde se entremezclaban la esencia onírica que daba vida a las fantasías más frívolas del hombre, con el acre aroma del azufre del infierno.

La francesa terminó de referirle sus múltiples pecados. Para ella, las palabras sólo eran eso: argumentos de redención que apenas fortalecían su espíritu traspasado por la vergüenza. Y si bien es cierto que tras haberse confesado se sentía bastante más libre y cerca de Dios, tuvo la sensación de que sus acciones habrían de convertirse en un futuro en motivo de disputa.

Fue la primera vez que juzgó la inocencia como un bien inmaterial ligado al alma desde su nacimiento, un estado anímico difícil de explicar, una recóndita sensación que no podía ver ni apreciar hasta que vino a establecerse una realidad paralela al margen de ella misma. La experiencia no la dejó indiferente. Fue como observar su cuerpo reflejado en las aguas del río, pero con los ojos de otra persona.

Ya apenas se reconocía después de haber aceptado su culpa.

Fray Felipe se excedió en el cumplimiento de sus obligaciones religiosas, ofreciéndole la absolución sin antes haber consultado con las más altas jerarquías de la Iglesia católica; un procedimiento inadecuado, ya que los hechos narrados por la joven formaban parte de un despropósito de sacrílega naturaleza, realmente difícil de indultar.

Tras hacer el signo de la cruz y besar su estola abrió la puerta del confesionario. Fuera le aguardaba María, que aferraba con fuerza la tela de su falda en un intento de atenuar su ansiedad. En los ojos de la arrepentida, en sus pupilas ahogadas en lágrimas, el sacerdote descubrió la inquietud y el temor.

—Si es verdad que esas gentes adoran al diablo, tal y como has confesado, tu deber como buena cristiana es delatarlas designando a los implicados para que puedan arrepentirse públicamente de sus actos... aquí, en la iglesia —imprimió solemnidad a sus palabras—. Yo no puedo hacerlo porque estoy bajo secreto de confesión. Te aconsejo que hables con Joana. Ella se encargará de comunicárselo al resto de los vecinos y al alguacil de la villa, quien habrá de tomar la decisión de juzgarlas como se merecen; o en el peor de los casos, avisar al merino de Urdax para que este convoque una audiencia pública. Sólo así te sentirás mejor.

María accedió a la petición del sacerdote moviendo significativamente la cabeza, de arriba abajo. Sintió un calor pudibundo en sus mejillas de ascuas. Se marchó cabizbaja en busca de la serora, que aguardaba impaciente en la sacristía el final de la confesión. Arrastraba consigo el sinsabor de la derrota espiritual y el desapacible aroma de una delación no deseada pegado a su piel.

Fray Felipe la vio desaparecer más allá del púlpito que precedía el altar mayor; engullida por las tinieblas que se agolpaban al final de la galería del transepto. Mientras se alejaba, sintió sobre él la mirada atenta del Padre Celestial, quien ya debía estar juzgando sus indecorosos pensamientos.

Refugiándose en la ascética dirigió sus pasos hacia las escaleras de maitines que habrían de conducirlo hasta la sala de los monjes. Cuando llegó a la estancia comunal, sus hermanos en Cristo dormían en distintos jergones de paja extendidos en el suelo. Fue hacia su rincón en busca de esa paz que tanto necesitaba en aquel momento de debilidad. Arrodillándose frente a la arqueta de bronce y nácar, cubierta por un paño de raso que había bajo el pequeño ventanal, la abrió con sumo cuidado para que el sonido oxidado de las bisagras no perturbase el silencio que se adueñaba de cada uno de los rincones. Extrajo un chicote largo de cuero, delgado y flexible, que aferró con fuerza con su mano. Se despojó del hábito talar hasta la cintura, permitiendo que la tela de lienzo quedase replegada sobre el cíngulo. De rodillas en el suelo, mordiendo con fuerza los labios en un claro gesto de contención del dolor, el sacerdote flageló con fuerza su espalda imponiéndose disciplina frente a un pequeño crucifijo, ya que la imagen desnuda de María de Ximildegui, dejándose sodomizar por un cabrero, se le antojaba tan terrible como excitante.

Después de varios azotes, contrito y dichoso a la vez, fray Felipe se complacía más con el sentimiento de purificación que con el goce del pecado.

XVI

Joana de Azcaín abandonó la iglesia bien temprano —con los primeros rayos de sol—, movida por la necesidad de dar la voz de alarma entre los habitantes de Zugarramurdi. No dejaba de pensar en las palabras de la joven María, quien la noche anterior, movida por los remordimientos, se había sincerado con ella refiriéndole las diabólicas reuniones que solían celebrarse en el prado de Berrocoberro, juntas en las que ingerían adictivas pócimas de sabor amargo, bailaban desnudos alrededor del fuego, invocaban el nombre del diablo y se entregaban a la más desenfrenada lujuria. La suya era una confesión sincera, nacida del corazón y del arrepentimiento. En sus palabras no había lugar para el falso testimonio y la calumnia. Eran tan cuantiosos los pormenores detallados por la francesa, que resultaba imposible creer que todas aquellas escenas de naturaleza orgiástica fuesen fruto de la enfermiza imaginación de una pobre muchacha.

Tuvo lástima de ella. El hecho de haber sido embaucada por los servidores de Satanás, tanto en Ciboure como allí en Zugarramurdi, era una clara muestra de su inocencia. El diablo sabía cómo tentar a las mujeres débiles de espíritu, como María de Ximildegui.

Echando mano de su memoria, Joana recordó el proceso de las brujas de Ceberio, acaecido cincuenta años atrás en esta villa vizcaína. Se lo había oído decir a su madre siendo ella muy niña. Aquel había sido un asunto bastante escabroso y polémico, según las opiniones de quienes lo vivieron de cerca.

Por aquel entonces, una niña llamada Catalina de Guesala, vecina de la barriada de Santo Tomás de Olabarrieta, declaró haber sido instigada por los miembros de una secta de brujos pertenecientes a la casa de Hereinoça, quienes la obligaron a renunciar de Dios y a rendir pleitesía al diablo. Varias personas fueron detenidas tras la delación de la pequeña, entre ellas el dueño de dicha hacienda, su mujer, su hermana y una anciana de nombre Puturu, madre del cabeza de familia. También fueron arrestados, y conducidos ante el Santo Oficio, Diego de Guinea, Bastiana de Hereinoça, Marina de Barbachano, Juan de Ysasi, María Ochoa de Guesala y la esposa de un picapedrero llamado Min de Ameçola.

Hubo, al margen de la niña, varios confidentes que, invariables en sus declaraciones, afirmaron haber sido víctimas de las diabólicas agresiones de los acusados. Unos decían que por las noches se les aparecían en sueños para chuparles la sangre; otros, que esparcían ciertos polvos con el fin de hacerles perder la cosecha de trigo a los vecinos de la villa. Pero a pesar de todo el revuelo que había provocado

el escándalo, la sentencia no fue tan severa como todos esperaban, pues los brujos sólo fueron condenados a suplicios de agua y cordel a discreción del merino Hernando de Gastaza.

A su parecer, el diablo volvía a hacer de las suyas después de medio siglo de silencio. Primero en el Labourd, y ahora en la región de Xareta. De ahí que su deber como buena cristiana la empujara a difundir la noticia entre los habitantes de Zugarramurdi. Debían estar preparados ante la oleada de posibles encantamientos, conjuros, maleficios y sortilegios que habrían de sufrir los vecinos si las sectas prosperaban. De hecho, y así lo creía firmemente, los primeros crímenes ya habían comenzado con la muerte de un recién nacido tras la visita a la aldea de la vieja sorgina de Arraioz y su hija Estebanía.

Aferrando con fuerza el chal que se había echado sobre los hombros, Joana atravesó la muga que separaba las tierras de la iglesia de las comunales y cogió el camino que habría de conducirlo hasta el caserío de Catalina de Aranzate, esposa del orfebre. Este ya había tenido un desencuentro con una de las implicadas en aquel turbio asunto, concretamente con Estebanía de Yriarte, a la que sorprendió robando en su taller la pasada primavera.

La mañana, aunque gélida, se presentaba en calma. No se escuchaba ni una voz labriega en todo el valle, ni siquiera el canto de los pájaros. Era como si el tiempo se hubiese detenido en el valle de Baztan.

En el cielo gris se oyó el eco de un urajeo, el único sonido que vino a romper la sensación de paz y calma que se vivía a aquellas horas de la mañana. Joana alzó el rostro y descubrió una bandada de cuervos sobrevolando el tenebroso bosque que circundaba la villa. Tuvo la impresión de que un millar de ojos, obstinados en la malicia y ocultos a la mirada de los hombres, la observaban desde las profundidades más recónditas del infierno con el único propósito de arrebatarle su alma inmortal. Sólo entonces cayó en la cuenta de que estaba sola, de que no había nadie más por aquellas tierras. Sintió escalofríos por todo su cuerpo, un estremecimiento que se iba incrementando según la sangre se templaba gracias al sofoco de la piel y al ligero temblor de su pecho. Aligeró el ritmo de sus pies impelida por una extraña sensación de peligro —un temor irracional vinculado a las arterias del diablo—, y no se detuvo hasta que repicó con fuerza en la puerta de entrada de la casa del orfebre.

El tiempo que estuvo esperando a que le abriesen el portón se le antojó infinito y agónico.

Ya le faltaba el aire cuando vislumbró el rostro jovial de Catalina de Aranzate surgir de detrás de la hoja de madera. Rondaría los veinticinco años de edad. Iba ataviada con un largo camisón de lino de color blanco y puntillas en las mangas y en el cuello. Era alta y cenceña, de rubia melena ensortijada, boca pequeña y labios encendidos como el fuego en las noches de estío. Sus ojos verdes se asemejaban a dos esmeraldas sin tallar, velados por largas y sombreadas pestañas. Poseía la misteriosa belleza de una flor silvestre humedecida por el rocío de la mañana, y su

piel desprendía el dulce aroma de la fruta en sazón.

Dejando asomar el rojo y menudo agujijón de su lengua, sonrió antes de preguntarle:

—¿Puedo saber qué te trae por aquí... tan temprano? —subrayó sus últimas palabras con cierto retintín.

—Un asunto que te concierne —le dijo Joana, empujándola con suavidad para que entrase dentro del caserío. Echó un ligero vistazo en derredor suyo—. ¿Y tu esposo? ¿Está trabajando en el taller?

Necesitaba intimidad para hablar con ella a solas.

—No, sigue acostado —torció el gesto, proyectando una sonrisa sarcástica pero a la vez reluctante—. Precisamente «trabajaba» mi cuerpo cuando has venido a golpear en la puerta —con los brazos en jarras, le recriminó—: ¿Acaso no sabes que Dios proclamó el domingo día de reposo?

Joana le lanzó una mirada de reproche, como si esperase de ella un poco más de decencia.

—Es pecado fornicar en *dies dominicus*, incluso estando bajo la bendición del santo matrimonio —le recordó con acritud, como cristiana vieja que era.

Después se acercó a un escabel de madera que había frente a la mesa de la cocina. Tras tomar asiento, la invitó a que hiciese lo mismo

—Mi consejo es que no vayas por ahí diciendo que incumples los preceptos de la Iglesia, y menos en estos tiempos tan difíciles que vivimos. Tus palabras podrían malinterpretarse.

—No te entiendo...

—Para eso he venido. He de contártelo todo.

—Desembucha, vieja —le exigió la dueña de la casa, acomodándose a su lado—, que ya has conseguido avivar mi curiosidad.

—La joven María de Ximildegui, la que trabajaba en casa del molinero y que ahora está bajo mi tutela, confiesa haber sido víctima de una secta de brujos que practican sus malas artes en el prado de Berroscoberro... ¿Y a que no sabes quién la ha inducido a participar de sus juntas? ¡María de Yurreteguia!

La mujer del orfebre enarcó sus cejas, dibujando una tímida sonrisa en sus labios.

—¿Dices que esa mala pécora, que se contonea lasciva cada vez que viene a ver a mi esposo aprovechando que el suyo se rompe el espinazo moliendo trigo en Urdax, pertenece a una secta de brujas?

—Eso mismo te digo. —La anciana cruzó los brazos sobre el pecho, frunciendo los labios.

Catalina de Aranzate odiaba a la mujer del molinero. No soportaba sus aires de importancia, ni aquel estúpido orgullo del que hacía gala cuando entraba en el taller para elegir las mejores piezas labradas que se exponían públicamente. Conocía de sobra el poder de seducción que ejercía María de Yurreteguia sobre su esposo, pues en más de una ocasión lo había sorprendido mirándola de un modo especial, como si

el cuerpo de aquella zorra fuera lo más importante que pudiese existir sobre la faz de la tierra. A su parecer, María era una mujer peligrosa, inmoral, sin escrúpulos, capaz de interferir en la felicidad de un matrimonio sin importarle las consecuencias. De hecho, había oído decir que a Esteban de Navalcorea le pesaban más los cuernos que las talegas de trigo que acarreaba del almacén a la solera del molino.

Por un instante se alegró de que aquella arpía, de abrirse una investigación inquisitorial, tuviera que enfrentarse a la justicia de Dios y a la de los hombres. Se lo tenía merecido por libertina.

—¡Ea! ¿A qué estás esperando? Quiero saberlo todo... —volcándose de lleno en la conversación, presionó a la asistenta de fray Felipe para que fuese más explícita y la pusiera al corriente de las prácticas diabólicas de su eterna rival.

La serora, después de aclararse la voz, le fue enumerando cada uno de los detalles que la joven francesa le había referido la noche anterior. No pudo menos que sonrojarse mientras hablaba, pues existían ciertos pasajes de aquel sicalíptico asunto que resultaban arduos de explicar para una mujer que trabajaba en la casa de Dios.

Catalina la escuchaba con suma atención, elucubrando el modo de aprovechar la delación de María en su propio beneficio. Según pensó, contribuir a que la esposa del molinero fuera acusada de bruja ante el Santo Oficio vendría a recompensar, de algún modo, los distintos agravios que había tenido que sufrir por culpa de esta. Nada le satisfacía más en aquel instante que verla pedir clemencia frente a los miembros del brazo secular. En todo caso, aunque aceptase su culpa y fuera reconciliada con el fin de salvar su vida, nadie podría evitar que la condenaran a abjurar de sus errores, a llevar el sambenito durante varios años, a soportar los cien latigazos de rigor y a ser desterrada durante un largo espacio de tiempo.

También le alegró saber que Estebanía de Yriarte, la misma que había recibido una monumental paliza a manos de su esposo, cuando este la sorprendió robándole una bolsa con monedas de plata que guardaba en su taller de orfebrería, era una de las implicadas en el *batzarre* e hija de la reina de las brujas. Era como si la Providencia quisiera sonreírle aquella mañana, premiándola con hacer realidad sus más oscuros deseos de venganza.

Una parte de ella escuchaba a Joana de Azcaín; la otra, ideaba el modo de aprovechar aquella delación con el fin de resarcirse de la afrenta de ambas mujeres.

Cuando la serora terminó de detallarle las prácticas nigrománticas realizadas por la secta de brujos y sorginas, Catalina le propuso ir a casa del pastor Bartolomé Zuazo, padre del bebé que había fallecido debido al mal de ojo, y también a la del labriego Hernando de Zubiaur, que extrañamente había visto como su cosecha de trigo era destruida por diversas plagas de insectos. Debían poner en su conocimiento aquello que le había confesado la hija del *Zarracatín*.

Era obligación de ellas desenmascarar a las siervas del diablo, y que estas recibiesen su merecido y justo castigo.

Mientras hacía la colada en el pilón de piedra que había a la puerta del caserío, María de Yurreteguia tuvo un mal presentimiento. Venteó el aire al igual que los lobos cuando olisquean la sangre fresca de sus presas. En el ambiente creyó percibir el tenue aroma de la tragedia, un hedor maligno que provenía de la iglesia y de otros lugares de Zugarramurdi.

El viento había cambiado de dirección y ahora soplaba del norte. Las nubes sedeñas, de un color acerado como la hoja de una espada, se hacinaban sobre el montuoso horizonte de colinas ralas y dispersas. El cielo parecía sellado de adustez y melancolía. Tales signos no resultaban de buen augurio. Miró a su alrededor. No vio a nadie en todo el valle.

Dejó lo que estaba haciendo para limpiarse las manos con el mandil que ceñía su cintura. Se olvidó del barreño de madera donde mantenía en remojo su camisola y su enagua de ricos bordados, con el fin de buscar refugio en el interior de la casa. Cerró la puerta por dentro. Por último, echó el travesaño de madera para impedir que nadie ajeno a la familia pudiese entrar sin su autorización.

Tras exhalar un ligero suspiro, fue hacia el puchero que ardía en el hogar. Ahora que debía hacerlo todo ella sola, ya que su criada se había marchado sin darle explicaciones, perder el tiempo era un lujo que no se podía permitir. Su esposo y su suegro, que habían salido bien temprano a cortar leña, debían estar al llegar y todavía le quedaba por majar el hígado de una gallina, mezclarlo con leche de almendras y añadirselo a la salsa camelina para que esta cuajara como es debido.

Hacia el mediodía, aprovechando que el hervor del guiso se mantenía constante y el fuego de la chimenea había decrecido, decidió salir de nuevo para finalizar la colada. Pero cuál sería su sorpresa cuando, al abrir la puerta, vio a un grupo de vecinos por la senda del valle camino de su casa. Sintió que una mano invisible le traspasaba el pecho con un espetón ardiente. Sus rodillas temblaron al no ser capaces de soportar el peso de su cuerpo. Ya sin respiración, se horrorizó al descubrir que la gran mayoría portaban horcas de hacinar la mies, garrotes y cuerdas. Y parecían furiosos.

Para venir a agravar aún más la situación, distinguió a lo lejos la robusta silueta de su esposo, con un haz de leña cargado sobre los hombros, caminando junto a su padre a una veintena de varas castellanas por detrás de la muchedumbre. Ambos parecían igual de sorprendidos de ver allí congregadas a las gentes de Zugarramurdi.

Catalina de Aranzate encabezaba la comitiva de vecinos. Junto a ella caminaba el alguacil, con la faja de tafetán de color carmesí ciñendo su voluminoso vientre. Portaba en su mano el inconfundible bastón de mando.

Antes de que María pudiese reaccionar, la plebe ya había entrado en sus tierras y se acercaba al caserío con paso firme y decidido.

—¡María de Yurreteguia! —exclamó el oficial inferior de justicia, plantándose a tres pasos de ella—. Se te acusa explícitamente de adorar al demonio, de formar parte

de un conventículo de brujas, y de incitar a otros para que renieguen de Dios y hagan culto al diablo. ¿Qué dices en tu defensa?

María fingió sentirse ofendida por las palabras del alguacil. Apoyando las manos en sus caderas, alzó el mentón con marcada soberbia.

—No sé de que me hablas, pero barrunto que alguna despechada posee una imaginación enfermiza —le lanzó una mirada de odio a Catalina de Aranzate—. El único pecado que veo yo aquí, son los celos y envidias de una correveidile demasiado holgazana como para atender las labores de su hogar... una que prefiere perder su tiempo en chismes de vieja a tener que doblar la espalda.

—¡Calla, bruja del demonio! —chilló la esposa del orfebre, dándose por aludida. Avanzó un paso hacia delante con los puños cerrados, haciéndole frente a la situación—. Bien me consta que te arrodillas ante Satanás y que lo adoras de este modo, besando sus partes más pudibundas con harto placer. Y también que te entregas carnalmente a hombres y mujeres después de bailar desnuda alrededor del fuego del infierno.

—Cuán fácil es hablar con insolencia cuando se tiene un broquel por corazón y una pica por lengua —ironizó María, aferrándose a los emponzoñados estiletes de las palabras con el propósito de no dejarse avasallar.

—¡Os digo que es una bruja! —terció Joana de Azcaín, arrollándose entre las manos un rosario—. ¡Nadie levanta falsos testimonios si no existen pruebas!

—¿Pruebas...? —inquirió la esposa del molinero, jactanciosa—. Muéstramelas, pues. Y si no es así... ¡Que te lleve el diablo!

Los vecinos de Zugarramurdi retrocedieron asustados al creer que les estaba lanzando una maldición. Entre el murmullo del gentío se oyó entonces la voz de un hombre: Bartolomé Zuazo; el padre del bebé que, según creían todos en el pueblo, había fallecido víctima de un maléfico sortilegio de las brujas.

—¿Acaso no me llamaste un día «marrano comedor de niños»? ¡A mí, que soy cristiano viejo! —enfaticó el hombre.

—Lo de marrano te lo dije porque al agacharme a coger el cántaro de la fuente, tus ojos se quedaron prendidos en el canalillo de mis pechos... ¿O es que no te acuerdas, bribón? —le recriminó María con cierto pudor, pues ya su esposo, tras haber dejado la gavilla de leña en el suelo, apartaba a la muchedumbre para ver qué era aquello tan importante que había reunido a gran parte de los vecinos a la puerta de su casa—. Lo de comedor de niños es una de tus deleznales fantasías, pícaro embustero. ¡Yo jamás he dicho tal cosa!

Interponiéndose entre la turba enfurecida y su esposa, Esteban de Navalcorea solicitó que le explicasen el motivo de aquella afrenta. El alguacil, en términos legales, le fue exponiendo cada una de las razones por las que su mujer había sido acusada de bruja.

Harto de escuchar necedades, el molinero se encaró con los allí presentes. Les aconsejó que si tenían evidencias que justificasen sus palabras, se las hicieran llegar a

fray Felipe o al abad del monasterio de San Salvador de Urdax. Pero que si no las había, que callasen para siempre o sería él quien haría justicia con sus propios puños.

Viendo que la plebe no se amilanaba, y que alguien había mentado el nombre de María de Ximildegui como la presunta delatora, el molinero giró su cuerpo para pedirle explicaciones a su esposa. Esta comenzó a llorar, jurando que todo era mentira y que aquellas mujeres, llevadas por la envidia, lo único que pretendían era mancillar su honor y hacerle daño. Clamando a gritos su inocencia, le exigió que defendiera su buen nombre de las deposiciones de unas arpías que sólo buscaban arruinar su matrimonio; pues, según trató de hacerle entender, la francesa aspiraba a ocupar su lugar en el caserío una vez que ella fuese desterrada de la región o quemada por bruja. Y que si no la creía, que le preguntase a su padre, al viejo Íñigo, el cual ya había caído bajo el hechizo de la muy libertina.

El anciano respingó nada más escuchar su nombre, gruñendo entre dientes al igual que un perro rabioso. Como sabía lo artera y sagaz que podía llegar a ser su nuera, reconoció haber manoseado las piernas de la joven, bajo la mesa, llevado por un irresistible deseo que diabólicamente se había adueñado de su voluntad.

Indeciso, el molinero requirió la presencia de María de Ximildegui, pues sólo ella habría de arrojar algo más de luz a aquel turbio asunto.

Poco después, la hija del *Zarracatín* se personaba en casa de María de Yurreteguia acompañada de la serora y del alguacil de la villa, quienes habían ido a buscarla a la iglesia. Ya en su presencia, la francesa no se amedrentó ante aquella mirada chispeante que parecía querer fulminarla con el fuego de sus ojos. Se sentía protegida por la autoridad local y por los muchos vecinos que se habían dado cita en las tierras del molinero.

Segura de sí misma, la increpó con saña:

—Ella y otros muchos me obligaron a postrarme ante el diablo, que se hallaba sentado con gran majestad en un trono de madera negra chapado en oro... ¡Creedme! ¡Yo lo he visto! —enfaticaba cada una de sus palabras—. Posee los ojos torneados, descomunales, abrasadores... terroríficos. Su barba es idéntica a la de un chivo. Tiene el cuerpo y el talle como entre hombre y cabrón... las manos corvas... las uñas de los dedos rapantes al igual que las aves de rapiña... los dedos de los pies palmeados como los de un ganso... y la voz espantosa y desentonada —hablaba sin parar, describiendo una historia elaborada a su conveniencia—. Esta mujer —señaló con la cabeza a María de Yurreteguia— y otras más, sorginas del pueblo de Arraioz, me dieron de beber una pócima de sabor amargo como la hiel y al instante pude volar por los aires del mismo modo que un pájaro... ¡Asuntos de brujería os digo! —les fue explicando a los zugarramurdiarras, imprimiéndole veracidad a sus palabras—. De esta guisa, consiguieron que renunciara de Dios después de haberme prometido grandes venturas... a mí, y a los varios mocitos de corta edad que engañados por los brujos más ancianos se habían unido a la secta. El demonio nos tomó a todos de uno en uno, tanto a hombres como a mujeres y niños. A cambio de nuestros favores, nos

entregó unos sapos que, según nos explicó, debíamos cuidar como si se tratasen de nuestro ángel de la guarda. Y además...

—¡Eso es mentira! —estalló la esposa del molinero, temiendo que la confesión de la que hasta hacía bien poco había sido su criada pudiera ponerla en un serio aprieto—. Os juro que no sé nada de lo que dice esta necia —la señaló con el índice diestro, dirigiéndose a ella—. ¡Hablas así porque estás loca! ¿Me oyes?

—¿Decir la verdad es estar loca? —se defendió la joven—. ¿Acaso no es cierto que cuando fornicáis con un hombre, vuestros gemidos de placer se asemejan a los rebuznos de un asno? ¡Uuuuaaaah! ¡Uuuuaaaah! —imitó el roznido, imprimiéndole cierta burla a la parodia—. Así gritabais cuando os poseía el diablo. Y si no me creéis... —se dirigió a los presentes—... preguntadle al molinero. Él, mejor que nadie, debe de saber si esto que os digo es verdad o no, pues como esposo habrá tenido que ayuntar con ella en más de una ocasión y sabrá de sus goces e intimidades.

Esteban de Navalcorena dudó unos segundos, pues era cierto que aquel sonido onomatopéyico era el mismo que su mujer emitía cada vez que la poseía. Le extrañó que la francesa estuviese al tanto de aquel detalle tan íntimo, pues desde que dijera de hospedarse en su casa, y por culpa del trabajo en el molino, no había tenido ocasión de mantener relaciones sexuales con su esposa.

Aprovechando la indecisión del molinero, María de Ximildegui siguió adelante con la acusación:

—Debéis de saber que esta mujer tiene una verruga horrible y negruzca en las nalgas, que no es otra cosa que la señal con la que el diablo marca a sus discípulos para que puedan reconocerse entre sí. Y si no me creéis, pedidle que os la enseñe. Así podréis saber que no miento.

Si la joven conocía ese detalle tan personal, era porque había sido la propia María de Yurreteguia quien se prestó a enseñarle aquella excrecencia el día que se desnudaron para secar sus cuerpos frente al fuego, después de que les sorprendiera la lluvia mientras regresaban de Arraioz. Ya entonces le dijo que se trataba de una verruga un tanto peculiar, pues había surgido ex abrupto tras contraer matrimonio con el molinero, como si Dios hubiese querido marcarla con el sello de la fidelidad en un lugar tan poco apropiado como aquel, con el fin de alejar la tentación de otros hombres.

Ahora se arrepentía, incluso, de haberle dado labor y hospedaje en su casa.

La muchedumbre comenzó a instigarla para que les mostrase aquella marca diabólica. Otros, por el contrario, pedían que confesase su culpa; y un pequeño grupo, que delatara a los demás partícipes del *sabbat*.

Viéndose acorralada, la esposa del molinero se echó las manos a la garganta fingiendo que le faltaba el aire. Llevando al límite el engaño, pues su estrategia era intercambiar el papel de bruja por el de víctima, se dejó caer al suelo para que creyeran que había perdido el conocimiento. Necesitaba tiempo para pensar cómo salir indemne de aquella situación.

Cuando trataron de reanimarla, expelió un sonoro eructo que consiguió que la plebe, apiñada sobre ella, retrocediera temerosa ante aquella andanada de hediondos vapores que parecían provenir del mismísimo infierno. Su aliento, según los más supersticiosos, apestaba a azufre. Aunque, en realidad, sólo olía a cebolla.

Suplicando misericordia, María de Yurreteguia confesó ser una bruja, que lo había sido desde muy niña, pero que las verdaderas culpables eran sus tías María Txipia y Graciana de Barrenetxea, hermanas de su madre, porque estas la embaucaron con truculentas artimañas cuando apenas tenía uso de razón. Con lágrimas en los ojos pidió perdón a su esposo, al alguacil y al resto de los vecinos de Zugarramurdi, rogándoles que la condujeran hasta fray Felipe porque necesitaba ponerse en paz con Dios cuanto antes.

La suya habría de ser la primera de una larga serie de confesiones.

XVII

El tiempo que permanecí en Valladolid, aguardando el regreso de mi secretario, lo dediqué plena y exclusivamente a dos tareas de gran importancia: escribir y conversar.

En lo que a escribir se refiere, aproveché la ausencia de don Gonzalo para redactar, personalmente, diversas cartas que irían dirigidas a los diversos canónigos de Jaén que formaban parte del cabildo de la iglesia catedral. Lo hice porque desde mi nombramiento como inquisidor del Santo Oficio, los capitulares jiennenses, sobre todo don Gonzalo Herrero y don Francisco Sarmiento, se oponían a que yo siguiese recibiendo los frutos de mi canonjía —como era el reparto de frutos, rentas y demás distribuciones—, alegando que había dejado de participar de forma activa en las cuestiones de la Iglesia, y que, por esta causa, estaba exento de los derechos pecuniarios que me eran lícitos. En realidad, hacía ya varios meses que no recibía ningún tipo de prebenda. Aunque el verdadero inconveniente, era que se estaba retrasando la concesión que había solicitado para ausentarme de Jaén y poder atender, de este modo, las obligaciones que demandaban mi cargo como inquisidor del Tribunal de Logroño.

Tanto perjuicio me estaba suponiendo el hecho de que quisieran privarme de la patrimonialidad que me pertenecía legítimamente —según lo reglamentado por las bulas papales y breves apostólicos concedidos a favor del Consejo de la Suprema Inquisición—, que tuve que escribirle a don Bernardo de Sandoval para que intercediese por mí ante el cabildo de Jaén.

En cuanto a la plática, recuerdo haber mantenido largas conversaciones con don Pedro de Valencia, el cual había decidido permanecer unos cuantos días más en la ciudad antes de iniciar su viaje de regreso a Madrid. En aquellas reuniones no pudo acompañarnos don Hernando de Golarte, pues otros asuntos relacionados con la Compañía de Jesús reclamaban su atención, aunque tuve noticias suyas a través de su secretario, que me entregó un mensaje donde, el jesuita, afirmaba haber hablado con don Gaspar de Vegas y haber solicitado de él un permiso especial para visitar las villas colindantes con la frontera, erigidas entre el valle de Baztan y Bidasoa.

Como he antedicho, pasaba largas horas conversando con el cronista del rey en el claustro del convento de San Agustín, y también cuando dábamos largos paseos por la ciudad poco antes de vísperas. Sus sabias palabras, al margen de proporcionarle cierta paz a mi espíritu, tenían la virtud de mostrarme hasta dónde podía llegar el miedo de la gente al diablo y lo fácil que era incurrir en la ignorancia y la

superstición en aquellos pagos, cuando la adversidad venía a sacudir con marcada violencia las vidas de unos cuantos labriegos que parecían seguir viviendo en los confusos años del oscurantismo.

Aquella tarde de finales de marzo, ambos recorriamos las calles de Valladolid en dirección al Palacio del Sol, donde vivía don Diego Sarmiento de Acuña, conde de Gondomar y caballero de la Orden de Calatrava. El motivo de presentarnos en el palacio de tan ilustre personaje, se debía al interés que sentía don Pedro de Valencia por conocer la prolífica biblioteca que poseía el señor de las villas y casa de Gondomar.

Mientras paseábamos sin prisa alguna por el antiguo barrio de los judíos, donde se hallaban los almacenes de lana merina que los comerciantes vendían a Flandes, el cronista me confesó que pensaba aprovechar la amistad que le unía a don Diego para pedirle, como un excepcional favor, que le dejase consultar algunos de sus libros y documentos donde se hablara de los casos de brujería acaecidos antaño en las tierras de Navarra y sus alrededores. Aunque existía una salvedad...

—Si he de ser sincero, nos va a ser imposible contar con el beneplácito del conde —arguyó don Pedro, que para entonces trataba de esquivar a la plebe que iba y venía de un lado a otro de la estrecha callejuela en su quehacer diario—. Tengo noticias de que el rey lo ha enviado a las costas de Galicia con el fin de repeler un ataque naval perpetrado por los rebeldes holandeses.

—No os entiendo... ¿Pensáis irrumpir en el palacio de don Diego sin su anuencia?

Me extrañó el comportamiento del cronista oficial de la corte, puesto que, según acababa de reconocer, ya sabía de antemano que no habríamos de encontrarlo en su residencia habitual.

—No llega a tanto mi osadía —replicó, dibujando una sonrisa que venía a demostrar que no era una persona tan mohína como afirmaban los cortesanos de Madrid—. Resulta que entre mi familia y los Acuña existe una vieja amistad que viene de lejos. Conozco a doña Constanza de Acuña desde hace años. Ella nos abrirá las puertas de su casa.

—Espero que esté por la labor de permitirnos husmear en la biblioteca de su hijo —dije yo, en mi ignorancia.

El cronista, no pudiendo reprimir su sorpresa, soltó una sonora carcajada que vino a llamar la atención de los viandantes. Algo gracioso debía haber dicho, o así me lo pareció.

—Perdone vuestra señoría mi conducta —se excusó, pasándose el dedo índice por debajo de los párpados con el propósito de limpiarse unas lágrimas, producto de su hilaridad—, pero doña Constanza no es la madre de don Diego, sino su prima y segunda esposa, que por ser hija única y heredera del maestrazgo de su tío, la familia suscribió en el testamento que debía casarse con un hombre que ostentase el linaje de los Acuña —recobrando la compostura, y con un tono de voz algo más sobrio, añadió

—: La primera esposa de don Diego, su sobrina doña Beatriz Sarmiento, falleció hace ya muchos años a causa de unas fiebres, lo que le causó un pleito debido a la restitución de la dote.

Como si el mero hecho de mentar las fiebres se hubiese convertido en el preludio de un oscuro presagio, vimos venir hacia nosotros una carreta conducida por un robusto mozo que debía trabajar, a ciencia cierta, en casa de algún físico o en el hospital más cercano. Transportaba los cuerpos sin vida de dos hombres que habían muerto a causa de la gran pestilencia, cumpliendo de este modo lo decretado en el bando del concejo vallisoletano, que obligaba a los familiares a enterrar o incinerar los cadáveres a las afueras de la ciudad. Le acompañaban dos clérigos de la iglesia de San Benito, quienes rezaban en voz alta un responso a su paso por las angostas callejuelas donde antaño se solían reunir los herejes, seguidores de Calvino. Los fallecidos iban ocultos bajo una amplia frazada de cuero curtido.

Acostumbrados como estábamos a convivir con aquella terrible enfermedad, lo único que hicimos fue apartarnos de su camino, cubrir nuestras bocas con la parte superior de las esclavinas, persignarnos con gran devoción como buenos cristianos, y seguir caminando hacia delante sin volver la vista atrás.

—Decidme, don Pedro... ¿Qué información esperáis encontrar entre los libros del conde? —retomé la conversación por la parte que más me interesaba.

—Mi intención es ahondar en la historia de la brujería, especialmente en los casos, probados o no, de acciones demoníacas en Navarra y Vascongadas.

—Quizá en eso pueda ayudaros. He tenido la suerte de consultar centenares de informes relativos a los autos de fe realizados en toda España durante los últimos ciento cincuenta años.

—¿Habéis oído hablar de las niñas de Pamplona? —inquirió, mirándome fijamente a los ojos a la espera de una respuesta.

—En efecto, pero eso acaeció hace ya casi cien años.

—¿Y qué opinión os merece?

—Bueno... primero habría que estudiar a fondo el asunto —no sabía dónde quería ir a parar, pero le seguí el juego—. Por lo visto, tal y como pude leer en los oficios de fray Prudencio de Sandoval, dos niñas de nueve y once años respectivamente, se presentaron en el Consejo Inquisitorial de Pamplona y le dijeron a los oidores que estaban dispuestas a confesar cosas terribles si a cambio les eran eximidos sus pecados.

—¡Adelante! ¡Continuad! —me instó don Pedro, apremiándome con un gesto de su siniestra—. Antes de formularos algunas preguntas, aguardaré a que vuestra señoría termine de relatarme los pormenores del caso.

Dejando atrás la Plaza Mayor, nos adentramos en el barrio de los artesanos que trabajaban la plata.

—Según creo recordar... —hice memoria— estas inocentes criaturas confesaron pertenecer a una secta de brujas, e imploraron el perdón de los inquisidores con el

propósito de entregarles a quienes las habían obligado a participar de las reuniones que solían celebrarse en aquellos pagos. Les dijeron, a merinos chicos y oidores, que ellas podrían reconocer, sólo con mirarlas a los ojos, a todas aquellas personas que habían hecho un pacto con el diablo y renegado de Dios.

»Dispuestos a saber la verdad, los calificadores del Santo Oficio enviaron a las niñas, junto a cincuenta soldados y uno de sus comisarios, llamado Avellaneda, a las villas donde decían oficiarse las juntas, que estaban a varios días de viaje desde Pamplona. En cada uno de estos lugares, los oficiales de justicia encerraron a ambas niñas en casas diferentes para que no pudiesen hablar entre sí. Luego marcharon en busca de los sospechosos de brujería, y los prendieron junto a otros de reconocida honradez con el fin de entremezclarlos y hacer más difícil su identificación.

»Tras cubrirlos a todos con mantas y telas, de forma que sólo podían ver de ellos un ojo para que les fuese imposible reconocerlos, los presentaban, primero a una de las niñas y luego a la otra. Estas observaban atentamente las pupilas de los sospechosos, e iban señalando a los culpables después de que asegurasen haber visto, por encima de la pupila izquierda, la señal del diablo: un anca de sapo.

»Lo más extraño del caso, es que ambas coincidieron en todo y señalaron a los mismos hombres y mujeres. De ahí que, tal y como dice fray Prudencio de Sandoval en los informes que pude leer en la biblioteca del palacio del Santo Oficio en Toledo, fueron detenidos ciento cincuenta brujos y brujas.

—Os olvidáis la carta que el inquisidor Avellaneda envió al condestable Íñigo de Velasco. ¿O esa parte de la historia no la conocéis?

—No... no se hablaba de ello en los pliegos que tuve la oportunidad de consultar —admití no saber nada al respecto.

Don Pedro debía de estar de buen humor aquella mañana, pues volvió a sonreír; esta vez, de forma mordaz.

—Si damos fe a lo escrito por Avellaneda, él y otros hombres, entre los que se encontraba el alguacil Pedro Díaz de Término y un secretario del secreto, así como un mozo de escuadra llamado Sancho de Amiçaray, cierta noche de viernes encerraron a una de las acusadas en la celda de una torre cuya única salida al exterior era el tragaluz abierto en lo alto del muro, el cual estaba tan alejado del suelo que hasta un gato se hubiera roto el cuello de saltar al vacío —me fue explicando el cronista con todo lujo de detalles—. Una vez que la recluyeron a solas en dicha celda, junto a sus botes de pócimas y ungüentos, los oficiales de justicia la espionaron a través del ventanillo de la puerta para ver si era verdad que podía conjurar al diablo.

»De esta guisa, fueron testigos de cómo la bruja, tras desnudarse por completo, se frotaba con un oscuro ungüento por todo su cuerpo e ingería un apestoso brebaje de los que ella misma solía preparar. Y he aquí lo más inconcebible de este relato, pues al poco tiempo dio un gran salto y se aferró a los barrotes de la claraboya, invocando a gritos al demonio. Según afirma quien redactó la carta, Satanás hizo acto de presencia y se la llevó volando por los aires. Por supuesto, después de haber reducido

el cuerpo de la bruja al tamaño de un ratón —mi interlocutor me miró de nuevo, en esta ocasión con cierta frialdad—. Ante un hecho así... ¿Qué piensa vuestra señoría al respecto? ¿Puede el diablo manifestarse en presencia de los mortales y acudir a la llamada de los brujos, o la autoridad inquisitorial fue víctima de una ilusión conjunta?

Realmente, no supe qué decir. Pero como don Pedro todavía aguardaba mi respuesta, después de un pesado silencio le ofrecí la más racional y pertinente.

—Es posible que todo se trate de un engaño, ¿no os parece? —expuse mi opinión—. Tal vez la inculpada consiguiera escaparse en un descuido, y los alguaciles se vieran obligados a buscar una excusa que ofrecerle a los del Santo Oficio.

—Entonces, ¿rechazáis la posibilidad de que el demonio tuviese algo que ver en el asunto?

No quise aventurar mi respuesta antes de haberla meditado en profundidad.

—No voy a dar libelo de repudio a la existencia del diablo, pues su intervención en los asuntos mundanos es harto conocida. Sin embargo, de ahí a que se les aparezca en cuerpo presente a los hombres... —no terminé la frase, pues se sobreentendía que no estaba de acuerdo.

—Una respuesta de lo más inteligente —me dijo don Pedro—. Sin embargo, ¿no encontráis en esta historia algo más que os resulte extraño, y que os haga dudar de su veracidad? —entonces, añadió en voz baja—. Pensadlo bien.

Y eso hice mientras transitábamos frente a la fachada de la iglesia de San Pablo: entregarme de lleno a aquel juego de interrogantes que me iba planteando el cronista oficial del rey. Traté de reconstruir la historia que acababa de narrarme, buscando alguna otra referencia o particularidad que tirase por tierra el testimonio de Avellaneda, e incluso repasé mentalmente lo escrito por fray Prudencio de Sandoval.

—Pues... —titubeé un poco—, al margen de la increíble anécdota de la bruja escapando de la prisión gracias a la ayuda del demonio, no encuentro nada sorprendente en lo demás.

—¿De veras?

—Sí... hasta donde mi mente alcanza.

—¿Y no os parece significativo el que dos niñas, de nueve y once años, realizaran ellas solas y a pie, un viaje de varios días hasta Pamplona, cuando hasta vos mismo viajáis con una escolta de soldados debido a los muchos peligros que encierran las tierras donde no llega la justicia del rey?

Su lógica resultaba aplastante. Aquel era un detalle del que no me había percatado hasta entonces.

Ciertamente era improbable, por no decir imposible, que dos niñas de esa edad pudieran haber hecho aquel viaje sin haber sufrido ningún contratiempo, y menos sabiendo que incluso los peregrinos que recorrían el Camino de Santiago eran víctimas de la extrema violencia de los asaltantes de caminos y fugitivos de la justicia. Ante un hecho así, era evidente que alguien mentía.

Pensaba preguntarle cuál era su opinión al respecto, cuando descubrí que

estábamos frente a la puerta de entrada al Palacio del Sol, residencia del conde de Gondomar.

Muy a mi pesar, tuve que dejarlo para otro momento.

Era doña Constanza de Acuña una mujer espigada, de cabello castaño y unos preciosos ojos azules. Iba vestida a la usanza cortesana, con una saboyana de rico paño de color sinople, sin cola y con la falda abierta por delante, que ocultaba parcialmente la basquiña de talle alto con manguitos de encaje unidos entre sí por cintas de terciopelo. No obstante, el verdugado de blanca tonalidad, haciendo juego con la gorguera y los chapines, resultaba algo afrancesado para mi gusto. En el pecho llevaba una escarapela carmesí con la imagen del Sagrado Corazón, y mantilla adamascada sobre los hombros.

Tal y como me había confesado don Pedro antes de entrar en palacio, la esposa del conde cumplía fielmente el modelo de características perfectas de la mujer, según los cánones dictaminados por fray Antonio de Guevara; es decir: tenía paciencia para sufrir al marido, amor para criar a los hijos, afabilidad con los vecinos, diligencia para guardar la hacienda, era cumplida en cosas de honra, amiga de honesta compañía y muy enemiga de liviandades de moza.

Nos recibió con gran alborozo, como si el hecho de poder hablar con alguien más que no fuesen sus doncellas y sus hijos, le proporcionase una exagerada satisfacción. Don Pedro, que era buen amigo de su padre, don Lope de Acuña, la hizo partícipe de su deseo de consultar la magnífica biblioteca de su esposo, el conde. Ella accedió sin poner objeción, pues el cronista era persona bien recibida en su casa. Sin embargo, nos dijo que debíamos hablar antes con don Diego de Santana, el secretario de su marido, que era quien estaba al cuidado de la biblioteca en su ausencia.

—Don Pedro... —comenzó diciendo nuestra anfitriona, esta vez con gesto grave y un tono de voz algo más discreto—, os conozco desde que era una niña y sé que puedo confiar plenamente en vos. Quiero que sepáis que aunque le debo respeto a mi señor esposo, el hecho de que haya adquirido ciertos libros ha conseguido turbar mi estado de ánimo. Son libros prohibidos —dirigió su mirada hacia mí—... libros que deberían ser confiscados por comprometedores.

—¿Acaso no goza don Diego de una licencia escrita por el papa Paulo V, y gracias a ella puede leer toda clase de textos vetados por la Iglesia? —inquirió el cronista.

—Todavía no la ha solicitado, aunque va diciéndole a todos que es cosa hecha —reconoció ella en voz queda, con cierto malestar—. De ahí que siga pensando que un corregidor de su majestad no debería tener en su biblioteca papeles tan comprometedores, legajos y textos que la Suprema debería expurgar conforme manda la ley.

—Si os preocupa mi presencia como inquisidor, puedo aseguraros que no es mi trabajo juzgar la materia a tratar en los libros que guarda don Diego en los anaqueles

de su librería —dije yo, tratando de tranquilizarla—. Sólo he venido a acompañar a don Pedro. No me mueve más interés que indagar en la búsqueda de ciertos escritos que puedan ayudarnos a comprender mejor los asuntos del diablo y la brujería.

Doña Constanza se santiguó, ruborizándose al instante. Después, como aviso, nos puso en antecedentes.

—Ya tuvimos un problema hace años con el padre Benito Guardiola, del Santo Oficio —nos confesó—. Uno de los libros que se guardan en la biblioteca, que lleva como título *El abecedario espiritual*, y que fue escrito por don Francisco de Osuna, hubo de ser corregido por orden de la Inquisición bajo pena de excomulgar a mi esposo. Y aunque de ello hace ya diez años, todavía tengo harto recelo —hizo un mohín que expresaba inquietud—. Me aterra pensar que mi familia pueda ser sancionada por culpa de unos libros que deberían ser pasto de las llamas, como son los manuscritos de *El viaje de Turquía*, el *Alcorán*, *Los triunfos...* y algunos títulos más que, y esto es lo que realmente me horroriza, ensalzan las ideas reformistas de Lutero, Calvino, Erasmo, Melanchthon, Juan de Nicolás o Cipriano de Valera.

Don Pedro la tranquilizó, diciéndole que nada de lo que viésemos en esa biblioteca habría de transcender a la censura de la Suprema. Yo mismo tuve que darle mi palabra de honor.

Sintiéndose algo más tranquila, doña Constanza mandó llamar al secretario de su esposo para que nos acompañara hasta la enorme sala donde se guardaban todas aquellas obras literarias que el conde había ido atesorando durante los últimos veinte años.

En compañía de don Diego de Santana cruzamos el dintel de la biblioteca. A su entrada, como pude apreciar a pesar de la penumbra que se extendía por todo el corredor, los canteros habían esculpido en piedra las figuras de un sol y la de un ave fénix. En cuanto a la amplia sala por la que nos adentramos, siempre tras los pasos del hombre de confianza del conde de Gondomar, he de decir que no había visto otra igual en mi vida, pues era tal la cantidad de volúmenes alineados en los estantes cubiertos de polvo, que llegaron a impresionarme por su cuantía. Entre aquellos textos de envejecida lomera, pude reconocer libros de linaje, de arte militar, de filosofía, de ciencias, de historia de los reinos, de poesías y comedias, de constituciones sinodales, de órdenes y caballería... y de otras muchas materias.

Fue una sorpresa para mí descubrir un ejemplar de *De degeneratione et corruptione*, de Aristóteles, así como el *De officiis*, de Tullio Cicerón; ambas sujetas a la expurgación según el manual *Qualificatorum Sanctae Inquisitionis*. También pude ver obras que hablaban de los *fraticelli*, de los dulcinistas, de los miguelistas, de los husitas y de los begardos, como era el libro *Antigraphum petri*, escrito por el hereje Lambert le Bègue. Pero lo que realmente llamó mi atención fue encontrar un ejemplar del libro *Arbor vitae*, atribuido al franciscano italiano Ubertino da Casale, pues sólo se había editado una vez, en Génova, hacía de ello ya ciento veinticinco años, y eran muy pocos los ejemplares que circulaban por las librerías europeas.

Por un instante comprendí el temor de doña Constanza. De no ser el dueño de aquellos libros don Diego Sarmiento y Acuña, corregidor del rey Felipe el Tercero, de seguro que ya estaría encerrado en una oscura y hedionda mazmorra a la espera de ser juzgado y condenado por herejía.

Don Pedro de Valencia consultó varios ejemplares en presencia del secretario. Los abría, leía algún escueto pasaje y volvía a dejarlos en su lugar. Mientras él seguía husmeando entre las estanterías, me adentré por los laberínticos pasillos de la biblioteca, absorto en mis pensamientos.

Minutos después, le oí decir:

—Don Alonso, ¿puede vuestra señoría venir a ver esto?

Acudí a la llamada del cronista impelido por el apremio de sus palabras, y también por el afán de saber qué era realmente lo que andábamos buscando.

Cuando llegué hasta ellos, un viejo libro permanecía abierto por la mitad sobre un atril que había junto a las vidrieras plomadas del ventanal.

—Quiero que prestéis atención a este texto —me dijo don Pedro, haciéndome un gesto para que me acercase un poco más—. Es del *Polycraticus*, escrito por Juan de Salisbury, que llegó a ser obispo de Chartres —entonces, comenzó a leer—: «El espíritu maligno, con permiso de Dios, dirige su malicia a que algunos crean falsamente real y exterior, como ocurrido en sus cuerpos, lo que sufren en la imaginación y por falta propia. Así, afirman los tales que una noctiluca o Hérodiade convoca, como soberana de la noche, asambleas nocturnas en las que se hace festín y se libran los asistentes a toda clase de ejercicios, y donde son castigados unos y otros recompensados. Creen también que ciertos niños son sacrificados a las lamias, cortados en pedazos y devorados con glotonería; después echados y por misericordia de la presidenta, vueltos a sus cunas. ¿Quién será tan ciego que no vea en ello malvada ilusión de los demonios? No hay que olvidar que a quienes tal ocurre es a unas pobres mujercillas y a hombres de los más simples y poco firmes en su fe» — tras cerrar el libro, se lo entregó al secretario y fue en busca de otro ejemplar. Abriéndolo entre sus manos, y después de buscar entre las líneas escritas en el papel, leyó de nuevo—: «¿Crees que hay alguna mujer que, semejante a la que la locura del vulgo llama Holda, cabalgue durante la noche sobre ciertas bestias, en compañía de demonios transformados en mujeres, cosa que afirman algunas personas engañadas por el diablo? Si participaste de aquella creencia, debes hacer penitencia durante un año en los días señalados» —lo cerró. Mirándome a los ojos, me dijo con voz grave—: Son las Decretales de Bugardo, obispo de Worms.

—Comparto vuestra opinión —le dije—. Sólo es que...

No pude terminar la frase. Me sentía realmente confundido.

—Lo que ocurre es que no estáis seguro del todo y teméis ser víctima de las argucias del diablo, ¿verdad? —antes de seguir hablando, le pidió a don Diego de Santana que nos dejase a solas.

Sin mediar palabra, el secretario se marchó expedito tras asentir con un gesto.

—Así es, don Pedro —le confesé sin rodeos—. He de reconocer que la mayor parte de las veces pienso que todo es una farsa, un engaño urdido por mentes humanas para su beneficio y provecho. Sin embargo, hay otras en las que vislumbro la inicua presencia del demonio oculta en cada una de las acciones de todos aquellos que han sido llamados a testificar. La verdad, temo equivocarme, tanto si apoyo a mis colegas del Tribunal como si discrepo de sus ideas.

—Vuestra inseguridad, en todo caso, es la de cualquier persona que pone en duda su fe en Dios.

—¡Jamás he puesto en entredicho mi fe! —me defendí, alzando la voz.

—Entonces, si eso es así, vuestra señoría no debe preocuparse de nada. Dios guiará vuestros pasos y sabréis juzgar honestamente a esas pobres gentes. Estoy seguro de ello.

A pesar de la intencionalidad de sus palabras, que trataban de atenuar mis dudas y temores, yo seguía atrapado entre dos posibles respuestas para una sola verdad. Necesitaba abundar en la opinión de don Pedro con el fin de aplacar mi conciencia.

—Si fueseis vos quien se viera en la tesitura de condenar a muerte a una persona o dejarla en libertad, sin saber realmente si es culpable o no de brujería... ¿Qué haríais?

Esbozó una amplia sonrisa, antes de responder:

—Escucharía a mi corazón... que no os quepa duda.

XVIII

Señor Jesucristo, Tú que eres manso y humilde de corazón, ofreces a los que vienen a ti un yugo llevadero y una carga ligera; dínate, pues, aceptar los deseos y las acciones del día que hemos terminado... que podamos descansar durante la noche para que así, renovado nuestro cuerpo y nuestro espíritu, perseveremos constantes en tu servicio. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

Una vez que terminó de rezar el «Oremos», fray Felipe les dirigió una preocupante mirada a los pocos hermanos en Cristo que compartían con él las oraciones vespertinas de Completas. Como los cuatro sacerdotes que lo acompañaban, y que junto a él permanecían sentados en las cátedras de la sala capitular de la humilde iglesia de Zugarramurdi, parecían amodorrados a causa de la labor diaria y por la avanzada edad que arrastraban sus doloridos cuerpos, no tuvo más remedio que carraspear para que le prestaran un poco más de atención y respondiesen así a la tradicional plegaria.

Los clérigos reaccionaron con presteza, abriendo los ojos al tiempo que se agitaban en sus asientos.

—Amén —añadieron al unísono, a fuerza de costumbre.

Fray Felipe continuó con la rogativa de bendición.

—El Señor Todopoderoso nos conceda una noche tranquila y una santa muerte.

—Amén —dijeron todos de nuevo, tratando de mantenerse despiertos.

Acercándose a ellos, el oficiante los fue besando en las mejillas uno a uno. Hasta él llegó el decrepito aroma que desprendía la piel estriada de sus ancianos rostros, un olor a rancio y a beatitud que sólo podía percibirse en un lugar de santidad como podían ser los monasterios y conventos. Por un instante se sintió abatido, pues vio su vida, su propio futuro, reflejado en las pupilas de aquellos monjes. Pronto, demasiado quizá, algunos de ellos dejarían para siempre la vida terrenal para ir a presentarle cuentas al Altísimo; e igualmente pronto, también él se vería acosado por las dolencias que conlleva la senectud.

Pensó que se estaban haciendo viejos y que, antes o después, habrían de necesitar la ayuda de nuevos monjes que viniesen a suplirles en sus tareas monásticas. Sin embargo, la diócesis de Pamplona, tan lejana y apartada de sus obligaciones tanto personales como espirituales, no habría de aprobar el envío de jóvenes novicios y ordenados hasta que transcurriesen varios años. Y llegado ese momento, el obispo de Navarra impondría sangre nueva, de pensamientos más actuales y acordes con la

política del rey Felipe el Tercero; religiosos que vendrían a exterminar para siempre las antiguas costumbres de un pueblo que, debido a su cultura y arraigo, ponía en un aprieto al arciprestazgo mayor.

Fray Jerónimo de Izazu, el herbolario que ya rozaba la centuria, le sonrió con inefable exultación. Se puso en pie con dificultad, apoyándose en el bastón que sujetaba su mano sarmentosa de prominentes venas azules; la otra se aferró a las amplias mangas de la túnica norbertina de fray Felipe, más que por nada para equilibrar su cuerpo menudo y corcovado. El resto, que no eran otros que fray Higinio de Orisoain, el cillerero, y otros dos frailes encargados de cultivar la pequeña huerta que había en la parte de atrás de la iglesia, se marcharon camino de sus celdas con paso renqueante.

—Hace unas horas, Joana y el alguacil vinieron a buscar a la francesa —le dijo el anciano, con voz quebradiza y asmática, mientras caminaban por la galería del claustro—. Decidme, hermano... ¿Es cierto que María le confesó anoche a la serora haber participado en un oscuro ritual vinculado al paganismo, y que después inculpó a la mujer del molinero de haberla iniciado en las maléficas prácticas del demonio?

—Oísteis bien —contestó, visiblemente afectado. Hizo un gesto tan sacerdotal y significativo como el de juntar sus manos y alzar la mirada al cielo—. Un triste suceso.

—¿Y puedo saber a qué conclusión habéis llegado después de escuchar tales majaderías?

Fray Felipe abrió del todo sus ojos. No se esperaba una pregunta como aquella, tan controvertida. De hecho, le costó reaccionar.

Tal fue su asombro, que tuvo que meditar unos segundos antes de responder con una nueva interrogante:

—¿Creéis que lo que se dice de esas gentes, eso de que se reúnen en el prado en mitad de la noche para adorar al demonio, forma parte de algún despropósito?

—No hay nada en este mundo que permanezca al margen de la razón —apuntó fray Jerónimo.

—¿Entonces...?

—Como buen navarro que sois, deberíais saber que estas tierras, antiguamente, estaban tuteladas por los dioses pre-cristianos —le recordó—. Mari... Maju... Mikelatz... Atagorri... Akerbeltz... son nombres que todos nosotros hemos escuchado alguna vez a lo largo de nuestra vida, sobre todo de niños. ¿O acaso vuestros padres no os hablaron jamás de ellos?

Fray Felipe conocía muy bien las leyendas que corrían en torno a las deidades paganas de Navarra. Según le había oído decir a su madre, siendo él muy pequeño, la diosa Mari era un espíritu femenino que habitaba en las cumbres de las montañas. Se decía que personificaba a la madre tierra, y que era la reina de la naturaleza y de todos los elementos que la componen. Algunos contaban de ella que iba vestida de verde, y que a veces se les aparecía a los campesinos y pastores como una mujer con

patas de cabra y garras de ave, o como una doncella de fuego de abundante cabellera rubia. Su esposo era Maju, y sus dos hijos, Mikelatz y Atagorri, venían a representar las fuerzas del bien y del mal —una versión pagana de Cristo y Lucifer—. También sabía, como todos los nacidos en aquellos pagos, que las sorginas mantenían viva la tradición de invocar su nombre para que les reportase fructíferas cosechas a los campesinos de la región; cuando no lo contrario.

—Gracias a Jesucristo Nuestro Señor, todos aquellos númenes cayeron en el olvido, si es que alguna vez llegaron a existir —le dirigió una mirada crítica—. Os recuerdo que sólo hay un único Dios, y que fomentar el paganismo está considerado una herejía.

El anciano sonrió, mostrándole sus encías desdentadas.

—Dejadme que os explique algo de nuestra religión —fray Jerónimo le indicó a su acompañante, con un gesto, que en vez de dirigirse a sus habitaciones fueran hacia la puerta que conducía al interior de la iglesia—. Veréis... no todos los padres de la Iglesia se comportaron como auténticos cristianos. Muchos de ellos incurrieron en los mismos errores que ahora inciden los comisarios inquisitoriales del Santo Oficio.

—Es muy arriesgado lo que decís —avisó fray Felipe, que después torció el gesto.

—Permitidme que finalice mi alocución —solicitó de él que se mantuviera callado y escuchase con atención sus palabras—. Como decía, proclamar una opinión como materia de fe no siempre forma parte de una doctrina irrefutable... los dogmas nunca lo son. Incurren en un grave error quienes creen que el demonio se les aparece en figura humana en las juntas. En realidad, el único acto diabólico que ponen en práctica es la lujuria —su rostro, de piel apergaminada y macilenta, pareció rejuvenecer durante unos segundos tras recibir la luz de los velones que iluminaban la entrada al transepto; un efecto óptico de singular misterio—. Lamento decir que las brujas, tal y como os las imagináis, no existen, por lo que se deduce que los grandes inquisidores que medraron en el pasado lo hicieron manchándose las manos de sangre inocente. Y entre ellos... que Dios me perdone por lo que voy a decir —suspiró—, hubo algunos papas.

—¿Os referís a la condena que Clemente VIII le impuso a fray Giordano Bruno? —inquirió, recordando la polémica muerte del dominico filósofo, astrónomo y poeta.

—Bruno fue una de las tantas víctimas de la intolerancia y de la superstición —el anciano movió tristemente su cabeza—. No obstante, más trágicos fueron los sucesos acaecidos en la región de Calabria, en el reino de Nápoles, donde a los valdenses se les aplicaron atroces torturas antes de degollarlos, descuartizarlos, mutilarlos y quemarlos por orden directa del papa Pío IV... o la masacre que se llevó a cabo en la ciudad francesa de Mérindol, donde todos, absolutamente todos los habitantes, entre los que había niños, mujeres y ancianos, fueron ejecutados con la aquiescencia de Pablo III tras haber sido despojados de sus bienes personales. Dicen que la ciudad permaneció vacía durante muchos años, sin que nadie se atreviese a entrar en ella. Se

cuenta que el hedor de centenares de cadáveres pudriéndose al sol podía sentirse a varias leguas a la redonda... como aviso a los herejes.

—Pero, si no recuerdo mal, esa gente fue condenada por haber abarcado la fe de los protestantes evangélicos, al igual que los anabaptistas alemanes de Münster.

Frunció el ceño, como si le costase trabajo recordar las antiguas conversaciones mantenidas de joven con fray Junípero de Villaverde —su antiguo maestro de filosofía en el monasterio de Santa María la Real de Palencia—, cuando ambos se enzarzaban en debates teológicos que ponían de manifiesto su interés por conocer los entresijos del pensamiento luterano y su reforma; sólo para poder contrarrestarlo, claro está.

—Esa gente, no lo olvidéis, por encima de todo eran personas... hijos de Dios.

Al pasar por delante del presbiterio, ambos realizaron una genuflexión frente al altar.

—Sí, claro... —fray Felipe se sintió confundido—. Pero ¿qué tiene eso que ver con la confesión de la joven francesa?

—De momento nada, todavía. Sin embargo, puede que dicha delación sea el inicio de una larga serie de acusaciones entre vecinos. Y si esto ocurre, pronto seremos testigos de la violencia que es capaz de generar la ignorancia de algunos clérigos ante unos hechos que llevan inscritos el estigma del fanatismo y la mentira, y que nada tienen que ver con la brujería.

—Es muy aventurado hablar así, pues algo de razón han de tener los vecinos del lugar cuando relacionan las maldiciones lanzadas por las sorginas y sus correligionarios con las malas cosechas, el mal de ojo y otras desgracias que sufren a diario —se detuvo en mitad de la nave central—. Y que conste que no es la primera vez que intercedo a favor de esos herejes. Sin ir más lejos, hace apenas un par de días evité que una turba de gente enfurecida diese muerte a la vieja Graciana de Barrenetxea y a una de sus hijas, a las que acusaban de aojadoras y de haber sido las culpables del óbito de un niño recién nacido, cuyos padres las habían echado a patadas de su casa cuando estas llamaron a su puerta en busca de limosna —bajó el tono de su voz—. Según dice la gente del pueblo, maldijeron a la criatura.

—¿Vos creéis que si alguien desea la muerte de una persona, y esta última fallece de forma inesperada, es por obra y gracia del diablo?

—Estoy completamente seguro.

—Visto de ese modo, quizá deberíamos pensar que santa Ángela de Foligno, cuyo cuerpo incorrupto permanece en el convento franciscano de dicha ciudad, también es una bruja.

—¡Bendito sea Dios! —exclamó, santiguándose—. ¿Por qué decís eso?

Fray Jerónimo entrecerró sus párpados, saboreando aquel victorioso instante. La superstición quedaba en entredicho.

—No sé si sabréis que esta noble mujer, que es venerada como una santa, le rogó a Dios verse liberada de su familia. En unos pocos años murieron progresivamente su

marido y sus ocho hijos, así como su propia madre... ¿Acaso no es esto brujería, según el pensamiento inquisidor?

Fray Felipe fue a decir algo en defensa de la mística religiosa perteneciente a la Tercera Orden de San Francisco —que entre otras cosas inapreciables había ejercido un importante papel pacificador entre los franciscanos espirituales y los conventuales —, cuando se abrió la puerta principal de la iglesia y entró en tropel un grupo de gente encabezada por Esteban de Navalcorena. Sujetaba con fuerza el brazo de su esposa. María, con el cabello enmarañado y lágrimas en los ojos, gemía como una penitente.

Adelantándose al resto del grupo, el molinero le dijo sin más a fray Felipe:

—¡Aquí os traigo a esta mujer que ha reconocido ser bruja y amiga del demonio! —exclamó en un tono de voz abrupto. Luego, expulsando con ímpetu el aire retenido en sus pulmones, terminó diciendo—: Ha venido para confesar sus múltiples pecados.

Aquella misma tarde, tras la confesión de la joven esposa del molinero, fray Felipe le impuso como penitencia pedir perdón públicamente en la iglesia de Zugarramurdi. Como ya era noche cerrada, pospusieron la ceremonia expiatoria para el día siguiente. Tanto el vicario como el alguacil de la villa, exhortaron a los vecinos para que acudieran a primera hora de la mañana, diciéndoles que todos y cada uno de ellos tenían la obligación moral de ser testigos del arrepentimiento de una apóstata que, tras haberse alejado del amor de Cristo siendo aún una niña, ahora regresaba a Él con más fuerza que nunca.

Lo que se pretendía con esta convocatoria era que María de Yurreteguia pidiera perdón por sus pecados y delatase a los hombres y mujeres que solían acompañarla a los nefandos conciliábulos de brujas; esas reuniones diabólicas donde, a través de la magia, se conjuraba la mala suerte de quienes no comulgaban con ellos de los asuntos paganos.

Como medida de prevención, tanto para que no pudiese escapar de la justicia como para que le fuera imposible prevenir al resto de los miembros de la secta, fray Felipe le aconsejó a Joana de Azcaín y a otras vecinas que pasaran la noche junto a María, con el fin de velar su sueño.

De regreso a las tierras del molinero, el grupo de mujeres buscó refugio en el interior de la casa, donde se sentían más seguras. Esteban y su padre, de mutuo acuerdo, decidieron enfundar sus cuerpos con buenas pieles y encendieron un fuego frente al caserío, a unos cuantos pasos del cobertizo. Su propósito no era otro que permanecer despiertos y vigilar los alrededores de la hacienda. Temían las represalias del resto de los vecinos. Sin duda, muchos de ellos podrían dejarse llevar por un deseo de venganza provocado por el arrebató y el rencor, por lo que había que estar alerta y no bajar la guardia.

Poco antes de la media noche el viento cambió de dirección y su empuje zarandéo las ramas de los árboles. Se introdujo por los resquicios de la techumbre y también

por entre las hendiduras de la puerta, imitando extrañamente el gemido de un niño recién nacido unas veces, y otras incluso la berrea de un ciervo en celo. El resplandor de la luna llena, roja como la sangre, entró en la cocina del caserío a través del ventanal. Dentro, cuatro mujeres permanecían sentadas alrededor de la mesa, en cuya superficie alguien había colocado un enorme crucifijo. Joana de Azcaín, por ser la más piadosa de las congregadas, llevaba un rosario entre las manos. Rezaba en voz queda. Sólo podía escucharse el tenue murmullo de sus oraciones.

—Se ha levantado el viento —apuntó Petra de Arosteguy, la madre del niño que había muerto después de que las sorginas merodearan por sus tierras.

Lo único que pretendía era iniciar una conversación que viniese a atemperar la frialdad que se vivía en la cocina.

—Eso es porque a medianoche las brujas abandonan su cubil para ir al encuentro del diablo —la esposa del orfebre no vaciló a la hora de dar su opinión.

Lo dijo de forma intencionada. Pretendía incordiar a la esposa del molinero con sus palabras. Pero esta, prudente, guardó silencio con los brazos cruzados sobre el pecho y la cabeza inclinada. No quiso seguirle el juego.

—Mejor será que no mentes a esa mala bestia en una noche como esta —terció la vieja Baxilia de Zubieta, viuda de un porquerizo de Ainhoa y gran amiga de Joana, la cual seguía rezando el rosario con los ojos cerrados y la mente puesta en Dios y en la Virgen María.

Catalina se puso en pie y comenzó a pasear de un lado a otro con denotado nerviosismo. El hecho de permanecer en vela toda la noche la predisponía a la ansiedad y la angustia. La ahogaba el estar allí, encerrada con una bruja, pero formaba parte de la tarea que les había encargado fray Felipe después de escuchar sus delitos en confesión.

El sacerdote necesitaba a un grupo de mujeres que custodiasen a la arrepentida, no fuera a reunirse de nuevo con sus compañeros brujos aprovechando que todos dormían. Y ellas fueron las elegidas: aceptaron sin problemas ser quienes la vigilaran y la protegiesen hasta la mañana siguiente.

«¿Protegerla?... ¿de qué?», se preguntaba Catalina, reiteradamente, mientras sus pies la llevaban de la puerta de entrada hasta la chimenea que había al otro extremo de la cocina.

—¿Vas a estar toda la noche dando vueltas?

Joana había interrumpido sus oraciones para recriminarle, con voz austera, el hecho de que no pudiera estarse quieta y sentada como las demás mujeres.

—¡Es por culpa de ella! —se acercó a la mesa con los brazos entrecruzados por debajo de sus senos, consiguiendo así que estos se alzasen unas pulgadas por encima de la escotadura. Hizo un gesto desafiante con la barbilla, mirando fríamente a la dueña del caserío—. Sólo estar en su presencia me produce grima. Por si no lo sabes, no es nada fácil velar por la seguridad de una servidora del diablo.

—¿Qué quieres decir? —quiso saber Petra.

Tampoco ella se sentía muy cómoda teniendo que compartir estancia con la sobrina de Graciana, la auténtica culpable de la muerte de su bebé.

—Pues que corremos cierto peligro permaneciendo aquí —se adelantó a contestar Baxilia—. ¿No os habéis puesto a pensar que el diablo podría aparecer en esta cocina, si él quisiera, y llevarse consigo a la bruja?

María de Yurreteguia se mordió la lengua, reprimiendo su rabia. Bien que le hubiese gustado darle un escarmiento a la viuda, o permitirse la licencia de mandarla al infierno por cizañera, pero se retuvo.

Un pensamiento, o mejor habría que decir la idea de poner en práctica un ocurrente desquite, se fue forjando en su cerebro. Y he aquí que María musitó unas palabras que había aprendido de niña gracias a su tía María Txipia. Era una oración destinada a pedir la intercesión de la diosa Mari.

Poco después se escuchó el eco lejano de un lobo aullando en mitad de la noche. El viento volvió a arreciar, pero esta vez con mayor fuerza, y un relámpago centelleó en la noche iluminando el firmamento durante un ínfimo espacio de tiempo. Incluso, y eso sí que fue motivo de inquietud, creyeron escuchar extraños sonidos en el tejado.

—¿Qué ha sido eso? —inquirió Catalina, alzando la mirada hacia el techo.

—Tranquilízate. Es el viento... nada más —le aconsejó Petra, que frotaba sus manos para entrar en calor.

Baxilia se levantó y fue hacia la ventana. Asomándose al exterior, después de haber pasado su mano por la superficie del cristal con el fin de desempañarlo, pudo comprobar que Esteban y el viejo Íñigo seguían haciendo guardia frente a la casa, al calor de una hoguera.

Sin apartar su mirada del molinero, que caminaba en círculos alrededor del fuego, la viuda vino a poner nuevamente a prueba la paciencia de María de Yurreteguia.

—Dime, bruja... ¿Cómo lleva tu esposo el hecho de ser un cornudo? —le preguntó con despiadada crueldad.

Todas, menos Joana y la aludida, se echaron a reír.

—¿Queréis dejarla en paz? —intercedió la asistenta de fray Felipe—. No es de buen cristiano burlarse de las cuitas de los demás.

—¡Déjala! ¡No la defiendas! —exclamó Catalina—. ¡Que lo haga ella, si es que tiene suficientes hígados!

Volvieron a escuchar un sonido extraño en la cubierta del tejado, como de pasos. Un grumo de hollín se desprendió de las paredes del humero y cayó sobre el fuego de la chimenea. Tanto Joana como Petra se pusieron en pie, sobresaltadas, al escuchar el crepitar del tizne sobre las llamas de la hoguera. Raudas en el movimiento, se acercaron al resto de las mujeres que permanecían frente a la ventana. Algo extraño estaba ocurriendo, o así lo intuyeron.

Joana, agorera como las demás, se santiguó impelida por el atávico temor de tener que enfrentarse a las fuerzas del maligno.

Las cuatro habían palidecido. Aguantaban la respiración a la espera de que algo

terrible pudiera acontecer de un momento a otro. El pensamiento común de aquellas mujeres, nacido de la superstición, era que el diablo se les iba a aparecer en figura humana para llevarse con él a la bruja.

María aprovechó el temor de sus vecinas para darles un escarmiento. ¿Cómo? Haciéndoles creer que sus tías, el demonio y otros brujos, les estaban acechando escondidos tras las sombras.

Arrastrando hacia atrás la silla, María se incorporó vacilante. Sus ojos estaban fijos en el fuego del hogar.

—¿Qué hacéis aquí? —frunció la mirada, proyectando una mueca entre sorpresa y terror. Observaba un lugar perdido más allá de la chimenea—. ¿Por qué venís a torturarme? ¡No quiero ir con vosotras! ¡Dejadme en paz!

—¿Qué ocurre, María? —preguntó Joana, acercándose a ella con el fin de apaciguar sus temores—. ¿Con quién hablas?

Las demás mujeres comenzaron a temblar, víctimas de una inenarrable inquietud. Allí no había nadie más que ellas. Sin embargo, sólo por un instante les había parecido sentir la gélida presencia de un espíritu maligno revoloteando por encima de sus cabezas.

—¿Acaso no las veis? Son mis tías Graciana y María Txipia —cambiando de actitud, la mujer del molinero habló en voz baja, haciéndolo con tenebrosa entonación. Las mujeres sintieron cómo se les erizaba el vello de la piel—. Han descendido por el humero. Andan escondidas tras el fuego de la chimenea... y el diablo está con ellas.

Baxilia se santiguó, muerta de miedo, y al instante comenzó a llorar. Las otras tres aplacaron su inquietud mordiéndose los labios, o plisando sus vestidos con dedos firmes como garras. Silenciosas y cariacontecidas, encontraron en la afonía un modo de escapar a la pesadilla que estaban viviendo. Ellas sabían que, ciertamente, las brujas merodeaban el caserío gracias al poder que les otorgaba el mismísimo Satanás. Aunque no las viesan, ellas estaban allí. Habían venido a por la esposa del molinero.

El viento, cuyo furor había ido a más desde que María iniciara su teatral representación, arrastró consigo un puñado de hojas secas que vinieron a estrellarse contra el cristal de la ventana.

Respingaron los cuerpos de las presentes. El corazón les latía con tal fuerza que creyeron morir de dolor.

—¡Por favor! ¡Dejadme en paz! —revirando su cuerpo hacia la derecha, se arrodilló en el suelo, señalando la oscuridad que podía apreciarse más allá del ventanal—. ¡Ya he servido al diablo durante muchos años! ¡Olvidaos de mí!

—María, hija... —Joana se le acercó nuevamente, tal vez porque necesitaba certificar que eran ciertas sus visiones.

La dueña del caserío le arrebató de las manos el rosario, aprovechando que la serora intentaba ayudarla a levantarse.

—Es ese pastor... Miguel de Goyburu —susurró, aparentemente aterrada.

Sus labios mortecinos temblaban de forma inopinada. Le castañeteaban los dientes. Sus mejillas y su frente estaban empapadas en sudor. Y en el cristalino de sus ojos se adivinaba un temor irracional.

—¿Qué ocurre con ese hombre? —insistió Joana, lívida como la cera—. ¿También le ves a él?

María pensó que debía ser algo más convincente en su actuación, y por eso agudizó el ingenio.

—Sí, lo veo —afirmó con gravedad—. Me está amenazando. El muy brujo pone sus dedos en la frente y me maldice porque he renegado del diablo —dejó escapar un largo suspiro—. Es un maleficio de muerte —en un arranque de valor, se acercó a la ventana y las mujeres, a su paso, se apartaron temerosas—. ¡Déjame en paz, maldito! ¡No me persigas más! ¡No quiero adorar al demonio! —extendió ambas manos hacia la ventana, anteponiendo el rosario—. ¡A Dios quiero! ¡Él me ha de defender! ¡En el nombre de Cristo y en el de su madre, la Santa Virgen María, yo te maldigo! ¡Regresa al infierno!

María se dejó caer al suelo, fingiendo un vahído. Y como la naturaleza, a veces, es harto caprichosa e incluso casual, un relámpago iluminó la noche y el estrepitoso sonido del trueno que vino después subvirtió los débiles espíritus de unas mujeres que, arrepentidas de haberles hecho frente a las fuerzas del mal, se estremecían de pies a cabeza creyendo que también ellas habrían de caer fulminadas víctimas de la ira del diablo.

Segundos después, una espectacular tromba de agua cayó desde los cielos y apagó la hoguera frente a la que estaban sentados Esteban y su padre, quienes al instante buscaron refugio en el interior del caserío. Nada más entrar por la puerta, ambos empapados hasta la médula, vieron a María tumbada en el suelo, sin sentido.

Las demás mujeres, cuyos rostros se mostraban macilentos y desencajados por causa del miedo, rogaban a Dios por la salvación de sus almas.

Escuchar a mi corazón; eso es lo que hice durante los meses que se fueron sucediendo tras mi encuentro con don Pedro de Valencia en Valladolid. A pesar de todo, a día de hoy sigo pensando que mi corazón no supo bien aconsejarme, pues al final incurrí en el error de dejarme llevar por la inercia del proceso e implanté mi rúbrica con mano firme en los documentos de sentencia redactados por el escribano general, condenando a muerte a varias personas que, con el paso de los años, yo mismo habría de juzgar inocentes de los cargos que se les imputaban.

Pero antes de seguir con la narración de esta historia, he de decir a vuestras mercedes que cuando se iniciaron los interrogatorios oficiales, con el fin de evaluar la suerte de aquellos reos que habrían de estar presentes en el Auto de Fe, la peste ya se había cobrado las vidas de varios de los acusados. Entre las víctimas mortales se encontraban Estebanía de Yriarte, María de Etxalecu, Estebanía de Petrisancena, Martín Vizcar, Joanes de Etxegui, María de Zozaya, Joanes de Odia y Maria Juanto. Los cuerpos de los presuntos brujos, amortajados en sus respectivos ataúdes, habrían de aguardar la resolución del Tribunal del mismo modo que los otros cinco cadáveres fallecidos meses atrás. No en vano, necesitábamos justificar nuestra honrada labor presentándolos al pueblo en la manifestación pública que habría de celebrarse finalizado el proceso, aunque fuese en efigie; daba igual que la sentencia resultara de reconciliación o relajación.

Aquella mañana de junio, antes de que el Consejo se reuniera en sesión plenaria con los demás teólogos y juristas del Tribunal, el capellán celebró una misa en el oratorio que contó con la participación de todos nosotros. También estuvieron presentes el fiscal, el juez de bienes confiscados, cuatro secretarios, el alguacil, el alcaide de las cárceles secretas, el notario del secreto, el intérprete, el contador, el nuncio, el portero, dos capellanes, seis consultores teólogos y seis consultores juristas, además de un médico, los ministros inferiores y los «familiares»^[2] que habrían de estar presentes en las interpelaciones.

Finalizada la liturgia, fuimos saliendo de la capilla siguiendo el orden eclesiástico por categorías y antigüedad; primero los de rango inferior, y después quienes formábamos parte del Tribunal, caminando en último lugar don Alonso Becerra Holguín, que lo hizo acompañado de don Lázaro de Badarán, canónigo de la colegial y enviado por el obispo de Pamplona para supervisar los interrogatorios.

Cuando finalmente llegamos a la sala del Consejo, el nuncio, el alcaide y el

alguacil de las cárceles secretas, aguardaban de pie nuestra llegada. Tras subir a la tarima que nos elevaba por encima de los demás juristas y teólogos, tomamos asiento frente a la mesa cubierta por un enorme dosel donde podía verse bordada la emblemática Cruz Verde de la Santa Inquisición. En silencio, cada cual ocupó su lugar correspondiente: el decano en el centro, don Juan del Valle a su derecha, y yo a su izquierda. Frente a nosotros, en varios bancos de madera colocados en el centro de la estancia, fueron acomodándose los consejeros, calificadores, notarios, consultores, alguaciles y comisarios que formaban parte del clero secular, así como don Venancio Yriarte, el intérprete del Tribunal.

—Que entren el escribano y los relatores —dijo el de la Orden de Alcántara, dirigiéndose al portero.

Este acudió presto a la puerta principal con el propósito de llamar al secretario y a los procuradores fiscales. Una vez que entraron y tomaron asiento, don Alonso Becerra se quitó el bonete que cubría su cabeza e hizo sonar la campanilla.

—Se requiere la presencia de los siguientes reos —comenzó diciendo el decano, leyendo en voz alta los nombres escritos en un pergamino que sostenía con ambas manos—: Joana de Teletxea, María de Yurreteguia, Joanes de Goyburu, Joan de Sansim, María Presona, Graciana Xarra, María de Arburu...

En tanto que don Alonso Becerra iba nombrando a los acusados que habrían de presentarse ante el Tribunal, caí de forma irremediable en la fascinación del ensueño y mi mente retrocedió hasta el momento en que fui testigo de las terribles torturas a las que fueron sometidos los penitentes, reos que sufrieron en sus carnes mil y un suplicios a manos de los verdugos de la autoridad civil, todo ello con el beneplácito de la Suprema, sin que nadie tuviera en cuenta su sexo o edad...

Semanas antes de la celebración del proceso se había procedido a la tortura de algunos de los reos. Como era mi obligación, según la competencia del Tribunal eclesiástico, acudí a las mazmorras en compañía de mis colegas para dar veraz testimonio de las confesiones que les serían arrancadas por la fuerza a los inculpados de *crimen pessimum*; es decir, a todos aquellos que habían mantenido relaciones carnales con el diablo, renegado de Dios, o incurrido en sodomía, incesto y necrofagia. Como era habitual en estos casos, nos acompañaban los notarios del secreto, que irían transcribiendo cada una de las palabras que allí se dijese. Igualmente, hicieron acto de presencia el alcaide y el alguacil.

Con el alma contrita, debido a los innumerables castigos que habrían de soportar aquellas pobres e ignorantes gentes, así como por tener que ser testigo de la violencia que solían exteriorizar los esbirros del brazo secular, descendí en silencio los mugrientos peldaños de la escalera que conducía a la mismísima capital del infierno: las cárceles secretas de Logroño.

El desagradable olor a excrementos y orines, como otras tantas veces, me resultó nauseabundo. Allí, el aire se hacía tan irrespirable y viciado que lo extraño era que

los inculpados siguieran con vida, pues en aquellos lugares de hacinamiento y reclusión era precisamente donde más se sentía la deletérea presencia de la peste negra.

Minutos después llegamos a los enormes salones coronados por arcos de medio punto y dilatadas bóvedas. Desde allí se distribuían diversas escaleras, hacia un lado y otro, que se adentraban de forma inexorable en los abismos más profundos del infierno inquisitorial. En sus muros se alineaban gran cantidad de argollas que afianzaban el cuello y las extremidades de los presos. Estos dormían sobre un suelo de paja húmeda pródiga en piojos, chinches, cucarachas, ratas, arañas y gusanos.

En mitad de la oscuridad se escuchaban gemidos entrecortados de dolor, y voces que rogaban misericordia a quienes caminábamos a través de aquel valle de lágrimas, seguidos de don Juan de Jaca y el alcaide de las mazmorras. Quizá porque el hábito clerical era, o debía ser, atributo de caridad.

Pero ninguno de los que formábamos parte de la Consulta de Fe nos atrevimos a indagar en los sinsabores de los condenados o nos acercamos a confortarlos con esperanzadoras palabras. Nuestro trabajo se ceñía a autorizar a los verdugos para que cumpliesen su siniestra labor y les arrancasen las precisadas confesiones que necesitábamos antes de conducirlos a la sala del Tribunal para juzgarles.

Cuando llegamos a nuestro destino, el alcaide nos abrió la puerta de una enorme sala donde pudimos ver a varias personas aherrojadas con cepos y demás instrumentos de tortura —como eran la cigüeña y el cinturón de San Telmo—, y también a otras más colgadas del techo por las manos y con pesas en los pies. Entre los acusados pude reconocer a los clérigos fray Pedro de Arburu y don Joan de la Borda, así como a sus respectivas madres: ancianas decrepitas al borde de la muerte que lo último que hubiesen esperado de la vida, después de haber criado a sus hijos en el temor de Dios, era ser víctimas del poder oligárquico de la Iglesia católica.

—He aquí los reos que han desechado la posibilidad de confesar *in conspectu tormentorum* —dijo don Juan de Jaca, señalando a los desechos humanos que se arrastraban por el suelo al igual que sierpes moribundas, implorando piedad con lágrimas en los ojos.

—Me sorprende vuestra actitud —habló don Juan del Valle, dirigiéndose a fray Pedro—. La verdad, no esperábamos que un sacerdote se viese inmiscuido en los asuntos del demonio.

El clérigo llevaba colocada en su garganta la horquilla del hereje, un instrumento de tortura que estaba compuesto por cuatro puntas afiladas que, a un mismo tiempo, se le clavaban profundamente bajo la barbilla y sobre el esternón, de modo que le era imposible hacer cualquier movimiento de cabeza. No obstante, sí que le permitía murmurar la palabra «abjuro», con lo cual, el reo podía retractarse de sus acciones diabólicas y evitaba ser considerado impenitente, eludiendo así una muerte segura en la hoguera.

Por este motivo, fray Pedro apenas pudo defenderse del ataque verbal del

licenciado, ya que el balbuceo que salía de su garganta resultaba incomprensible. En todo caso, rechazó la oportunidad de retractarse de los gravísimos delitos que se le imputaban.

Yo, mientras tanto, y sin solicitar la aprobación de ninguno de mis colegas, le ordené al alguacil que hiciera descender el cuerpo de don Joan de la Borda, que permanecía colgado de los brazos con los ojos en blanco y una espumilla reseca adherida a la comisura de los labios.

—¡Bajad de ahí a ese hombre, por el amor de Dios! ¡Y quitadle ese hierro del cuello a fray Pedro! —exclamé indignado—. Sólo existen indicios leves de culpabilidad en contra suya, pues no ha sido demostrada su participación en los asuntos de brujería. Me parece excesiva tanta sevicia para alguien que todavía conserva sus hábitos.

El decano aprobó mi decisión tras asentir levemente con su cabeza. El alguacil aflojó la cuerda y el cuerpo de don Joan de la Borda cayó al suelo, desvanecido. Luego fue hacia donde estaba el clérigo premostratense de la parroquia de San Salvador, y quitando el pasador que sujetaba el hierro punzante lo liberó de su ahogo.

Al margen de la garrucha, los distintos cepos y la horquilla, había en aquella lóbrega sala otros instrumentos creados por el hombre para el suplicio de sus semejantes. En un rincón pude ver una larga mesa por donde asomaban unos correajes a la altura de los pies, de los brazos y del cuello, lugar donde se aplicaba la tortura denominada la toca, o cura de agua. Por supuesto, también había un potro —terrible artilugio capaz de descoyuntar muñecas, tobillos, codos, rodillas, hombros y caderas, después de que el verdugo estirase al máximo las extremidades del reo—, así como una rueda y la terrorífica *veille*, según la denominaban los franceses; esta última, estaba destinada a martirizar a los acusados de crímenes *contra naturam*, como eran la sodomía, el incesto o el *stuprum*.

—Será mejor que procedamos —fue la opinión de don Alonso Becerra, ocupando la silla central frente a la mesa dispuesta en un extremo de la sala. Era allí donde habían dispuesto diversos útiles de escribanía y pergaminos que podríamos utilizar para tomar apuntes y extractar nuestras opiniones.

Todos nosotros, incluidos los notarios del secreto, fuimos sentándonos cada cual en nuestros escabeles y jamugas. En cuanto a don Juan de Jaca, que era el encargado de actuar como verdugo para los del brazo secular, inició la sesión de tortura conduciendo a las ancianas madres de los religiosos hasta los lugares donde habrían de practicarles toda clase de tormentos. De este modo se esperaba la rápida confesión de ambos sacerdotes.

María de Arburu fue atraillada en el potro después de que la hubiesen desnudado por completo, para vergüenza y dolor de su hijo. En cuanto a María Baztan de la Borda, madre de don Joan, la obligaron a recostarse sobre la mesa. Le sujetaron la frente, el pecho y las piernas, ciñendo su cuerpo con varios correajes. Una vez maniatada, el alguacil aguardó nuestras indicaciones.

Don Alonso Becerra inició la Consulta de fe. Por suerte, tanto los clérigos como sus madres comprendían el castellano.

—*In nomine Patris, et Filli et Spiritus sancti. Amén...* —se persignó antes de comenzar. También en latín, le rogó a Dios Todopoderoso que tuviera misericordia de ellos—. *Misereatur vestir omnipotens Deus.*

Con estas palabras daba comienzo el interrogatorio.

Fue don Juan del Valle quien, con la venia del Tribunal, leyó la acusación antes de formular la primera pregunta.

—María de Arburu, viuda de Joan de Martinena, se te acusa de haber participado en diversos conventículos de índole diabólico llevados a cabo en las villas de Zugarramurdi, Arraioz, Urdax y otros pagos colindantes, con reincidencia en los mismos, y de ser también una de las reinas del *akelarre*... ¿Tienes algo que alegar en tu defensa?

La anciana, recostada sobre el potro, reviró su mirada hacia el licenciado. Sus ojos estaban anegados por las lágrimas; no a causa del dolor físico, pues don Juan no había iniciado aún la tortura, sino debido a una frustración irremediable que se iba afianzando en su alma según iba perdiendo la fe en Dios.

—Soy inocente... os lo juro —no tuvo fuerzas ni ánimo para defenderse, y esas fueron sus únicas palabras.

—Proceded —Del Valle le hizo una señal al alguacil de las cárceles secretas, y este giró la rueda hasta tensar las extremidades de la acusada.

La pobre mujer emitió un grito ahogado, que a pesar de su debilidad resonó en la estancia con fuerza. El eco se expandió hasta la bóveda del techo.

—¡En el nombre de Cristo, dejadla en paz! —sollozó fray Pedro, suplicando misericordia para su madre.

Obviando los ruegos del clérigo, don Alonso Becerra tomó la palabra.

—María de Arburu... te exhorto *Christi nomine invocato* a que digas la verdad. ¿En qué días tenían lugar las juntas, y cuál era la duración de las mismas? —la interrogaba según el canon inquisitorial dictaminado por la Suprema—. ¿Es cierto que quienes participabais de las juntas oíais tañidos de campanas, así como ladridos de perros y maullidos de gatos? ¿A qué distancia os reuníais las brujas del lugar más cercano?

—¡Piedad, os lo ruego! —gritaba la anciana, impelida por el intenso dolor.

Viendo que no contestaba, don Juan de Jaca giró de nuevo la rueda que tensaba la cuerda y el cuerpo de la rea se estiró hasta el límite de sus posibilidades. Una sensación desagradable nos embargó a todos cuando creímos escuchar un sonido hueco, como de huesos al descoyuntarse.

Con harto desagrado tuve que ser testigo del suplicio. Cuanto más se prolongaba la interpelación, con mayor fuerza me iba hundiendo en las farragosas aguas del desaliento. Así y todo, tuve que echarle hígados al asunto y guardar silencio ante la depravante actitud de los demás miembros del Tribunal. Gente fría e implacable.

Hombres sin alma.

El interrogatorio siguió adelante muy a pesar de fray Pedro, testigo presencial del martirio al que estaba siendo sometida su anciana madre. Los otros presos que aguardaban su turno clamaron al cielo su desgracia, ya que presto habrían de ocupar su lugar en aquel terrible instrumento de tortura y ello les causaba tal pavor que creyeron enloquecer.

Al cabo de un tiempo, después de que yo mismo la interrogase con respecto a los ungüentos que se utilizaban en los conventículos, así como por los efectos que obraban en ella las distintas pócimas, María de Arburu tuvo que admitir que era bruja y que acudía junto a otras mujeres a los *baztarres* para bailar alrededor del fuego, aunque juró de forma reiterada que no había hecho mal a nadie y que tampoco había renegado de Dios, tal y como afirmaban sus delatores.

Las palabras de aquella mujer fueron recogidas por el notario del secreto, algo que me habría de servir en un futuro para demostrarles, tanto a don Alonso Becerra como al licenciado Del Valle, que en aquella confesión existían ciertas contradicciones. Una de ellas, es que la joven francesa que la delató afirmaba que la anciana, por ser una de las reinas del *akelarre*, permanecía sentada junto al diablo mientras los demás reían y bailaban alrededor del fuego, algo que no coincidía con la confesión de María de Arburu, quien dijo participar de la fiesta. Además, resultaba incomprensible que siendo bruja como decían sus delatores, y ella misma reconoció tras haber sido torturada en el potro, acudiera a la iglesia todos los días y ayudara a su hijo en las tareas del convento.

Tarde llegué a saber que la política de descrédito llevada a cabo por el abad del convento de San Salvador en contra de aquellos dos clérigos, se debía al hecho de que fray Pedro y sus deudos iban difamándolo por toda Zagarramurdi y Urdax; a él, y a otros religiosos de la comarca.

Gracias a ellos, muchos vecinos, con los que ahora compartían celda, llegaron a saber que los comisarios inquisitoriales, que gozaban de los favores del señor de Alzate, tenían pensado presionar a los arrendatarios que no hubiesen podido pagar el diezmo aquel año por culpa de las malas cosechas, obligándolos a denunciar a quienes seguían manteniendo vivos los antiguos rituales de los dioses paganos de Navarra y a todos aquellos que promovían revueltas en contra de don Tristán.

A pesar del suplicio al que fue sometida su madre, fray Pedro se mantuvo firme en su declaración de inocencia y negó que tuviese algo que ver con la secta de los brujos. Don Juan del Valle le recordó que meses atrás, cuando su viaje a la región de Xareta, le había sido imposible despertarlo una noche de viernes que dormía junto al resto de sus hermanos en Cristo en el monasterio de Urdax.

Terciando en el asunto a favor del reo, le dije al licenciado que algunas personas tenían el sueño pesado, y más si estas abusaban del vino durante la cena, y que no por ello eran seguidores del diablo. La mirada que me dirigió don Juan hablaba por sí sola, sobre todo después de que al alguacil se le escapasen unas risas al escuchar mis

palabras.

Don Alonso Becerra hizo sonar la campanilla, interviniendo en la conversación para que no nos enzarzásemos de nuevo en otra de nuestras proclives disputas.

Y ya, sin más demora, el decano dio paso al interrogatorio de María de Baztan de la Borda...

El tenue sonido de pies arrastrándose por el suelo, semejante al eco indefinido de un lamento lejano, así como el de la campanilla que hizo sonar don Alonso Becerra al ver entrar a los reos en la sala, consiguió traerme de vuelta al presente. Me olvidé de la crueldad de unos hombres que parecían encontrar cierto deleite en la tortura y en el dolor ajeno.

Y allí estaban los acusados, tristes desechos de lo que meses atrás fuesen campesinos y pastores entregados a sus quehaceres: hombres y mujeres que sin saber cómo ni por qué, habían pasado de ser gente libre a cautivos de una locura transitoria engendrada por la sinrazón. Algunos llevaban una soga alrededor del cuello. Otros, un capirote cónico que delataba su condición de infamantes. En cada uno de sus rostros pude ver plasmado el terror y la angustia.

Después de que el escribano general leyese en voz alta las imputaciones que recaían sobre los inculcados, le tocó el turno al procurador fiscal. Con el beneplácito de todos aquellos que formábamos parte del Tribunal de la Santa Inquisición en Logroño, fue interrogando a cada uno de los reos.

La primera en hablar fue Joana de Teletxea.

Aquella mujer de mediana edad, envuelta en sucias y malolientes jerapellinas, reconoció haber formado parte de la secta de brujos, aunque también nos confesó que había sido víctima de las iras de sus propios compañeros de *akelarre*.

—¿Podrías explicarnos qué ocurrió para que tus coadjutores en los asuntos del diablo quisieran de torturarte? —el procurador formuló su pregunta mirándola fijamente a los ojos.

Don Venancio Yriarte cumplió con su deber de intérprete.

Con voz mortecina, debido a las muchas fatigas que había tenido que sufrir durante los meses de encierro en las cárceles secretas, Joana respondió la interrogante del fiscal:

—Ha de saber vuesa merced que mi esposo fue elegido por la cofradía a la que pertenece para representar al rey moro la víspera de San Juan, en competencia con otro que hacía de rey de los cristianos. Yo debía ir con él, pues todo rey necesita su reina... además, debía preparar la refacción para los invitados. Así que me fue imposible acudir a la junta que habría de celebrarse esa misma noche en el prado —se detuvo un instante para tomar aliento. Su quijada comenzó a temblar de forma inopinada. En verdad, era grande su temor—. Finalizada la fiesta, regresamos de nuevo a nuestro caserío y nos acostamos rendidos después de haber estado toda la

noche holgándonos con el resto de los cofrades y bebiendo el vino jocundo de la celebración. Aprovechando que mi esposo se hallaba inmerso en el más profundo de los sueños, los brujos entraron por la ventana en compañía del demonio y le echaron ciertos polvos por encima del rostro para que le fuera imposible despertarse. Más tarde... —titubeó unos instantes—, maldijeron el hecho de que yo les hubiese fallado al no acudir al conventículo, y me azotaron con desmedida crueldad durante toda la noche, de tal modo que al día siguiente tuve que excusarme ante mi esposo diciéndole que no me encontraba bien de salud.

—Entonces... ¿Te ratificas en tu confesión, redactada el pasado mes de marzo ante los miembros de este Santo Tribunal?

—Sí, lo hago.

—¿Confirmas, igualmente, que los brujos y brujas que te hicieron malos tratamientos son los mismos que declaraste en su día?

—Lo confirmo —sentenció Joana, que se mordió el labio inferior.

Después de que el intérprete tradujera las palabras de la acusada, el fiscal revirtió su mirada hacia nosotros, los inquisidores, esperando nuestra aprobación. El decano asintió con la cabeza y el alguacil condujo a la rea hasta su asiento, con los demás acusados.

El siguiente en declarar fue Joanes de Goyburu, esposo de Estebanía de Yriarte, la cual había fallecido a causa de la peste hacía apenas unas semanas. Cuando el procurador le preguntó por su función dentro de la secta, el pastor fue sincero y explícito.

—Tocaba el *txistu* en las reuniones —confesó abiertamente—, y también acompañaba a las mozas y a otras mujeres hasta donde estaba el diablo, para que las fuese tomando de una en una como a él le gusta. Mi primo Joan y un servidor alegrábamos los placeres de Satanás con nuestra música.

—¿Y no es verdad que Graciana de Barrenetxea, madre de tu barragana, era ofrendada con carne de difunto que otros brujos le entregaban como pago a su fidelidad al demonio? —inquirió de nuevo el fiscal.

—Es así, como dice vuesa merced —el reo cabeceó con languidez, entrecerrando sus párpados—. Y aunque es verdad que la carne resultaba hedionda, la comíamos porque de este modo agradábamos al diablo. Para nosotros no había mayor divertimento que ir a los cementerios a desenterrar los cadáveres de los condenados a muerte, así como los cuerpos de los niños recién fallecidos, para luego guisarlos y comérmolos entre todos. Es más, días antes de que fuésemos requeridos por fray Felipe de Zabaleta, Estebanía profanó la tumba de uno de nuestros hijos, que había muerto años atrás a los pocos meses de nacer. Engullimos su carne con gran satisfacción... hasta los tuétanos.

Don Venancio cumplió con su trabajo y tradujo la confesión de Joanes de Gayburu. Hubo evidentes muestras de aversión entre los miembros del tribunal, también entre los secretarios, calificadores y juristas presentes en la sala. Resultaba

repugnante escucharlo hablar de ese modo, con tan excesivo lujo de detalles.

Tal fue así que algunos de los vecinos de Logroño, quienes se asomaban a los barrotes del ventanal que daba a la calle con el fin de seguir de cerca el proceso, no pudiendo reprimir las náuseas que les provocaba escucharlo hablar, tras la oportuna traducción le lanzaron toda clase de improperios, como «marrano judío» e «hijo del diablo». El decano hizo sonar la campanilla para que guardasen silencio quienes se aglomeraban a las afueras del palacio inquisitorial, advirtiéndoles que si no lo hacían se vería en la obligación de enviar a los alguaciles para que los disolviera por vagos y curiosos.

Joanes afrontaba los improperios en completo silencio, declinando su mirada hacia el suelo con cierto pudor.

Lo que jamás llegué a saber es si realmente se sentía culpable de aquellas atrocidades, o si por el contrario su turbación se debía al hecho de tener que seguir mintiendo para salvar su vida. Porque, a pesar de su execrable confesión, resultaba inconcebible pensar que alguien pudiera comerse la carne de un niño muerto después de que este llevase enterrado varios años. Por lo visto, nadie había caído en la cuenta de que para entonces los gusanos ya se habrían encargado de dejar tan sólo la osamenta.

Una nueva contradicción que venía a corroborar mi sospecha de que los inculpados podrían ser inocentes de los cargos que se les imputaban, y que si reconocían tales delitos, horrendos por lo demás, era sólo por placernos a los miembros del Tribunal y salvar sus vidas. Esperaban así, admitiendo su culpabilidad y abjurando de sus presuntas atrocidades, acogerse a una sentencia de reconciliación que les privase de una muerte segura en la hoguera.

Le tocó turno a Joanes de Etxalar. El ferrón reconoció ser el verdugo de la secta y uno de los validos del diablo. Admitió que este le había impreso con su pezuña una marca en el estómago, de modo que no podía sentir ningún dolor en dicha zona de su cuerpo. Llevado por la curiosidad, don Alonso Becerra le instó a que les enseñara a todos aquella señal diabólica. En efecto, según pudimos observar tenía una especie de verruga por encima del ombligo.

Un alguacil, después de recibir la orden directa del licenciado don Juan del Valle, le introdujo con fuerza un alfiler sin que el reo exteriorizase ningún gesto de dolor. Pero cuando se le pinchó en otras zonas del cuerpo, como fueron los brazos o el cuello, este se quejaba de la pinchadura.

Y aunque a todos nos sorprendió el resultado de la prueba, yo sabía, por los cirujanos de la Corte, que algunas excrecencias y tumorcillos resultaban insensibles a una agresión realizada con hierros punzantes ya que eran carne muerta, y por lo tanto indolente.

—Dime, pues... —el procurador siguió adelante con el interrogatorio—, ¿en qué consistía tu labor como verdugo de la secta?

—Mi misión era castigar a los jóvenes que hubieran hablado con sus padres de

todo aquello que acaecía en nuestras reuniones.

—¿Puedo saber de qué modo?

—Azotándolos con unos manojos de mimbres retorcidos, unas veces, y otras con tallos espinosos que laceraban la piel de sus cuerpos hasta hacerlos sangrar. Debía hacerlo para que no olvidasen que le debían obediencia al diablo.

—¿Es por ese motivo que don Lorenzo de Hualde, de la parroquia de San Esteban de Vera, decidió encerrar a los niños de aquel villorrio?, ¿por temor a las represalias de Satanás?

—Sí, en efecto —afirmó Joanes, sin dudar ni un instante—. El vicario solía bendecirlos cada noche con un hisopo de agua bendita a fin de que no pudiésemos acercarnos a ellos. Pero en una ocasión se le olvidó hacerlo y varios de nosotros pudimos llevarnos a los niños al prado del Cabrón, donde yo mismo los torturé con saña hasta la salida del sol... porque el demonio así me lo había exigido.

Los presentes en la sala rezongaron, molestos, después de intercambiar entre sí diversas opiniones que venían a reprobar la cruel actitud del acusado.

Para entonces ya era mediodía, hora de llenar nuestros estómagos vacíos. Don Alonso Becerra resolvió posponer los interrogatorios para más tarde. Y así, los miembros del Tribunal acudimos al refectorio a la espera de que se reanudase el proceso.

Caminando por el oscuro corredor en compañía de mis colegas, seguidos de los demás juristas y teólogos del Consejo, me dejé llevar nuevamente por el recuerdo...

Si violento fue el interrogatorio de María de Arburu, más implacable y terrible se presentaba el de la madre de don Joan de la Borda, pues esta, tozuda como una mula, nos dijo a los miembros del Tribunal que no habríamos de conseguir de ella una confesión impuesta a la fuerza que fuera en contra de la verdad.

—Vuestras señorías pierden el tiempo conmigo —concretó María Baztan, cuyo cuerpo seguía ceñido por diversos corrajes a la mesa de tortura—. No he hecho mal a nadie, ni jamás he estado en presencia del demonio. ¿Por qué me pedís que os diga algo que no es cierto?

Don Juan de Jaca procedió según dictaminaba su trabajo: encajó una cuña de madera en la boca de la acusada. De este modo mantendría separada la mandíbula.

Para dejar de escuchar el gorjeo agónico de la rea, le introdujo hasta la tráquea una toca de lienzo empapada en agua. Sustrayéndose a los sofocados gemidos de la anciana, originados por la angustia de sentir que le faltaba el aire, aguardó la señal de los inquisidores.

—Me asombra ver hasta dónde llega la rebeldía de esta gente con tal de servir al diablo —le escuché decir a don Alonso Becerra, que acercó su rostro al del licenciado para exponerle su opinión.

—Algunas poseen una voluntad inquebrantable. Prefieren morir a reconocer que son hijas de Satanás —le respondió don Juan, refiriéndose a las brujas—. Tanto peor

para ellas —concluyó en tono lapidario.

A continuación, le hizo un gesto al alguacil para que iniciase la tortura. Este cogió una redoma con agua y la fue vertiendo lentamente, a través de un embudo, en el hueco que quedaba entre los escasos dientes de María Baztan. La anciana comenzó a convulsionar su cuerpo tratando de escapar a la presión de los correajes. Arqueaba la espalda con tal desesperación que creí ver su cuerpo partido en dos. Su cabeza, a pesar de la cinta de cuero que sujetaba la frente, giraba de un lado hacia otro como si realmente estuviera poseída por el demonio, presa de una enloquecedora angustia. En esa dramática situación, un balbuceo agonizante se fue expandiendo por cada uno de los oscuros rincones de las cárceles secretas.

Mis ojos estaban fijos en la acusada, tratando de ayudarla sin poder hacer nada más que guardar silencio. Pude sentir su angustia, su miedo, la terrible sensación de que no podía respirar, que se asfixiaba con lentitud. Debía hacer algo por ella o moriría sin remisión.

Ya tenía pensado detener tamaña inclemencia, pues para interrogar a una mujer de su edad existían otros métodos algo menos violentos, cuando el verdugo tiró con fuerza del extremo de la tela que emergía de su garganta y la anciana gritó al sentir la áspera fricción del lienzo en la tráquea. Vomitó parte del agua mezclada con sangre, que también parecía salirle por la nariz.

—Y ahora... ¿vas a reconocer que tú y otras brujas os comíais los corazones de los niños que fallecían después de haber sido víctimas de vuestros maleficios? —inquirió don Juan del Valle, con un acaloramiento propio de un hombre sin honor, perverso y despreciable.

No fue María, sino su hijo, el que vino a responder la pregunta del licenciado.

—¡Dios os juzgará por vuestros crímenes! ¡Vosotros sí que formáis parte de las legiones del diablo!

Nadie le prestó atención a las declamaciones de don Joan, que para entonces ya había recobrado el conocimiento. Lo habían aherrojado a la pared por medio de unos grilletes cuyas cadenas permanecían tensas debido a los encolerizados gestos que hacía con los brazos al querer acercarse a su madre.

María, a pesar del sufrimiento de su hijo y el suyo propio, no estaba dispuesta a satisfacer el capricho del licenciado.

—Por más suplicios que me inflijáis, jamás conseguiréis convertirme en una bruja. Y si otras han confesado servir al demonio... —su mirada se desvió hacia María de Arburu, que permanecía hecha un ovillo sobre la pútrida paja del suelo, temblando como un recién nacido debido al dolor que le provocaba la dislocación de alguno de sus huesos.

Pensaba decirles que no se debían tener en cuenta las declaraciones realizadas bajo tortura, pero un nudo en su garganta le impidió hablar. Sin poder evitarlo, dos lágrimas resbalaron por el rabillo del ojo.

—¡Por el amor de Cristo! ¿Acaso sois tan ciegos que no veis la inocencia cuando

la tenéis delante? Sabed que a quienes no reciben el amor de la verdad para ser salvos, Dios les envía un poder engañoso para que crean la mentira, a fin de que sean condenados todos los que no creyeron a la verdad, sino que se complacieron en la injusticia.

—¿Cómo te atreves a conjurar el nombre del Señor, bruja? —don Alonso de Becerra golpeó la mesa con su mano abierta, mostrando una vehemencia irascible, acorde con el carácter de un inquisidor—. ¿Y esas palabras acusadoras? ¡Una herejía digna del propio diablo!

—¿Herejía decís? —preguntó uno de los reos desde el oscuro rincón donde los demás prisioneros gemían sus desventuras, y lo hizo en un tono de voz bastante crítico. Era fray Pedro de Arburu, cuyas heridas en el esternón y bajo la barbilla seguían sangrando copiosamente—. Han de saber vuestras señorías que las palabras de esa mujer, lejos de ser diabólicas, personifican la voz de Pablo de Tarso, pues forman parte de una de las epístolas a los Tesalonicenses. ¿O también el apóstol fue un hijo del diablo?

«*Le está bien empleado, por engreído*», pensé a la vez que ocultaba la boca con mi mano, reprimiendo así una sarcástica sonrisa.

Rojo de ira, el decano farfulló algo bronco entre dientes e inclinó la cabeza para anotar unas frases en el pergamino que había frente a él.

En esta ocasión, don Juan no tuvo que esperar a que le diesen instrucciones. Actuó por iniciativa propia. El ritual del agua siguió su curso, y nuevamente fui testigo de cómo aquella anciana se debatía entre la vida y la muerte tratando de conseguir un poco más de aire.

Para entonces, mi cabeza daba vueltas y mi estómago amenazaba con regurgitar la escasa comida que pudiese haber en él. Un sudor frío resbalaba por mis mejillas hasta impregnar los cabellos de mi barba.

El decano reparó en mi aspecto.

—¿Os encontráis enfermo? ¿O es que no sois capaz de soportar las inclemencias de un interrogatorio?

Su pregunta, por cruel e impropio, hirió mi orgullo. Para entonces había muerto cualquier atisbo de envanecimiento que pudiera atesorar mi alma. La única fórmula de subsistencia a la que podía aferrarme en aquellos momentos, era a la de mostrar piedad hacia los inculpados o abandonar de una vez por todas aquel infierno.

Haciendo un supremo esfuerzo me puse en pie.

—Lo siento... —les dije en voz baja, apoyándome en la mesa para no perder el equilibrio—, habréis de seguir sin mí. Necesito tomar el aire.

No di más explicaciones. De nada hubiera servido decirles que eran sus procedimientos los que habían provocado mis náuseas. La inflexibilidad y dureza de sus actos resultaban bastante más diabólicas que los pecados de aquellos que habían sido inculpados por brujería. Y yo no quería ser cómplice por más tiempo de semejante aberración.

Dejé atrás el terrible recuerdo de lo acaecido hacía unas semanas, pues también el presente se avecinaba turbulento. Y aunque olvidar los gritos de dolor de las víctimas resultaba bastante difícil, pues el eco de los lamentos repercutía en mi cerebro del mismo modo que el estridente sonido de una chirimía, tuve que seguir adelante con mi trabajo como inquisidor y afrontar aquella teatral representación que eran el interrogatorio, las confesiones y demás aspectos legales del juicio, y lo hice en el mismo instante en que tomé asiento frente a la mesa del Tribunal.

Tanto el decano como don Juan del Valle ocuparon sus respectivos sillones sin decir ni una sola palabra. Se mantenían distantes, alejados de mí, como si la prudencia les advirtiera que había ciertos asuntos de los que era mejor no hablar. Incluso evitaban discutir conmigo los autos con las calificaciones de los acusados. Y todo porque alguien, tal vez fray Gaspar de Palencia, les había hablado de las varias cartas que mi secretario había enviado a la Suprema de Madrid, concretamente a don Bernardo de Sandoval, comentándole mis impresiones con respecto al proceso inquisitorial contra las brujas de Zugarramurdi. Temían que mi amistad con el inquisidor general pudiera poner en entredicho su autoridad y, asimismo, el modo en que estaban conduciendo el sumario.

La voz de uno de los consultores vino a romper el silencio que se vivía en la sala. Habló después de que don Alonso Becerra agitara la campanilla, dando por iniciada la sesión de interpelaciones.

—Antes de proseguir, he de recordarles a vuestras señorías los grados y distinciones dentro de la secta de brujos para que juzguen a los reos según su participación en los conciliábulos del diablo —alzó la voz fray Atanasio de Zuñega, que había sido recomendado por el obispo de Pamplona para el cargo de nuncio inquisitorial—. Los hay niños que son llevados sin su consentimiento, y otros que aceptan ir sin coacción. Luego están los catecúmenos mayores de edad, que reniegan de Cristo en su primera reunión, y los neófitos que ya han renegado en otras ocasiones... —estornudó hasta tres veces—. En cuanto a los que no necesitan tutela, por ser brujos reincidentes, están los iniciados de primer grado, que fabrican ponzoñas y maleficios, y los iniciadores, tutores y brujos maestros, que son los auténticos artífices de las juntas y quienes demandan la presencia del demonio.

Finalizada su alocución, y después de pasar un dedo por su nariz, le cedió el turno al procurador, quien ordenó al alguacil que condujese a María Presona hasta la sala del Tribunal. Don Juan de Jaca abrió la puerta, permitiéndole la entrada a una anciana que llevaba el capirote de penitente sobre la cabeza y el gran escapulario —llamado «sambenito» por la plebe— colgado entre el pecho y la espalda.

Avanzando con lentitud, así como con visible temor, se colocó frente a la tarima donde estábamos los inquisidores. Casi sin aliento alzó la mirada hacia nosotros. Tenía los ojos tristes y los labios agrietados debido a la sed. Débiles marcas del suplicio se esparcían por todo su rostro: la inequívoca señal del alguacil de las cárceles secretas impresa a fuerza de golpes en una piel marchita e inocente.

—María Presona... —comenzó diciendo don Andrés de Guevara, el fiscal—, entre las varias acusaciones que recaen sobre ti, que son diversas y horrendas, está la que hace Martín de Amayur, vecino y molinero de Zugarramurdi. Según cuenta, tú y varias brujas más le salisteis al paso una noche que regresaba a su molino, para infligirle tormento... —se aclaró la voz—. Y atestigua también que os habíais transformado en puercos, cabras, ovejas y yeguas. Dicho molinero afirma, igualmente, que consiguió golpearte en la cabeza con su cayado, y que te reconoció por la voz y los gritos que surgían del hocico de aquella cabra negra, apestosa y diabólica en la que te habías convertido gracias a tus oscuras artes de bruja. Incluso afirma que estuvo enfermo varios días debido al horror que tuvo que vivir la mencionada noche —dejó de leer el pliego que sostenía con ambas manos para dirigirle una mirada crítica—. ¿Qué tienes que decir a eso?

—Que si vuesa merced lo dice... —la mujer se encogió de hombros—, pues tiene que ser verdad —dijo de forma chocarrera, olvidando por un instante el suplicio al que había sido sometida y la confesión firmada, donde admitía su culpabilidad, que obraba en manos del Santo Oficio.

La contestación ofrecida por el intérprete enojó bastante al decano. Bajo sus prominentes cejas se escondían unos ojos ardientes, capaces de fulminar a cualquier hombre, mujer o niño.

—¡Aquí nadie presupone! —vociferó don Alonso Becerra—. Nos limitamos a leer las delaciones de los vecinos y «familiares», así como el testimonio de los inculpados. Recuerda, bruja, que tú misma has reconocido ser una sierva del diablo. Y ahora, responde... ¿Estabas entre el grupo de hechiceras que atacó a Martín de Amayur?

—Sí, lo reconozco... el molinero me golpeó con fuerza en las costillas —todo el empaque de María Presona se vino abajo ante la arrolladora fuerza verbal del hombre que vestía el hábito de la Orden de Alcántara—. Incluso mis cofrades me reconvinieron por haber sido tan estúpida de acercarme a él.

—¿No es verdad, también, que dicho vecino no fue el único al que le procurasteis una buena espantada? —insistió el procurador fiscal.

—Tenéis razón —admitió ella a desgana, tal vez porque nada de aquello era cierto y le incomodaba prestarse al juego de los inquisidores—. Como bien decís, otra noche les salimos a tres hombres que eran vecinos de Zugarramurdi, y si lo hicimos fue porque días antes nos habían insultado delante de todo el pueblo diciendo que éramos «brujas». Pensamos darles un buen escarmiento aprovechando que regresaban a sus caseríos después de realizar sus negocios en el pueblo, pero nos delataron las hojas secas al quebrarse bajo nuestros pies. Los muy bribones escucharon el sonido de nuestros pasos y desenvainando sus espadas nos persiguieron por todo el bosque... hasta que pudimos escondernos en una charca.

—Prosigue... —le instó don Andrés de Guevara.

—También reconozco haberme presentado, junto a otras brujas, en las casas de

los vecinos que no acostumbran a bendecir la mesa cuando comen o cenan, y que tampoco dan gracias a Dios. El demonio nos acompañaba para alumbrar nuestros pasos con su luz; además, abría las puertas cerradas gracias a su terrible poder. Les echábamos unos polvos a quienes dormían en sus habitaciones para que no pudiesen despertar. Y ya dueñas del lugar, bailábamos, quebrábamos sus platos y pocillos y les hacíamos otros males semejantes.

El interrogatorio prosiguió durante varios minutos, hasta que don Alonso le ordenó retirarse.

Las confesiones de los acusados fueron sucediéndose sin pausa durante toda la tarde, tiempo en el cual muchos de los logroñeses congregados frente a la ventana del palacio inquisitorial se fueron retirando a sus casas, hastiados de escuchar siempre las mismas declaraciones.

Una vez que se analizó el testimonio de los reos inculcados de brujería, los cuales regresaron al infierno de las cárceles secretas finalizado el proceso, mis colegas del Tribunal y otros consultores del Santo Oficio comenzaron a debatir la inquina naturaleza que demostraban los brujos navarros. Se felicitaban mutuamente por haber sido capaces de detener, de momento, las acometidas del demonio.

Yo, en silencio, escuchaba la desatinada conversación que mantenían juristas y teólogos, mas harto de escuchar necedades tuve que intervenir. De no arriesgarme a hablar, todo el conocimiento adquirido a lo largo de mi vida corría el riesgo de verse influenciado por culpa de un baturrillo de despropósitos.

—Creo que perdéis el tiempo asegurando que los aspectos más complejos de este asunto sólo pueden ser comprendidos por aquellos iniciados en los misterios de la secta, ya que los acontecimientos, a pesar de todo, solicitan que el caso sea juzgado por gentes que no sean brujos —les arengué, con expresión tosca—. No conseguís nada diciendo que el demonio es capaz de esto o aquello, mientras repetís la teoría de su naturaleza angélica y hacéis referencia a los sabios doctores de la Iglesia. Todo ello resulta fulminante. Nadie ha puesto en duda tales palabras.

»El problema es el siguiente... ¿Hemos de creer que en una u otra ocasión determinada hubo brujería, y sólo porque esa gente lo dice? No, naturalmente no debemos creer a los brujos. Nosotros, los inquisidores, no debemos juzgar a nadie a menos que los crímenes puedan ser documentados con pruebas concretas y objetivas... pruebas evidentes como para convencer a quienes las oyen.

»Entonces... ¿Cómo podemos afirmar que una persona, a su antojo, es capaz de volar por el aire y recorrer largas distancias en escaso espacio de tiempo, o que una mujer pueda salir por un agujero por el que no cabe una mosca, o que pueda hacerse invisible a los ojos de los presentes, o sumergirse en el río y no mojarse, o que pueda estar a un mismo tiempo durmiendo y asistiendo al *sabbat*, o que una bruja sea capaz de convertirse en el animal que se le antoje, ya sea cuervo, cabra o sapo? —proyecté una sonrisa, no exenta de cierto dramatismo—. Estas cosas son tan contrarias a toda sana razón, que incluso muchas de ellas sobrepasan los poderes puestos al servicio

del demonio.

Tal y como esperaba, mi breve discurso no fue del agrado de mis colegas. El primero en estallar fue don Juan del Valle.

—¡No comprendo cómo puede haber quien se atreva a decir que somos los sabios y el Consejo de la Inquisición los que estamos sumidos en el error, y que durante tanto tiempo hayamos procedido de forma injusta! —exclamó, sumamente ofendido.

Don Alonso Becerra, una vez más, apoyó las palabras del licenciado. Su voz sonó todavía más estridente.

—¡Me asombra que intentéis convencernos de que la gran mayoría de las confesiones de los brujos no sean otra cosa que delirios y fantasías! Sin embargo, he de reconocer que el demonio ha sabido engañaros con sus malas artes y os ha cegado la razón —dijo aquello para desprestigiarme—. Y ello, sin lugar a dudas, le ha proporcionado a Satanás la facilidad de proteger a sus brujos aunque sea a través de vos.

Por supuesto, repliqué. Y lo hice con la misma efusividad que ellos. Y así, presto nos enzarzamos en una lamentable disputa, desavenencia que tuvimos que olvidar al descubrir que unos pocos vecinos de Logroño, que seguían asomados al ventanal, se burlaban de nuestra ridícula controversia.

—¡Por Dios, que alguien cierre esa ventana! —chilló el decano, y al momento se le hincharon las venas del cuello.

—Pero, el calor... —tímidamente, el portero trató de justificar el hecho de que estuviera abierta.

—¡Aunque nos ahogemos! —porfió don Alonso Becerra.

Pero ya era tarde. El proceso se había convertido en un sainete y el palacio inquisitorial en un auténtico corral de comedias. Y mientras tanto, cincuenta y tres personas, vivas y muertas, iban a ser juzgadas por un atajo de inoperantes.

Lupus est homo homini, non homo, quom qualis sit non novit.

Quando le narraron el suceso de la noche anterior a fray Felipe, este se santiguó por dos veces tras invocar el dulcísimo nombre de Jesús. Joana, que fue la encargada de ponerlo en antecedentes, le refirió el modo en que la esposa del molinero había tratado de defenderse de las amenazas de las hijas del diablo — quienes supuestamente habían entrado de forma subrepticia por la chimenea de la cocina para llevársela consigo a uno de sus oscuros conciliábulos—, y cómo finalmente la propia María las había exorcizado con el rosario que ella misma sostenía entre sus manos, después de que consiguiera arrebatárselo en un descuido.

—Pero ¿realmente pudisteis verlas allí, entre el fuego? —preguntó el clérigo, refiriéndose a las brujas.

La serora, que aguardaba junto a él la llegada de los vecinos, de pie frente a las puertas de la iglesia, apretó con fuerza sus labios abruptos y negó con un giro de cabeza.

—Nosotras no vimos a nadie, pero María sí. Ella, como hechicera, puede ver lo que a los demás no nos está permitido —con ambas manos se cerró la manteleta que cubría sus hombros. A esas horas de la mañana, el viento que soplaba del norte resultaba demasiado gélido para sus huesos—. Dijo que eran sus tías María Txipia y Graciana de Barrenetxea, y que con ellas estaba el demonio. También nombró al viejo pastor que siempre las acompaña... ese tal Miguel de Goyburu. Este permanecía fuera de la casa, agazapado, con el rostro pegado al cristal de la ventana —suspiró al rememorar la escena—. ¡Fue horrible!

—No os comprendo, Joana —fray Felipe enarcó una ceja—. Si no pudisteis ver a los brujos, ¿cómo sabéis que en realidad estaban allí y que no se trataba de una ingeniosa triquiñuela urdida por la esposa del molinero?

—¿Una triquiñuela decís? —lo miró de hito en hito—. Fray Felipe, puedo juraros que sin ver a nadie, allí, entre nosotras, había alguien más —entonces, añadió en voz queda—: Y eran esas brujas y el mismísimo diablo —insistió.

El clérigo recordó la conversación que había mantenido la tarde anterior con el herbolario. Muy a pesar suyo, reconoció que todo aquello de las apariciones y de las juntas donde se invocaba a Satanás resultaba cuando menos discutible. No obstante, se veía en la necesidad de prestarle la atención que se merecía, pues el vicario de Urdax le había encargado la labor de comunicarle personalmente cualquier asunto que estuviese relacionado con el poder del demonio.

Entregarse a profundas reflexiones no era aconsejable, y menos discutir con una

mujer, por lo que le hizo un gesto a Joana para que entrara en la iglesia.

En apenas unos instantes saldría el sol por el horizonte. Pronto habrían de llegar los primeros vecinos.

En el interior de la vieja iglesia de Zugarramurdi se habían dado cita la gran mayoría de los habitantes del pueblo. María de Yurreteguia, colocada frente al altar en compañía de fray Felipe, llevaba colocado un escapulario del Sagrado Corazón de Jesús que le llegaba desde la espalda hasta el pecho. En lo alto del sagrario, por detrás de sus cabezas, Joana había colocado una imagen de Nuestra Señora de Muskilda.

En la pequeña capilla que había junto al púlpito permanecían sentados fray Jerónimo, fray Higinio —el cillerero—, y los otros dos ancianos encargados del mantenimiento de la huerta. Sus hábitos de color blanco olían a incienso y retiro, si es que la vida en clausura puede llegar a desprender algún aroma en especial. Sus bonetes de puntas rasgadas como almenares decrépitos, descansaban sobre sus cráneos tonsurados.

Al poco tiempo la iglesia se llenó de gente. Se olía a sudor, a tierra mojada, a cabra y pesebre. Fray Felipe se subió al púlpito, dejando sola a María de Yurreteguia bajo el ábside, que miraba hacia la nave central del templo y, por consiguiente, a la muchedumbre que se había congregado allí para escuchar su confesión y su arrepentimiento. Examinando a los presentes desde la elevada plataforma, el clérigo aguardó a que todos guardasen silencio y fueran acomodándose en sus asientos. Mujeres enfundadas en basquiñas y sayuelos, así como ancianos labradores y pastores ceñudos, aguardaban expectantes el momento de escuchar el testimonio de María de Yurreteguia.

Fingiendo una sutil pesadumbre, esta les fue pidiendo perdón, públicamente, a todos los allí reunidos.

—Lo confieso... soy una bruja —dijo con una leve entonación de voz, avergonzada de ser ella el centro de atención. Se escuchó un gran murmullo por toda la iglesia—. Lo he sido desde muy niña, cuando mis tías María Txipia y Graciana de Barrenetxea me llevaron una noche al prado para que fuese testigo del magnífico poder del demonio —de nuevo el rumor, pero esta vez más resonante—. ¡Pido perdón a Dios por mis pecados! —enfaticó de forma teatral—. ¡Estoy arrepentida de haberme dejado engañar por los amaños de esas dos viejas que siembran cizaña y lanzan sortilegios de muerte y desgracia contra todos aquellos que osan contradecirlas o hacerles algún mal! —alzó la voz con el fin de fortalecer sus palabras—. ¡Oh, Dios, mi Padre amado! ¡Me pesa de todo corazón haberte ofendido! ¡Ten compasión de mi ingratitud! —se dejó caer de rodillas al suelo. Lloraba con gran desolación y angustia mientras imploraba al Cielo con las manos entrelazadas, formando un solo puño—. ¡Dios mío, ten compasión de mí! ¡Sé que no merezco Tú perdón, mas concédemelo! ¡No me abandones, incúlcame la fe verdadera y protégeme de mis enemigos y de todo mal!

Escondió su rostro entre las manos. Se sentía humillada, ridiculizada por el resto de los vecinos y por el propio fray Felipe, pero ese era un sentimiento tan intrínseco que debía mantenerlo oculto por encima de todo.

En realidad, María no se retractaba de nada, sino que actuaba magistralmente impelida por el temor a que una turba enloquecida de gente decidiera tomarse la justicia por su mano y le diesen muerte sin contemplaciones, tal y como algunos de ellos pretendían hacer.

Fray Felipe intercedió en su nombre, exhortando a los vecinos para que aceptasen el arrepentimiento de la joven María e indultaran todos sus pecados, al igual que Dios la había perdonado por haber sido buena confidente y prometer no apartarse del camino de la fe cristiana.

El acto de abjuración, amparado por el edicto de gracia que se concedía a favor de los reconciliados, la eximía de ser condenada a morir en la hoguera. Todo lo demás podría sobrellevarlo, incluso los insultos y la crítica de la gente.

Dando por concluida la reunión, el clérigo le dijo a María, desde el púlpito, que podía regresar a su casa, y que se mantuviese apartada de aquellas personas que le habían inculcado las oscuras ciencias del demonio desde bien joven. De este modo pretendía zanjar para siempre un asunto tan escabroso como era aquel de las reuniones brujescas, donde algunos de los hombres y mujeres de Zugarramurdi se entregaban sin reservas al pecado de la carne.

Apenas había terminado de pronunciar su discurso de absolución, cuando las puertas de la iglesia chirriaron al abrirse y entraron tres hombres —vecinos colindantes de las tierras del molinero—, dando gran grito de voces.

—¡Han sido las brujas! —vociferó uno de ellos, alzando su puño en alto—. ¡Mientras estabais aquí, en la iglesia, esos hijos del demonio acudieron al caserío del molinero para darle un escarmiento! ¡Como represalia a la confesión de María, les han arrancado las berzas de la huerta y varios pies de manzanos!

—¡Y lo que es peor! —exclamó otro de los vecinos que le acompañaba—. ¡Han degollado a varios de sus cerdos y ovejas!

María de Yurreteguia chilló con desesperación, sabiendo que algo así podría suponer la ruina de su familia. Corrió presta hacia la puerta, dispuesta a pedirles explicaciones.

Fray Andrés y el resto de los vecinos fueron tras ella.

—¿Qué es lo que decís que ha ocurrido? —les apremió para que hablasen—. ¡Por el amor de Dios! ¡Responded! ¿Dónde están mi esposo y mi suegro?

—Esteban y su padre van camino de Urdax —repuso el tercero de los hombres, que afanosamente se limpiaba con la manga de su camisa el sudor que le corría por la frente—. Partieron esta misma mañana tras descubrir el desaguisado. Sospechan que las brujas y el diablo, deseosos de venganza, hayan podido hacerle algún mal al molino.

Nada más escucharlo, María les rogó a fray Felipe y a varios vecinos que la

acompañasen hasta la hacienda de su suegro, ya que temía ser víctima de las intrigas de sus antiguos cofrades. Un grupo de hombres y mujeres se ofrecieron como voluntarios. No es que pretendiesen protegerla de las demás brujas, más bien lo hicieron empujados por la curiosidad de saber qué había ocurrido realmente en casa del molinero.

María caminaba a zancadas por la senda del valle en compañía de fray Felipe. Tras ellos iba el grupo de zugarramurdiarras, intercambiando impresiones sobre lo ocurrido. Los más decididos ideaban el modo de darles un escarmiento a los malditos brujos y a las sorginas que, gracias a sus diabólicos maleficios, habían conseguido destruir las cosechas de casi todos los campesinos de la región, al margen de otras muchas desgracias. Hablaban de desviarse hacia Arraioz a fin de exigirle explicaciones a la vieja Graciana, o mejor aún, para prenderle fuego a su casa con ella dentro.

En el tiempo que duró el trayecto, fueron muchos los que encontraron en la confesión de María el modo de poder vengarse de los culpables de los robos sufridos en Zugarramurdi los últimos años. Aquella familia de hechiceras, al menos para ellos, no eran otra cosa que las barraganas de los Gayburu, además de ladronas, aojadoras, cabalistas y agoreras; hijas del diablo, al fin y al cabo.

Lo que nadie llegó a sospechar, es que los verdaderos culpables del desaguizado que les aguardaba en casa de María eran precisamente los mismos hombres que habían entrado en la iglesia proclamando la noticia. Ellos les habían arrancado las berzas del huerto y destruido gran parte de sus manzanos. Y lo hicieron por envidia, por rencor, por represalia a las veces que la buena suerte de sus vecinos les había agraviado. No soportaban el hecho de que el molinero y su mujer viviesen mejor que ellos. Era un insulto a sus propias familias. Además, habían oído decir que fray León de Aranibar estaba dispuesto a gratificar con exención de impuestos a todos aquellos que le ayudaran a delatar a las brujas de la comarca, y también a los que se arriesgasen a infligirles daños, tanto personales como materiales.

Ciertamente, la confesión de María de Yurreteguia les beneficiaba. Todo aquel asunto de las brujas habría de compensarles de las pérdidas que habían tenido que sufrir a causa de la mala cosecha. Irían hasta el monasterio de Urdax a exigir su estipendio. No en vano, habían hecho un buen trabajo.

María aceleró el paso al distinguir, desde la distancia, los cuerpos sin vida de varias ovejas dentro del corral. Echándose las manos a la cabeza gritó con desesperación. Ya sin fuerzas, se arrodilló junto a una de las reses que había sido degollada. Su blanca lana, en la zona del cuello, aparecía manchada de sangre.

No pudiendo reprimir su dolor, la esposa del molinero se echó a llorar maldiciendo a los culpables de aquella carnicería. Como mujer astuta que era, sabía muy bien que no habían sido sus compañeros de *akelarre*. Ni Graciana ni Estebanía eran capaces de hacer algo semejante, ni tampoco hubiesen permitido que otros lo llevaran a cabo.

¡No! Habían sido aquellos rufianes, sus vecinos, que deseosos de ampliar sus mojones y linderos, y acotar sus tierras más allá de las de su esposo, los atacaban donde más les dolía. Eso fue lo que pensó María de Yurreteguia mientras se abrazaba al cuello sanguinolento de la más hermosa de sus ovejas, precisamente a la que más cariño le tenía, pues ella misma la había ayudado a nacer. Miró a su alrededor. Los manzanos habían sido dañados, y la huerta literalmente saqueada. Toda una escabechina.

Fray Felipe le aconsejó que entrase dentro, donde él mismo y algunos de sus acompañantes —los que quisieran— le harían compañía hasta que regresaran su esposo y su suegro. María le dio las gracias.

Tragándose su orgullo y su rabia, los invitó a todos a que fueran con ella hasta el interior del caserío. Algunos se excusaron diciéndoles que debían cuidar de sus propios bienes y familias, como fue el caso de los tres labradores cuyas haciendas colindaban con las tierras del molinero, quizá porque pensaron que no era prudente permanecer allí después de lo ocurrido. Temían que la mala conciencia, o tal vez las inquisidoras preguntas de María, consiguieran delatarlos.

Varias horas más tarde, a falta de muy poco para el crepúsculo, Esteban y su padre regresaron a Zugarramurdi. Nada más entrar en casa, descubrieron que en su ausencia se estaba celebrando una singular reunión de vecinos. No sólo estaba María, la auténtica culpable de todas sus desgracias, sino que además pudieron ver a varias personas del pueblo en compañía de fray Felipe; gente que se regocijaba de verlos en la miseria.

María de Yurreteguia se levantó de la silla y fue al encuentro de su esposo. Necesitaba abrazar su cuerpo, sentirse protegida. El molinero, sin embargo, la apartó con rudeza. Dirigió sus pasos hacia el clérigo.

—Han desbaratado el molino —lo miró fijamente a los ojos, haciéndole responsable de lo ocurrido por haber permitido que la francesa, ahora bajo su cargo, les hubiese difamado sin pruebas concluyentes—. Rompieron el rodezno del molino, y han desencajado el husillo. En cuanto a la piedra de moler el trigo, la han sacado de su sitio.

—Lo siento de veras —le dijo, incómodo por la situación que se estaba viviendo en la villa.

—¿Eso es todo lo que podéis ofrecerme? —inquirió Esteban, con pronunciado ceño.

La pregunta llevaba implícito un reproche.

—Te prometo que los culpables pagarán caro sus fechorías.

—¿Quiénes? ¿Os referís a los brujos?

—Por supuesto... ¿Qué otros iban a ser?

Esteban guardó silencio. Conociendo el carácter levantisco de su hijo, Íñigo le aconsejó que lo dejase a él a cargo de todo y que se marchara a descansar. Obediente, el molinero apartó la cortinilla que separaba la cocina de las habitaciones y, sin

despedirse siquiera de aquellas gentes que habían tomado la casa por asalto, buscó refugio en la oscuridad de su cuarto.

—Será mejor que os marchéis ahora —dijo el anciano, con voz firme—. Pero antes, quisiera preguntarle a los presentes... —miró a sus vecinos—. ¿Estáis dispuestos a ayudarnos a recomponer el molino a cambio de unos cuantos maravedíes? Quien acepte, que esté frente a esta casa al amanecer.

Varios se ofrecieron a acompañarlo hasta Urdax para reparar los desperfectos. Tras formalizar el compromiso de forma verbal, finalmente se marcharon, incluido fray Felipe.

Ya a solas, Íñigo le dirigió unas duras palabras a su nuera. Esta había permanecido callada hasta entonces.

—Y tú, puta del demonio... —escupió al suelo, con profundo desprecio—, si quieres dormir en esta hacienda, será mejor que lo hagas con los de tu calaña. O sea, que ya puedes dirigirte a los chiqueros —le señaló la puerta con una mano—. No creo que a los cerdos les importe el hedor a azufre que desprende tu cuerpo, ni el hecho de que te hayas revolcado con esos cabreros de Arraioz. ¡Vamos, márchate! ¿A qué estás esperando, bruja?

Herida en su corazón pero con más agallas que un alabardero, le hizo un mohín de desprecio a su suegro. Después cogió la esclavina que había sobre la silla de enea y se la colocó por encima de los hombros. Dándole la espalda, fue directa hacia la puerta.

No le importó. En realidad prefería dormir con un verraco que hacerlo bajo el mismo techo donde vivían unos hombres que apenas si tenían sangre en las venas: gente sin redaños, incapaz de defender lo que era de su propiedad.

¡Así le había ido al cornudo de su esposo!

Aquella mañana del día de Todos los Santos, oscuros nubarrones acechaban por lejanía como una estampida de corceles azabache cabalgando sobre las azules aguas del cielo. Tal vez, aquella tormenta en ciernes fuera un presagio de los truculentos sucesos que habrían de vivirse en la ciudad de Logroño en apenas una semana. Y si digo esto es porque el celaje, en verdad, se asemejaba a la sangre de los demonios.

Le dirigí una mirada inquisitiva a mi secretario, quien amablemente se había ofrecido voluntario para acompañarme a coger setas en el bosque. Era una de mis debilidades, para qué voy a negarlo.

—Creo que podremos llenar esa cestilla que cuelga de vuestro brazo antes de que la tormenta llegue a Logroño —señaló don Gonzalo, oteando las nubes que iban surgiendo como altas torres por el horizonte.

Siempre dije que el optimismo de mi secretario era digno de alabanza, y no me refiero al hecho de que fuésemos capaces de recolectar gran número de *boletus*, mízcalos, rebozuelos y otros tipos de setas, sino más bien a su cálculo matemático de cuándo debía, o no, hacer acto de presencia la lluvia. El problema es que solía equivocarse a menudo, por lo que sus palabras no me inspiraron demasiada confianza. Y lo último que deseaba era regresar hecho una sopa al palacio inquisitorial.

—Descendamos hasta aquella vaguada —señalé hacia una hondonada cubierta de ramajes, donde emergía un extenso pinar—. Por la umbría que se vive ahí abajo, estoy seguro de que los hongos deben haber brotado por doquier.

Sin más, comencé a descender una pequeña senda que, según avanzaba, iba desapareciendo devorada por la fronda. Don Gonzalo secundó mi iniciativa, caminando detrás de mí con todo el entusiasmo que puede mostrar un hombre que ha pasado media vida entre papeles. Un enjambre de mosquitos, procedente de las aguas estancadas de una charca cercana, envolvió nuestros cuerpos y no tuvimos más remedio que apartarlos a manotadas. Tras dejar atrás el camino descendente, preñado de helechos y cuna de un cañaveral de espeso bosque, nos adentramos en aquel laberinto de pinos y hayedos.

—Decidme, don Alonso... ¿Qué suerte les aguarda finalmente a los sacerdotes inculcados y a sus madres?

La pregunta de mi secretario me arrancó un suspiro. Nada me costaba más en aquellos instantes que aceptar el veredicto de mis colegas —hay que tener en cuenta

que ellos eran juristas y yo un teólogo—. En todo caso, siempre me quedaba el consuelo de no haber estado de acuerdo con la decisión del Tribunal.

—La pena que recaerá sobre fray Pedro y don Juan será la de abjuración de levi y destierro —me agaché para desmembrar, de la base del tronco, un mízcalo de gran tamaño. Poniéndome en pie le mostré a don Gonzalo lo que vendría a formar parte de nuestra cena—. Sin embargo, María de Arburu y María Baztan de la Borda serán quemadas vivas por brujas. Han sido encontradas culpables de relajación —guardé en la cestilla el hongo de color verdusco—. Es irónico pensar que las únicas responsables de todo este asunto, que a mi entender eran Graciana de Barrenetxea y sus hijas, sólo por el mero hecho de estar muertas, sean reconciliadas en efigie mientras que a otras de menor rango en la jerarquía de la secta, si es que en realidad participaron de los supuestos encuentros con el diablo, sean condenadas a una muerte terrible.

—Entonces... ¿Sabéis ya los nombres de los relapsos acusados de relajación?

—Sí; aunque ninguno es reincidente, como decís —mientras hablábamos, intentaba abarcar con la mirada la mayor parte de los árboles en busca de más setas.

Don Gonzalo señaló a mis espaldas, hacia el tronco de un viejo y solitario chopo que se había criado en mitad del pinar. Sin ser tan notable como el mízcalo, he de reconocer que aquel *boletus* no estaba nada mal. Me hice con él de inmediato.

Como le era imposible mantener la boca cerrada, mi secretario insistió.

—Por curiosidad, ¿podrías decirme quiénes son los demás condenados a muerte?

—Sin contar a las madres de los clérigos... —hice memoria—, Graciana Xarra, María de Etxatxute, Domingo de Subildegui y Petri de Juangorena —guardé el hongo en la cesta—. Con los relajados también arderán los ataúdes con los restos de María de Etxalecu, Estebanía de Petrisancena, Joanes de Etxegui, Joanes de Odia y María de Zozaya. En lo que se refiere al cadáver de esta vecina de Oyeregui, dudamos entre una sentencia de reconciliación o de relajación. Había sido buena confidente, es cierto, pero su confesión fue de las más terribles de las que se leyeron y además se reconoció maestra de niños y dogmatizadora del *sabbat*. Mis colegas decidieron en última instancia que debíamos condenar a la fallecida, irónicamente, a muerte. ¡Ahí se demuestra la estolidez de algunos!

El eco lejano de un trueno consiguió que ambos alzásemos la mirada al cielo. El viento del norte, glacial, azotó nuestros ropajes. Pronto habría de desatarse la tormenta.

—Será mejor que regresemos —le dije a mi secretario.

—¿Sin llenar antes vuestra cesta? —enarcó una ceja, sonriente—. Poco alimento daremos a nuestro estómago.

—Que se encargue de ello fray Gervasio, el cillerero, que es su obligación atiborrarnos de legumbres.

Ambos nos reímos de mi ocurrencia mientras ascendíamos de nuevo la senda que conducía al camino real. Era hora de regresar a Logroño.

Cruzamos un riachuelo con el fin de atajar, y lo hicimos pisando con cuidado las piedras cubiertas de verdín para no resbalar. Por entre los hayedos y pinares gimió de nuevo el viento, con furia implacable, y el sonido me trajo a la memoria el baladro de una bestia montaraz herida de muerte. A través de la espesura de un tamarindo vimos cruzar, de forma asustadiza, a un corzo de lomo plateado.

—Lástima no tener a mano un mosquete o ballesta —apuntó mi secretario, que había participado de las cacerías del rey.

—Suerte para él —me refería al pobre animal, que presto huyó al oír nuestras voces—. Por cierto, don Gonzalo... ¿Habéis terminado de escribir las suplicatorias que os pedí?

—Esta misma mañana.

—Quiero que se las enviéis cuanto antes a don Bernardo de Sandoval. Necesito que apruebe mi decisión de visitar la región de Xareta tras el Auto de Fe. He de atestiguar por mí mismo qué es lo que está ocurriendo en las villas fronterizas.

—He oído decir a ese afeminado de Berengario di Anzio que el decano y don Juan del Valle están remitiendo a Madrid las cartas que, a su vez, les enviaron los comisarios de las cinco villas. Le ofrecen, al inquisidor general, su particular versión de los hechos.

—¿Os ha dicho quiénes firman esas cartas? —quise saber.

—Una es de don Lorenzo Hualde, que dice estar desesperado por el gran trabajo que ha tenido durante el último año, en el que se vio obligado a darle cobijo en su casa a más de cuarenta muchachos confidentes que sus padres dejaron allí para evitar que los brujos les hiciesen algún mal, y a todos aquellos que acudieron por su propia voluntad después de acusar a sus deudos de incitarlos a acudir a los conventículos...

Un relámpago sesgó los umbríos nubarrones que ya cubrían nuestras cabezas, y don Gonzalo se santiguó, impelido por el atávico temor de ser alcanzado por un rayo.

—Otra misiva es la del vicario de Santesteban —prosiguió, en esta ocasión con más rapidez—, que habla de cuatro brujas maestras, de las cuales dos están presas en dicha villa y las otras fueron a confesar voluntariamente. Y luego está la de fray León de Aranibar, que según vuestros colegas ha desplegado un celo sin igual al descubrir gran número de juntas, con testimonios y pruebas irrefutables. Fijaos... ¡Si incluso llegó a denunciar a la esposa de su hermano, a una tal Domenja de Peruchena! —soltó una carcajada—. ¿Y sabéis una cosa...? —negué con la cabeza—. En todas esas cartas se pide remedio, cueste lo que cueste, contra los hechos testificados —volvió hacia arriba las palmas de sus manos, recibiendo las primeras gotas de lluvia que comenzaban a caer sobre nuestras cabezas—. Y ahora, si vuestra señoría está de acuerdo, será mejor que aligeremos el paso o acabaremos empapados de agua.

—Por una vez en vuestra vida, don Gonzalo, creo que vais a acertar en vuestro vaticinio.

Sin más retraso, comenzamos a correr camino de Logroño. No era cuestión de seguir hablando, pues la lluvia arreciaba cada vez más.

Cuando finalmente llegamos al palacio inquisitorial, toda el agua del mundo corría por nuestros encharcados cuerpos y vestimentas.

Aquel incidente fue el primero de la larga lista de delaciones y disputas que habrían de iniciarse entre varios de los vecinos más polémicos de Zugarramurdi. Pero no sólo en esta villa se libró una auténtica cruzada inquisitorial contra todo aquel que fuera sospechoso de brujo, en otros pueblos sucedió lo mismo. Sin ir más lejos, la gente de Arraioz se organizó en grupos con el fin de darles un escarmiento a las hijas del demonio, siempre incitada por la superstición y los rotundos consejos de los poderes locales y eclesiásticos.

Cierta mañana, días después de que la mujer de Esteban el molinero dijera de confesar públicamente sus pecados, varios de los afectados por la desgracia, ya fuera debido a la mala suerte con la cosecha o por haber perdido un familiar cercano, se presentaron en casa de Graciana de Barrenetxea en compañía de María, la joven francesa. Algunos pocos pensaban que iban a pedirle recuesta de sus acciones; el resto, que era mayoría, sabía muy bien cuál iba a ser el resultado final de aquel encuentro.

La plebe, enaltecida, se detuvo en mitad de la senda que serpenteaba frente al caserío. Desde una prudencial distancia la increparon a voces para que saliera.

—¡Graciana, vieja bruja! —gritó el mozo que encabezaba la turba de gente, alzando por encima de su cabeza la horca de aventar la mies que llevaba en su mano izquierda—. ¡Sal ahora mismo o entramos a por ti!

Nadie contestó al requerimiento. Sólo se escuchaba el ulular del viento por entre los árboles y el vaivén de sus ramas más altas.

Alguien propuso prenderle fuego a la casa, y fueron varios los que apoyaron la iniciativa porque era el único modo de que la servidora del diablo abandonara su escondrijo. Martín de Errazu, que era el fornido pastor que había invitado a salir a la vieja sorgina, les hizo un gesto a todos para que guardasen silencio. Primero debía esperar a ver qué decisión tomaba la dueña de aquellas tierras.

—¡Graciana de Barrenetxea! —exclamó de nuevo—. ¡Hemos venido para hablar contigo, y no nos iremos de aquí hasta entonces!

La puerta se abrió lentamente, como empujada por el viento o fruto de un extraño sortilegio. De detrás de la hoja surgió el apergaminado rostro de la anciana, circundado por el rebociño de lino que le caía sobre el cuello y los hombros, rígido y almidonado como la piel de un difunto.

Frunció su mirada con recelo, mirándolos a todos con un particular sentimiento de desprecio.

—¿Qué hacéis aquí? Esta es mi casa. ¡Marchaos de una vez y dejadme en paz! — les arengó, señalándoles con su largo y uñoso índice.

—¡Nos iremos cuando te hayamos dado tu merecido, bruja! —gritó Domingo de Yriarte, talabartero natural de Elizondo, cuya hija pequeña había sido inducida a participar de la última junta después de que Graciana entrase en su habitación una noche cabalgando a lomos del diablo; o eso era al menos lo que afirmaba la pequeña.

La muchedumbre comenzó a instigarla, y ya ni siquiera las recomendaciones de Martín de Errazu, de no dejarse llevar por el arrebató, pudieron poner fin al vocerío.

Una mujer se agachó para coger una piedra del tamaño de una nuez, lanzándosela luego a Graciana. El proyectil vino a rebotar en la madera de la puerta, y aunque falló, en realidad su acción tenía un doble objetivo: asustar a la vieja sorgina e incitar al resto de los presentes para que dejasen de platicar y actuaran en consecuencia, que para eso se habían acercado hasta allí.

Graciana cerró la puerta al ver que todos corrían hacia la casa. Esperaba que la hoja de madera, que era recia, pudiese detenerlos. Pero fue inútil. Antes de que le diese tiempo a colocar el travesaño de hierro, una oleada de campesinos y pastores iracundos entraron de forma impetuosa en el interior del caserío, arrollándola a su paso sin ningún miramiento.

Cayó de espaldas al suelo.

—¡Malditos hideputas! —chilló la vieja de forma estridente, consiguiendo que un repelente reguero de baba le corriese por la comisura de sus labios—. ¡Así os lleve Satanás al infierno!

Impelido por el temor de que estuviese conjurando al demonio, uno de los pastores la hizo callar dándole un fuerte golpe en la cabeza con uno de los extremos de su cayado, lo que consiguió abrirle una brecha en la ceja por donde brotó de inmediato la sangre. Lejos de amilanarse, los alborotadores la pusieron en pie y la arrastraron hacia fuera de la casa, sin dejar por ello de maldecirla. Unos le escupían, otros la zarandeaban, y los que más, la insultaban a voces.

—¡Atadla a un árbol! —les propuso la joven María de Ximildegui, cuya exaltación se hallaba a la altura del resto de los vecinos—. ¡Así no podrá defenderse!

La sugerencia fue aceptada por unanimidad.

Tras mirar en derredor y comprobar que los manzanos eran demasiado pequeños para maniatar a la bruja, se decidieron por un poste que se erigía a la entrada del modesto corral de gallinas que abarcaba desde el camino hasta el establo. La ataron a dicho pilote, sujetando sus manos y pies por detrás con las sogas que traían para tal propósito. La anciana fue golpeada con brutalidad mientras la inmovilizaban. Algunas mujeres, incluso, tras quitarle el rebociño de la cabeza, le arrancaron varios mechones de pelo de forma violenta. A nadie le importaron los gritos de dolor que surgían desesperados de la garganta de Graciana.

—Dinos, bruja... ¿Dónde están tus hijas? —inquirió un labriego de hirsuta barba, amenazándola con una hoz.

—Están en casa de Estebanía —gimió la anciana—. Allí las encontraréis.

Tenía la esperanza de que si se lo decía la dejarían en paz.

—¿Está con ellas el pastor de cabras? —quiso saber un mocetón de rubicundas mejillas y ojos malos.

—Joanes está en Santesteban... con su primo el tamborilero —respiraba con dificultad—. Y ahora... desatadme. ¡Os lo ruego! ¡Tened compasión de esta pobre vieja!

Volvieron a increparla, presionándola para que confesara sus turbias relaciones con el demonio, y a que respondiese por las muertes de varias de las personas que habían fallecido en las distintas aldeas del Baztan los últimos años. Fueron tan continuos y fuertes los golpes que recibió en su rostro, en su costado y en su vientre, que Graciana no tuvo más remedio que decirles lo que deseaban oír. De este modo, reconoció haber maldecido a algunos de sus vecinos.

No contentos con aquella respuesta, siguieron acosándola, incluso intentaron estrangularla tras haber pasado un nudo corredizo alrededor de su cuello. La anciana estaba tan atemorizada que declaró haberle dado muerte a Marijuan de Odia, otra sorgina que, al igual que ella, mantenía relaciones carnales con el diablo; algo que no era cierto, pero que habría de servir para que la dejaran en paz.

Eso fue lo que pensó.

—Una noche... que nos habíamos reunido en el prado... le di cuentas al diablo de mis celos y competencias con esa bruja de Marijuan... con la que también fornicaba —balbució Graciana, faltándole el aliento—. Le dije que quería vengarme de ella por rival, matándola... a lo que el demonio me respondió: «Si tú lo deseas, que así sea». Días después... Satanás me llevó volando hasta la habitación de aquella arpía... y así le eché unos polvos por encima del rostro... —aspiró aire con mayor dificultad— y enfermó... y a los pocos días murió.

—¡Putu bruja! —gritó María de Ximildegui.

Como si se tratase de una consigna u orden a seguir, los demás cayeron sobre Graciana golpeándola con exagerada violencia. Tal fue así, que esta exhaló un suspiro y su cabeza se vino abajo, como muerta.

Convencidos de que la vieja había fallecido, decidieron aflojar las cuerdas y el cuerpo cayó a plomo. Quedó hecho un ovillo sobre el embarrado suelo, con el rostro cubierto de sangre.

—¿Y ahora qué hacemos con ella? —preguntó el rufián que dirigía la concurrencia de vecinos.

—¡Arrojémosla al río! —rugió una mujer de entre el grupo.

Muchos se sumaron a la propuesta, aunque hubo otros que, bien aconsejados por la conciencia, dijeron que debían llevársela al párroco de Arraioz para que le diese cristiana sepultura.

Tras deliberar varias soluciones durante unos instantes, entre todos aprobaron finalmente su enterramiento. Con este fin, decidieron enviar a un grupo de tres

hombres para que fuesen a llamar a sus hijas, pues estas eran las que debían encargarse de atender los preparativos del funeral.

El mocetón de ojos ralos y otros dos voluntarios, amigos suyos, se aprestaron a ir hasta la casa de Joanes de Goyburu para darles la mala noticia. Se marcharon con mucha prisa, y muy animosos según pudieron comprobar los más avisados.

«*Algo se traen entre manos esos malandrines*», pensaron algunos.

Apenas habían desaparecido, engullidos por la fronda del bosque, cuando Graciana volvió en sí y comenzó a balbucear palabras ininteligibles. Las mujeres, creyendo que la inesperada resurrección de la bruja era obra de Dios y que, por lo tanto, se encontraban ante un milagro, se acercaron a ella promovidas por el deseo de saber si realmente había vuelto a la vida o si, por el contrario, eran los últimos estertores antes de caer definitivamente en los brazos de la parca.

Una de ellas, asidua a la misa que solía celebrarse a diario en la iglesia de Arraioz, se arrodilló junto a la moribunda.

—Arrepiéntete —le aconsejó, manifestando cierta piedad hacia ella—. Pronuncia el sagrado nombre de Jesús y te serán perdonados todos tus pecados.

Graciana, con la mirada vidriosa y el rostro embadurnado de sangre y arena, hizo como si quisiera hablar pero no pudo. Sus labios temblaban como ratoncillos recién nacidos. Además, con el esfuerzo le sobrevino un ligero vómito. El líquido bilioso se derramó sobre la barbilla, bajándole por el cuello.

Y entonces, expiró.

Hubo un profundo silencio, como de duelo. No obstante, María de Ximildegui estaba dispuesta a ir más lejos en la teatral representación iniciada días atrás.

—¡Oh, Dios bendito! —exclamó, llevándose una mano a la boca; la otra señalaba el cadáver de la anciana. Se le había mudado el color de la piel—. ¿Qué es eso de ahí? ¿Acaso no lo veis? —retrocedió unos pasos, asustada.

—¡Habla, rapaza! —le exigió un tosco curtidor de pieles, que además de supersticioso le temía más al diablo que a la propia muerte. Se le notaba asustado—. ¿Qué eso que dices ver y que, sin embargo, nosotros no vemos?

La francesa chilló de forma histriónica, transformando su rostro en una mueca de terror. Se tiraba con fuerza de las puntas del cabello, y sus ojos parecían querer salirse de las cuencas.

—¡Es una sombra oscura! —volvió a señalar con una mano temblorosa un lugar indefinido muy cerca de Graciana—. ¡Es un hombre de piel negra! ¡Le está mordiendo las quijadas a esa bruja! ¡Es el demonio! ¡Ha venido para llevársela al infierno!

Dicho esto, María se dio la vuelta y echó a correr despavorida senda abajo. El resto de hombres y mujeres, atónitos, no supieron qué hacer. Le echaron un ligero vistazo a la difunta, y luego otro a la joven francesa que corría hacia el pueblo como perseguida por los demonios. Sin pensárselo dos veces se fueron alejando, poco a poco en un principio, para luego acelerar el paso y culminar en una delirante

espantada por todo el valle.

Ninguno tuvo agallas para quedarse en aquel lugar maldito, lóbregas tierras de una bruja amante de Satanás, que incluso rezumaban cierto olor a podredumbre y azufre.

Sentada frente al hogar sobre un pequeño escabel de tres patas, Estebanía giraba con un cucharón de madera el guisote que terminaba de cocerse sobre el calor de las ascuas. El tufo que destilaba aquella bazofia resultaba insoportable. El vapor del mondongo hervido que surgía de la marmita, impregnaba las paredes del caserío de un pringue churretoso que, al secarse, adquiriría un tinte pajizo e inmemorial.

Se acercó la cuchara a los labios para comprobar su sabor. Esbozó una sonrisa. Sus estofados, según creía ella, eran tan exquisitos como los que solían preparar los cocineros de palacio. Y por supuesto, estaban muy por encima de los que guisaba su hermana María.

Esta, que desollaba una liebre sobre la mesa de madera situada en el centro de la cocina, ajena a las triviales comparaciones culinarias que ocupaban la mente de Estebanía, carraspeó con fuerza antes de lanzar un escupitajo verde al suelo. Luego se sonó los mocos con los dedos, que finalmente acabaron restregados contra su falda. Sin ningún escrúpulo continuó arrancándole la piel a tiras a la desafortunada liebre.

—En cuanto termine con esto regreso a casa —dijo, apartándose un mechón de pelo con el dorso de la mano.

Sin querer, se manchó la frente con la sangre del animal.

—¿Por qué no te quedas a comer? —le preguntó su hermana, girándose hacia ella—. Todavía es temprano. Además, este potaje es digno de un obispo —se echó a reír, campechana.

—No sé... —se mordió el labio, moviendo la cabeza de un lado hacia el otro—. Algo me dice que he de regresar a casa. Temo por madre.

—¿Acaso ha vuelto a hacer de las suyas?

No era la primera vez que tanto la vieja como ella, o María, habían recibido una brutal paliza a manos de esas malas bestias que eran las gentes que vivían en el valle, y sólo porque tenían la particular costumbre de entrar a escondidas en casa de los vecinos más pudientes, cuando nadie las veía, con el fin de sustraerles todo aquello que tuviesen de valor.

—No; se lo tengo prohibido desde el último y desafortunado encuentro con el guarnicionero. ¡Y eso va también por ti! ¿O es que ya no recuerdas los golpes que recibiste cuando te pilló el orfebre de Zugarramurdi? —la amonestó seriamente—. Pero verás... esta mañana, al marcharme, me dijo que regresara lo antes posible —de un solo tajo le cortó la cabeza a la liebre.

Clavó el destral sobre la superficie de madera y se giró para poder hablar cara a cara con su hermana. Después se limpió la sangre de las manos sobre la ropa mugrienta.

—La vieja no suele ser tan melindrosa —opinó Estebanía, dejando la cuchara de palo dentro de la marmita.

—Pues eso mismo es lo que yo pensé —chasqueó la lengua—. No sé... no me gusta. Ya sabes que nuestra madre es capaz de barruntar las desgracias. ¡Y buen olfato que tiene para los augurios!

Estebanía se puso en pie. Se rodeó el cuerpo con ambos brazos. Tenía frío.

—Será mejor que lo olvides y vengas aquí a echarme una mano —le dijo—. Yo sola no puedo apartar la marmita.

Dejando a un lado su recelo, María se prestó a ayudarla. Entre las dos, una de cada asa, apartaron la olla del trípode de hierro ennegrecido que había sobre un mar de rescoldos que palpitaban como si fuesen diminutos corazones ardientes.

—Sal fuera y trae algo de leña del cobertizo —le rogó Estebanía—. Si no avivo el fuego moriremos congeladas. ¡Vamos! —la alentó—. Mientras tanto, llenaré las escudillas para que podamos comer juntas antes de que te marches.

María cogió el chal de lana que colgaba de un gancho adherido a la pared y se lo echó sobre los hombros. Abrió la puerta y un torrente de hojas secas entró en la cocina, tal como si se tratase de un pequeño tornado. Fuera, el gélido viento que venía del norte podía incluso rasgar la piel curtida de cualquier hombre o mujer que se atreviese a deambular por aquellos pagos.

Regresó al cabo de unos minutos. Para entonces, una escudilla colmada hasta el borde de un humeante y espeso guisote le aguardaba sobre la mesa. Dejó caer, frente a la chimenea, el haz de leña seca que cargaba sobre sus espaldas.

—Será mejor que te sientes a comer —fue el consejo de Estebanía—. Yo iré en seguida. Antes echaré unas cuantas ramas sobre las brasas para que vayan ardiendo.

María no había hecho más que sentarse, cuando la puerta se abrió de forma violenta. Alguien había pateado la hoja. Un par de fornidos cabreros entraron en la casa moviéndose con increíble rapidez.

Estebanía reaccionó de inmediato y se hizo con el espetón que colgaba de una de las pilastras del humero. Por el contrario, María se quedó petrificada. Antes de que pudiese comprender qué estaba ocurriendo, sintió que unos brazos la sujetaban por detrás de la silla, inmovilizándola. Recibió un fuerte golpe en la quijada, que a poco estuvo de hacerle perder el conocimiento. Tumbada en el suelo, con la vista nublada y la mente ensombrecida, escuchó voces, gritos y risas de hombres. Al poco le pareció que alguien se apresuraba a aflojarle los cordeles de la almilla, abriéndose paso hacia su pecho. Trató de pensar, de resistirse, pero antes de que pudiera reaccionar, recibió un nuevo puñetazo en pleno rostro. Ahora sí, perdió el sentido.

En tanto que el mocetón de rubicundas mejillas se arrodillaba frente a las piernas abiertas de María con el propósito de violarla aprovechando que estaba inconsciente, los otros dos hombres fueron hacia donde estaba Estebanía con idéntico propósito. Pero esta, corajuda, gruñía como una bestia; es más, los amenazó con romperles la crisma con el espetón de hierro que blandía en su mano derecha si se atrevían a

acercársele.

Ambos individuos, burlándose de los arrestos de la mujer, hacían como que se arrimaban para luego retroceder un par de pasos. Aquella maniobra consiguió despistarla durante unos segundos, pues uno le venía por la derecha cuando el otro hacía lo mismo por la izquierda. Estebanía se vio obligada a lanzar sus mandobles a diestro y siniestro a fin de defenderse. Una distracción en tales circunstancias podía llegar a ser fatal, e incluso podría costarle la vida, por lo que se mantuvo firme y atenta a los movimientos de aquellos dos hombres.

En un descuido, el más fornido de los dos se abalanzó sobre ella y le sujetó el brazo, ocasión que aprovechó el otro gañán para cogerla por la cintura y tirar hacia atrás con fuerza. Antes de que pudiera darse cuenta, la habían tumbado sobre la mesa y dos pares de manos trataban de reducirla.

En un denodado esfuerzo por liberarse, mordió con saña uno de los antebrazos de quien hacía presión en su hombro. Un fuerte grito de dolor se hizo eco por todos los rincones del caserío.

—¡Puto marrano! —chilló, enseñándole a su agresor los dientes cubiertos de sangre—. ¡Maldito seas, cabrón!

El campesino gritó de dolor, sujetándose la mano herida con la otra. Su compañero abofeteó a Estebanía esperando reprimir su bravura. Aprovechando que estaba aturdida, se despojó de la cuerda de cáñamo que rodeaba sus calzones y ató las manos de su víctima a las patas de la mesa.

Una vez reducida e inmovilizada, ambos truhanes cruzaron sonrisas. Gozarían de aquellas mujeres a su antojo —porque les apetecía y para darles un escarmiento—, y nadie habría de venir a interrumpirlos.

Poco les importaba para la fornicación que fuesen brujas o no.

El estropicio era considerable, pues no sólo habían revuelto todas sus pertenencias en busca de amuletos o animales diabólicos que los delataran como brujos, sino que además les habían destrozado gran parte de sus humildes y primarios utensilios domésticos, como podían ser las mesas, sillas, alacenas, escudillas y pucheros de barro, además de haberle propinado una monumental paliza a su amancebada. Sin embargo, el rostro de Joanes apenas expresaba el verdadero sentimiento de rabia que anidaba en su interior. Tampoco se dejó llevar por el natural impulso de la ira, ni juró o maldijo la suerte de los culpables de aquel agravio. Era como si nada le importase.

Y eso fue lo que más temió Estebanía —quien conocía demasiado bien aquella postura de hombre tranquilo que luego derivaba en violentas reacciones—, que fuera capaz de tomarse la justicia por su mano y corriese en busca de sus agresores con el fin de darles su merecido. Ir demasiado lejos podría conducirle directamente al cadalso.

En todo caso, jamás le diría que ella y su hermana habían sido salvajemente violadas por un grupo de tres hombres, los mismos que casualmente habían reñido con él, hacía de ello unos meses, por culpa de una subida importante en el precio de la lana de sus ovejas. Le ocultaría aquel escabroso detalle, como le había ocultado otras tantas cosas desde que seis años atrás decidiera ser su barragana. No es que a Joanes le importase demasiado el hecho de que, de vez en cuando, mantuviera relaciones sexuales con otros hombres, pues ya estaba acostumbrado a compartirla con todos aquellos que acudían a las juntas que se celebraban en el prado del Cabrón. Si decidió guardárselo para sí misma, fue para no avivar su irascibilidad. Se le hacía muy duro tener que explicarle que los mismos ganapanes con los que había discutido tiempo atrás la habían gozado por la fuerza, porque eso era una provocación, una ofensa a su honor, un ultraje que todo individuo que se preciara de ser un hombre con arrestos tenía la obligación de resarcir con sangre.

Y allí estaban ambos, frente a frente, mirándose a los ojos. Rígida como una estatua de mármol en mitad de aquel desorden, con las piernas ligeramente entreabiertas debido a un intenso dolor en la vagina y con serias contusiones en sus pómulos, Estebanía le iba explicando lo ocurrido a su esposo. Este seguía de pie bajo el dintel de la puerta; en total silencio, aguardando a que terminase de hablar.

Una vez que se lo contó todo, exceptuando el desagradable asunto de la violación, el pastor apretó los dientes e insufló de aire sus pulmones.

—Cierra la puerta y no salgas de casa —la avisó con gravedad—. Regresaré antes de medianoche.

Joanes de Goyburu cogió su zurrón y su *txistu*, y tras echarle un último vistazo a lo que parecía ser el resultado de una batalla campal, dio media vuelta y volvió a marcharse por donde había venido hacía apenas unos minutos.

El corazón de Estebanía era un desierto de arena de color púrpura que agonizaba por falta de unas lágrimas que se negaban a fluir por sus ojos. En lo más recóndito de su alma, como mujer, había una herida abierta difícil de cicatrizar. A pesar de ese dolor tan íntimo, que iba creciendo en su interior ante el recuerdo de una ignominiosa burla sin nombre ni castigo —no era la primera vez que alguien la sometía por la fuerza, y en ningún caso se hizo justicia—, decidió olvidarlo todo. Tenía otras preocupaciones, como recoger los desperfectos ocasionados por los hombres que habían abusado de ella y de su hermana.

Y fue al acordarse de María, que se había negado a permanecer allí por más tiempo y ahora iba camino de regreso a casa de su madre, cuando le vino a la memoria la conversación que habían mantenido poco antes de que aquellos bastardos irrumpieran violentamente en la cocina.

Y he aquí que pensó en Graciana, su madre, y en esa inquietud que había demostrado aquella misma mañana nada más levantarse, según María.

Una oleada de calor ascendió hasta su garganta impidiéndole respirar.

Ahora era ella, Estebanía, quien se estaba dejando llevar por un oscuro y terrible presentimiento.

Tras referirle lo ocurrido en el caserío de su propiedad, Joanes miró fijamente al sacerdote que tenía ante él. Era fornido, de flácidas mejillas y vientre pronunciado. Su nariz, por el contrario, parecía un simple botón de carne salpicada de puntos negros en los surcos de los orificios. Su barba patriarcal, luenga, hispida y pelicana, se cerraba en pico sobre la cruz estampada en el hábito, a la altura del pecho. Tenía la frente arrugada, los labios delgados y la mirada profunda. Pero sobre todo se fijó en su modo de expresarse: con un comedimiento digno de un buen clérigo y con delicadas palabras de consuelo.

Pero Joanes estaba harto de escuchar frases de cortesía.

—Jamás me hubiese atrevido a venir hasta aquí de no ser por un buen motivo... —la voz del cabrero sonó con firmeza—. Y el agravio lo es.

Fray Felipe, que después de recibir la noticia de la muerte de Graciana a manos de la muchedumbre ahora debía enfrentarse a otra cuestión igual de delicada, asintió en silencio. Buscaba las palabras precisas con las que poder aplacar la rabia de aquel hombre.

—Dices que varios hombres de las villas de Arraioz y Zugarramurdi se han presentado en tus tierras, y que aprovechando que no estabas presente han registrado violentamente tu casa después de maltratar a tu esposa —repitió la breve explicación

que poco antes le ofreciera Joanes—. ¿Podrías explicarme por qué iban a hacer algo así?

—Piensan que mi mujer es una bruja.

—¿Lo es? —inquirió el hombre de Dios, arqueando las cejas.

—Si vuesa merced no estuviese sujeto a los votos de castidad, sabría que en cierto modo todas lo son —lejos de querer bromear, el marido ofendido hablaba muy en serio—. Eso no quiere decir que Estebanía tenga tratos con el diablo, tal y como aseguran por ahí.

Fray Felipe le hizo un gesto para que fuese tras él. Dejaron atrás la sacristía y salieron al exterior con el fin de pasear por los aledaños del bosque, aprovechando que la niebla de la mañana se había evaporado después de que, tras varios días de intensa lluvia, extrañamente hubiese salido el sol.

—Lo ocurrido en tu casa no es un hecho aislado —le confesó—. Se han registrado otras agresiones, y con un final bastante más trágico que el vuestro. Tu mujer y tú habéis tenido suerte.

De momento, optó por no decirle nada de la muerte de Graciana; no hasta saber qué era lo que andaba buscando en realidad.

—Poco me importan a mí las cuitas de los demás. Como si no tuviese ya bastante con aguantar la miseria a la que nos vemos sometidos por culpa del vasallaje que le debemos a don Tristán... así como a la Iglesia —incidió Joanes.

—¿Has venido para hablar del diezmo, o quizá porque necesitas que alguien como yo escuche unos problemas que a nadie le importan?

El sacerdote fue directo. No se anduvo con rodeos. Si algo había aprendido de aquellas gentes tan indómitas y bravas, es que debía tratarlos del mismo modo: con dureza. Sólo así conservaría el respeto de los feligreses.

—Ya os lo he dicho. Si he hecho un largo viaje desde Arraioz es porque tenía que hablar con vuesa merced —alzó el mentón—. Estebanía es inocente.

—¿Y por qué había de creerte?

—Porque es la verdad.

—Eso debo juzgarlo yo —sentenció el eclesiástico, sombrío.

Joanes rebuscó con su lengua una miga de pan que se le había quedado prendida entre los dientes. Tras lograr sacarla de su sitio, escupió a un lado.

—Sois el único que podríais conseguir que nos dejen en paz. ¿Os cuesta tanto ayudarnos?

—Yo sólo definiendo la inocencia y la doctrina de Cristo.

—Pues si defendéis a la gente honesta, obligado estáis a ofrecernos protección, que ni hay brujos en esta comarca ni los ha habido nunca.

—¿Y qué me dices de la confesión de la joven francesa que fue testigo de cómo muchos de vosotros fornicabais con el diablo?

—Es triste pensar que prestáis atención a lo que dicen unos, y luego ignoráis lo que afirmamos otros —el pastor era un hombre astuto. No quiso admitir lo que sabía

todo el pueblo—. Os digo que no somos brujos. Y por justicia debéis creerme.

—Resulta que también la esposa del molinero ha confesado ser una bruja, y ha reconocido que lo había sido desde niña gracias a las maquinaciones de sus tías María Txipia y Graciana de Barrenetxea. ¿Qué tienes que decir a eso?

Aquella noticia pilló desprevenido a Joanes, pues no había tenido ocasión de hablar con sus cofrades y amigos de Zugarramurdi.

—¿Afirmáis que esa mujer, por su propia voluntad, dijo eso de Graciana? —ladeó la cabeza al formular su pregunta.

—Así es —contestó fray Felipe, muy serio—. Y lo hizo aquí, en la parroquia... delante de todo el pueblo.

Ahora entendía por qué algunos vecinos les habían hecho una visita con ánimo de intimidarlos. Efectivamente, tal y como acababa de explicarle fray Felipe, tenían suerte de estar vivos.

—Perdone vuesa merced que insista, pero nosotros no tenemos nada que ver con lo que van diciendo por ahí esas mujeres. Todo es mentira.

—Igualmente me reitero: eso he de juzgarlo yo mismo —deteniéndose frente al riachuelo que corría cerca del bosque, el clérigo ocultó sus manos en las amplias mangas de su hábito—. Haz una cosa, ven mañana con tu mujer y deja que yo hable con Estebanía. Si no tiene nada que ocultar, como dices, te prometo que intercederé por ella ante los demás vecinos.

—¿Me dais vuestra palabra?

—La tienes.

Joanes se sintió algo más tranquilo después de que ambos formalizasen verbalmente un compromiso de asistencia. Jamás se hubiese imaginado que también los sacerdotes mentían con la misma asiduidad que un simple villano.

Primero, unos hombres abusaban sexualmente de ella con la excusa de que era una bruja; más tarde, recibía la noticia de la muerte de su madre; y ahora, el requerimiento de fray Felipe para que acudiera a la iglesia. Decididamente, aquel no era su día.

Estebanía caminaba en silencio por la cañada real, a unas varas castellanas por detrás de su amante, quien había decidido atajar por la senda de las cabras para llegar a Zugarramurdi antes del atardecer. Tenía prisa por entrevistarse de nuevo con fray Felipe para poder zanjar, de una vez por todas, aquel turbio asunto de las acusaciones.

Según le había comentado Joanes antes de salir de Arraioz, no estaba dispuesto a dejarse amedrentar por los vecinos, los cuales andaban a la greña entre sí por nimiedades y las delaciones se sucedían continuamente, aumentando así la desconfianza que ya se vivía en el pueblo y que comenzaba a esparcirse por toda la comarca. Por ello, y para limpiar su buen nombre, tendrían que demostrar primero su inocencia.

—¿Tienes miedo? —inquirió el cabrero, sin volver la vista atrás.

No hubo respuesta. El silencio de su amancebada, ya de por sí, resultaba bastante elocuente. Y más cuando existían motivos para la inquietud.

En realidad, ambos temían que sus devaneos con los dioses paganos pudieran llegar hasta los oídos del Santo Oficio —siempre celosos de su fe—, y que los inquisidores metieran sus narices en el asunto. Porque si esto llegaba a suceder, existía el riesgo de que pudieran ser condenados a muerte por brujería.

Ya habían escuchado las espeluznantes historias que se contaban sobre las detenciones realizadas al otro lado de la frontera, donde los inquisidores franceses, sin tan siquiera corroborar la legitimidad de las delaciones, habían ajusticiado a varias personas inocentes enviándolas a la hoguera. La situación era bastante crítica. No podían arriesgarse a ser denunciados por alguno de sus detractores, que eran demasiados por culpa de los incesantes robos y otros actos delictivos perpetrados por la difunta Graciana y el resto de la familia.

—A ver como te conduces en presencia de fray Felipe —le avisó Joanes, girando un tercio la cabeza para que su amancebada pudiera escucharle—. Será mejor que sólo hables cuando te pregunten.

—Descuida. Sabré manejarme bien con ese meapilas —escupió a un lado con cierto asco—. No en vano, de joven fui su barragana durante dos años —se echó a reír—. ¡Las vueltas que da la vida! Antes decía de mí que era un ángel, y ahora piensa que soy una bruja.

—Espero que el hecho de que hayas retozado con frailes y clérigos te sirva de algo, aunque sólo sea para conservar la cabeza en su sitio.

—¡Ay! Si yo te contase...

—Pues no me cuentes tanto y mantén los ojos bien abiertos —le aconsejó él, con la misma aspereza con la que el amo suele amonestar a su lacayo—. No me fío de ese cura.

—Haces bien. Tampoco él se fía de nosotros.

Tras la breve conversación, siguieron adelante sin decirse nada más. Por encima de la erosionada colina pudieron ver el chapitel del campanario. Estaban cerca.

Minutos después se detenían frente a la puerta de la iglesia. Con cierto recelo, intercambiaron una mirada de complicidad no exenta de temor. Ambos sonrieron a un mismo tiempo.

—Saldremos de esta... ya lo verás —le dijo Estebanía, implantándole un tierno beso en los labios.

Joanes se sintió algo más tranquilo.

Una vez que cruzaron las puertas del santuario erigido en nombre del dios de los cristianos, descubrieron que fray Felipe les aguardaba de pie frente al altar. No estaba solo. Le acompañaba el abad del monasterio de San Salvador de Urdax: fray León de Aranibar.

—¡Pasad! No os quedéis ahí —el párroco les hizo un gesto con la mano para que se acercasen.

Con pasos cortos y medidos, la pareja se allegó a donde estaban los religiosos.

—Perdone vuesa merced, pero no esperábamos...

—¿Qué es lo que no esperabas? ¿Acaso te ha sorprendido verme en esta iglesia? —atajó fray León, con el ceño fruncido y la mirada penetrante, interrumpiendo de este modo al cabrero—. Por si no lo sabes, es mi deber velar por la seguridad de los feligreses de las cinco villas. Y aunque todavía no he sido designado como comisario inquisitorial, bien es verdad que cuento con la aquiescencia de don Tristán de Alzate y el tribunal de Logroño para tomar en consideración, y sentenciar, los posibles casos de brujería.

Joanes inclinó la cabeza, mordiéndose los labios. Una cosa era permitir que fray Felipe juzgara si su esposa era realmente o no una bruja, y otra bien distinta era dejarla en manos de aquella mala bestia de fray León, un hombre sin entrañas que solía exigir desorbitados diezmos a las familias de los servidores de la gleba que cultivaban las tierras de la Iglesia, hasta dejarlas arruinadas y literalmente sin nada que echarse a la boca.

—¡Yo no soy ninguna bruja! —escupió Estebanía, mirándolo con desafío.

—Ten cuidado, mujer —le advirtió fray Felipe, en tono severo—. La ira es un pecado mortal. Modera tu lengua si no quieres que pensemos que tienes motivos para esconder algún secreto.

—Mis secretos, como bien decís, ya los conocéis —proyectando una especial sonrisa, apoyó ambas manos en las caderas retándole con la mirada—. ¿O queréis que os refresque la memoria?

El cabrero comprendió al instante que la estrategia utilizada por Estebanía no era la más apropiada, y que tampoco era el mejor modo de iniciar una conversación con quienes tenían el poder de destruirlos. Cogió a su amancebada por el codo con cierto embarazo y le apretó disimuladamente, dándole a entender que no fuera tan arisca ni que se arriesgase a una reprimenda clerical actuando de aquel modo.

—Debéis perdonarla —se excusó ante los religiosos—. La muerte de su madre la ha afectado.

—Algo normal, por otro lado —apuntó fray León—. Sin embargo, he de pedirte que nos dejes a solas con ella. Debemos hacerle algunas preguntas.

Como no tenía otra elección que aceptar su mandato, Joanes se retiró después de inclinar ligeramente su cuerpo en actitud devota. Le dirigió una última mirada de advertencia a Estebanía.

—¡Ven! Síguenos —le instó fray León—. Quiero mostrarte algo.

Como una res que es conducida al sacrificio, la hija de la sorgina se dispuso a ir tras sus pasos. Lo que no sabía, en aquel instante, es que acababa de iniciar un viaje que habría de arrastrarla hasta el mismísimo infierno.

En completo silencio, subieron las escalinatas de piedra que conducían al dormitorio común de los frailes y a otros aposentos, como eran la biblioteca, el *armarium* —donde se guardaban los libros litúrgicos—, el locutorio y la enfermería.

Había también una pequeña sala que los clérigos de Zugarramurdi, con el paso de los años, habían convertido en un almacén de objetos inservibles. Y fue precisamente, frente a esa puerta, donde se detuvieron ambos clérigos.

Fray Felipe empujó la hoja y la puerta se abrió sin ninguna dificultad.

—Pasa... —la invitó a que entrase—. Dentro hablaremos mejor.

A Estebanía no le gustó el tono en que lo dijo. Aquella actitud, tan comedida, le trajo a la memoria la imagen de cuando era invitada a entrar en la cillería para entregársele como mujer mientras el resto de los frailes se rompían el espinazo cultivando la huerta. Aun así, entró porque era lo que se esperaba de ella.

El corazón brincó en su pecho al ver una larga serie de objetos extendidos sobre un paño de terciopelo rojo encima de una mesa, terribles artilugios forjados para torturar e infligir toda clase de castigos y atrocidades a los acusados de brujería. Pero eso no fue todo, en la habitación les aguardaban un alguacil y un notario del secreto del brazo secular.

Desposeídos de toda consideración, ambos sacerdotes la intimidaron con amenazas, diciéndole que pensaban someterla a suplicio si no reconocía públicamente haber servido al demonio. Le ofrecieron, *in conspectu tormentorum*, que renunciase a la doctrina de los paganos y regresara al rebaño de Dios, como ya habían hecho otras mujeres, pues de no acatar los mandamientos de la Iglesia podría acabar en la hoguera por bruja. La instigaron duramente, alzando el tono de sus voces para transmitir un mayor dramatismo a las palabras.

Sintiéndose hostigada por unos hombres de gran astucia y pocos escrúpulos, que habrían de castigarla sin piedad si no aceptaba las reglas de aquel escabroso juego en el que ella era una figura de irrisorio valor, Estebanía acabó cayendo en la trampa y reconoció haber participado, alguna vez, en las juntas organizadas por su madre. Cuando le exigieron que detallara los nombres de los demás participantes, bajo pena de someterla a la tortura de la mancuerna, o peor aún, a la del agua, la mujer se vino abajo y entre lágrimas de arrepentimiento fue enumerándolos uno a uno. La angustia de tener que sufrir el tormento fue mayor que las normas de fidelidad que se debían entre sí los miembros de la secta.

Empujada por el temor, delató a María Txipia y a su hija María Pérez de Barrenetxea —su otra prima—, así como a Joana de Telechea, Estebanía de Navarcorena y a varias mujeres más. Les dijo que sí, que adoraban al demonio y que se refocilaban en su presencia porque a este le satisfacía verlos a todos desnudos realizando actos impúdicos y obscenos. Les habló de sus maleficios, de sus pócimas infernales que trastocaban la razón y de los diversos encantamientos que había lanzado contra varios de sus vecinos. En resumen, confesó todo aquello que deseaban escuchar.

El notario, diligente en su trabajo, fue anotando con solemnidad cada una de sus palabras.

Tristemente, con la confesión de Estebanía de Yriarte se iniciaba el mayor

proceso inquisitorial contra la brujería de los centenares de sumarios recogidos en los anales de la historia de la Santa Inquisición.

El infierno estaba a punto de desatarse en las tierras altas de Navarra.

Yhe aquí que llegó el día de manifestar públicamente la sentencia que habíamos dictaminado los miembros del Tribunal, resolución que obligaba a participar de la procesión a los penitentes que serían conducidos de nuevo al seno de la Iglesia católica, así como a los condenados que tendrían que arder en la hoguera como herejes recalcitrantes.

Aquella misma mañana, después de que la tarde anterior se hubiese procedido a la entronización de la Santa Cruz, acto que culminó con una excelsa y emotiva ceremonia, miles de personas llegadas desde todas partes de España y allende sus fronteras, se congregaron en la plaza de Santiago bien temprano, con el fin de buscar un lugar desde donde poder asistir a las ejecuciones. Las campanas de todas las iglesias y conventos de Logroño repicaban con fervor, anunciando de este modo el inicio del Auto de Fe.

De un lado a otro iban aguadores y vinateros suministrando de beber a quienes lo solicitaban, y también chacineros que ofrecían sus salazones a todos aquellos que llevasen desabastecidas las alforjas. El bullicio de la gente que deambulaba por las distintas calles adyacentes a la plaza se convirtió en un rumor inacabable que iba creciendo al mismo tiempo que el sol hacía su aparición por el horizonte.

El piafar de los caballos de los soldados, las voces mendicantes de los pedigüeños, el comadreo de las mujeres asomadas a los balcones de sus hogares, las oraciones de los más devotos —que rogaban a Dios por la salvación de las almas de los herejes—, el sonido de las chirimías y atabales de los ministriles del convento, e incluso el arrullo de los centenares de palomas que sobrevolaban por encima de las gradas, del cadalso y del púlpito donde habrían de permanecer los reos mientras escuchaban el orden de las sentencias, son pequeñas imágenes y recuerdos que después de tantos años persisten en mi cerebro.

Sí; en mi memoria sigue vivo cada minuto de aquella terrible jornada. Y eso que le ruego a Dios, todas las noches, que se apiade de mí y me haga olvidar la trágica experiencia que me tocó vivir intramuros de la ciudad de Logroño. El recuerdo de aquellas expresiones de pánico —e inexplicablemente también de sumisión— que afloraban a través de sus miradas inocentes después de ser encadenados a las argollas de los pilotes, me ha perseguido como una sombra implacable hasta el día de hoy, cuando ya siento cercana mi propia muerte.

—¿Estáis seguro de que no os consternará la imagen de esas brujas retorciéndose de dolor mientras las consume el fuego?

El sonsonete de don Juan del Valle resultaba desagradable la mayor parte de las veces. He de admitir que permanecer todo el día en presencia del licenciado, y no sólo con él, sino también con don Alonso B Herrera y otros consultores afines a sus estrictas reglas de castigo, formaba parte de mi trabajo y debía aceptarlo con resignación; un sacrificio que habría de conllevar con ahíta paciencia el tiempo que durase el Auto de Fe.

—No os preocupéis. Podré superarlo —contesté fríamente.

Aguardábamos de pie a las puertas de la iglesia de Santa María de la Redonda, junto al resto de la clerecía que habría de marchar en procesión hacia la plaza de Santiago. Hasta nosotros se allegó el doctor Vergara de Porres, chantre y canónigo de la colegial y vicario de Logroño. Iba en compañía de fray Gaspar de Valencia.

—Cuando deseen vuestras señorías —nos dijo el guardián del convento de San Francisco, dirigiéndose al inquisidor de mayor rango.

El de la Orden de Alcántara afirmó con un rotundo gesto. Una vez que contamos con su aprobación, subimos a nuestros caballos y la procesión se puso en marcha con total solemnidad.

En primer lugar iba el pendón de la cofradía del Santo Oficio, seguido de centenares de «familiares», comisarios y notarios, ricamente ataviados con sus mejores paños y alhajas. Tras ellos caminaban los clérigos de las distintas órdenes religiosas de la ciudad: trinitarios, jesuitas, franciscanos, dominicos y mercedarios, así como otra multitud de sacerdotes procedentes de pueblos y ciudades vecinas. Por detrás iba fray Gaspar de Valencia, llevando sobre sus hombros el distintivo de la Cruz Verde de la Santa Inquisición, precedido por los ministriles que entonaban cánticos de salmos con una voz como de auténticos querubines. A continuación marchaban los inculpados por brujería, seguidos de cuatro secretarios montados a caballo —entre ellos don Gonzalo de Mendoza— y del doctor Isidoro de San Vicente, que portaba el estandarte de la Fe. A su par iba un joven mozo y cofrade, tirando de las riendas de una acémila que llevaba sobre su lomo, bien sujeta gracias a diversos correajes, un cofre guarnecido de terciopelo carmesí donde se guardaban las sentencias escritas en pergaminos lacrados. Y nosotros, los consultores, juristas y demás miembros del Tribunal, cerrábamos la comitiva: don Alonso B Herrera cabalgaba en el centro, entre don Juan del Valle y este pobre servidor de Cristo.

Desde mi lugar pude ver al grupo de impenitentes que habrían de ser relajados en la hoguera. Eran seis personas, en su mayoría mujeres, que llevaban puestos sus sambenitos y sus corozas puntiagudas con los dibujos de las llamas del infierno. Les acompañaba un mozo con una vieja carreta. Transportaba cinco ataúdes con los restos de quienes habían muerto a causa de la peste en las cárceles secretas del palacio inquisitorial, féretros que habrían de arder en la hoguera para que sus almas fuesen purificadas y pudieran alcanzar, de tal forma, la gloria de Dios.

Por delante de ellos, puesto que el grupo de los condenados a muerte era el último de todos, caminaban los culpables de reconciliación y abjuración, en total dieciséis

personas, también con sus enormes escapularios de color amarillo y con los capirotos con aspas. En sus manos llevaban velas encendidas. Cinco estatuas de personas difuntas, igualmente con sus sambenitos y caperuzas, fueron transportadas por los alguaciles. En total, sumaban veintiún reconciliados.

Y luego, en el primer grupo de los tres que conformaban la cadena de prisioneros, marchaban otros veintiún hombres y mujeres llevando insignias de penitentes, con las cabezas descubiertas, sin cincha y con una vela de cera en las manos. Según deduje por las sogas que rodeaban sus cuellos, seis habrían de ser azotados.

Comenzamos a recorrer las calles de Logroño. Multitud de vecinos fueron agrupándose a nuestro alrededor. Personificaban el lado más oscuro del ser humano: gente hostil que se alimentaba del sufrimiento de quienes caminaban hacia el cadalso, individuos que con ruín y miserable desprecio se burlaban de los reos, que les escupían a la cara o les arrojaban todo tipo de fruta podrida. Sus airadas voces y gritos, sus burlas y gestos obscenos, que ridiculizaban así la suerte de «los hijos del diablo» —como solían nombrarlos con denotada crueldad—, formaban parte del escarnio que debían sufrir los herejes en su particular vía crucis hacia el infierno.

Sentí lástima de ellos. No debía ser nada agradable formar parte de un espectáculo tan ignominioso como aquel, donde eran considerados como auténticos parias o monstruos deformes, de esos que suelen viajar con las compañías de volatineros y que se exhiben en público a cambio de unos pocos maravedíes. Era una imagen triste de ver.

Minutos después llegamos al desproporcionado sitial de once gradas, donde habríamos de sentarnos todos aquellos juristas, consultores y notarios que formábamos parte del Tribunal del Santo Oficio en Logroño, que era a la derecha del estrado. En el lado contrario, en la izquierda, lo hicieron los caballeros de las nobles familias y demás ciudadanos. En la parte más elevada de las graderías, junto a los calificadores y otros eclesiásticos, tomó asiento el fiscal de la Santa Inquisición llevando consigo el gallardete. En total, habríamos cerca de mil personas sentadas en las gradas.

Y mientras nosotros nos disponíamos a colocarnos en nuestras correspondientes sedes, los reos fueron conducidos a unas bancas de gran altura y acomodados bajo el emblema de la Santa Cruz. En la tribuna más elevada del cadalso se colocaron las seis personas que habrían de ser relajadas, junto a los cinco ataúdes con los huesos de quienes habían fallecido meses atrás. Por debajo de ellos se sentaban los reconciliados; y en la parte más baja, los penitentes.

En el mismo instante en que cesó la música, don Alonso B Herrera se puso en pie para darle gracias al Señor. El resto obramos igual.

Sin más demora, el decano comenzó a rezar el *te Deum laudamus*:

—*Te Deum laudamus... te Dominum fontitemur... Te aeternumpatrem omnis terra veneratur...*

Centenares de voces entonaban el tradicional himno de acción de gracias.

Mientras, mis pensamientos volaban hacia el estrado de enfrente, allá donde permanecían sentados y en silencio un puñado de hombres y mujeres que lejos de rezar andaban sumidos en su particular tragedia. De nada había servido vestirles a todos con lucidos trajes, pues si bien daba gusto verlos tan peripuestos, bajo aquella elegante apariencia seguía latente la hipocresía de sus acusadores, así como la propia inmoralidad de los inculpados.

Finalizada la oración, el prior del monasterio de los dominicos predicó un sermón definiblemente ilustrativo, donde puso de manifiesto que entre las mujeres existía una mayor proclividad a la herejía y a tratar con el diablo, comparando la fascinación que prodigaban las hembras con el poder destructor de la madre de los demonios. Para ello citó a Isaías: «Perros y gatos salvajes se reunirán, y allí se juntarán los sátiros. También allí Lilith descansará y hallará su lugar de reposo».

Evidentemente, su auténtica finalidad era cotejar las juntas de los supuestos brujos en el prado del Cabrón con las palabras del profeta.

Después de escucharle hablar durante un buen tiempo se comenzaron a leer las sentencias de los once inculpados de relajación, que por ser ilimitadas, calculé que habríamos de estar allí sentados todo el día. Me armé de valor y paciencia, pues el Auto de Fe acababa de comenzar.

La voz del prior, leyendo las actas con las confesiones, sonaba como un soniquete en mis oídos.

—... Y Beltrana Fargue confiesa que le daba el pecho a su sapo, y que algunas veces este se alargaba desde el suelo hasta alcanzar sus pezones, y que otras veces, en figura de muchacho, se le ponía en los brazos para que ella misma le diese de mamar. Dice que dichos sapos suelen despertar a sus amos, y que les avisan cuando es tiempo de ir al *akelarre*; y el demonio se los da como si fuesen ángeles de la guarda para que los sirvan y acompañen, animen y soliciten a cometer todo género de maldades, y saquen de ellos el agua con que se untan para ir a las juntas, y también para destruir los campos y frutos, y para matar y hacer mal a las personas y ganados, y para elaborar los polvos y ponzoñas con que hacen los dichos daños...

La verdad, comenzaba a estar harto de escuchar tanta idiotez en boca de un hombre ilustrado.

—Contestadme, don Alonso... ¿Es cierto que habéis enviado una suplicatoria al inquisidor general solicitando un permiso con el que poder viajar a Zugarramurdi?

La pregunta del decano, formulada en voz queda para no interrumpir la lectura de la sentencia, me rescató de la monotonía y el hastío.

—Os han informado bien —respondí en tono neutro—. Ya sabéis que tengo dudas con respecto a la veracidad de las confesiones. Mi deseo es escuchar personalmente a los vecinos de las cinco villas y demás aldeas que componen la cuenca del río Ezcurra. Quiero tener la certeza de que hay brujas en el valle de Baztan, como afirman los confidentes.

Don Juan del Valle adelantó su cuerpo con el propósito de hablarme cara a cara.

—¿Acaso no os fiáis de mis investigaciones? —inquirió, perspicaz—. Pues os debo decir que mi labor fue exhaustiva y elogiada por los comisarios inquisitoriales y demás clérigos del lugar.

—No es mi intención poner en entredicho vuestro esfuerzo por aquellos pagos, ni juzgar si hicisteis lo correcto al enviar hasta aquí a esas cincuenta y tres personas que nos observan desde el otro lado... —desvié mi mirada hacia el cadalso donde estaban sentados los reos—. Lo único que pretendo es igualar, y si es posible mejorar, vuestro trabajo. Para ello, en vez de un par de meses pienso pasar allí un mayor espacio de tiempo. Mi propósito no es otro que interrogar a cada uno de los vecinos que estén relacionados con la brujería o con los encuentros con el demonio. Creo que no está de más que sigamos indagando en el asunto, pues hay mucho que escarbar. Sólo que esta vez prefiero ser yo quien formalice una opinión de forma equitativa.

El licenciado enrojeció al momento, e incluso creí que iba a replicarme como otras tantas veces, aunque finalmente decidió guardar silencio. Desairado, volvió a recobrar su postura mirando hacia delante.

—Eso quiere decir que nos veremos privados de vuestra presencia durante... —el decano vaciló unos segundos—. ¿De cuántos meses estaríamos hablando?

—De ocho, como mínimo... a partir de que se acepte mi solicitud en Madrid.

Don Alonso Becerra frunció la mirada, asombrado de mi empeño por llegar hasta el fondo del problema.

—¿No es demasiado tiempo?

—No, si realmente deseamos que los informes sean exhaustivos y convincentes.

—¡Por fin tendremos paz en Logroño! —esgrimió ahora el licenciado al escuchar mis palabras.

—*Pax vobiscum* —añadí en latín, dispuesto a concluir la conversación para que no degenerara en disputa.

Y mientras tanto, la voz del procurador fiscal seguía escuchándose en toda la plaza de Santiago.

—... Y Joanes de Etxalar dice que cuando los brujos van al *akelarre* sin el demonio, la luz que llevan consigo es una tea obtenida del brazo de un niño que hubiese muerto sin ser bautizado, entero, y que lo encienden por los dedos, y que da luz como si fuera una antorcha de sebo, y que es cierto que los servidores del diablo ven con ella, pero los que no lo son, no pueden ver a los brujos...

«¡Bobadas!», me dije a mí mismo, harto de ser testigo de tamaña necedad.

Durante varias horas se estuvieron turnando los procuradores fiscales para leer las confesiones y veredictos, hasta que tuvimos que hacer un descanso para darle alimento a nuestros estómagos.

Transcurrido el mediodía proseguimos con la lectura de los hechos acaecidos en las distintas villas de la región de Xareta.

Mi cuerpo acusaba ya las incomodidades que origina estar tantas horas sentado en la misma postura. Por supuesto, mis colegas aguantaron impertérritos y sin hablarme

durante toda la tarde. Llegado el momento de proceder a la ejecución, todos los que estábamos allí suspiramos de alivio.

Cuando los procuradores del Santo Oficio finalizaron su labor, don Alonso Becerra procedió a leer los nombres de quienes habrían de morir quemados en la hoguera. Fue un instante dramático, que se vivió con mayor intensidad en el banco donde se sentaban los procesados.

¿Alguien ha visto alguna vez la languidecida mirada de un condenado a muerte? ¿Qué hombre misericordioso no ha sucumbido ante el temor de unos ojos que buscan desesperadamente aferrarse a la vida? ¡Cuánta emoción encierra querer ayudarlos y no poder siquiera derramar una lágrima en su nombre, por temor a ser tildado de cómplice y servidor del demonio!

Aquella tarde, los hallados culpables por brujería perdieron su vida; yo, la dignidad.

Al instante hicieron bajar a los reos de las gradas, y también los ataúdes con los huesos de los demás relajados, fallecidos meses atrás. Los verdugos, diligentes, comenzaban a amontonar haces de leña alrededor de los pilotes donde serían aherrojadas las brujas junto al único varón: Domingo de Subildegui. La plebe, cuyos ánimos para entonces se hallaban enaltecidos a causa de las tantas horas de espera y por la masiva ingestión de vino y otros licores, comenzó a abuchear a los reos gritándoles palabras de desprecio así como todo tipo de insultos. Algunos, con cruel ironía, les recordaban que pronto habrían de bailar junto al diablo en el fuego del infierno. Otros, los más recatados, simplemente observaban con malsana curiosidad el desarrollo de los tan esperados acontecimientos.

Uno a uno, los «elegidos» fueron encadenados a los postes sin que ninguno de ellos pusiera resistencia. Un sacerdote rezaba por sus almas unas varas castellanas por detrás, no fueran a arder sus vestiduras con el fuego que comenzaba a prender en la leña. Igualmente, las cajas con los restos de los difuntos fueron amontonadas en el centro de un círculo de ramajes secos y recios troncos.

Y he aquí que llegó el momento más angustioso de aquel escalofriante y aterrador espectáculo: la quema de las brujas.

A través de la ígnea cortina de la hoguera pudimos ver cómo se retorcían sus cuerpos. Luchaban por soltarse de los herrajes, desesperados al sentir la cercana presencia de la muerte. Gritaban con ensordecedor empeño. Algunas de las mujeres maldijeron a los presentes, y lo hicieron en un idioma incomprensible para los logroñeses, víctimas de la angustia de sentir el fuego prendiendo en sus ropajes.

Poco después ardían como auténticas antorchas humanas. Sus bocas se desencajaron debido al dolor. Asombrado, descubrí lo rápido que arde el cabello de las personas, y cómo se les agarrota el gesto una vez que han muerto a causa de las quemaduras o por la falta de aire; pues es bien sabido que inhalar el humo acelera la muerte de los ajusticiados.

La fumarada que desprendía la leña se fue condensando en oscuros círculos que el

viento arrastraba de forma caprichosa de un lado a otro de la plaza, impregnándonos a todos los que asistíamos a la ejecución de un mefítico olor a carne y vísceras quemadas. Era el aroma de la indolencia, del equívoco y la injusticia.

La ciudad de Logroño guardó silencio el tiempo que estuvieron ardiendo las luminarias. El fuego purificador había expiado las culpas de unas brujas que, a pesar de todo, jamás llegaron a adorar a ningún diablo.

Pero claro, llegué a esta conclusión tiempo después, cuando ya era tarde..., demasiado tarde.

Al día siguiente iniciamos una nueva procesión desde Santa María de la Redonda hasta la plaza de Santiago. Para entonces, los penitentes ya estaban sentados en los bancos del cadalso: cabizbajos, melancólicos, lívidos como la cera.

Todavía humeaban los rescoldos de las hogueras de la noche anterior, según pudimos comprobar. Diversos mozos, contratados para la ocasión, se encargaban de recoger las cenizas y los huesos de los reos que pudiesen haber quedado intactos después de que los cuerpos fueran consumidos por las llamas. Para tal menester utilizaban los badiles y herradas que les habían proporcionado los verdugos del brazo secular. Otros, por el contrario, se afanaban en colocar en lugares bien visibles los pilotes donde habrían de ser encadenados quienes recibirían los azotes de rigor tras la lectura de las sentencias.

Las gentes de Logroño, con más timidez y menos entusiasmo que el día anterior —no hemos de olvidar que la quema de brujas era el auténtico espectáculo—, fueron acercándose a las graderías donde se había dispuesto que pudieran sentarse. Muchos de ellos llegaban con sus fardeles repletos de vino y cecina, refacción que guardarían a buen recaudo hasta el momento que sintiesen rugir sus estómagos. Y entretanto, tambores y clarines anunciaban el inicio de la segunda sesión del Auto de Fe.

Tanto los inquisidores, como los consultores, secretarios y demás miembros de la clerecía, fuimos acomodándonos en los mismos asientos que el día anterior, bajo el dosel púrpura con el emblema del Santo Oficio bordado con hilo de oro. El pueblo llano, cuyo rumor de voces espantó a las palomas que anidaban en los aleros de las viviendas de alrededor de la iglesia de Santiago —las cuales volaron conjuntamente hacia las casonas que se erigían a las afueras de la ciudad—, fue tomando asiento en las gradas de la izquierda. Los pedigüeños y gente de baja estofa se apiñaban alrededor de la plaza, expectantes de la suerte de los condenados.

Cuando don Alonso B Herrera se puso en pie para indicarle a la plebe y a los ministriles que guardaran silencio, y después de que su esfuerzo diese fruto y las voces y la música cesaran ante la solemnidad de sus gestos, tomó la palabra fray Gaspar de Palencia. Por ser el provincial de la orden de San Francisco, pidió la venia para predicar el sermón que habría de señalar el inicio de la sacra ceremonia de expiación de los penitentes.

Duras palabras las tuyas, a fe mía. Habló de la inmoralidad que conlleva la idolatría, y del castigo que se merecían todos aquellos que, empujados por la

intemperancia, se habían entregado al deliquio infernal incurriendo en *crimen pessimum*. Cotejó el final de los condenados en la hoguera a las almas que sufren eternamente el fuego del infierno. Aunque luego, en actitud conciliadora, suavizó su prédica recordándonos que Cristo fue capaz de perdonar los pecados de María Magdalena y exorcizar a diversos endemoniados, y que nosotros debíamos hacer lo mismo con los reos allí presentes. Les recordó, a los penitentes, que si habían escapado de las llamas era debido a su renuncia al diablo y por la abjuración de sus delitos, y porque así lo había querido nuestro Señor Jesucristo. Dios les ofrecía una nueva oportunidad de redimirse y regresar al seno de la Iglesia, algo por lo que debían darle gracias el resto de sus vidas.

Don Alonso Becerra se inclinó ligeramente hacia su lado izquierdo, acercando su rostro al mío.

—Quiero que sepáis, que si ayer os preguntaba por las cartas que habéis enviado a don Bernardo de Sandoval es porque también nosotros le hemos escrito —me dijo en tono confidencial—. Nos vimos en la obligación de enviarle los despachos recibidos por los vicarios de Vera, Lesaka y Urdak, pues ha de saber cuál es la crítica situación que se vive en el valle de Baztan, si en realidad quiere hacerse una idea equilibrada de lo que acontece en aquellas tierras.

—Habéis procedido según las exigencias de vuestro cargo —le recordé al instante—. No tenéis por qué disculparos.

—Simplemente, he querido que lo supierais —acarició su barba con solemnidad.

—Y os doy las gracias por ello. Sin embargo, he de deciros que ya conocía la existencia de esas cartas y de vuestro deseo de enviarlas a Madrid.

—Es lo que tiene contar con la ayuda de lacayos chismosos y secretarios entrometidos —don Juan del Valle intervino en la conversación, reprochándonos a ambos que diésemos tutela a gente tan indiscreta.

Antes de que pudiera contestarle, el decano intervino haciéndonos un gesto moderador a los dos para que guardásemos silencio y escucháramos las palabras de fray Gaspar, el cual seguía predicando su sermón en unos términos tan sumamente teologales que pocos vecinos llegaron a entender el significado de sus palabras.

—... El pecador debe recapacitar sobre la necesidad de un cambio total de pensamiento en su interior, y de conducta exterior. Si el arrepentimiento no es completo y radical, es inútil. Terribles serán las consecuencias de seguir en el mal. Que sea esta la hora crucial de vuestras vidas. Dios os dice: «Venid a mí». Y yo pregunto: ¿Qué os impide hacerlo?

Sentados sobre los escaños del cadalso, los inculpados mantenían las miradas fijas en las puntas de sus escañones, inmersos en su propia desesperación. Porque, si bien es cierto que la hoguera resultaba el más aterrador de los castigos, varios de los reos tendrían que pasar el resto de sus vidas en una maloliente mazmorra, y eso era igualmente terrible o incluso peor. De ahí sus rostros desesperanzados.

Finalizado el sermón se leyeron las sentencias de dos patrañeros que, fingiendo

ser ministros de la Santa Inquisición, habían cometido grandes delitos en nombre de la Iglesia católica, tales como obligar a varias mujeres, castas y casadas, a ayuntar con ellos bajo coacción de inculparlas de practicar la brujería, demostrándose así que los susodichos eran quienes realmente habían actuado por inducción del demonio. También solían pedirles limosna a los vecinos del lugar a través de vulgares triquiñuelas que iban asociadas a la caridad cristiana, diciéndoles que andaban recolectando dinero para iniciar las obras de una nueva iglesia. Uno de ellos fue condenado al destierro, por lo que no podría volver a pisar en su vida las tierras que componían el distrito jurisdiccional del Santo Oficio. En cuanto al otro, se le pidió que restituyese la gran cantidad de dinero que había sustraído de las arcas de los ingenuos al socolor de la Iglesia católica. Se le dieron doscientos azotes, y además fue desterrado en las mismas condiciones que su compinche. Pero antes, y si es que su cuerpo lo soportaba, habría de pasar cinco años en galeras, a remo y sin sueldo.

Se leyeron las sentencias de seis reos que fueron encarcelados por blasfemos. Sus penas, aunque rígidas, resultaron menos severas que las anteriores. Luego se procedió a la lectura de los veredictos de otros ocho inculpados, entre los que se encontraban fray Pedro de Arburu y don Joan de la Borda. Conforme a la gravedad de sus delitos, fueron castigados con abjuración de levi, destierro y cien azotes. Hubo también seis casos de cristianos nuevos, de judíos. A cuatro de ellos se les castigó públicamente por guardar el *sabbat* y realizar a escondidas las ceremonias que exige la ley mosaica, como era colocarse camisas y cuellos limpios y sus mejores vestidos. Su sentencia fue la de abjuración de levi, con destierro y otras penas. También tuvimos que asistir a la condena de un truhán que solía cantar por las villas y caminos, sin ningún temor, una sacrílega tonadilla que decía así:

*Si es venido, no es venido
El Mesías prometido,
que no es venido.*

Y hubo otro, que aun siendo judío practicante en la intimidad de su hogar durante más de veinticinco años, fue admitido a reconciliación, con sambenito y prisión en la casa de la penitencia del Santo Oficio, después de haber pedido misericordia con lágrimas en los ojos y demostrado un gran arrepentimiento. Acto seguido, se leyó la sentencia de un moro, que tras habérsele practicado todo tipo de torturas en las cárceles secretas reconoció su apostasía. Fue reconciliado con la casulla de penitente y condenado a permanecer recluido de por vida. Y luego hubo otro, un hugonote que había tenido proposiciones de la secta de Lutero pero que luego se arrepintió de ello. Fue reconciliado con sambenito y cárcel perpetua, recibiendo además cien azotes en la plaza de Santiago para que todos fuésemos testigos de la sentencia.

Las dieciocho personas restantes fueron reconciliadas por buenas confidentes, por haber pedido misericordia con súplicas y ruegos, y por reafirmarse en sus deseos de

regresar a la fe de Cristo. Los miembros del Tribunal perdonamos sus pecados, así como el que hubiesen pertenecido a la secta de los brujos. Si bien es cierto, nos estremecimos cuando se leyeron sus sentencias, pues cosas tan horribles y espantosas no eran fáciles de escuchar, aunque yo seguía teniendo mis dudas con respecto a la autenticidad de las confesiones.

La lectura se prolongó durante horas, y antes de que nos diésemos cuenta hizo acto de presencia el crepúsculo. Tal fue así, que tuvimos que abreviar y omitir varias de las relaciones para que quedaran zanjadas ese mismo día.

Pero antes de dar por finalizado el Auto de Fe, los reos fueron bajando de las bancadas del cadalso para venir a postrarse ante el dosel donde estábamos sentados los inquisidores y demás juristas del Tribunal. Después de que se arrodillasen en las gradas más altas, don Alonso Becerra llevó a cabo un solemne y devoto acto de reconciliación. Los absolvió de la excomunión en la que se hallaban desde que fueran detenidos por el brazo secular, expresándose con la atribución y clemencia que se espera de un buen clérigo.

El pueblo de Logroño, emocionado, fue testigo de la muestra de misericordia que demostrábamos los inquisidores. Y más se conmovió cuando don Alonso Becerra, delante de todos los vecinos, le quitó el sambenito a una de aquellas brujas, a María de Yurreteguia, diciéndole que la perdonaba por haber dado ejemplo de buena confidente, y porque había perseverado en defenderse del terrible acoso que había sufrido por parte de sus familiares y amigos brujos para que esta regresara al redil del diablo. Aquella demostración de piedad causó gran devoción en las almas de todos los que asistían a la ceremonia, y también en la mía propia.

Al instante se elevaron alabanzas y bendiciones a Dios y al Santo Oficio. Y con este gesto caritativo y generoso, dimos por finalizado el Auto de Fe.

El chantre de la colegial retornó a la iglesia con la Santa Cruz sobre sus hombros, acompañado por la música y coros de los ministriles que cantaban en voz alta el *te Deum laudamus*. Tras ellos caminaban los penitentes. Y nosotros, por detrás, cerrábamos la procesión.

La noche cayó sobre Logroño como si de un mandoble justiciero se tratase. Las brujas habían sido relajadas y reconciliadas según la gravedad de sus respectivos pecados. Se había puesto veto al demonio, a sus arterías, a sus juntas y al poder de sus maleficios. Todo parecía haber acabado.

Sin embargo, mi trabajo como inquisidor no había hecho más que empezar...

XXVII

Transcurridos varios meses desde la celebración del Auto de Fe de Logroño, surgieron los primeros problemas.

Uno de los conflictos al que tuvimos que enfrentarnos fue la actuación del licenciado Suárez de Guzmán, que había redactado varios escritos donde exponía las imprecisiones jurídicas que, a su parecer, encontraba en la justificación y observancia de las sentencias firmadas por todos nosotros el pasado verano, cartas que nos fueron remitidas a Logroño con la esperanza de que pudiéramos ayudarlo a encontrar respuesta a sus dudas. En todo caso, tras aquel fárrago de palabras se escondía un mensaje oculto escrito entre líneas: no se fiaba de nosotros.

Entre algunas de las cuestiones expuestas por Suárez de Guzmán, estaba la necesidad de saber si quienes delataban a los supuestos brujos eran parte legítima para poder acusarlos, si conforme a sus delitos los impenitentes merecían morir en la hoguera, y si realmente se reconocieron herejes o si se sospechó que pudieran serlo. También quiso saber, el susodicho licenciado, si el proceso estuvo bien extractado y si el orden en el proceder fue reglamentario; y otros muchos asuntos.

Yo, por mi parte, conservé una copia de los distintos oficios porque de algún modo me habrían de ayudar en la labor que me había impuesto: llegar hasta el fondo de la verdad.

Al margen de este asunto, que causó gran incomodo al licenciado don Juan del Valle y a don Alonso Becerra, tuvimos que enfrentarnos a la hostilidad del obispo de Pamplona y a las reprimendas del obispo de Calahorra, así como a la férrea investigación realizada por don Hernando de Golarte en las tierras altas de Navarra, después de que yo hubiese insistido tras mi reunión con él y con don Pedro de Valencia en Valladolid.

Fray Hernando había realizado un exhaustivo sondeo por diversas villas fronterizas. Envío varios informes a fray Gaspar de Vegas, provincial de la compañía de Jesús en la jurisdicción de Castilla, diciéndole que en dicha comarca lo único que había encontrado había sido confusión, inconstancia, variedad de pareceres e inquietud, y que en ningún momento halló pruebas que corroboraran la existencia de una secta organizada de brujas.

Por tales declaraciones, que nos fueron remitidas a Logroño, mis colegas procuraron desautorizar al padre Golarte y a todos aquellos que compartían sus opiniones. Es más, don Juan del Valle se encargó de archivar esa misiva entre la extensa documentación que manejábamos, no sin antes acotar en el margen del

pergamino: «Es falso».

De todo esto y de otros asuntos similares, charlábamos mi secretario y yo mientras recorríamos la calle Herrerías en busca de una espada que fuera digna de un rey. Don Gonzalo pensaba hacerle un regalo al mayor de sus hermanos varones, a la sazón capitán general de las armadas de los navíos y galeras, cuyo barco había atracado en el puerto de Guetaria después de haber pasado varios años en el Pirú^[3].

—Según cuenta Golarte en sus cartas, el rector de la villa de Yanci le envió, a su vez, unos pliegos en los que afirmaba haber sido testigo de una brutal ejecución llevada a cabo por los vecinos de Sumbilla —le dije, deteniéndome a observar un florete de negra empuñadura y hoja de acero toledano que había sobre el paño carmesí que cubría el mostrador de un mercader de espadas—. A la hora de la misa, varias mujeres fueron en busca de una vieja que había sido acusada de bruja. La estuvieron sometiendo a tortura durante más de una hora, después de haberla atado con sogas al último de los peldaños de una escalera de mano. A pesar de todo, la susodicha negó su participación en el *sabbat*, añadiendo que ni era bruja ni conocía a nadie que lo fuera.

»Al comprender que aquel no era el método más adecuado para hacerla hablar, la desataron con el fin de conducirla a la iglesia de San Joan. Allí, unas veces con halagos y otras con amenazas, los exaltados lograron que admitiera ser una de las servidoras del demonio. No obstante, cuando le exigieron que delatase a sus cofrades, fórmula *sine qua non* para acogerse al edicto de gracia, la vieja no pudo darles ningún nombre. ¿Y sabéis por qué? —cogí la espada entre mis manos, mostrándosela para ver si era de su agrado.

—Tal vez porque era inocente y le fue imposible inmiscuir a nadie más en el asunto —contestó don Gonzalo, negando a un tiempo con la cabeza.

Por lo visto, no era el modelo de espada que andaba buscando. Aunque, eso sí, acertó en su respuesta.

—Veo que lo habéis comprendido —subrayé, satisfecho.

—¿Y qué suerte corrió la vieja? Si puede saberse... —cogió otro florete del muestrario que exhibía el mercader de espadas.

Este permanecía silencioso y expectante ante la decisión que pensaba tomar mi secretario.

—La llevaron de nuevo a su casa y la volvieron a atar a la escalera, donde murió poco después víctima de la barbarie de aquellas gentes.

Para desgracia del mercader, don Gonzalo dejó el acero en su lugar y pasó de largo. Fue hacia un herrero que martillaba el metal sobre el yunque, quien había instalado su negocio bajo un pequeño tendal erigido al final de la calle. Del techo de lona de aquel improvisado taller pendían diversas *schiavonas* venecianas, con la cruz en forma de cesta para proteger la mano y con el pomo de gato, o cola de pescado, labrado en plata. La visión de aquellas armas nuevas le provocó tal embeleso que sus ojos brillaron de excitación. Me hizo un gesto para que fuese tras él, y al instante nos

colocamos entre varios nobles que, asimismo, se habían detenido a observar la belleza de tales obras de arte. Era algo digno de admirar.

—Pero decidme, don Alonso... —me alentó mi secretario, sin dejar por ello de acariciar las afiladas hojas de las diversas espadas que colgaban frente a nuestros ojos—. ¿En qué medida les va a afectar al decano y a don Juan del Valle el hecho de haber recibido esas cartas del padre Golarte?

—Tenemos la obligación de remitírselas al Consejo.

—¿Y qué opinan los demás licenciados? —insistió mi sutil interlocutor.

—Dicen que están escritas con mucho atrevimiento, y no ven con buenos ojos reducir a opiniones y disputas las diversas crueldades de las sectas de brujos. Han alegado, además, que nuestra decisión y actitud está avalada por la gran experiencia del Tribunal.

Don Gonzalo me ofreció una sonrisa bastante atrevida. La contestación de los inquisidores, por taimada, pareció divertirle.

—¿Cuánto pides por esta? —se olvidó de mí por un instante, formulando la pregunta obligada al herrero mientras alzaba la espada que sostenía con su diestra.

—Cuatro coronas —respondió con voz recia, imprimiendo fuerza a sus palabras—. Sepa vuesa merced que suelen valer el doble, pues armas como las que aquí se exhiben sólo se encuentran en la región del Véneto.

—Me quedo con esta —don Gonzalo me pasó la espada para que se la sostuviera mientras sacaba las monedas de su bolsa—. He de reconocer que son las mejores que he visto en varios años.

El herrero, orgulloso, le dio las gracias inclinando la cabeza.

Satisfecho con su adquisición, mi secretario me instó a que regresáramos cuanto antes a palacio, pues debía redactar unas cartas de índole familiar.

—Vuestra señoría no está conforme con las palabras de sus colegas... ¿Me equivoco? —incidió luego, mirándome con fijeza.

Continuó con la conversación que habíamos interrumpido poco antes de que decidiese adquirir una *schivona* para regalársela a un hermano que no veía desde hacía ya demasiado tiempo.

—Ya sabéis, nunca he estado de acuerdo con ellos —me aclaré ligeramente la garganta—, pero esa cuestión no es la que me inquieta. Lo que ocurre es que ayer fui testigo de un hecho que me ha dado en qué pensar.

—Podéis contármelo con toda confianza.

Asentí con un ligero cabeceo. Lo conocía demasiado bien. Su discreción era algo que yo tenía en muy alta estima.

—Un tal Laboyen, visitador del obispado de Pamplona, se ha visto envuelto en un turbio asunto relacionado con una mujer que ha sido acusada de brujería —le fui explicando con calma, al tiempo que caminábamos hacia la Calle Mayor—. Todo comenzó cuando el obispo de Pamplona nos rogó, a los miembros del Tribunal, que intercediéramos por una viuda de nombre María de Endara, que hace cosa de unas

semanas fue arrestada por los alguaciles del brazo secular. Además, resulta que está preñada...

—¡Mal pinta la cosa! —exclamó don Gonzalo, interrumpiéndome.

Algo se olía el muy bribón.

—Dejad que continúe —le rogué, con un poco de paciencia—. Resulta que Laboyen, gran amigo del obispo, iba diciendo por ahí que no existían brujas y que todo era una invención de los más supersticiosos. Cuando se enteró de que el licenciado don Juan había ordenado detener y encerrar a María de Endara, se vino hacia acá, a Logroño, para intentar sonsacarle al alguacil de las cárceles secretas si su nombre estaba entre la lista de los acusados. Este le dijo que no. Aquella respuesta le hizo sentirse bastante más tranquilo.

»Aun así, intentó contactar con la viuda, que seguía presa en las mazmorras, pero don Juan de Jaca no se lo permitió, alegando que para una entrevista privada debía contar con la aquiescencia de don Alonso Becerra. Dispuesto a todo, Laboyen estuvo hablando ayer con el decano. Le rogó que intercediera por aquella mujer y por el hijo que lleva en sus entrañas... —me detuve en la vía pública para mirarlo a los ojos—. ¿Sabéis qué le contestó el de la Orden de Alcántara?

Mi secretario se encogió de hombros.

—Será mejor que me lo digáis. No soy adivino.

—Lo acusó de ser el padre de la criatura. Ante una insinuación así, Laboyen se vino abajo, rompiendo a llorar como un niño.

—¿Culpabilidad, tal vez? —inquirió mi secretario, arqueando una ceja.

—No... impotencia ante las injurias, en todo caso. ¡Agraviado!... Así es como se sentía aquel hombre, os lo puedo asegurar. No suelo equivocarme, como vos, en mi juicio.

Esbocé una sonrisa y seguimos caminando. Para no aburrirlo con problemas jurídicos, y con el fin de que pudiera expresar su alegría por haber encontrado un regalo tan magnífico para su hermano, le pedí que me contase algo más de él y de sus aventuras y desventuras por el Nuevo Mundo.

Pronto nos olvidamos de los problemas que suele arrastrar un caso de brujería tan complejo como era el de los vecinos de Zugarramurdi.

Catorce días después de iniciado el mes de febrero del año de nuestro Señor Jesucristo de 1611, don Alonso Becerra solicitó del Supremo una revisión de los hechos —obligado por el apremio de mis reclamaciones—, pidiendo su conformidad para que uno de nosotros pudiera viajar hasta los pueblos que miran hacia la frontera con Francia para interrogar a los aldeanos. Era imprescindible llevar a cabo una nueva visita a la región de Xareta, pues últimamente habíamos tenido alarmantes noticias de nuevos *akelarres* en las villas de Legassa, Narbart, Oyerigui y Oronoz, y de otros muchos lugares de las distintas comarcas de Navarra, por lo que debíamos actuar con rapidez antes de que el mal se propagase tanto hacia la parte de Aragón

como para la de San Vicente de la Barquera y Santillana.

Adjunto a nuestra suplicatoria iba un elaborado informe redactado por los demás miembros del Tribunal, un cuadernillo donde le señalaban al confesor de su majestad los lugares marcados como conciliábulos diabólicos, además de varios escritos en los que se ponía de manifiesto el triunfo del demonio en las tierras de Navarra y Vascongadas.

Dicha relación era la siguiente:

Reos confidentes	Akelarres	Personas testificadas
34	Zugarramundi y Urdax	124
32	Villa de Vera	187
23	Villa de Lesaka	230
19	Villa de Rentería	82
27	Aranaz y Sumbilla	84
19	Arraioz y Ciga	110
20	Villa de Yanci	40
10	Elgorriaga y Santesteban	84
50	Donamaría	119
20	Çubieta y Aurtez	109
23	Oronoz, Arbarte y Oyeregui	72
17	Legassa	73
15	Leceta en Larraun	32
2	Arriba de Arayz	18
2	Garçayn	9
1	San Sebastián y Asteatu	41
4	Ainduayn	3
2	Fuenterravía	162
3	Urnieta	9
3	Eguinoa	6
1	Alegría de Alaba	—
1	Miranda de Ebro	3
1	Labastiada	1
4	Gaztelu	9

Por otro lado, contradiciendo la deposición de los vecinos que habían sido testigos de las reuniones ilícitas, el obispo de Calahorra enviaba un mentís dirigido al inquisidor general, donde expresaba su desacuerdo con las afirmaciones de los confidentes.

Don Bernardo de Sandoval, a quien yo había puesto sobre aviso en diversas ocasiones, diciéndole que tenía mis dudas con respecto a los métodos utilizados por los juristas inquisidores para conseguir las confesiones, no se fiaba demasiado de las noticias que le llegaban de Logroño, y menos después de leer la misiva del obispo de Calahorra. Tras lo cual, pidió consejo a don Antonio Venegas de Figueroa, obispo de Pamplona. Le urgía conocer su opinión para hacerse una idea más ecuánime de lo que estaba sucediendo en el valle de Baztan.

La carta que recibió el tío del duque de Lerma, y que pude leer un año y medio después en un viaje que hice a Madrid, decía lo siguiente:

Y con esto digo a V.S.I. que siempre he creído que en este negocio existe un gran fraude y engaño, y que de tres partes de lo que se dice, dos no son verdad. Todo lo que afirman esos niños, mozas y hombres, es fruto de la diligencia de los comisarios de la Inquisición, que se mueven con celo y por motivos particulares, como lo verá V.S.I. por la gran cantidad de testimonios que me han aportado los vecinos. He verificado que en este asunto no hay tanto daño como se habla. Todo es ilusión y ficción, levantamiento nacido de las mentes de los más jóvenes y de los ignorantes. Y si lo dicen, es por lo que han oído de las gentes que vienen de Francia, donde hubo persecuciones de brujas.

A todo esto hubo que sumarle la opinión del rector de Santesteban, quien suscribía las palabras del obispo de Pamplona.

La gota que colmó el vaso fue la carta escrita por el padre Golarte con fecha del primero de abril, y que recibió el Consejo de Madrid poco después. En ella, fray Hernando ponía de manifiesto que «los inquisidores de Logroño —se refería a don Juan del Valle y a don Alonso Becerra— no eran nada inteligentes y que, por eso mismo, mejor se estaban callados y quietos». Además, exhortaba al arzobispo de Toledo para que enviase a otro inquisidor que no fueran ellos, con el fin de tomar declaración a los vecinos de las distintas villas implicadas en los casos de brujería.

Por supuesto, ante tal diversidad de opiniones, don Bernardo de Sandoval se vio obligado a responder a la suplicatoria enviada por mi secretario poco antes del Auto de Fe, en la que le exponía mi deseo de visitar la región de Xareta. En la carta que me envió semanas después, mi mentor me pedía encarecidamente que marchase hacia las tierras altas de Navarra con un edicto de gracia, pues era aconsejable remitir los pecados y faltas de quienes declarasen, por propia voluntad, formar parte de la secta de los brujos, cosa que facilitaría mi tarea como inquisidor. De igual forma, me aconsejaba iniciar el periplo por la comarca cercana al Pirineo, que era el lugar donde se habían dado los primeros casos de brujería. De allí debía dirigirme a los valles de Salazar y Roncal, avanzando hacia el oeste, para luego bajar hacia el llano. También me rogó que llevase conmigo a dos secretarios que me enviaba desde Madrid, y a

cualquier otra persona facultada de mi confianza que pudiera necesitar.

Después de comunicarles la noticia de mi viaje a los demás miembros del Tribunal, el arzobispo de Toledo les remitió un despacho donde les prohibía maltratar a los brujos que fueran a gozar del edicto de gracia, así como erigir tribunales extraordinarios sin su pleno consentimiento.

Tras lo cual, los tres inquisidores firmamos un documento que remitimos al Consejo, y que comenzaba así: «El señor inquisidor Salazar va a la visita, como ya sabe V.S.I., para remediar los grandes males que el demonio va introduciendo por todas partes de la región...».

Días más tarde iniciaba mi viaje hacia las villas fronterizas, llevando conmigo a mi leal secretario y otros dos más impuestos por la Suprema. Abandoné Logroño con un ferviente deseo de justicia, y con la firme convicción de que habría de llegar hasta el fondo del problema.

Había llegado la hora de la verdad.

XXVIII

Por su fiereza de ánimo, el desagradable espectáculo al que asistimos a las afueras de Legassa nos cortó a todos la respiración. Lo primero que pensé, una vez que fui testigo de aquel horror, es que la Divina Providencia me había conducido a un lugar donde el desprecio a la vida ocupaba un lugar preferente en el pensamiento de los hombres. El delirio se había apoderado de las gentes de aquella comarca, quienes actuaban sin temor de Dios efectuando toda clase de atrocidades.

La imagen de aquella pobre mujer, atada por las manos a la gruesa rama de un nogal que crecía junto al camino, desnuda, magullada a golpes, con una extensa decoloración en la piel y la cabeza inclinada hacia atrás —detalles que confirmaban una muerte violenta—, resultaba tan espeluznante y repulsiva que dos de los mozos que venían con nosotros, tras sobrevenirles las arcadas, tuvieron que allegarse hasta los matorrales que había más allá de la senda con el fin de vomitar lejos de nuestra vista. Según calculé, aquella desgraciada debía llevar varios días colgada del árbol, de ahí el hedor que llegaba hasta nosotros en nauseabundas oleadas. Una nube de moscas revoloteaban alrededor de aquel despojo humano mientras los cuervos seguían adelante con su macabro festín, picoteando sus orejas, cuello, ojos y pómulos.

—Deben de haber sido los vecinos del lugar —apuntó don Gonzalo, cubriéndose la nariz con la parte más alta de su esclavina.

—Eso me temo —convine al instante. Me persigné después, movido por un sentimiento de piedad hacia aquella mujer—. Lo que viene a demostrar que las delaciones han prosperado, y que la plebe no se somete a la autoridad local que ejercen los comisarios inquisitoriales. Se están tomando la justicia por su mano, algo inaceptable... y eso podría afectar nuestra labor.

El oficial de los alabarderos que nos servían de escolta se acercó a nosotros.

—¿Desea vuestra señoría que la enterremos? —preguntó, intuyendo una respuesta afirmativa por mi parte.

—Sí, por el amor de Dios —arrugué la nariz, pues el viento había cambiado de dirección y ahora arrastraba el insoportable tufo hacia nosotros.

Dos de los soldados con más estómago se acercaron al árbol, decididos a ejercer de sepultureros. Cortaron la cuerda que sostenía el cuerpo sin vida de la mujer, y esta cayó al suelo como un títere sin hilos. Arrastraron el cadáver como a unas diez varas castellanas de distancia del camino, colocándolo en mitad de un campo sin roturar. Como no llevaban pala para cavar la tierra, ni herramienta semejante, los voluntarios

fueron en busca de diversos peñascos con los que cubrir el cuerpo de aquella desdichada.

—Tal y como yo veo el asunto, los ánimos de estas gentes andan enaltecidos —comentó mi secretario, bajándose del caballo para ejercitar las piernas después de haber estado cabalgando durante horas—. Incluso es posible que algunos de los vecinos se estén aprovechando del revuelo que han suscitado las delaciones para hacerles mal a todos aquellos que consideren sus rivales, diciendo de ellos que son brujos cuando no lo son.

—Cierto... es lo que suele ocurrir la mayoría de las veces —confirmé sus palabras—. Por eso hemos de ser juiciosos, y rechazar cualquier testimonio de inculpación si no se tienen pruebas fehacientes. Ante todo, hemos de confirmar la participación del acusado en un *sabbat* y, por supuesto, saber con certeza que es culpable de lanzar un maleficio de muerte a alguno de sus rivales. No estoy dispuesto a incurrir en el mismo error que don Juan del Valle.

—Al margen de las suposiciones... ¿Qué hay de los crímenes que se cometen de forma impune, como el de esta mujer, y del procedimiento ilegal que conlleva saltarse las normas? ¿Acaso los alcaldes de casa y corte no actúan contra quienes ajustician a las sorginas a su antojo? —inquirió don Francisco de Peralta, acercándose a nosotros. Era uno de los secretarios enviados por el Consejo de Madrid para que fuese testigo de los interrogatorios que tendría que realizar en estas tierras—. Me gustaría saber por qué don Tristán de Alzate, o el virrey de Navarra, no han tomado medidas que contengan a los más resueltos y violentos.

—La pasividad del señor d'Urtubie es comprensible. No hará nada que favorezca los intereses del campesinado libre de Zugarramurdi, como tampoco pondrá freno a toda esta revuelta, nacida de la superstición y el resentimiento, porque las detenciones refuerzan su autoridad y merman la de sus antiguos adversarios, que son los Zabaleta —cansado de estar en la misma postura, también yo me bajé del caballo—. Con deciros que parte de las tierras confiscadas a los procesados en el Auto de Fe de Logroño han ido a parar a manos de la familia Alzate, quien, a su vez, las ha donado al monasterio de Urdax.

—Hualde, Aranibar... y hasta hace bien poco San Paul —don Gonzalo fue enumerando a los principales detractores de las brujas—. Los tres son paniaguados de don Tristán, por lo que proceden según las disposiciones de este, quien a su vez gratifica a sus partidarios con cesiones de terreno y otras mercedes.

—Es como una rueda que siempre gira en el mismo sentido —parafraseé metafóricamente—. Si nos colocamos frente a ella, acabaremos arrollados.

—Eso quiere decir que hemos de actuar con prudencia... ¿Cierto? —insistió don Francisco, hombre de una gran carnosidad bajo la quijada y fuerte como un toro.

Asentí en silencio con la cabeza.

—Con prudencia y cautela —remarqué después—. Lo último que hemos de hacer es interferir en las luchas internas que existen entre las distintas familias de la región.

Nuestro único cometido es interrogar al pueblo llano sobre el asunto de las brujas, nada más.

El oficial nos avisó de que habían terminado de erigir un túmulo de piedras sobre el cadáver, y que podíamos seguir adelante después de haber cumplido con nuestra obligación de buenos cristianos.

Santesteban estaba a menos de media legua de distancia. Y era el destino final de nuestro viaje.

El rector de Santesteban, don Miguel de Yrisarri, nos recibió frente a las puertas de la iglesia después de que un muchacho del pueblo corriera a avisarle de nuestra llegada. Sus palabras de bienvenida fueron escuetas, pronunciadas con mucho tiento y frialdad. Estaba bastante rígido, pétreo como una estatua de mármol. Pensativo. Confuso.

Lo descubrí en su mirada: recelaba de nosotros; sobre todo de mí, por ser el canónigo inquisidor.

Tras oírme decir que mi labor en la comarca habría de ser exhaustiva, que estaba allí para averiguar la verdad de lo ocurrido y revisar las confesiones, y que no me dejaría influenciar por exigencias ni consejos de nadie, cambió de opinión con respecto al motivo de mi visita. Una ligera sonrisa se esparció por todo su rostro. Creo que fue entonces cuando me gané su confianza.

Tal fue así, que aproveché la oportunidad para ponerme a prueba.

—Sé que estaréis cansado del viaje, pero me haríais un gran favor si esta misma tarde accedéis a venir conmigo a casa de María de Çuraurre —dijo con serenidad, aunque firme en su decisión—. Con ella vive, desde hace unos meses, una vecina de Ciga llamada Graciana de Serorena. Aguardan vuestra llegada desde hace varios días. Tienen algo que contaros.

Le dirigí una inquisitiva y fugaz mirada a don Gonzalo, que estaba apostado a las puertas de la iglesia junto a los demás secretarios, aguardando a que terminásemos de hablar. Se encogió de hombros, dándome a entender que era asunto mío, y no suyo, aceptar la propuesta del hombre que iba a ser nuestro anfitrión durante los próximos meses.

—De acuerdo —pensé que algún provecho habría de sacar de aquella entrevista—. Iremos a verlas después de que los mozos suban a los dormitorios los baúles y fardeles.

—¡Excelente! —don Miguel de Yrisarri juntó las yemas de sus dedos, acusando una actitud bastante más amigable que en un principio—. Os indicaré vuestros aposentos, si me lo permitís —añadió a continuación.

Fuimos tras él mientras los mozos se hacían cargo de las monturas y del equipaje. Recorrimos la senda arbolada que conducía a una de las puertas del huerto, y de allí fuimos directos al claustro. El cillerero salió a nuestro encuentro. Nos preguntó si deseábamos comer algo antes de alojarnos —ellos acababan de cenar—. Declinamos

la invitación, pues ninguno teníamos hambre. Hizo un gesto de aprobación, situándose después junto al párroco. Uno tras otro, subimos por las angostas escaleras que ascendían en espiral hasta alcanzar una amplia sala dividida en diversos sotabancos: mis aposentos, y aquellos que habrían de ocupar los distintos secretarios que me acompañaban.

Después de que los soldados acomodaran a los caballos en los establos y los mozos deshiciesen el equipaje, volvimos a bajar a la iglesia. El cillerero regresó a sus obligaciones. El hecho de habernos acompañado a los dormitorios se debía, simplemente, a las pautas de cortesía que debían observarse en un monasterio.

Tal y como le habíamos prometido al rector, fuimos a ver a esas mujeres que aguardaban nuestra visita. Encabezábamos la comitiva don Miguel y yo, seguido de mis secretarios y dos alabarderos al servicio de la Santa Inquisición. El caserío no estaba muy lejos, por lo que el trayecto apenas nos llevó unos minutos.

Nada más detenerme frente a la puerta de entrada, pude ver una cruz de piedra sobre el dintel. A su lado, alguien había escrito con letras bastante legibles:

Cristo vence. Cristo reina. Cristo me defiende de todo mal. Demonios malditos y excomulgados. En virtud de estos santos nombres de Dios: Mesías, Emmanuel, Salvado Salvador, Santo, Fuente, Inmortal, Geobá, Adonai, Itetra, os obligamos y separamos de esta criatura de todo lugar y casa donde estuviesen estos nombres y signos de Dios y os mandamos y obligamos para que no tengáis poder de hacernos daño por peste, ni por cualquier otro maleficio, ni en el alma ni en cuerpo. Salid, salid, salid malditos hacia el lago de fuego o hacia los lugares designados por Dios para vosotros.

—Según deduzco deben ser gente cristiana, aunque también supersticiosa — opiné, pensativo.

Don Miguel asintió en silencio, circunspecto. Firme en su decisión golpeó la puerta. Esta se abrió segundos después.

En compañía de mis secretarios y dos alabarderos que nos servían de escolta, entré en el caserío de María de Çuraurre después de que ella misma nos invitara a hacerlo.

—¡Pasad! —nos apremió con un gesto de su mano—. Estáis en vuestra casa.

Aunque no llegué a entender el significado de sus palabras, pues la gran mayoría de los vecinos de aquellos pagos hablaban el idioma de los navarros, por el tono de su voz y la radiante expresión de su rostro comprendí que se alegraba de vernos.

Nada más cruzar la vieja puerta pude ver a dos mujeres sentadas frente a una larga mesa que ocupaba el centro de la cocina. Vestían con sencillez, y eran recatadas por lo que pude observar. Cubrían sus cabellos con albanegas de lienzo, y ocultaban los hombros y las escotaduras de sus jubones con rebociños de lana que sujetaban por delante con las manos.

—Será mejor que toméis asiento —me aconsejó el rector.

Me acomodé en una de las sillas que había al otro lado de la mesa, y al instante sentí cómo las miradas inquisidoras de aquellas mujeres parecían querer escrutar mi alma, desnudarla: averiguar cuáles eran realmente mis intenciones.

Don Gonzalo y demás secretarios permanecieron de pie, al igual que don Miguel de Yrisarri. La dueña de la casa regresó junto a sus invitadas.

—Y bien... ¿Qué es eso tan importante que tienen que decirme? —le pregunté al rector, esperando que supiera explicarme qué hacíamos allí realmente.

Don Miguel se dirigió a una de las mujeres, hablándole en su muy antigua lengua natal. Ella lo escuchaba con atención, afirmando en todo momento.

—Le está pidiendo que os cuente lo que acaeció hace un año, cuando don Juan del Valle visitó estas tierras —me tradujo don Gonzalo en voz queda, pues sabía demasiado bien lo que me incomodaba no enterarme de las conversaciones entre navarros.

Cuando el párroco terminó de hablar, la mujer en cuestión se prestó a referirme su historia mirándome a los ojos. Una vez más, mi secretario hizo de intérprete.

Y así, pude saber que se llamaba Graciana de Serorena, y que era de Ciga, villa cercana a Arraioz. Nos dijo que sus vecinos la habían acusado de bruja ante el abad de Urdax, y todo porque en cierta ocasión la oyeron hablar a solas en el campo mientras recolectaba manzanas de los árboles. Nos explicó que solía hacerlo a menudo, añadiendo que eso no significaba que tuviese tratos con el diablo, sino que era fruto del rapto que le originaba el profundo sentimiento de soledad que embargaba su alma desde que muriera su esposo.

La tranquilicé, diciéndole que una actitud así resultaba irrelevante, casi infantil, y que por lo tanto aquello no tenía por qué estar relacionado con el asunto de las brujas.

Ella, a pesar de todo, temblaba como un conejillo recién nacido.

—¡Pardiez! —exclamé indignado, dirigiéndome al rector de Santesteban—. Esta mujer está aterrorizada.

—Por favor... dejad que termine —me rogó este—. Estoy seguro de que si la escucháis hasta el final, comprenderéis por qué hace unas semanas apoyé la crítica del obispo de Pamplona cuando afirmó no haber encontrado pruebas que corroboraran la culpabilidad de los condenados a muerte en Logroño.

—De acuerdo, te escucho —le hice un gesto amable a la mujer para que continuara hablando.

Graciana siguió adelante con su relato. Mi secretario, fiel a su labor, me iba traduciendo las palabras en su exacto significado.

—Fray León de Aranibar llegó con otro hombre, un escribano de la villa de Narbart —nos dijo—. Después me condujeron hasta Elizondo, donde fui interrogada por los hombres del brazo secular. Durante quince días, tras un largo y riguroso interrogatorio, me encerraron en una celda maloliente infectada de piojos y cucarachas. Fui aherrojada a la pared sin piedad, con los brazos por detrás de la

espalda para que la tortura resultase más dolorosa.

—¿Te maltrataron para que les dijeras los nombres de alguna otra bruja? —quise saber.

—Sí, lo hicieron... y yo tuve que inculpar a un buen puñado de inocentes, delatarlos sin que me hubiesen hecho ningún mal. Estaba asustada. Yo... siento mucho... —titubeé unos segundos, antes de añadir de forma precipitada—: ¡Vuestra señoría ha de saber que jamás he tenido tratos con el demonio, que no soy bruja... y que si confesé lo contrario fue para que me dejaran en paz! ¡El dolor! ¡No podía soportarlo!

Ahogándose en un mar de lágrimas se cubrió el rostro con ambas manos, terriblemente afectada por el recuerdo de los deplorables momentos vividos en el ayer.

—Nadie en la región se fía ya del prójimo —afirmó la otra mujer que las acompañaba, de nombre María Miguel de Erniaga—. A cualquiera que hable de marcas diabólicas, vuelos, abjuraciones y reniegos, se le tiene en cuenta y es delatado por los «familiares». Algunos clérigos, como don Lorenzo de Hualde y el comisario de Lesaka, subyugan la voluntad de las gentes gracias al terror que imparten desde el púlpito. Incluso se han llevado consigo a los niños de Vera y hace un año que nadie sabe de ellos. Las delaciones han afectado la relación entre los miembros de una misma familia. Ahora se acusan unos a otros: padres a hijos... hijos a padres.

—Los que fueron acusados de brujería acabaron reconociendo su culpa, y todo porque el temor que suscita el suplicio es mayor que el sentido común —terció María de Çuraurre—. Primero, reconocieron que eran brujos y que habían causado grandes males a los vecinos. Luego, cuando el brazo secular dejó de aplicarles tormento, volvieron a retractarse —echó su brazo por encima del hombro de Graciana, tratando de consolarla—. Pero eso ya no importa, pues sus firmas están impresas en las actas de la Santa Inquisición. De ahí que muchos viajen a Logroño con el fin de buscar el perdón del Tribunal. Necesitan explicarles de qué modo fueron coaccionados por los sacerdotes y por los alguaciles inquisitoriales. Sólo buscan remedio.

Aquella escena, que fielmente describía la dueña del caserío, me recordó el comportamiento de los primeros detenidos en Zugarramurdi. Jamás se hubiesen imaginado que su viaje a Logroño, en busca de redención, habría de conducirlos directamente al infierno inquisitorial.

—¿Conocéis más casos como este? —le pregunté a don Miguel.

—Tantos, que podría estar hablando de aquí a mañana.

—¿Don Juan del Valle llegó a escuchar el testimonio de esta mujer?

—Así es —afirmó el rector—. Y lo hizo sentado en la misma silla que vuestra señoría ocupa en este momento.

—¿Puedo saber cuál fue su opinión?

—Que María era una bruja y que, como tal, mentía descaradamente.

La actitud del licenciado, en verdad, llegó a preocuparme. Su prejuicio, cuando

no oscuro interés, era ilimitado. La investigación realizada por don Juan resultó ser un fraude, a mi modo de ver.

—De acuerdo —me puse en pie—. Tendré en cuenta el retracto. Mis secretarios son fieles testigos de esta conversación.

—Antes de que os vayáis, me gustaría que me dijeseis si estáis aquí para ayudar a estas pobres gentes, o si por el contrario forma parte de un trabajo rutinario que debéis cumplir por orden del inquisidor general de Madrid... una labor de la que quizá os olvidéis una vez que volváis a Logroño.

Me molestó la insinuación de don Miguel, aunque al pronto recordé que una actitud tan razonable y objetiva como la mía no era la que podría esperarse de un inquisidor. Era del todo natural que dudara de mis palabras.

—Os lo dije antes, y os lo repito ahora —le recordé, con extrema frialdad, haciendo hincapié en mis palabras—. He venido para saber qué es lo que está ocurriendo realmente en la región. Si es cierto que el demonio se asienta en estos pagos, antes o después me enfrentaré a él. Pero si todo es fruto de la imaginación de la plebe, y tras las delaciones se esconde el interés, la envidia o la venganza, tened por seguro de que los culpables pagarán por ello.

—Celebro saber que vuestra señoría está dispuesto a llegar hasta el final, algo que no sólo os honra sino que además demuestra perspicacia y discernimiento. ¿Sabéis...? —ladeó el rostro para mirarme fijamente—. Hasta puede que vuestra señoría descubra la verdad antes de tiempo, si realmente se lo propone.

—¿Por qué decís eso? —inquirí, un tanto perplejo.

Mi interlocutor apretó sus labios, proyectando luego un gesto que expresaba cierta indecisión. No parecía estar seguro de querer decírmelo.

Tras vacilar unos segundos, que se me hicieron eternos en un plúmbeo silencio, me respondió con otra pregunta:

—¿Os gustaría ser testigo de un *akelarre*?

Nías después de instalar mi oficina en la iglesia de Santesteban, don Miguel de Yrisarri, mis secretarios y yo, marchamos hacia Lesaka con el fin de concederles audiencia a todos aquellos que tuvieran algo que decirnos con respecto a las brujas del lugar, y también a quienes, aprovechando el edicto de gracia, decidieran renunciar al demonio y acogerse de nuevo a la misericordia de Dios.

Como era nuestra obligación, fuimos a visitar al comisario inquisitorial fray Juan Martínez de San Paul, sobrino del antiguo rector de la villa, quien se alegró mucho al vernos entrar en su parroquia. Tal y como pude observar, había niños por todos los rincones: en el coro, en los corredores, en el refectorio, e incluso por los jardines del claustro. Eran como una plaga: un enjambre de abejas revoloteando a nuestro alrededor, con sus risas y encuentros pueriles que degeneraban en enloquecido tumulto.

—Las cosas han llegado a tal extremo que los padres de estas criaturas están dispuestos a tomarse la justicia por su mano. Piensan darle muerte a las viejas sorginas que pululan por el valle, pues se dice por ahí que se llevaron a sus hijos al *akelarre*, que los martirizaron con sogas por no querer renegar de Dios, y que después los azotaron con cardos y ortigas —comentó fray Juan mientras nos conducía por un atajo a través de los establos para llegar cuanto antes a la parte trasera de la iglesia—. Aquí puede pasar como ocurrió en Aranaz, donde un joven acusó a un vaquero de haberlo llevado a las juntas de las brujas. Durante el interrogatorio, el padre del muchacho se echó sobre el acusado y le puso un puñal en la garganta, jurando que habría de matarlo allí mismo si no se reconocía culpable. Por supuesto, lo hizo... confesó habérselo llevado a una junta de brujas. Sin embargo, con el tiempo se supo que todo era mentira, que el joven mozo había dicho todo aquello porque el seso no le regía bien —suspiró, moviendo la cabeza de un lado a otro con cierto abatimiento—. La verdad, ya no sé que pensar. Cuando era mi tío quien ocupaba el cargo de comisario, todos teníamos la certeza de estar actuando de forma lícita. Sin embargo, ahora... ¡Es todo tan confuso! —alzó las palmas de sus manos, como invocando al Cielo.

—Para eso me han enviado... para aportar algo de luz al asunto de las brujas —le dije, con pleno convencimiento.

—Espero que lo consigáis —fray Juan parecía sincero—. Hemos de acabar de una vez por todas con este desorden que sólo genera violencia y desconfianza entre los vecinos.

Don Miguel intervino en la conversación.

—¿Habéis hablado del edicto de gracia con vuestros parroquianos?

De esta forma, concediéndoles el indulto a todos aquellos que abjurasen del diablo, los miembros del Tribunal de Logroño esperábamos hacernos una idea de lo que realmente estaba sucediendo en la región.

—Con ellos, y con todos los que reconocieron estar bajo la influencia del maligno —respondió finalmente el comisario inquisitorial—. De hecho, ya hay algunos que aguardan en la sacristía el momento de que vuestra señoría inicie la audiencia.

—Si es mi aprobación lo que necesitáis, podemos aplazar nuestra entrevista para más tarde —me detuve en mitad del corredor. También yo estaba deseando iniciar las visitas—. Será mejor que nos prestéis un despacho donde podamos recibir a quienes buscan reconciliación, y que les vayáis haciendo pasar de uno en uno.

Tras aquel cambio de planes nos dirigimos a un pequeño cuarto que había junto a la herboristería, que aunque hacía años que nadie lo utilizaba, y había polvo amontonado por todos los muebles, era idóneo para nuestra labor porque sus ventanales daban al claustro. De este modo, podríamos respirar aire fresco en un día que se presentaba sumamente caluroso.

Apenas tardamos unos minutos en limpiar la estancia y en colocar sobre la mesa los útiles de escribanía, pergaminos, sellos, lacres y demás adminículos que llevábamos con nosotros. Los secretarios tomaron asiento frente a otra mesa más amplia que había cerca del ventanal, por aquello de que tuviesen luz para escribir. Don Miguel, fray Juan y yo, ocupamos la tribuna como miembros pertenecientes a la clerecía y al Santo Oficio.

Se nos unieron dos frailes de avanzada edad, que se presentaron como fray Domingo de Sardo y fray Isidoro de Elizondo, los consejeros del comisario inquisitorial. Con paso lento, sin prisa alguna, fueron a sentarse en unas cátedras similares a las que podían verse en los coros de las iglesias, situadas al fondo del muro. Y lo hicieron en silencio de camposanto, con marcada solemnidad.

El primero en cruzar la puerta fue un niño de unos once años, que iba acompañado de una mujer robusta y de un hombre cuyo rostro aparecía tiznado de hollín —debía de ser carbonero—. Les fui preguntando, uno a uno, cuál era su nombre, y ellos respondieron conforme al turno de interpelaciones. De este modo, me enteré de que el muchacho se llamaba Joanes de Picabea, al igual que su padre, y que a la madre se la conocía como María de Otxogorria.

—No tengas miedo y habla... ¿Es cierto que eres brujo? —le pregunté al rapaz, yendo directamente al fondo de la cuestión.

Este apenas tuvo valor para mirarme a la cara. Guardó silencio. Le era imposible hablar.

Transcurridos unos segundos de incertidumbre, la situación resultaba demasiado incómoda para ambos. Los padres, alejados de él para que no pudieran interferir en el interrogatorio, le lanzaban escuetas miradas a su hijo para luego volver a inclinar sus

rostros hacia el suelo. Ante todo, eran respetuosos.

Como ya tardaba en responder, volví a formular mi pregunta. Don Gonzalo tradujo de nuevo mis palabras.

En esta ocasión hubo suerte.

—Si estoy aquí no es para confesar que soy brujo, que eso ya lo hice meses atrás... —contestó finalmente en voz queda, huidizo.

—¿Ah, sí? —No tenía conocimiento de ello—. Y dime... ¿Fuiste interrogado por el licenciado don Juan del Valle?

—Así es, como dice vuestra señoría.

—¿Y qué fue lo que le dijiste? —insistí, a la espera de una respuesta.

—Que era brujo desde que comencé a andar. También le conté las cosas que se hacen en los conventículos... y le dije que mi maestra era una viuda de Urdax llamada Margarita de Viscancho.

Reflexioné unos instantes, antes de volver a preguntarle.

—Entonces, cuéntame... —le hablé de un modo más paternal, tratando de crear un ambiente menos coercitivo. Debía inspirarle confianza. Al fin y al cabo, sólo era un niño—. Si ya confesaste tu pecado, y luego pediste perdón al inquisidor del Santo Oficio... ¿Para qué has venido?

—Necesitaba decirle a vuestra señoría que todo aquello que confesé ante el otro inquisidor es falso —los dedos de sus manos volvieron a trenzarse en un frenético juego sin fin—. Es que... —titubeó un poco—... corrió la voz de que yo era brujo. Lo decía todo el mundo, aquí en Lesaka como en otras villas. Eran tantos quienes lo afirmaban, que finalmente me decidí a confesarlo. Pensé que así, admitiendo mi culpa aunque fuese mentira, la gente me dejaría en paz.

—¿Quiere eso decir que nunca has acudido a un *akelarre*?

—Jamás —el rapaz inclinó la cabeza; avergonzado—. Lo único que sé, es lo que se dice por ahí —se encogió de hombros—, lo que todo el mundo sabe.

Escribí unas palabras en el cuadernillo, simples anotaciones. A continuación, le pedí a don Gonzalo que les transmitiera mi venia para que pudieran marcharse. El niño quedaba absuelto *ad cautelam*.

Fray Juan se puso en pie, excusándose con cierto rubor. Una necesidad fisiológica del cuerpo le acuciaba y tenía que marcharse.

Asentí conforme, pues existían sobradas razones para hacerlo. Mi secretario ocultó sus labios con la mano para no reírse, y yo tuve que recriminar su actitud con una de mis terribles miradas. Al instante recobró la compostura.

La siguiente en entrar fue una mujer de unos treinta años de edad, aproximadamente. Se presentó como María Martín de Legarra y dijo estar soltera.

—¿Conoces a alguna bruja? ¿Eres tú misma una de ellas? —pregunté de forma directa, sin vacilaciones.

—No... no soy ninguna bruja.

—¿Entonces?

—Vengo a retractarme.

Torcí el gesto. Aquello se estaba convirtiendo en una costumbre.

—Continúa... —la alenté para que siguiera hablando.

—Hace dos años trabajaba para don Domingo de San Paul... ya sabéis, el tío del nuevo vicario. Por cierto... —buscándolo entre los presentes, reviró la mirada hacia el fondo del cuarto, donde se sentaban los consejeros espirituales de fray Juan— debe de andar muy ocupado cuando no está por aquí. Parece ser que me rehuye.

No me gustó el tono de voz empleado, ni su irónica reflexión. Resultaba presuntuoso, y más en una mujer. Tampoco me agradaron sus palabras cuando me las tradujo mi secretario.

—Si está atareado o no, es un asunto que no te concierne —la amonesté—. Y ahora, más te vale decirme a qué has venido. Si ha sido para burlarte... ¡Cuidado, mujer! —alcé el índice de mi mano derecha—. Puedo hacer que te azoten.

Con algo más de miramiento y menos ventolera, María Martín se aprestó a contarme su historia.

Por lo visto, influenciada por los consejos del vicario —que la instruyó previamente sobre lo que debía decir si quería seguir trabajando en la iglesia—, tiempo atrás había confesado pertenecer a la secta de hechiceras, frecuentar las reuniones brujescas y mantener una amistad de varios años con las sorginas de los alrededores. Y lo hizo ante don Juan del Valle Alvarado, licenciado del Tribunal de Logroño, porque así se lo exigió el comisario inquisitorial de Lesaka.

Una vez más, el nombre de mi colega se veía inmiscuido en un caso de coacción. No sería el último.

—¿Y por qué revocas ahora tu confesión?

Tenía curiosidad por saber la causa de tantas retracciones. Puede que existiesen otros motivos al margen de acogerse al edicto de gracia. Y si era así, necesitaba saberlo cuanto antes.

—Las tornas han cambiado. Ahora, todos aquellos que en su momento se reconocieron brujos son torturados por grupos de gente que actúan sin ser parte legítima del asunto. Algunos de los vecinos andan metiéndoles los pies en agua helada a los sospechosos de adorar al demonio, colgándolos de un puente sobre el río o aherrojándolos a un árbol... abandonados a su suerte durante toda una noche —cogiendo cada una de las puntas del chal que cubría sus hombros, se lo cerró con fuerza sobre el pecho—. Una mujer ha muerto en Sumbilla. Y en Aurtiz, un barrio de Ituren, dieron tormento a una preñada... hasta la muerte —exteriorizaba un indefinido temor a través de sus ojos—. Vuestra señoría debe perdonar mi atrevimiento, pero si me retracto no es por hacer honor a la verdad, sino porque no quiero morir por culpa de mi propio engaño.

Le dije que no tenía nada de qué preocuparse, que me ocuparía personalmente de que estuviese vigilada por dos de mis soldados hasta que dijera de marcharme. Aquello la tranquilizó, incluso volvió a recobrar el rubor de sus mejillas.

Y así, durante cerca de dos horas, estuve recibiendo a todos aquellos que llevados por el temor o por el deseo de limpiar su conciencia, habían decidido retractarse de las confesiones firmadas un año atrás. Me sorprendió la gran cantidad de niños y jóvenes que en su día, como si de un singular juego se tratase, habían delatado a varios de sus vecinos.

Entre quienes me solicitaron audiencia, había un pastor de quince años de Etxalar. Este me contó cómo su ama y otra mujer, con engaños y arrumacos, le habían prometido una camisa nueva y cuatro reales si iba diciendo por ahí que María Tomás de Arburu, rival de ambas, se lo llevaba todos los viernes al *akelarre* con el fin de adiestrarlo en las artes del fornicio y para que sirviese de lacayo al demonio. El muchacho accedió al malintencionado capricho de aquellas mujeres, sobre todo por temor, para no desairarlas. Pero las tornas cambiaron cuando se vio atrapado en la red de preguntas y en el compromiso de responderlas. Obligado por las circunstancias, no tuvo más remedio que delatar a otros jóvenes de su misma edad.

También me encontré un caso en el que dos hermanas de Eguinoa vinieron a declarar con lágrimas en los ojos, diciendo que su padre había desgarrado el vestido de ambas para ponerles un puñal en el pecho, y que las había obligado a confesar que un vecino suyo, con el que siempre estaba en disputa por culpa de los linderos de sus respectivas tierras, se les aparecía todas las noches en su cuarto en compañía del diablo para inducirlas a caer en la tentación de la carne. Pretendía, el muy bellaco, colocar a su enemigo en un serio aprieto frente a los alguaciles del brazo secular, diciendo que había lanzado un hechizo a sus hijas cuando lo único que buscaba era darle un escarmiento del que no se olvidase jamás.

En otra entrevista, una joven moza se arrodilló ante mí nada más entrar en el despacho, pidiendo misericordia porque había actuado con falsedad. Reconoció, con visible arrepentimiento, haber delatado a varias mujeres del pueblo, y todo porque unas alcahuetas la amenazaron de muerte si no lo hacía. Le pedí que me diera sus nombres, pues tendría que hablar con ellas para cerciorarme de que eran ciertas sus palabras. Me informó de ello sin ningún reparo. Su actitud me llevó a pensar que decía la verdad.

Anoté los nombres de esas mujeres en mi librito, y también los secretarios. Ya habría tiempo de corroborar aquella y otras historias.

Poco después recibí a María Odiá, hermana de Joanes de Odiá, uno de los reos que habían fallecido en las cárceles secretas del palacio inquisitorial. Aquella mujer reafirmó la declaración firmada un año atrás en presencia de don Juan del Valle. Me dijo, en un tono de voz casi teatral, que había asesinado a su hermano echándole unos polvos sobre la cara cuando dormía, algo que no sólo resultaba imposible sino también absurdo. Cuando Joanes falleció ella estaba en Zugarramurdi, y él en Logroño. Además, el motivo de la defunción había sido la peste negra y no un maleficio.

La despedí de inmediato, tomándola, literalmente, por loca.

Agotado a causa del interrogatorio, di por concluida la audiencia. Necesitaba descansar y poner en orden mis pensamientos. Me sentía confuso, desconcertado. Lo único que pude sacar en claro de aquellas entrevistas, es que la maldad del hombre no se hallaba en su ira, en su orgullo o en su envidia, sino que residía en su ignorancia.

—¿Veis cómo las cosas no son como se atisban desde Logroño? —me preguntó don Miguel de Yrisarri, aspirando con fuerza el aire tibio de aquella noche de principios de verano.

Caminábamos a solas por los alrededores de Lesaka, en dirección al bosque. La tenue luz de la luna llena, surgiendo majestuosa por el horizonte, comenzaba a reflejarse sobre los mordidos peñascales que rodeaban la villa. Nunca un paisaje me había parecido tan reposado y agradable como en esa noche.

—He de reconocer que tenéis razón —le dije—. Y aunque bien es verdad que algo intuía con respecto a la imaginación de estas gentes, jamás llegué a sospechar que el licenciado don Juan del Valle llegara a ser tan inútil en su tarea como inquisidor.

—Que no os engañe vuestro colega del Tribunal —ironizó—. Si actuó de ese modo, es porque el muy zascandil andaba religado con el tío de nuestro anfitrión y con otros comisarios, como Hualde, con el fin de sacar el mayor beneficio posible al asunto de las brujas.

—¿Qué interés podría tener el licenciado?

Formulé mi pregunta sin saber muy bien si iba a ser capaz de aceptar de buen grado la respuesta. Tarde me arrepentí.

—La verdad debéis buscarla en Madrid —me confesó en un tono de voz misterioso—. No hace falta que os recuerde que estas tierras, al margen del rey, son de los antiguos señores de Navarra. Y más aún, sabed que la madre de don Tristán fue espía de Felipe el Segundo, así como lo es también el señor d’Urtubie de nuestro actual monarca —ladeó su rostro para mirarme con fijeza a los ojos. Buscaba conectar con mis sentimientos, y a un mismo tiempo promover mi sentido común—. ¡Palacio! ¡Palacio! ¡Palacio! —exclamó reiteradamente—. El clero y los reyes siempre hemos sabido qué es lo mejor para nosotros, por eso nos compenetramos tan bien y actuamos en connivencia, tolerándonos unos a otros los agravios que cometemos contra el vulgo. Si don Juan del Valle aceptó las razones de fray León de Aranibar y las de Hualde, fue porque la ambición de estos habría de servirle para llevar a cabo su propósito de culpar de herejes a casi todos los navarros, cosa que facilita el sometimiento de nuestras tierras a las leyes de Castilla. Y el rey, ya se sabe, es muy generoso con la Iglesia.

—Conozco muy bien al inquisidor general de Madrid, y sé que no se prestará a la hipocresía —rompí una pica a favor de don Bernardo de Sandoval—. Y si no, vos mismo, o yo... o los obispos de Calahorra y Pamplona. Ninguno de nosotros le dará la espalda a lo que está sucediendo a nuestro alrededor. La verdad prevalecerá por

encima del engaño...

Ya pensaba iniciar una larga disertación sobre la honestidad de algunos clérigos, cuando escuché el sonido de una rama seca al quebrarse y guardé silencio. Mis sentidos se pusieron en alerta.

Don Miguel me hizo un gesto para que estuviese tranquilo, sonriendo a un mismo tiempo.

—Descuidad —me dijo en voz baja—. Debe de ser Martín de Aranguren, nuestro guía.

—¿Nuestro guía? —pregunté, sorprendido, repitiendo sus últimas palabras.

Un hombre de cuerpo magro y endeble, de no más de cincuenta años, surgió de entre las sombras que bordeaban el bosque. Tenía los ojos pequeños, pero muy vivaces. Se movía con agilidad, al igual que un felino. Esquivaba los peñascos que bordeaban el camino como si llevara toda la vida haciéndolo, con destreza. Era un cabrero, lo deduje por su modo de vestir.

Se nos acercó con cierta familiaridad.

Don Miguel de Yrisarri me dijo que no tuviese miedo de él, que lo conocía desde hacía años. Me explicó, para mi tranquilidad, que Martín estaba allí porque él se lo había pedido. Era la persona encargada de conducirnos a un lugar desde el que podríamos ser testigos de un *akelarre* sin que ninguno de los asistentes descubriese nuestro escondite.

He de reconocer que la idea me atrajo en un principio, pues así tendría la oportunidad de constatar *in situ* las prácticas paganas que se realizaban a escondidas de la Iglesia católica, y averiguar si realmente se les aparecía el demonio como todos afirmaban, o si era simple superchería. Aunque luego, pensándolo con mayor tranquilidad, comprendí que podría ser peligroso, y más si aquellas gentes llegaban a descubrirnos y nos daban muerte en un arrebato de violencia. Y sí, he de reconocerlo, también tuve miedo de que todo fuese verdad y el diablo se nos apareciese en mitad del prado, y decidiera arrastrarnos hacia el mismísimo infierno por inmiscuirnos en sus asuntos.

El rector de Santesteban, intuyendo mi recelo, me tranquilizó diciéndome que nada malo habría de ocurrirnos, que él mismo ya los había acechado otras veces con el fin de comprobar la autenticidad de las delaciones, y que jamás lograron sorprenderlo. Me contó que cuando los vecinos se reúnen alrededor del fuego, sólo les interesa el placer mundano que se deriva de la ceremonia, y que todo es atrevimiento y lujuria. Pero ni rastro de Satanás.

—La única manifestación diabólica que vais a ver, es la que nace de la relajación de unos libertinos que siguen adorando a sus antiguos dioses de la única forma que conocen... bailando desnudos alrededor del fuego —apuntó, no sin cierto pudor—. Creo que mejor haríamos adoctrinándolos en la fe de Cristo, como hacen nuestros hermanos en las Indias, que quemándolos por herejes —concluyó con firmeza.

Estuve de acuerdo con sus palabras, añadiendo que una propuesta así debía

tomarse en consideración.

El guía navarro nos hizo una señal para que fuésemos tras él, por lo que tuvimos que dejar la conversación para otro momento. Faltaba poco para la medianoche. No había tiempo que perder.

Después de caminar durante cerca de una hora, atravesando quebradas y caminos sinuosos que encerraban múltiples peligros, llegamos a un pequeño altozano que se erigía frente a un prado. El cabrero nos condujo hasta una cueva cuya entrada se hallaba oculta tras unos recios arbustos. Por un instante pensé que si entrábamos sin antorcha corríamos el riesgo de quedar atrapados en la oscuridad. Y si esto llegaba a suceder, aquel iba a ser nuestro fin al no ser capaces luego de encontrar la salida. Más tranquilo me quedé cuando descubrí que a unos tres pasos de la entrada, la naturaleza había abierto una oquedad en la roca, un hueco tan grande como un ventanal. La luz de la luna bañaba los muros interiores de la gruta, de modo que podía verse con total claridad el suelo por donde caminábamos.

Desde aquel lugar, agazapados y en completo silencio, observamos a un grupo de hombres y mujeres, desnudos la mayoría, bailando en círculos alrededor de la hoguera al son de los instrumentos musicales. Un joven de anchas espaldas portaba una máscara confeccionada con la calavera de un macho cabrío. Le acompañaba una mujer. Una liga de cáñamo ceñía su cintura, de donde colgaba un pucherillo rebosando pringue y unguento. Gritaba una retahíla de palabras que no llegué a entender por ser el suyo el extraño idioma de los navarros. Tenía la piel del color de la hierba. Había extendido por todo su cuerpo una de esas sustancias colorantes que usan los tintoreros para dar tonalidad a las telas. Sea como fuese, resultaba extraño ver a una hembra de aquella guisa: desnuda y verde como un arbusto.

Cuando le pregunté a don Miguel si sabía el motivo de aquella extravagancia, este me explicó que se trataba de un ritual antiquísimo, y que lo único que pretendían con toda aquella parafernalia era exorcizar a los genios de la tierra para que las cosechas diesen buenos frutos. Para ello, debían ofrendar sus cuerpos a la madre naturaleza.

Apenas habían transcurridos unos minutos cuando fuimos testigos del relajamiento moral de aquellas gentes que se entregaban a la salacidad como animales en celo. En esto estuve de acuerdo con algunas de las confesiones de los ajusticiados en Logroño, cuando decían que se holgaban de forma inmoral y *contra naturam*. Allí debía de haber un centenar de personas entregadas al delirio y al frenesí como si en verdad el demonio las hubiese poseído por completo. No obstante, todo lo que pude ver aquella noche, de tan lúbrica exhibición, era realmente de este mundo.

Nadie voló por los aires, ni tampoco se transformaron en cerdos, ranas o cabras. Y por supuesto, ni rastro del diablo.

Durante varios meses estuve analizando las causas que motivaron las entelequias y desvaríos de todos aquellos que vinieron por su propia voluntad a las iglesias de Santesteban y Lesaka, para que mis secretarios y yo les recibiésemos en audiencia. Tuvimos oportunidad de escuchar a un gran número de niños y a otras tantas personas mayores, de muy diferentes edades. Las historias eran variopintas, pero sobre todo irracionales. Las confesiones, la mayoría de las veces, se asemejaban tanto unas a otras que resultaban bastante sospechosas. Tal fue así, que por un momento creí que quienes buscaban la reconciliación se habían puesto de acuerdo.

Me pregunté, en más de una ocasión, si realmente los inculpados creían eso de que el demonio los marcaba con su pezuña, que los tomaba carnalmente de uno en uno, y que, además, les daba poder para emponzoñar pozos y arruinar cosechas. Y llegué a la conclusión de que sí, que en su ingenuidad daban por ciertas las historias que otros contaban de ellos, síntoma evidente de una dramatizada ignorancia, y también de un exacerbado temor al castigo de la Santa Inquisición.

La explicación más lógica a toda aquella incoherencia, y la más sencilla de aceptar, era que el «potaje» de plantas que utilizaban las brujas en sus pócimas y ungüentos, por la demencial locura que provocaba su ingestión, les hacía creer que realmente se movían en la realidad ordinaria cuando era ensoñación aquel mundo de artificio que los rodeaba y que se imaginaban vivir. Asimismo, comencé a diferenciar entre burlador y burlado, pues muchas de las sorginas del lugar organizaban sus reuniones con el único fin de llenar sus arcas a costa de sus correligionarios. No había más que recordar los testimonios de los procesados en Logroño, cuando estos, por su propia voluntad o coaccionados, afirmaron ante los miembros del Tribunal que quienes acudían a las juntas estaban obligados a aportar un tributo: unas cuantas monedas, según las posibilidades de cada uno, con el fin de sufragar los gastos de sus aberrantes festejos.

También había que puntualizar un hecho de gran importancia, y era que la mayoría de los vecinos no sabían lo que era un *akelarre*, empero afirmaban haber participado de él.

Tal fue el caso de una joven de Vera de diecisiete años de edad llamada Catalina de Lizardi. Sin ningún pudor, declaró que en su primer trato carnal con el diablo había sangrado muchísimo, y eso mismo dijeron otras jóvenes de distintas villas que se conocían entre sí. Después de escuchar sus confesiones, y teniendo yo mis dudas,

le ordené a una vieja comadrona que las observara a fondo en sus partes más íntimas. Tras cumplir mis indicaciones pudo comprobar que todas ellas estaban intactas en su virginidad, por lo que era mentira que hubiesen copulado con el demonio ni con ningún otro hombre, algo que venía sucediendo en los conciliábulos como pude ver por mí mismo.

En cierta ocasión, unos muchachos de Santesteban se presentaron en la iglesia diciendo haber acudido a un conventículo de brujas en la víspera de San Juan. Dio la casualidad que esa misma noche había dado instrucciones a los secretarios don Luis de Huerta y don Francisco de Peralta para que fuesen a acechar la antedicha reunión. Ellos me aseguraron que ninguno de los mozos había estado presente, que todo eran mentiras e ilusiones.

Por aquel entonces ya había documentado un total de 1802 casos referentes a las acusaciones por brujería, divididos de esta forma que detallo: 1384 niños, de doce a catorce años, absueltos *ad cautelam*; 290 mayores de edad, que fueron reconciliados; 41 absueltos *ad cautelam*, por abjuración de levi; y 81 inculpados, que revocaron las confesiones realizadas cuando el viaje de don Juan del Valle a la región. En los archivos de la iglesia de Santesteban, seis meses después de mi llegada, había conseguido reunir más de cinco mil escritos.

Con el fin de llevar un orden de clasificación sistematicé los hechos en cuatro artículos y setenta y siete cláusulas, argumentos que utilizaría en Logroño, frente a mis colegas, para demostrar que todo eran ilusiones y sueños de aquellos que confesaban servir al demonio. El primer artículo hablaba del modo en que los brujos van y vienen del *akelarre*; el segundo, de las cosas que allí se hacen y de cómo ellos mismos se creen sus falsedades; el tercero ponía de manifiesto los actos positivos y las verificaciones exteriores de lo refrendado por los vecinos; y en el cuarto y último artículo, se abordaba el asunto de las testificaciones y pruebas que podrían resultar de todo lo sobredicho para castigar a los presuntos culpables.

Después de haber recorrido los pueblos de San Esteban de Lerin, Çubieta, Ezcurra, Iraiços, Vera, Urdax, Elizondo, Arraioz, Licasu, Zugarramurdi y otros pagos, mis secretarios y yo decidimos detenernos en Olague, donde habíamos escuchado decir que fray Domingo de Sardo, el párroco, mantenía encerrada en la iglesia a María de Etxeverria, popularmente conocida como *la Zunga*. Esta mujer, una anciana que afirmaba poder desaparecer a su antojo y volar por los aires hasta las juntas que se celebraban en las cuevas que había a las afueras de la villa, decía también que era la barragana del diablo y que nadie podía ponerle hierros a sus huesos porque le era fácil escapar del cepo transformándose en una mosca.

Fue denunciada por sus vecinas cuando la sorprendieron, cierta noche, merodeando por los alrededores del cementerio. Al creer que la vieja buscaba desenterrar la tumba de un difunto con intención de comerse su carne, la gente del pueblo le propinó una brutal paliza. Tras la agresión la condujeron hasta la casa del alcalde de la corte, el cual, a su vez, informó al merino chico y a los alguaciles

locales. Estos, al no saber cómo se debía proceder con una persona que tenía tratos con el demonio, o tal vez por temor a que Satanás tomase represalias contra ellos, se la entregaron al cura del pueblo para que fuese Dios quien tutelara sus actos hasta que viniesen a buscarla los del brazo secular.

Como debíamos dar fe de todo lo que aconteciera en la comarca que tuviese relación con la brujería, acudimos a la iglesia de Olague para atestiguar que aquella mujer era realmente una bruja, o si por el contrario se trataba de otra visionaria que pretendía escapar del suplicio inquisitorial acogiéndose al edicto de gracia.

Una vez que nos abrieron las puertas del monasterio y preguntamos por fray Domingo de Sardo, la serora nos dijo que debíamos esperar a que regresara de una visita, pues había salido a darle la extremaunción a un moribundo que vivía a media legua de distancia y no regresaría hasta pasada una hora. Por indicación suya nos acomodamos en la sacristía. Tal y como nos dijo, allí estaríamos mejor atendidos que en los bancos del claustro, que eran fríos como lápidas de mármol. Tras cumplir con su deber de anfitriona, y efectuar una ligera reverencia, se marchó a sus otras obligaciones.

Tomé asiento en un rígido sillón de madera que había a la diestra de un pequeño altar donde se podía ver un sagrario de latón sobre telas de ricos encajes. Mis secretarios, que andaban muy religados platicando de sus cosas, permanecieron de pie, junto a la puerta.

Algo debía divertirles cuando no dejaban de reír.

—¿Puedo saber a qué viene tanta algazara?

Se miraron entre sí un tanto avergonzados, sin saber muy bien si contestar a mi pregunta o guardar silencio.

—Vuestra señoría debe disculparnos —se excusó don Gonzalo—. No ha sido nuestra intención molestaros con nuestras risas. Simplemente, comentábamos algunos de los casos referidos por estas gentes... los que resultan más escandalosos y difíciles de creer.

—Que son muchos, a fe mía —apostilló don Luis de Huerta, cuya naturaleza era, de todas, la más vivaracha.

—¿Alguno en especial que yo recuerde? —insistí, interesado.

Don Francisco de Peralta se sonrojó. Era comedido y juicioso como ningún otro hombre.

—No creo que a vuestra señoría le interese recordar tales obscenidades —titubeé unos segundos—. Es un asunto que en su día ya os causó una gran turbación. En todo caso, no es la mejor temática para una conversación decorosa dentro de una iglesia.

Hice memoria, pero fueron tantas las confesiones que me resultaron soeces y livianas, después de un millar de entrevistas, que era imposible acordarse de todas.

—¡Vamos!... No calléis —le insté—. Habéis despertado mi curiosidad.

Don Gonzalo, con el que tenía mayor familiaridad, se dignó a responder.

—Nos reíamos de aquella mujer que dijo haber parido una camada de sapos tras

haber tenido un acceso con el diablo. La que lo hizo por la boca.

Don Luis sofocó una carcajada, apretando los labios con fuerza. Su rostro adquirió el color de una granada en sazón. Estaba a punto de estallar.

—Los actos *contra naturam* se originan en la mente perversa e ignorante de quienes viven apartados del temor de Dios —me lamenté, pues casos así eran los que utilizaban algunas personas para denunciar a sus vecinos—. Por muy jocosos que os resulte la imbecilidad de esa mujer, en realidad es motivo de lástima.

Lejos de sentirse culpable, mi secretario añadió su granito de arena con otra parrafada.

—¿Y qué hay de aquella que afirmaba haber entrado una noche en la iglesia de Elizondo, junto con otras brujas, con la intención de destrozar las santas imágenes de Jesucristo y su madre, la Virgen María? —nos recordó con una pícaro sonrisa dibujada en los labios—. Cuando la oí decir que las imágenes cobraban vida para defenderse de sus ataques, casi pierdo la compostura y rompo a reír.

—Recordad una cosa, don Gonzalo —intervine, ahora con marcado ceño—. Si Dios así lo quisiera, esas mismas estatuas que decís podrían hacerle frente a todas las compañías del tercio de Flandes. No hay nada que doblegue la omnipotencia del Altísimo, ni siquiera la voluntad del diablo.

—Sí, pero decir que el demonio, además, le daba cabezadas como un carnero y que la azotaba con su cola... —dejó la frase inconclusa—. La verdad, todo esto resulta de lo más ridículo —añadió después el ocurrente don Luis de Huerta.

—Mejor dirimimos la conversación y nos ceñimos al asunto que nos ha traído aquí —fue la opinión de don Francisco, a quien se le movía la papada al hablar.

Suscribí sus palabras, recordándoles a todos los presentes que hacer uso de la burla no era el mejor modo de acabar con la epidemia de brujas que asolaba la región del norte de Navarra.

Llevábamos cerca de una hora especulando sobre las oscuras razones que habrían empujado a María de Etxebarria a afirmar todas aquellas patrañas, cuando se abrió la puerta de la iglesia. Fray Domingo, tras disculparse por el retraso, entró en la sacristía con cierto abatimiento de ánimo. Nos confesó que la persona que había ido a visitar, con la cristiana intención de administrarle el viático de la eucaristía, era amigo suyo y acababa de fallecer.

Haciendo un esfuerzo por superar su tristeza, nos puso al corriente de las excentricidades de *la Zunda*.

—Según afirma la inculpada, es capaz de volar hasta las juntas que se celebran en el prado después de untar todo su cuerpo con ungüentos que ella misma elabora a instancia del demonio —nos fue explicando—. Los alguaciles la trajeron a la iglesia para que se arrepintiese y pidiera perdón a Dios por haber renegado de la fe verdadera.

»Pero una vez aquí, después de permanecer encerrada con llave en una habitación sin más enseres que un jergón y una cruz de plata afianzada en la pared, comenzó a

tener terribles pesadillas por las noches... aunque ella asegura que no son sueños, que ciertamente va al *akelarre* en cuerpo y alma. Y yo, la verdad, no sé qué hacer ni qué opinar, pues los gritos que se pueden escuchar por todo el convento, una vez que llega la madrugada, en verdad parecen surgir de la garganta del mismísimo Satanás.

»Cierta noche, cansada de oírla gritar, subimos a ver qué era aquello que tanto la angustiaba. Cuando abrimos la puerta nos la encontramos tirada en el suelo, en cueros vivos, retorciéndose como poseída por el diablo. Tenía el cuerpo embadurnado de un extraño potingue de muy mal olor... uno de sus ungüentos —arrugó la nariz ante el recuerdo de aquel desagradable aroma—. Al día siguiente nos contó, con todo detalle, las cosas que se habían hecho en el *akelarre*, así como las barrabasadas que el brujo maestro había infligido a los campos y animales de quienes se acogían a la benevolencia de Jesucristo Nuestro Señor.

—Y teméis que tenga razón y todo sea cierto... ¿No es así? —repuse con calma, un tanto irónico.

Me sorprendió su simplicidad.

—Si os soy sincero, no sé cómo afrontar el problema —fray Domingo de Sardo relajó algo la expresión de su rostro, consternado—. No sé si el diablo tiene algo que ver en el asunto de esta mujer. A veces pienso que todo es fruto de su imaginación.

—¿Habéis observado si es capaz de extraños prodigios?

La pregunta de don Luis nos sorprendió a todos, incluso a mí.

—¿A qué os referís? —quise saber, ya que me devoraba la curiosidad.

—Hace muchos años, siendo yo niño, fui testigo de un hecho bastante extraño —contestó don Luis, muy serio—. Me explico... Una bruja, llamada Mari Mati y que vivía sola en las montañas, recibió una pedrada de un joven mozo que la vio pasar frente a su casa, haciéndole perder el conocimiento. Cuando fuimos todos a ver si seguía viva, o si por el contrario había encomendado su alma al diablo, su cuerpo se alzó como por arte de magia a una altura como de media vara castellana del suelo. Segundos después cayó de nuevo al suelo, despertándose al instante. Cuando le preguntamos si estaba bien, nos dijo que los genios de la tierra solían protegerla, y que precisamente por eso seguía ilesa. Sin ofrecer más explicaciones, se marchó hacia el bosque como si allí no hubiese ocurrido nada.

—¿Vais a decirme que eso es cierto? —don Gonzalo arrugó la frente, poniendo en duda las palabras de su colega.

Tampoco yo terminaba de creerme aquella fantástica historia.

—¡Os lo juro! —exclamó, con énfasis, el más joven de los secretarios, abriendo luego al máximo sus ojos grises—. No suelo bromear con ciertos asuntos.

Terciando en la conversación, fray Domingo nos recordó que había una mujer que aguardaba nuestra visita.

—Perdonad que os interrumpa, pero creo que deberíamos hablar con María de Etxebarria —atajó, clavando en mí su mirada—. Pienso devolverle los ungüentos que le confiscamos hace unos días para que podáis comprobar hasta donde llega su

locura. Esta noche tratará de escaparse para acudir al *akelarre* y necesito que vuestra señoría dé fe de sus prácticas diabólicas.

—¿Y por qué esta noche? —preguntó don Francisco.

—Suelen reunirse todos los viernes... y hoy lo es —precisó fray Domingo, que arqueó al unísono sus bien pobladas cejas.

—Dime, María... ¿Eres consciente de que nadie puede transformarse en una mosca, ni en ningún otro animal, y que volar es cosa de pájaros y no de gente cristiana? —pregunté, sin circunloquio alguno, y don Gonzalo de Mendoza tradujo puntualmente mis palabras.

Me hallaba sentado frente a una anciana ataviada con malolientes jerapellinas cubierta de remiendos. Tenía la piel ajada y los pómulos mordidos por la viruela. Olía de forma desagradable. Una energía latente henchía sus movimientos más casuales. Sus diminutos ojos de roedor resultaban fríos como el acero, con una tendencia a mirar por debajo de la nariz.

—No todo es como vuestra señoría se imagina... —la voz cavernosa de *la Zunda* consiguió erizar el vello de mi piel—. Cosas terribles han de suceder esta noche. Son asuntos del demonio.

Desvié mi mirada hacia fray Domingo, que permanecía de pie tras aquella bruja, y si la nombro así es porque realmente parecía ser hija de Satanás. Gotas de sudor corrían por el cráneo tonsurado del párroco. Se le veía aterrorizado.

—Todavía no comprendo cómo piensas acudir al *akelarre* —insistí con tono grave—. Te recuerdo que cerraremos la puerta con llave una vez que nos marchemos. ¿Crees que podrás escapar de este cuarto sin ventanas ni claraboyas?

—Eso es algo que no os importa —sentenció ella, con aire sombrío.

La interrogada torció después el gesto. Sabía muy bien que intentaba burlarme de ella. No era ninguna estúpida, tal como pensé en un principio.

—Me han dicho que tus pócimas y ungüentos son mágicos, que pertenecen al demonio, y que puedes achicar tu cuerpo hasta adquirir el tamaño de un insecto.

Ladeó su rostro para mirarme desde otro ángulo. Entreabrió sus labios agrietados, mostrándome los pocos dientes, amarillentos y desiguales, que todavía conservaba en sus encías.

—Os han hablado bien. Las moscas son mis aliadas... mis entrañables amigas. Yo misma, ahí donde me ve vuestra señoría, soy una de ellas.

Soltó una carcajada estridente, que fue acompañada luego de una sonora ventosidad. Se estaba burlando de nosotros.

Retrayendo instintivamente mi cuerpo debido al fétido olor que me llegaba en oleadas, resolví interrogarla de nuevo.

—Fray Domingo desea entregarte los pocillos con ungüentos. Dice que los necesitas para acudir a la junta que ha de celebrarse esta noche en el prado. Y yo te pregunto... ¿Esa untura te hará invisible a nuestros ojos?

—Sí; pues gracias al poder de diablo me transformaré en una mosca.

—Eso no es posible, y lo sabes —le dije con sorna, tratando de incitarla.

—Si vuestra señoría no me cree, puede ponerme a prueba.

Guardé silencio unos segundos, recreándome en la posibilidad de aceptar su sugerencia.

—Que así sea... te proporcionaremos los bálsamos que solicitas —accedí—. Pero con una condición, que nos hables de todo lo que acontece en el *akelarre*.

—Si es lo único que deseáis, descuidad. Os lo he de contar todo —susurró María, riéndose a continuación.

Los alaridos comenzaron a escucharse poco después de medianoche, y he de reconocer que el eco de aquellos desgarrantes gemidos consiguió sobrecogernos a todos los que aguardábamos al otro lado de la puerta donde permanecía encerrada *la Zunda*. Eran, así lo recuerdo, unos gritos tan sobrecogedores que parecían estar desollándole la piel.

Fray Domingo de Sardo se santiguó por tres veces, murmurando entre dientes una oración. Mis secretarios, pálidos como la cera de las iglesias, aguantaban impertérritos, sin decir ni una sola palabra.

La oímos danzar, y correr de un lugar a otro del camaranchón hasta que vino a detenerse frente a la puerta. Al otro lado de la hoja de madera se escuchaba la respiración entrecortada de una mujer cuyo diabólico rostro presentíamos cercano. Sólo un recio portón nos separaba de la locura.

La bruja arañó con suavidad la puerta, y presto escuchamos una irrisoria carcajada que nos hizo retroceder. Un clamor de lamentación, sordo y entrecortado, como el que emiten los condenados que sufren los suplicios del infierno, reverberó por el tenebroso corredor del monasterio.

—Sabe que estamos aquí —susurró don Gonzalo a mi oído izquierdo.

Hice un leve gesto de afirmación; y luego otro, este enérgico, para que se mantuviese callado. No debíamos apresurarnos en nuestras deducciones, y menos aún hacerle saber que, en efecto, espíamos aquel extraño ritual.

Todo acabó transcurridos unos tensos minutos. El silencio resultaba bastante más inquietante que escuchar sus voces, y eso nos hizo recelar.

—¿Qué opináis? —le pregunté a fray Domingo.

—Debe de estar dormida. Siempre ocurre lo mismo... todas las noches.

—Creo que deberíamos esperar un poco más antes de entrar, ¿no le parece a vuestra señoría? —fue el consejo de don Luis, a quien no parecía agradecerle la idea de abrir la puerta.

—No hay nada que temer de ella —porfió el párroco—. Distinto será descubrir el estropicio que ha ocasionado su particular ceremonia.

—¡Ea! ¿A qué estamos esperando? —nos alentó don Gonzalo, harto de esperar.

Le hice un gesto a fray Domingo para que procediese, el cual se adelantó para

abrir la puerta tras buscar la llave correspondiente entre las varias que colgaban de una anilla metálica que sostenía en su mano. Cuando estuvo seguro de no haberse equivocado, la introdujo en la cerradura. Inmediatamente después la empujó con suavidad, y nosotros nos acercamos para atisbar en su interior.

Según nos había avisado fray Domingo, María de Etxebarria permanecía tumbada en el suelo, dormida sobre un charco de vómitos y otros líquidos que parecían ser parte de alguna pócima. Me acerqué con cuidado para ver su rostro de cerca. Un hilillo de espuma amarillenta resbalaba por las comisuras de su boca. Respiraba con cierta agitación, y sus labios temblaban igual que si quisiera hablar.

Como estaba desnuda, le pedí a don Gonzalo que me prestase su capa para cubrir el cuerpo de la anciana. Oculté sus vergüenzas, más por repulsión que por pudor. Luego me puse en pie.

—Fray Domingo, ¿conocéis a algún físico de confianza? —quise saber.

—A dos calles de la iglesia vive don Joan de Aguirre, que además es maestro boticario. Es el único en todo el pueblo que podría ayudaros... —pensativo, añadió—. Aunque todavía no sé que queréis de él.

Sin más preámbulos, les puse a todos al corriente de mis intenciones.

—Vamos a estudiar los ingredientes de esos unguentos que esta mujer guarda en sus potes. Quiero saber qué plantas ha utilizado.

Aquella misma noche, tras la dramática ceremonia de María de Etxebarria, fray Domingo y yo nos presentamos en casa del físico, que extrañamente todavía andaba trabajando en su chiribitil de botica.

Don Joan de Aguirre era un hombre de doctas palabras, de una gran erudición y con fama de oscuro alquimista, aunque, como resultaba obvio, esto último lo desmentía cada vez que tenía ocasión. Lucía una barba blanca bien peinada que cubría la parte alta de su jubón, e iba rasurado de tal modo que su calva relucía como un espejo. Vestía unas calzas de cordellate forradas con tela y una camisa ancha con cordones en las mangas y en el cuello. En sus ojos pude apreciar cierto temor al reparar en mis hábitos.

—¿En qué puedo ayudar a vuestras mercedes? —inquirió receloso, pues desconocía el motivo de nuestra visita.

—Don Alonso es jurista inquisidor del Tribunal de Logroño, y desea haceros unas preguntas —contestó fray Domingo, de forma escueta.

—Os escucho.

El físico se puso a la defensiva, como quien aguarda una mala noticia.

—Decidme, don Joan... ¿Habéis analizado alguna vez las unturas y pócimas que suelen utilizar las sorginas en sus reuniones?

Respiró con dificultad al creer que estábamos allí para ahondar en sus labores nigrománticas, y arrestarlo en nombre de la Santa Inquisición. Sus manos comenzaron a temblar inopinadamente.

—Como físico y boticario, he de reconocer que dichos cocimientos siempre han llamado mi atención —se detuvo un instante, pensando bien en cómo medir sus palabras—. Sí... conozco los ingredientes herbales que conforman las distintas fórmulas de sus unguentos.

—Siendo así, os ruego que nos acompañéis a casa de María de Etxebarria, la mujer que ha sido acusada de bruja —le dije en tono amistoso—. Necesito que certifiquéis si dichas plantas pueden producir ensueños y delirios. Vuestro conocimiento en la materia nos será de gran ayuda.

Al comprender cuál era realmente el motivo de nuestra visita, suspiró de alivio. Sus músculos se relajaron al instante.

—Podéis contar conmigo. Aunque ya os adelanto que la gran mayoría de esas hierbas, muchas de ellas venenosas, poseen la capacidad de trastocar el sentido de quienes las ingieren. No hace falta que las analice... conozco sus efectos.

—¿Las habéis utilizado, vos mismo, en alguna ocasión?

—Una sola vez —respondió con sinceridad—, y os juro que jamás volveré a hacerlo. Estuve a punto de enloquecer.

Asentí en silencio.

—Propongo que vayamos cuanto antes a casa de María —nos aconsejó fray Domingo, interrumpiendo nuestra conversación—. Les recuerdo que mis deberes como párroco me reclaman. He de estar en la iglesia para la oración de maitines.

Estuve de acuerdo con él.

Finalmente nos trasladamos al viejo caserío de la bruja —con tejado a dos aguas y una sola planta—, donde encontramos distintas muestras de hierbas y raíces: los ingredientes que solía utilizar para elaborar sus pócimas. Yo mismo ayudé al boticario en la búsqueda y clasificación de aquellas plantas del demonio, capaces de provocar alucinaciones en la gente.

—¿Qué os parece esta? —le pregunté, sosteniendo en mi diestra una pequeña planta de hojas aovadas, y flores de cáliz tubuloso, y lo hice aun conociendo de sobra la respuesta.

Don Joan de Aguirre, que en ese instante se asomaba a una de las marmitas para ver qué tipo de potaje contenía en su interior, alzó la cabeza y frunció la mirada, observando con atención aquel matojo que mantenía en alto.

—*Datura stramonium* —contestó—. Es una planta hedionda. Os lo digo, más que por nada, porque luego os apestarán las manos.

Me la llevé a la nariz en un acto reflejo. Olía a demonios. Volví a dejarla en su sitio, en un cesto de mimbre que guardaba en el tabuco que había en lo alto de una empinada escalera.

Cuando regresé, el boticario había hecho una selección de las distintas hierbas, colocándolas sobre la mesa. Fray Domingo de Sardo observaba con atención algunas de ellas.

—He de reconocer que esta mujer conoce como nadie el insondable mundo de las

plantas —apuntó don Joan, que como maestro boticario y físico sabía muy bien de lo que estaba hablando—. Aquí tenemos los remedios que ha utilizado esa vieja bruja para elaborar sus ungüentos. Al margen de la *Datura stramonium* tenemos el *Hyoscyamus niger*... —fue tomando de una en una las diabólicas plantas, diciendo sus nombres en voz alta—... la *Atropa belladonna*... la *Mandrágora autumnalis*... la *Cannabis sativa*... la *Colchicum autumnalis*... la *Aconitum*... la *Conium maculatum*... la *Chelidonium major* —dejó esta última en su lugar—. He aquí las hierbas que suelen recolectar las viejas sorginas de la región. Principalmente, poseen la virtud de producir estupor, sueño, alucinaciones, delirios... —carraspeó para aclararse la voz—, e incluso la muerte si la dosis es excesiva.

—Según vuestra experta opinión, ¿encontráis motivos que os haga pensar que detrás de la magia de todas estas plantas se esconde la mano del diablo?

El físico, sopesando la respuesta, fue sincero conmigo.

—Veréis... —vaciló durante unos segundos—. En primer lugar, he de reconocer que la ciencia que domina esta mujer está reñida con los preceptos de la Iglesia, pero no por ello es de naturaleza diabólica —miró furtivamente a su alrededor—. En ningún rincón de esta casa hemos encontrado grasa humana, vísceras, pelos, uñas, carne o dientes de difunto, que según los más entendidos en brujería son los ingredientes necesarios para elaborar sus pócimas mortales y otros brebajes —esbozó una sonrisa irónica—. Todo son supercherías.

—¿Entonces...? —quiso saber fray Domingo.

El boticario apretó con fuerza los labios, antes de contestar:

—Conozco a esas mujeres bastante bien... me refiero a las sorginas. A veces he acudido a ellas —se sonrojó—, pero sólo cuando no he podido encontrar un remedio a la enfermedad de un paciente. Admito que su conocimiento, la mayor parte de las veces, supera al de un físico que, como es mi caso, haya cursado sus estudios en la Universidad de Salamanca. ¿Y sabéis una cosa? Aunque sean fieles devotas de los antiguos rituales y de los dioses paganos, en ningún momento han tenido tratos con el demonio.

—Si eso es cierto, ¿por qué la gente las acusa? —quería conocer la opinión de un erudito autóctono con respecto a las delaciones y los demás asuntos que tenían que ver con la brujería.

Era algo fundamental para descubrir lo que estaba ocurriendo en la comarca.

—Los vecinos del lugar tienen una visión equivocada de ellas, y eso es porque no las conocen a fondo —me dijo aquel experto, con cierto deje de tristeza—. Si alguien ve a una de estas viejas recoger hierbas en las esquinas de las iglesias o en los cementerios, en su ignorancia cree a pies juntillas que eso no puede significar nada bueno. Pero lo que no saben es que las sorginas lo único que hacen es proceder con sentido común —tras percibir cierto estupor en mi rostro, siguió adelante con su alocución—. Os lo explico... dichas plantas son más efectivas cuando han crecido en lugares insalubres, como puede ser el camposanto. De ahí que las busquen en estos

lugares. Esas brujas, como decís, dominan el arte de la recolección.

»Lo mismo ocurre cuando los vecinos las ven arrancar sus hierbajos a la caída del sol, ya que piensan que la noche está asociada al diablo; y ellas, las sorginas, a este —torció el gesto—. Las plantas se recogen a esa hora porque es cuando retienen en sus flores toda la esencia de las raíces, después de haber recibido la luz del sol durante todo el día... así de sencillo. Son pequeños trucos que nadie comprende, a menos que seas físico o maestro boticario como yo.

—En pocas palabras, que la ignorancia es la culpable de que los vecinos de la región piensen que el diablo les habla y seduce, cuando en realidad son víctimas de una entelequia... de terribles visiones —afirmé, más que pregunté.

Quien también tenía fama de oscuro alquimista resopló.

—Vuestra señoría debe comprender que todo es fruto de la superstición —sentenció, ahora sombrío.

—Yo lo entiendo, don Joan. Pero... ¿Cree vuesa merced que llegaron a entenderlo aquellas personas que fueron quemadas vivas en Logroño?

Se ahorró la molestia de contestar a mi pregunta. No quiso comprometerse con una respuesta inadecuada. Tampoco a mí me placía seguir adelante con aquella conversación. Era de locos investigar una mentira colectiva que giraba en torno a la fantasía de unas mentes retrógradas.

Comprendí que había llegado la hora de encarar el problema con objetividad y dejar atrás los prejuicios.

Después de analizar en profundidad el asunto de María de Etxebarria, del que aprendí que ninguna bruja viajaba por los aires ni se transformaba en animal a su antojo, sino que en realidad todo era fruto de la imaginación de quienes ingerían los bebedizos alucinatorios, realicé diversas investigaciones en los caseríos cuyas dueñas habían sido acusadas de mantener relaciones con el diablo, siempre acompañado de un notario inquisitorial, mis secretarios y el físico. Este último coincidió conmigo en que los elementos empleados por las viejas del lugar no eran, en ningún caso, un recurso para contactar con el demonio, pero sí un remedio para caer de lleno en la *melancholía* o en el *morbum imagnosum*, lo que venía a probar que todo era mentira, que aquellos potingues no ofrecían ningún poder ni se los entregaba el diablo para hacer mal a la gente.

Tras los consabidos registros, descubrimos una veintena de marmitas con potajes y cocciones que eran utilizadas para elaborar sus ungüentos, y en todas ellas encontré los mismos ingredientes: las hierbas deletéreas que provocaban terribles visiones. De hecho, me fui familiarizando tanto con las plantas que trataba día a día, que me encontré capacitado para elaborar una larga lista con los nombres de las más utilizadas, así como redactar una nómina de fórmulas de polvos, bálsamos y bebedizos; registros que acompañarían a los próximos comunicados que habría de enviar a Madrid y Logroño, con el fin de informar allí debidamente de mis últimas averiguaciones.

Y mientras yo me esforzaba por conocer la verdad, mis colegas del Tribunal, desde Logroño, conspiraban el modo de sostener en pie sus propias mentiras, procurando que las historias referentes a las sectas de brujas en el norte de Navarra siguiesen vivas en la memoria de los hombres. Los argumentos que habían esgrimido en el Auto de Fe no podían ser desmentidos ahora, pues estaba en juego su reputación como juristas inquisitoriales. Lo peor que podía ocurrirles, tal y como andaban las cosas por Madrid, es que los inculpados y delatores que habían confesado toda aquella sarta de mentiras sobre transformaciones, vuelos nocturnos, maleficios y contactos carnales con el demonio, se retractasen de sus palabras y dijeran la verdad: que fueron obligados a declarar sobre un asunto del que no habían tenido noticias hasta que se comenzó a hablar de ello.

Las brujas no existían más que en la mente perversa, calculadora y oligárquica de unos pocos clérigos y señores feudales, historias que habían difundido en conjunto para seguir manteniendo el poder en la región, y a ser posible, también para

adueñarse de ciertas tierras que no eran de su propiedad pero que colindaban con las heredades de la Iglesia católica.

Con el fin de salvaguardar toda aquella falacia, y protegerse a un mismo tiempo de las críticas que podrían recibir del Consejo en caso de que todo se supiera, don Alonso de B Herrera envió a la comarca a don Pedro Ruiz de Eguino, comisario inquisitorial del Santo Oficio, para que continuase la labor iniciada por don Juan del Valle y les arrancara las pertinentes confesiones a los campesinos y cabreros del lugar, aunque fuese con amenazas. Este hizo un gran trabajo con la ayuda de los diferentes comisarios y clérigos de las distintas villas acogidas al patronato de los Alzate. Lo que no tuvieron en cuenta, es que quienes se reconocían culpables ante don Pedro luego me buscaban a mí para retractarse en privado.

La verdad, comenzaba a cansarme de aquel juego. Mis colegas enviaban a uno de sus protegidos para que les hiciese el trabajo sucio, dándole órdenes explícitas de incitar a la gente —con rigor y persuasión— para que delatasen a los vecinos que fueran sospechosos de mantener tratos con el diablo, mientras que yo, por el contrario, escuchaba los retractos confesionales de los implicados en el asunto de las brujas. Estos reconocieron haber actuado impelidos por el miedo y las amenazas, después de que fueran requeridos por don Pedro Ruiz de Eguino en nombre de la Santa Inquisición.

Lo único que buscaban los demás miembros del Tribunal de Logroño era desestabilizar el resultado de mis investigaciones, con el astuto propósito de influir en la decisión final de la Suprema con respecto a la legitimidad de los testimonios. Cuanto más sembrasen la duda, más difícil le sería al inquisidor general tomar una decisión.

Ese fue el caso de Catalina Fernández de Lezea, de ochenta años de edad y sorgina desde los veinte, que declaró ante el comisario inquisitorial el clásico relato de lo que se hacía en el *akelarre*. Le dijo que en la zona próxima al paso de San Adrián se solían concentrar los brujos que adoraban al demonio, y que allí debían de buscar a los maestros y reinas de los conventículos. Con el propósito de complicar aún más aquel asunto, se atrevió a acusar a varios clérigos de pertenecer a la secta, entre ellos al reverendo Ruiz de San Román —a quien tachó de ser uno de los reyes del *akelarre*— y a un cura capón, capellán de Vicuña, llamado Joan Ruiz. La desdentada vieja fue narrando, abiertamente, las ofrendas diabólicas que realizaban ambos clérigos dentro de la iglesia en compañía de sus cofrades, que eran todos hijos de Satanás.

Sin embargo, cuando me trasladé a Salvatierra para escuchar las declaraciones de los vecinos, tuve ocasión de conocer la verdad de aquel caso que había dado tanto de qué hablar en la región. Catalina, la presunta bruja que había difamado el nombre de aquellos inocentes capellanes, se presentó ante mí con la intención de confesarme lo que realmente había ocurrido semanas atrás. Y lo hizo ahora sin ningún temor.

—Espero que vuestra señoría tenga a bien perdonar mi proceder, pues jamás se

me hubiese ocurrido denunciar a nadie de no ser por las amenazas del inquisidor don Pedro Ruiz de Eguino, que incentivó en mí la necesidad de delatarlos —afirmó con gravedad.

Estaba de pie, envuelta en harapos, con la mirada humilde buscando la misericordia en mis ojos. Mientras mi secretario traducía sus palabras fui anotando, pluma en mano, la confesión de aquella mujer en el librito de actas que siempre llevaba conmigo.

—Entonces, ¿eres una bruja, como afirmaste ante don Pedro, o todo es un engaño?

—No soy bruja, ni lo he sido jamás —contestó—. Sólo soy una mujer vieja caduca y mal advertida, que se dejó engañar fácilmente por el comisario inquisitorial, el cual me instigó a que confesara formar parte de la secta del demonio. Me dijo que tenía en el ojo izquierdo una señal que me delataba como hechicera, y que debía obedecerle o acabaría en manos del brazo secular.

Sostuve mi barbilla con la mano, sopesando la respuesta de Catalina.

—¡Ven!... Quiero ver ese ojo —le hice un gesto para que se acercara al estrado—. He de comprobar yo mismo si es cierto lo que asegura don Pedro Ruiz de Eguino.

La anciana dio un par de pasos hasta colocarse frente a la mesa donde me hallaba sentado. Me puse en pie, inclinándome hacia ella. Dispuesta a ayudar en lo que fuese, Catalina acercó igualmente su rostro al mío, bajándose el párpado con un dedo para que pudiera observar su pupila. Y la verdad, por más que me esforcé no encontré nada extraño en sus ojos; ni en uno, ni en el otro.

Volví a sentarme, después de decirle a mi secretario que le transmitiese mi deseo de que volviera a su sitio. La vieja retrocedió al escuchar la interpretación de mis palabras.

—Dile que puede marcharse —me dirigí a don Gonzalo, que estaba sentado junto a los otros secretarios frente a una larga mesa que les servía a los tres de escritorio—. Pero que no vuelva a hablar de esto con nadie, y mucho menos que vaya por ahí diciendo que es bruja y que conoce a otros que lo son.

Y así lo hizo: le transmitió la idea de que decir mentiras podría perjudicarla, y no sólo a ella sino también a sus deudos y vecinos.

Apenas se había marchado de la sala, cuando entraron en tropel un grupo de mujeres, de todas las edades, vociferando dicterios y amenazas en contra del Santo Oficio y sus inquisidores. Gritaban al unísono, increpándome con saña. Decían que el demonio las había enviado para acabar conmigo, porque representaba una amenaza para él y sus oscuros discípulos. Babeaban enloquecidas, presas de un rapto diabólico.

Lejos de amedrentarme, las amonesté a mi vez tras levantarme del asiento. Me acerqué con decisión hasta ellas para plantarles cara.

Presto acudieron los soldados que hacían guardia a la entrada de la sala, quienes las obligaron a salir de la iglesia amenazándolas con enviarlas a prisión.

El episodio había conseguido ponerme de mal humor, lo que me indujo a redactar una carta cuyo destinatario no era otro que don Bernardo de Sandoval. Debía conocer mi opinión sobre lo que estaba ocurriendo en las tierras altas de Navarra.

—¡Don Gonzalo! —llamé con nervio a mi secretario—. Preparaos para redactar una carta. En cuanto a vosotros —les dije al resto de escribanos—, os ruego que nos dejéis a solas.

Sin poner objeción, don Luis y don Francisco se marcharon hacia sus respectivas habitaciones, cerrando la puerta al salir.

—¿Estáis listo? —le pregunté a don Gonzalo, después de que cogiese su pluma de ganso con la mano diestra y la introdujera en el tintero.

—Cuando vuestra señoría lo desee.

Una vez que respondió mi pregunta, comencé a dictarle en voz alta:

—... Y con los comisarios y ministros de la Inquisición, que según parece han incurrido en los dichos terrores y violencias, se hará el castigo conveniente para su escarmiento, llamándolos al Tribunal y haciendo con ellos sus causas, y especialmente con el licenciado don Lorenzo de Hualde, comisario de Vera; con fray León de Aranibar, abad de Urdax; con fray Martín López de Lezárraga, de la villa de Etxevarría, en Álava; y con don Felipe Díaz, de la parroquia de Maeztu, de suerte que juntamente con su escarmiento, también quede...

Mi dictado fue interrumpido cuando se abrió la puerta y entraron de nuevo los secretarios enviados por la Suprema. Parecían afectados por algún extraño motivo. Sus rostros habían adquirido un pálido matiz. Respiraban con dificultad.

—¡Pardiez! —exclamé, perplejo—. ¿Puedo saber qué sucede ahora?

—Es don Pedro Ruiz de Eguino —balbuceó el más joven de los escribanos, con cara de duelo y voz jadeante.

—¿Qué ocurre con él? —insistí.

Después de unos segundos de fluctuación, contestó finalmente don Francisco de Peralta, el secretario de enorme papada.

—Le han dado muerte... —tragó saliva con evidente dificultad—. Han encontrado su cadáver en Zumárraga —entonces, como si se tratase de una sentencia, finalizó diciendo—: Han sido las brujas.

Aquella noche me desperté empapado en sudor y con un terrible dolor de estómago. Con cierta dificultad, pude incorporar el cuerpo hasta sentarme en el borde de la cama. Llamé a gritos a mis lacayos, incluso pronuncié repetidas veces el nombre de don Gonzalo, pues dormía en la habitación que había al otro lado del muro y era de los pocos que podrían escuchar mi solicitud de ayuda.

De inmediato se presentaron dos criados en compañía de mi fiel secretario, que nada más abrir la puerta corrió en mi auxilio, sobrecogido.

—¿Vuestra señoría está indispuerto? ¿Queréis que llamemos al físico? ¿Deseáis que os ayude a levantaros?

El torrente de preguntas formuladas por don Gonzalo, lejos de aliviarme, consiguió intensificar el tremendo dolor que perforaba mi estómago.

—Me... hierva por dentro... —mascullé entre dientes, haciendo un esfuerzo por conservar la calma—. Me duele... Apenas puedo... respirar.

Sentí regurgitar la cena de aquella noche, la cual ascendía por la garganta como un torrente camino de mis labios. Cogí el bacín que guardaba bajo la cama y vomité en él, no sin cierta repugnancia. Exhausto, me dejé caer de nuevo sobre el colchón de lana.

—¡Rápido! —mi secretario se dirigió a los lacayos que apenas sabían cómo actuar—. Marchad en busca de un físico. Y llamad también al párroco de la iglesia.

Obedecieron sin poner objeción, corriendo escaleras abajo con el fin de avisar, en primera instancia, a fray Jerónimo de Ayala —párroco de Salvatierra—, puesto que las celdas de los clérigos quedaban en la primera planta del monasterio; bastante más cerca que la casa del físico, a quien tendrían que ir a buscar dos calles más abajo.

Cuando quedamos a solas, don Gonzalo, que aun sin ser supersticioso ya comenzaba a creer algunas de las historias que hablaban del mágico poder de las sorginas, fue directo y me advirtió en los más duros términos.

—Vuestra señoría no debería tomarse a chacota las maldiciones de estas gentes —recriminó mi escepticismo mientras cogía un paño del arcón y lo mojaba en el agua de la palangana. Lo colocó en mi frente, aliviando así mi malestar—. Estoy seguro de que vuestra dolencia tiene que ver con los hechizos que os han lanzado esas mujeres de esta mañana, las que irrumpieron en la sala de audiencias imprecando a la Santa Inquisición y a sus comisarios inquisitoriales.

—Dejad... de decir necedades... —le sugerí, a pesar de que me costaba bastante trabajo hablar—. Es una... simple indisposición... pasajera.

—Pensad lo que queráis, pero sigo creyendo que esas brujas os han echado el mal de ojo.

Me irritó su falta de perspectiva, también su extraordinaria imaginación, propia de las gentes a las que últimamente interrogábamos a diario.

—¿Acaso... no habéis aprendido nada? —pregunté, tras hacer un esfuerzo—. Las brujas... no existen, don Gonzalo. Esto es fruto... de una mala digestión... y de la casualidad... nada más.

Mi secretario tomó asiento en un sillón frailer que había junto a la ventana con celosías, ahora cerrada.

—Pues yo sigo creyendo que deberíamos regresar a Logroño y olvidar la suerte de estos cerriles lugareños que tantos problemas os están ocasionando —sugirió, muy ceñudo.

—Ese asunto... podemos discutirlo cuando... me halla recuperado... ¿No lo creéis así?

Le lancé una mirada compasiva, dándole a entender que lo último que necesitaba era discutir con nadie. Se disculpó por su actitud infantil, pero lo cierto es que estaba

tan asustado que ya daba por válido cualquier indicio de brujería. Tanta confesión, tanto hablar de ceremonias diabólicas y de hechizos, le estaba afectando el estado de ánimo y el seso. Ofuscada su razón, debido a los variopintos testimonios, ya comenzaba a creer que todo eso de los maleficios era verdad, y que yo era víctima de un encantamiento.

Minutos después llegó el físico en compañía de fray Jerónimo. También se personaron en mi cuarto el resto de los secretarios, quienes fueron de la misma opinión que don Gonzalo: debíamos abandonar cuanto antes aquellas tierras, sobre todo después de conocerse la noticia de la muerte de don Pedro Ruiz de Eguino.

Después de un ligero reconocimiento, el físico dictaminó que había sufrido una indigestión. Según su diagnóstico, lo mejor que podía hacer era descansar y dormir hasta la mañana siguiente, ya que para entonces me habría recuperado.

Por indicación expresa de don Gonzalo, fueron saliendo todos de mi habitación. Antes de marcharse, mi fiel secretario se acercó hasta el borde de la cama.

Torciendo el gesto, me dijo en voz queda:

—Debéis regresar a Logroño.

Salvatierra quedaba cerca de Logroño, a unos dos o tres días de viaje. Lo más sensato hubiera sido mantener la ruta marcada por don Bernardo de Sandoval y concluir cuanto antes nuestra labor por tierras navarras. Sin embargo, antes de finalizar el periplo que había iniciado ocho meses atrás, creí conveniente hablar con un preeminente personaje que hasta entonces había permanecido en la sombra: don Tristán de Alzate. Y es lo que pensaba hacer, le gustase o no al virrey de Navarra, al gobernador militar de Pamplona o al mismísimo Felipe el Tercero.

—¿Vuestra señoría quiere viajar de nuevo hacia el norte, ahora que estamos a unas veinte leguas de Logroño? —el rostro de don Gonzalo cambió de color nada más escuchar mi decisión de cruzar la frontera con Francia. Se detuvo en mitad del prado, colocándose frente a mí para mirarme con fijeza a los ojos.

En aquel instante paseábamos por los alrededores de Salvatierra. Necesitaba respirar el aire fresco de la mañana. Ello me ayudaría a recuperar fuerzas tras la indisposición de la noche anterior.

—Debimos hacerlo cuando nos detuvimos en Vera, pero era tal la aversión que me producía don Lorenzo de Hualde, que por no seguir en su presencia decidí dejar atrás la villa y avanzar hacia Lesaka.

—¿Y por qué ahora tomáis esa decisión tan drástica, que nos llevará a desandar un camino que ya hemos recorrido?

—La necesidad de intercambiar impresiones con el señor d'Urtubie.

Mi secretario enarcó una ceja, mirándome con cierta incredulidad.

—Muy arriesgado es lo que pretende vuestra señoría —me dijo serio, al sospechar de mis intenciones—. Ese hombre pertenece a la nobleza. Tiene potestad a ambos lados de la frontera... y además, es muy escurridizo. Ni el monarca francés, y

mucho menos el español, se atreverían a enjuiciarlo indebidamente. No en vano, goza de la amistad de ambos reyes porque sabe servirles bien.

—No voy a acusarlo de nada. Pero he de hacerle unas cuantas preguntas —subrayé con voz hueca.

Seguimos andando por la extensa pradera que circundaba la villa. Era la mañana recatada, de blanca nubosidad, aunque el aire soplaba un tanto gélido.

—Incluso así, resulta violento presentarse en el palacio del francés para interrogarlo —fue la opinión de mi secretario—. No creo que nos reciba con los brazos abiertos cuando sepa que vamos a pedirle recuesta de sus intrigas.

Nos dirigimos hacia unos olmos que crecían en un pequeño altozano completamente erosionado, desde donde se podía ver una vista magnífica de todo el pueblo, con la torre de la iglesia descollando por encima de los tejados costrosos de los distintos caseríos.

Tomamos asiento sobre un montículo de roca natural, bajo la fronda de los árboles.

—¿Sabéis una cosa, don Gonzalo? —inicié de nuevo la conversación, consciente de que todo lo que iba a decirle no habría de repetirlo jamás—. Quiero que sepáis que la única razón de realizar este viaje ha sido la búsqueda de la verdad. Necesito saber si obré correctamente firmando las actas del juicio, o si por el contrario he de buscar el perdón de Dios.

—¿Por qué decís eso? —preguntó mi colaborador más estrecho.

No llegó a comprender mi prurito.

—¿No os dais cuenta de que si todo es una mentira, una engañifa urdida por los comisarios inquisitoriales para recuperar los patrimonios perdidos hace años por la familia Alzate, o para que ellos mismos sigan imponiendo exagerados diezmos a los servidores de la gleba, tanto yo como mis colegas de Tribunal habremos enviado a la hoguera a un puñado de inocentes? —me aclaré la garganta, antes de concluir en tono lapidario—. ¿Acaso no comprendéis el drama que encierra este asunto?

Don Gonzalo de Mendoza guardó silencio, sopesando el valor de mis palabras.

—Pienso que no deberíais ser tan duro con vos mismo —dijo al fin—. Vuestra señoría ha hecho lo posible por defenderlos. Yo, mejor que nadie, sé lo mucho que sufristeis cuando le prendieron fuego a María de Arburu y a María Baztan de la Borda. Vuestras inquietudes también las conoce el Señor, que profundiza en nuestros espíritus —intentó animarme—. Dios sabe que vuestra conciencia está tan limpia como el alma de un recién nacido después de recibir el bautismo.

Ahugué un suspiro. Resultaba fácil escapar de la conciencia si para ello ponía como excusa mi desconocimiento del asunto. No obstante, seguía pensando que debería haber hecho algo más, tal vez imponer mi criterio y negarme a firmar las actas del proceso... haber llamado la atención de la Suprema con mi disconformidad... salvarles la vida a aquellas pobres gentes.

—Puede que tengáis razón y no exista ningún motivo para que me sienta culpable

—dejé escapar esa frase tan poco convincente, tratando de justificar de ese modo mi aprobación de las sentencias leídas en el multitudinario Auto de Fe de Logroño.

—¿Sin embargo?

Don Gonzalo sabía que algo me obsesionaba.

—Creo que los muertos tienen derecho a que alguien los recuerde, y también a que defiendan su honor —sentencié, abrumado por los trágicos recuerdos.

—Noble propósito el vuestro, a fe mía. Por eso hemos de regresar cuanto antes a Logroño, para informar de todo a don Bernardo de Sandoval —propuso mi secretario, que luego añadió con cierta ironía—. Os recuerdo que cinco mil folios de pergamino no son nada fáciles de transportar.

No me importó aquel nimio detalle, y así se lo hice saber.

—Nada, ni nadie, me podrá impedir que le pida cuentas a ese noble hidalgo que tanto daño ha causado a la región, aunque para ello tenga que llevar sobre mis espaldas esos pliegos que habéis mencionado.

No había marcha atrás: estaba dispuesto a plantarle cara al señor d'Urbie. De este modo podría decirle que el diablo tenía un lugar muy especial, reservado sólo para él, en la sala más oscura y ardiente del infierno.

A quella fría mañana de diciembre, mis secretarios y yo cruzamos la frontera con Francia en compañía de los mozos y alabarderos que nos salvaguardaban de los distintos peligros que pudieran salirnos al paso en nuestro viaje. Durante horas recorrimos la antigua senda utilizada por los peregrinos que acudían a Compostela, sólo que en esta ocasión lo hacíamos en sentido contrario. Cruzamos el Bidasoa, adentrándonos después en los elevados montes medianeros. Fiel a mi empeño, nos dirigimos hacia a la villa de Urrugne, donde nos aguardaba el magnífico *château* d’Urtubie, propiedad de don Tristán.

Nuestros caballos subieron por la escarpada senda de un otero, piafando de forma inquieta al sentir el peligro bajo sus pezuñas. Sus cascos resonaban sobre las firmes rocas que configuraban el terreno. Una vez en lo alto del collado pudimos ver el valle a nuestros pies, así como la techumbre oscura y redondeada de las majestuosas torres del castillo del hidalgo francés. Amplios ventanales se alineaban por toda la fachada, y por el exterior rodeaba sus muros una voladiza balconada. Un plantel de manzanos y viñas circunscribía la heredad, logrando que el paisaje se ensamblase en diversos segmentos parcelarios. Una hilera de cipreses, afilados y oscuros como manto de duelo, custodiaban la senda que finalizaba en la puerta principal del castillo y la barbacana que rodeaba el foso de aguas negras y malolientes.

Poco más tarde bajamos por el pedregoso camino que conducía a las tierras feudales de la familia Alzate. Don Gonzalo de Mendoza colocó su caballo a mi par. Aspiró en profundidad el aire salino que provenía de la costa, tan cercana que la línea azul del mar podía distinguirse desde donde estábamos. No habría más de dos leguas de distancia.

—Espero que vuestra señoría sea prudente al hablar y sepa cómo conducir la entrevista sin que el francés se sienta ofendido —me recordó con suavidad.

—Tranquilizaos —le dije—, sé hasta dónde llegan mis limitaciones. Soy consciente del poder que ejercen los Urtubie en estos pagos, y también en la zona de Navarra. Sólo hay que ver la respuesta que recibí del Consejo del Santo Oficio cuando les envié una carta diciéndoles que habrían de enjuiciar a don Lorenzo de Hualde por haberse excedido en su obligación como comisario inquisitorial. Como sabéis —le recordé—, han sobreseído mi alegación estimando que no procedía. Obviamente, Hualde y los Urtubie son acérrimos enemigos de los habitantes de Vera... por ser franceses y por extender sus dominios en terreno español. Y en Madrid, como todos sabemos, no suelen frivolar las cuestiones fronterizas cuando

está en juego la autoridad del virrey en la demarcación de las cinco villas. Dichos asuntos los revisa el rey en persona, o en su defecto el duque de Lerma.

—Ya os lo dije. No resultará tan fácil amedrentar a ese crápula que erige su fortaleza en la línea divisoria de dos grandes reinos —mi secretario echó su cuerpo a un lado, esquivando la rama de un árbol que en ese instante se cruzaba en su camino—. Los dueños y señores de esta región son gente bárbara, como tendréis ocasión de comprobar. No rinden cuentas a nadie, ni a reyes ni a papas, pues ellos mismos se consideran soberanos absolutos de sus tierras. Los conozco bien. No son menos rudos y ordinarios que los campesinos que labran sus tierras —suspiró—. En definitiva, son peligrosos.

—Dios protegerá nuestros pasos en la tierra —quise aliviar su inquietud con aquella fórmula, que era dogma de fe.

—¿Os olvidáis que estas tierras, al margen de Dios, son también de ese «demonio» de Alzate?

—Sí, tenéis razón —reconocí en voz baja, a regañadientes—. Pero eso no cambia nada. Sigue siendo el único responsable de las muertes de los reos condenados en Logroño —con cierto deje de tristeza, añadí—: Y si he venido a verlo ha sido para recordárselo.

Según nos acercábamos al castillo del señor de Alzate, salió a nuestro encuentro una patrulla de soldados, de las tantas que vigilaban los alrededores. Por ser franceses y nosotros españoles se mostraron desconfiados nada más vernos llegar. Don Gonzalo, hombre rico en idiomas y dialectos, les dijo que formábamos parte de una comitiva enviada por el Santo Oficio de Logroño para investigar el asunto de las brujas que tanto trabajo le habían dado al Tribunal de Burdeos, y que lo único que deseábamos era mantener una entrevista con el hidalgo don Tristán.

Aquellos truhanes, mal vestidos y toscos, aunque bien pagados, me dirigieron una mirada perspicaz que consiguió sonrojarme. Como vieron que no presentábamos ningún peligro para su amo, decidieron escoltarnos hasta la misma puerta del castillo. Los únicos que se sintieron cohibidos con aquella embarazosa situación fueron los alabarderos que nos acompañaban, pues no estaban acostumbrados a ser protegidos por hombres de armas de distinta bandera. Su poder en aquellas tierras era nulo. Y eso los colocaba en clara desventaja.

Tras desmontar los caballos y decirles a los soldados del rey que permanecieran junto a los mozos y los secretarios enviados por la Suprema, entré en el castillo d'Urtubie en compañía de don Gonzalo y dos de los hombres al servicio de la familia Alzate. Accedimos al patio de armas en completo silencio. Dejando atrás las caballerizas, atravesamos una sala adornada con viejos tapices y otros paramentos, escudos heráldicos, muebles centenarios y armas familiares, que colgaban de los distintos muros. Uno de los soldados me hizo un gesto para que me dirigiese hacia la torre del homenaje. Nada más entrar, ascendimos por una escalera de amplios

peldaños hasta que por fin llegamos a un largo corredor cuyos suelos estaban vestidos con alfombras y en donde se podían observar distintos retratos, de hombres y mujeres de expresión adusta, alineados en la pared de la derecha.

Nos detuvimos frente a dos puertas de roble de gran altura, cuyas hojas estaban rematadas en un medio círculo y guarnecidas con oxidados herrajes. El otro infante que nos acompañaba se adelantó a abrir la puerta, invitándonos después a que entrásemos en el salón principal del castillo, donde nos aguardaba un anfitrión nada fácil de complacer.

Al final de la ilustre y dilatada estancia, junto al fuego de la chimenea, vimos a un hombre panzudo, barbiespeso y haragán, retrepado en su sitio de madera al estilo de los viejos reyes de Aquitania y Borgoña. Tenía los ojos semicerrados. Aun así, sus pupilas desprendían el especial brillo de la maldad. Un toisón de oro, con el emblema de los Urtubie, descansaba sobre una vieja piel de armiño que rodeaba sus hombros, bajo la cual se adivinaba una camisola roja y negra con las mangas atadas con agujetas en la sisa, dejando ver los acuchillados del codo y los de la parte posterior del brazo.

Se trataba de don Tristán de Alzate, señor d'Urtubie.

Junto a él, de pie frente al hogar que templaba el ambiente, había un joven de no más de veinte años que debía ser su hijo Salvat.

Tenía aquel mancebo el gesto altivo. Lucía una barba bien cuidada y un fino bigote, según la moda francesa. Llevaba puesta una camisa blanca de lino, de corte amplio y escote bajo, por donde asomaba el vello de su pecho. El jubón contenía rellenos en los hombros para marcar la figura. Sus calzas eran del color del oro, y en la entrepierna llevaba una bragueta protectora que se sujetaba al jubón gracias a la pretina de cuero. Sus chapines eran anchos y redondeados en las punteras. Y de su cinturón colgaba un afilado puñal de rica empuñadura.

Ambos, padre e hijo, nos observaban en silencio hosco. Al instante comprendí que habíamos interrumpido una conversación familiar. Como no quise iniciar la entrevista con mal pie, me excusé por haberme presentado en su castillo sin previo aviso.

—Os pido perdón por mi atrevimiento, pero necesitaba hablar con vuesa merced antes de regresar a Logroño —le dije al dueño de la fortaleza, y don Gonzalo tradujo mis palabras al idioma del hidalgo.

—¿Y puedo saber quién sois vos? —inquirió don Tristán en castellano, aunque con cierto acento francés.

Al comprender que hablaba mi idioma, y que ya no iba a necesitar su ayuda, le pedí a mi secretario que me dejara a solas con el señor d'Urtubie y su primogénito. Le insinué que podía aguardarme abajo, con los demás escribanos y con el resto de los mozos y soldados.

Inclinando ligeramente su cabeza al despedirse de los dueños del castillo, se marchó en compañía de los soldados que nos habían conducido hasta la sala principal

de la fortaleza: esbirros al servicio de don Tristán de Alzate.

Una vez que se marcharon, respondí la pregunta de mi anfitrión.

—Me llamo Alonso de Salazar y Frías, teólogo jurista del Tribunal del Santo Oficio —dije con voz ampulosa—. Soy uno de los licenciados que examinó los distintos testimonios de quienes se reconocieron brujos e hijos del diablo, y quien llevó a buen término el Auto de Fe de Logroño...

—Quemando en la hoguera a un puñado de herejes —atajó Salvat, el hijo del hidalgo, interrumpiendo así mi explicación.

El muy rufián se echó a reír, sin ningún tipo de conmiseración y respeto hacia las víctimas que habían sido ejecutadas ante miles de logroñeses y vecinos de las regiones de alrededor. Sus ademanes le delataban como una persona cruel y despiadada, como pocos mozos a su edad.

Debía tener cuidado con él.

—Dejémoslo en que ardieron, pues lo de herejes está todavía por certificar —puntalicé con rigor, sin dejarme avasallar por la prepotencia del francés.

—¿Y vuestra señoría es la persona encargada de profundizar en el asunto? —quiso saber don Tristán, sentándose correctamente en su distintivo trono feudal.

—En efecto. He de recopilar información para el Santo Oficio.

—Ya hubo un inquisidor español por la comarca hace un par de años... e hizo un buen trabajo, según tengo entendido —terció de nuevo el joven Salvat.

—Mi colega, don Juan del Valle Alvarado, olvidó una de las normas principales de todo buen jurista: rendir pleitesía a la verdad. Mas, si hay prebendas de por medio, todo son oídos sordos y miradas ciegas.

No pude reprimir el furor que consumía mis entrañas y me atreví a rozar la descortesía hablando en unos términos poco recomendables, cosa que no debió agradarle al señor d'Urtubie, puesto que al instante se puso en pie y bajó los dos peldaños del estrado, colocándose frente a mí.

—Sois un clérigo con bastantes arrestos —susurró, tratando de intimidarme—. No sé qué es lo que buscáis realmente en mi casa. Pero tened cuidado... soy hombre de escasa paciencia.

—Lo que me ha traído hasta aquí es mi deseo de formularos una pregunta, una sola. Y espero que me la contestéis, pues es Dios quien os lo demanda y no yo.

—¡Hablad de una vez o moriré de viejo! —exclamó—. Pero, tened cuidado... habréis de ser respetuoso con vuestras palabras o correréis el riesgo de tropezar al bajar las escaleras. Podríais romperos el cuello —sus labios se ensancharon hasta dibujar una sonrisa—. Vos ya me entendéis.

No me intimidaron sus amenazas. Me había propuesto llegar hasta el final. Y eso fue lo que hice.

—He llegado a la conclusión de que no existen pruebas, claras y concretas, que arguyan la realidad de los hechos. Creo que tanto las denuncias como las confesiones son fruto de la imaginación de esas gentes que hablan de brujería. Pienso, también,

que muchos fueron coaccionados por los comisarios inquisitoriales y por los alguaciles del brazo secular —oculté ambas manos en las mangas de mi hábito—. Sin embargo, en todo este asunto existe un detalle que me ha llamado la atención, y es que las detenciones os han favorecido más que a nadie, a vos y a vuestro paniaguado Hualde, lo mismo que a fray León de Aranibar, el cual me confesó hace unas semanas que ordenó las vejaciones y prisiones de los testificados porque así se lo encargó don Alonso Berra, quien, a su vez, recibió un aviso desde Madrid. Y conociendo como conozco las intrigas de palacio y las artimañas de algunos de los ministros del rey, yo me pregunto... ¿Hasta donde llega vuestra influencia en la Corte? ¿Por qué no ponéis fin a la locura general que se ha desatado en la comarca, siendo como es vuestra obligación? ¿Hasta dónde os habéis visto implicado en el asunto de las brujas? ¿Qué oscuros intereses os unen a los comisarios inquisitoriales de la región de Xareta?

—¡Eso no es asunto vuestro! —gritó, señalándome con su dedo índice a la vez que daba vueltas a mi alrededor como un perro de caza acorralando a su presa—. ¡No tenéis ningún derecho a venir hasta aquí, a mi propia casa, a acusarme de confabulador y de no saber cuidar de mis vasallos!

—¿Vasallos, decís...? ¡La gente de Zugarramurdi es libre! ¡Sus campos lo son! —chillé a mi vez, dispuesto a defender el honor de unas pobres gentes cuya suerte a nadie parecía importarles. Más calmado, añadí con tristeza—: O mejor dicho, lo eran... pues ahora están bajo la jurisdicción del abad del monasterio de San Salvador de Urdax, y lo mismo ocurre en Vera.

—No les he robado nada, puesto que esas tierras pertenecían a mi familia —trató de justificarse.

—De eso hace ya muchísimos años —le recordé—. Esas tierras, hasta hace bien poco, tenían dueño. Ahora son de la Iglesia... un regalo de vuesa merced a sus más fieles correligionarios.

—¡Os lo repito! —exclamó don Tristán de Alzate. Parecía a punto de estallar—. ¡No les he quitado nada que no fuese de mi propiedad!

—¿Eran acaso sus vidas de vuestra propiedad? ¿Y su honor? ¿Sus almas? ¿Sus nombres? —insistí, terco como una mula—. Pues habéis de saber, señor de Alzate, que podéis engañar a los hombres, pero no a quien camina a vuestro lado a cada momento del día.

—Dios sabe que soy inocente.

Su cinismo rozaba lo irrisorio. Tuve que darle un escarmiento verbal.

—No hablaba de Dios sino del diablo, vuestro dueño y señor.

Aprovechando aquella estúpida perplejidad que mostraba su rostro, pues no se esperaba unas palabras tan mordientes como aquellas en boca de un clérigo, me di media vuelta y salí de la sala principal sin tan siquiera despedirme.

Ahora sí, mi misión en el valle del Baztan había finalizado.

Era el momento de volver a Logroño.

Regresé al palacio inquisitorial de Logroño a mediados del mes de enero del año 1612 de nuestro Señor Jesucristo, y lo hice cargado de un gran optimismo. Extrañamente de lo que se pudiera pensar, mi espíritu estaba para las cosas buenas y equitativas. No había otra idea en mi mente que resarcir la memoria de todos aquellos que habían sido vilipendiados, juzgados y condenados a muerte o a prisión perpetua. Debía entregarme en cuerpo y alma a la resolución aclaratoria de los sucesos acaecidos en el valle del Baztan desde hacía ya tres años, dividir en cláusulas las distintas confesiones y retractos que traía conmigo de mi viaje, y enviarlas a Madrid para su examen y estudio. Pero, a la misma vez, tendría que ser prudente y guardar silencio sobre mis auténticas intenciones o los demás miembros del Tribunal buscarían el modo de desacreditarme como mejor sabían hacer: levantando falsos testimonios contra todos aquellos que pusieran en entredicho su loable proceder en el histórico Auto de Fe de Logroño; incluyéndome a mí, por supuesto.

Y así, me fui entregando de lleno en mi labor. Me mantuve encerrado durante dos meses en mi despacho del palacio inquisitorial, asistido sólo por mi fiel don Gonzalo y por los otros dos secretarios. Redacté infinidad de informes que hablaban de todo aquello de lo que habíamos sido testigos en las villas fronterizas, incluso escribí una memoria acompañada de doce folios de glosas de testigos.

Mis colegas del Tribunal, por otro lado, trabajaban de forma conjunta al margen de mi labor, siempre con el propósito de contradecir todos los informes que iba remitiendo a la Suprema. Mientras ambos se inclinaban por condenar a la gran mayoría de los inculpados —se hubiesen retractado o no—, yo abogaba por la anulación de las causas presentadas, que eran miles y en todas hallé contradicciones. Debido a ello, nuestras relaciones se fueron deteriorando con el lento paso de los días hasta el extremo de no hablarnos siquiera cuando nos cruzábamos por los corredores de palacio.

Un nimio detalle que jamás habría de preocuparme; ni entonces, ni en el futuro.

Por aquellas fechas, don Pedro de Valencia redactó una relación, estrictamente personal, sobre su parecer con respecto al Auto de Fe de Logroño. No sólo lo hizo porque yo se lo había rogado en Valladolid, tiempo atrás, sino también porque le molestó el modo en que se había difundido el proceso inquisitorial. De «curioso entretenimiento» tachó don Pedro los folios impresos por don Juan de Mongastón, restándole protagonismo al asunto y poniendo en entredicho la decisión tomada por el Tribunal de Logroño.

Su opinión llegó hasta don Bernardo de Sandoval, que solicitó un memorial escrito sobre el asunto. Dos, por falta de uno, le envió don Pedro de Valencia. El primero, reflexionando sobre el inconveniente de dar licencia de impresión para tales obras, criticando asimismo la ingenuidad de los jueces e inculpados; y el segundo, haciendo un meticoloso resumen de las declaraciones redactadas.

Como tendría ocasión de leer meses más tarde, el mensaje principal de su escrito se resumía en estas palabras:

Todo mi sentimiento y afecto se inclina a entender que aquellos akelarres sean juntas de hombres y mujeres que tienen por único fin el que han tenido siempre desde hace siglos: que quienes concurren a los conventículos lo hacen llevados por el vicio, y que están como furiosos y endemoniados, como les ocurre a los hombres que buscan amores y amancebamientos, y lo hacen impelidos por la violencia que demuestra el inmundo espíritu de la fornicación. Siguiendo estos vicios y guiados por estos espíritus, se reúnen los brujos y brujas en sus juntas, procurando introducir en su orgiástico juego a niños y niñas, presas fáciles de cazar, como apetecible manjar con el que satisfacer su deseo. El demonio, artero, andará con cuidado y alentarán a estos depravados y los ayudará. Pero no entiendo que se les aparezca, ni que intervenga de forma visible, y menos aún, que puedan volar. Todo lo que acontece en los prados y cuevas es de naturaleza humana...

El día veinticuatro de marzo de ese mismo año, mis colegas y yo no tuvimos más remedio que reunirnos para leer en voz alta nuestros respectivos informes. Escuché, con ahíta paciencia, los motivos y razones que ofrecían don Alonso Becerra y su fiel adepto, el licenciado don Juan del Valle; una lectura acomodada a sus intereses, donde se ponía de manifiesto tal cantidad de dislates que de no haber sido por el respeto que debía concederles, les hubiese recriminado su exceso de imaginación y su implacable proceder para con las personas que habían atestiguado tras sufrir los horrores del suplicio. Sin embargo, lejos de iniciar una de nuestras reiteradas disputas, asentí a todo lo que ellos me explicaban.

Luego me tocó el turno, y les fui leyendo, uno a uno, los pliegos que llevaba conmigo. Ahora era yo el que ocupaba el asiento frente a la mesa del Tribunal, y ellos quienes prestaban la debida atención a mis palabras.

—... Volar una persona por los aires; andar cien leguas en una hora; salir una mujer por donde no cabe una mosca; hacerse invisible; estar a la vez en la cama y en el *akelarre*; no mojarse en el río o en el mar; convertirse en la forma animal o persona deseada... de todo ello no he encontrado certidumbre, ni aun indicios razonables, de que haya ocurrido ningún acto de brujería que fuese real. Deduzco, pues, a raíz de las averiguaciones realizadas, que no hubo brujas ni embrujados en el lugar hasta que se comenzó a hablar o escribir de ellos. Por tanto, el testimonio de los cómplices, sin

más argumento que su propia delación, no es suficiente para extender un arresto — concluí diciendo.

También ellos guardaron sepulcral silencio el tiempo que duró la lectura de las distintas cláusulas de mis artículos. Aunque, según pude comprobar, no les agradó que introdujera en el memorial la confesión escrita del abad de Urdax, en donde decía claramente que don Alonso B Herrera le había ordenado iniciar las detenciones de los supuestos brujos y alentar a los demás vecinos, con amenazas, para que secundaran el pensamiento general de que las sorginas y sus deudos adoraban al diablo. No; en realidad no les hizo ninguna gracia.

Por este motivo, dos meses más tarde enviaron una carta a don Bernardo de Sandoval, pidiéndole que se aplazase la lectura de mis informes hasta que ellos pudiesen exponer su propia opinión sobre el asunto, aportando nuevos datos. Fue aceptada la súplica de mis colegas. Y más que eso, yo mismo fui acusado por los licenciados de ser uno de los hijos del demonio.

Como consecuencia de aquel tremendo despropósito, tuve que responder a las acusaciones acerca de cómo había llevado a cabo mi investigación: si había faltado en algún momento al secreto inquisitorial, si mis secretarios eran o no de fiar, y explicar, además, mi relación con el obispo de Pamplona y de Calahorra.

Aquel incidente nos enemistó más aún. Don Alonso B Herrera y don Juan del Valle no habrían de volver a dirigirme la palabra en toda su vida. Mejor.

Transcurrió más de un año, tiempo que empleé en recoger distintas resoluciones escritas de otros clérigos y juristas, como eran las del padre Golarte, el licenciado Yrisarri, Suárez de Guzmán, y otros más. El verano del año 1613 de nuestro Señor Jesucristo, en compañía de mis secretarios, viajé a Madrid y a Toledo, donde pude examinar los antecedentes, en cuestión de brujería, de todos aquellos casos que fueron expedidos desde el año 1526 al 1596: siete décadas de historia inquisitorial.

Entre aquellos legajos descubrí una decena de asuntos en los que se reconocía la ambigüedad de las declaraciones, de suerte que jamás condenaron a muerte ni sentenciaron a nadie. Varias copias de estos casos fueron adjuntadas a las cartas y despachos que, de forma regular, iba remitiendo al Tribunal del Santo Oficio en Madrid.

Una vez que logré reunir toda la información que me fue posible, a principios del mes de octubre de ese mismo año de 1613 envié a la Suprema un tercer informe, que venía a ser un escrito, o una respuesta más bien, a las acusaciones formuladas por los otros dos licenciados. Estos, en última instancia, dijeron haber llegado a la conclusión de que todo mi esfuerzo por desmentir el asunto de las brujas tenía que ver con la justificación de mi voto negativo en el plebiscito del Auto de Fe.

Recibí un comunicado del Santo Oficio en el que se decía que habían leído mi informe, y en el que me instaban a que les enviase algún otro comentario que se me pudiese ocurrir y que sirviera para defenderme de las quejas y declaraciones de mis colegas del Tribunal. Era evidente que don Bernardo de Sandoval, mi protector, me

ofrecía la oportunidad de rebatir una vez más las malintencionadas invectivas de Becerra y Del Valle.

Después de año y medio elaborando una defensa que absolviese de sus cargos a los miles de acusados por brujería, y harto de tanto batallar con mis colegas, gente reacia a la verdad y lacayos de sus propios vicios, decidí marchar para Jaén con el fin de atender mis obligaciones como miembro del cabildo de la catedral.

En todo caso, necesitaba poner en orden mis pensamientos. Y para ello, debía estar lo más lejos posible de Logroño.

He de reconocer, no sin cierto orgullo, que entre las palabras de mi vocabulario jamás existió el término «descanso». De ahí que, a las pocas semanas de instalarme en Jaén, decidiera redactar un quinto informe que remití a la Suprema un día después de la Epifanía del Señor. Para entonces ya habían transcurrido cuatro años y medio desde que me viese involucrado en el asunto de las brujas de Zugarramurdi, tiempo que había dedicado plenamente a echar un poco de luz sobre el asunto, ahondando en declaraciones, testimonios y pliegos de archivo.

Durante mi estancia en Jaén retomé mi antiguo oficio como procurador general de la corte, cargo que ocupaba desde hacía año y medio, y que me fue concedido en votación a viva voz y no por cédula secreta, como solía hacerse en la mayoría de los casos. Por orden del cabildo tuve que intervenir en un pleito en el que la ciudad pretendía que el rey le concediese por propio, o en su defecto como arbitrio, ciertos terrenos baldíos del arrabal conocidos como los cerros de San Cristóbal y Santo Domingo. Como iba a necesitar un ayudante que trabajase conmigo durante el proceso, y don Gonzalo no estaba en Jaén —me aguardaba en Madrid, donde habríamos de reunirnos en cuanto arreglase los asuntos que tenía pendientes en tierras jienenses—, fui en busca del secretario don Juan Ruiz de Velasco. Este me informó de que las gestiones sólo estaban iniciadas, por lo que había tiempo para que el consejo y los vecinos que resultasen perjudicados pudiesen recurrir la demanda.

—La verdad, no encuentro ningún perjuicio en el hecho de que los miembros del concejo deseen la rotura y arrendamiento de esos baldíos —le expliqué a don Juan Ruiz mientras cruzábamos las puertas de la iglesia de San Idelfonso—. No obstante, creo que deberíamos de estar pendientes a los trámites, no vaya el Tribunal a excederse en las concesiones.

—Vuestra señoría tiene toda la razón —mi nuevo colaborador bajó el tono de su voz, ya que varios fieles oraban en silencio sentados en los bancos de la iglesia—. El caballero don Antonio de Talavera, que lleva las diligencias en nombre de la ciudad, es bien conocido por su avidez en los negocios y por incumplir la mayor parte de sus compromisos.

—Motivo más que suficiente como para estar atentos —insistí.

Bordeamos el coro por el lado izquierdo, pasando frente a la capilla de la Vera Cruz, donde se guardaban las imágenes de la cofradía homónima. Seguimos después hacia delante, camino de la puerta lateral del presbiterio que habría de conducirnos a la sala capitular.

—Don Alonso... —el secretario, que era de natural indiscreto, cambió el tema de conversación—, quiero que sepáis que aquí, en Jaén, hemos seguido de cerca vuestra intervención en el Auto de Fe de Logroño.

—¿Y bien...? —le insté, rápido de reflejos, a que siguiera adelante.

—Muchos nos preguntamos qué es lo que hay de cierto en lo que se afirma. ¿Es verdad que las brujas vuelan hacia sus *akelarres* montadas en machos cabríos y otras diabólicas criaturas enviadas por el mismísimo diablo?

Me sorprendió bastante que alguien tan cabal e inteligente como don Juan Ruiz de Velasco se dejase arrastrar por los comentarios de los más supersticiosos y aceptara como válido algo tan absurdo.

—Flacos argumentos esgrimen quienes van diciendo por ahí tales incoherencias —fue mi contundente respuesta—. No creáis todo lo que llegue a vuestros oídos.

—Eso significa que las historias que se cuentan son falsas... ¿Estáis de acuerdo? —quiso saber.

Nada más llegar a la puerta que conducía a la sala capitular, don Juan se adelantó para abrirla, dejándome pasar en primer lugar.

—Lo único que puedo deciros es que los procesados fueron coaccionados para que declarasen su culpabilidad por voluntad propia, y que se les ofreció, a cambio, unos indultos que jamás llegaron a gozar, pues unos y otros, en mayor o menor medida, recibieron un castigo tan terrible como injustificado.

Tomé asiento en una de las cátedras de las varias que había pegadas a la pared, bajo un enorme tapiz con el dibujo del escudo de la ciudad, a la espera de que llegase el canónigo don Fernando Álvarez. Habíamos resuelto vernos allí para discutir la pretensión del corregidor de Jaén de entrar en el archivo de la iglesia catedral sin la correspondiente autorización, otro asunto que igualmente me había encomendado el cabildo.

—¿Qué ocurrirá si la Suprema acepta las razones de los licenciados Becerra y Del Valle, y desestima la de vuestra señoría? ¿Seguiréis pleiteando hasta que se os escuche?

—No hará falta. Confío en la justicia de Dios —fui escueto en la respuesta.

El secretario vino a sentarse en un escabel que había junto a la ventana de vidrieras policromas de vanos geminados y troneras cuadrangulares.

—Creo que vais a ganar este pleito. No sé... es un presentimiento —me aseguró don Juan proyectando un gesto de satisfacción que al instante me puso en alerta.

Lo intuí de inmediato: aquel hombre tenía noticias de Madrid, y como siempre solía hacer, si eran motivo de alegría, el muy truhán se las guardaba para sí hasta que decidía compartirlas.

—Hablad —lo animé—. No retengáis esa información que pugna por salir de vuestros labios.

Debo reconocer que al instante me sobrevino una sensación de bienestar. Tuve un grato presentimiento.

—La Suprema ha dispuesto la destitución de don Juan del Valle Alvarado —me comunicó en tono confidencial—. En su lugar, han enviado a otro inquisidor a Logroño. Es un licenciado llamado Laso de Vega.

—Eso significa que...

Pensaba decirle que finalmente la lógica se había impuesto por encima del desatino de algunos juristas e inquisidores, ya que la destitución del licenciado venía a certificar que el Santo Oficio rechazaba su proceder en los asuntos jurídicos del proceso, cuando se abrió la puerta de la sala capitular y entró don Fernando Álvarez, canónigo de Jaén.

Al instante nos olvidamos de las brujas y del Auto de Fe de Logroño. Ahora debíamos atender las diversas y oscuras razones del corregidor, y analizar en profundidad la requisitoria. A pesar de todo, una parte de mí seguía pendiente de la instrucción final de la Suprema con respecto a los asuntos de brujería.

Mi alma dirigía su mirada hacia Madrid.

A principios de marzo del año de 1614 de nuestro Señor Jesucristo recibí un escrito redactado por don Bernardo de Sandoval y Rojas. Requería mi inmediata presencia en Madrid, pues necesitaba tratar conmigo los escritos que, de forma regular, le había ido enviando durante los últimos años, así como los remitidos también por los otros dos licenciados.

La Suprema de Madrid necesitaba escuchar nuestros alegatos antes de dictaminar si el Tribunal de Logroño había actuado con negligencia enviando a la hoguera a unos reos cuyos delitos no estaban completamente probados, por lo que nuestra ligereza al interpretar los testimonios podía calificarse de punible, o si, por el contrario, el proceso había seguido las pautas establecidas en materia jurídica y las sentencias resultaban precisas. Eso significaba que los jurisconsultos del Santo Oficio habrían de deliberar en breve sobre el asunto de las brujas: darlo por sobreseído definitivamente, o seguir adelante con un nuevo Auto de Fe. Sólo que esta vez, de iniciarse otro proceso inquisitorial, habrían de revisarse las causas de cerca de cinco mil personas; la mayoría ancianos y niños.

Viajé a Madrid dos semanas después. Nada más llegar a la corte, acudí presto al palacio del Tribunal eclesiástico del Santo Oficio. Don Bernardo, mi mentor desde la juventud, me recibió en su despacho con gran optimismo, derrochando exultación por cada uno de los poros de su piel. Me alegré de volver a verlo después de tantos años. Y así se lo hice saber.

—Siempre he tenido en cuenta a vuestra reverendísima en mis oraciones —le dije, inclinándome ligeramente para besar su anillo—. Y me alegra saber que mis plegarias han sido escuchadas, pues veo que vuestra salud sigue siendo tan buena como la de un joven novicio.

Don Bernardo se echó a reír, impelido por mi ocurrencia.

—¡Vamos, vamos... don Alonso! —repuso con cierta alacridad, y al instante se le

encendieron las mejillas—. No seáis tan zalamero, que os conozco.

Sujetándose la casulla con una mano, me indicó con la otra que me sentara en la jamuga que había frente a su mesa. Complacido, accedí a su indicación.

Una vez que ambos estuvimos acomodados, el gesto de don Bernardo se tornó algo más sentencioso. Había llegado la hora de hablar abiertamente, sin circunloquios y con sensatez.

—De todos los inquisidores implicados en el asunto del Auto de Fe de Logroño sois el único en quien puedo confiar —declaró con voz solemne—. Por eso os ruego que dejéis a un lado vuestras razones personales y me respondáis sinceramente a unas cuantas preguntas.

—Estoy a vuestra total disposición.

—Si es así, decidme... ¿De verdad creéis que tras el negocio y complicidad de las brujas se esconde la mano del hombre, y no la del demonio?

La interrogante, formulada así, de forma tan imprecisa, daba pie a diversas interpretaciones. Era obvio que el diablo incitaba al mal a todos aquellos licenciosos que participaban de los *akelarres*; pero sólo se trataba de simples tentaciones y debilidades humanas. En mi interior seguía pensando, e incluso tenía pruebas de ello, que los acusados sufrían de sueños y delirios provocados por las hierbas de sus ungüentos y que todo aquello de los velos nocturnos, misas negras, diabólicos maleficios y ayuntamientos carnales con el demonio, eran fruto de su exaltada imaginación.

—Estoy de acuerdo con don Pedro de Valencia cuando dice que el único propósito de esas gentes es ceder a sus más bajos instintos y aparearse como bestias —respondí tras unos segundos de profunda reflexión—. Ahora bien, la participación del diablo en el *sabbat* sólo se manifiesta en los actos de quienes se dejan llevar por el pecado, pero no de forma que se le pueda ver o tocar.

Si don Bernardo había procedido con cierta ambigüedad al formular su pregunta, del mismo modo tuvo que encajar mi respuesta.

Afirmó en silencio, comprendiendo que fuese tan prudente al hablar.

—Habéis de saber que el Tribunal del Santo Oficio, del que soy inquisidor general, está tomando en consideración vuestros memoriales y suplicatorias. En realidad, no sois vos el único que aboga por la sensatez en este asunto. Don Pedro de Valencia, como bien habéis dicho, así como los obispos de Calahorra y Pamplona, el padre Golarte y otros clérigos que han vivido *in situ* el problema de las brujas, afirman que nada de ello es real y que todo son invenciones y engaños originados por el miedo, la ignorancia y la envidia —don Bernardo se detuvo unos segundos, tal vez para buscar las palabras exactas, antes de seguir con su disertación—. En realidad, si por mí fuese, todo esto habría acabado hace ya algunos años, pero existen razones palatinas que han interferido directamente en la decisión de algunos juristas. Ministros y consejeros de la corte, algunos que hablaban en nombre del rey y otros que lo hacían por consejo de mi sobrino, nos han recordado la bula *ad abolendam*

redactada por su santidad el papa Lucio III —cogió uno de los varios pliegos de papel de vitela que descansaban sobre su mesa de despacho y comenzó a leer—: «A las anteriores disposiciones agregamos el que cualquier arzobispo u obispo, por sí o por su archidiácono o por otras personas honestas e idóneas, una o dos veces al año, inspeccione las parroquias en las que se sospeche que habitan herejes; y allí obligue a tres o más varones de buena fama, o si pareciese necesario a toda la vecindad, a que bajo juramento indiquen al obispo o al archidiácono si conocen allí herejes, o a algunos que celebren reuniones ocultas o se aparten de la vida, las costumbres o el trato común de los fieles» —volvió a enrollarlo, y al hacerlo me miró directamente a los ojos—. Sin embargo, a pesar de reiteradas advertencias por parte de los validos del rey, tengo el firme propósito de cumplir con honradez las labores a las que me obliga mi cargo como inquisidor general.

—Un gesto que os honra —apunté, convencido de su honestidad.

—Sólo espero no estar equivocándome.

—El error fue condenar a la hoguera a seis personas inocentes —fue mi estricta y firme opinión.

Don Bernardo suspiró con determinada tristeza. Mi seguridad lo abrumaba.

Con voz profunda, volvió a interrogarme:

—¿Es cierto que el abad del monasterio premostratense de Urdax confesó haber incitado a los vecinos de aquellos pagos a delatarse unos a otros, y a hablar de los asuntos del demonio y de las brujas, tras haber recibido instrucciones precisas del licenciado don Alonso B Herrera Holguín, disposiciones que fueron acompañadas de prebendas y favores?

Mi respuesta a su pregunta fue el inicio de una larga conversación que habría de durar varias horas, en realidad hasta bien avanzada la tarde.

Ya no se juzgaba allí, en aquel despacho, a las brujas de Zugarramurdi, sino que estábamos enjuiciando la inapropiada actuación del Santo Oficio en el celeberrimo Auto de Fe de Logroño.

Inquieto como pocas veces lo he estado en mi vida, iba de un lado a otro de los jardines del claustro de la catedral de Toledo, construido sobre el antiguo barrio de la Alcaná, donde los judíos, años atrás, habían llevado a cabo sus actividades comerciales. Musitaba en voz queda una oración a la Virgen María, esperando que la Madre de Dios me ayudase a ver recompensada la exhaustiva labor jurídica que había estado realizando durante tantos años. Me acompañaba, con algo menos de cuidado, mi fiel secretario don Gonzalo de Mendoza; en completo silencio para no interceder en mis reflexiones con alguna de sus ingeniosidades.

El alegre piar de las golondrinas —que parecían haberse multiplicado desde la llegada del estío—, y el beatífico susurro del agua que corría por las acequias, trajo algo de paz a mi espíritu atormentado. Entorné los párpados. Casi por instinto rodeé la fuente del jardín, dejándome llevar por la paz y el silencio que se vivía en aquel

sereno lugar de clausura. Finas gotas de agua salpicaron mi rostro después de que un golpe de viento azotase el surtidor. La sensación fue indescriptible, casi mágica. Fue un bautismo de lo más particular.

La voz de mi secretario me rescató del arrobamiento.

—¿Cree vuestra señoría que tardarán mucho en deliberar?

Abrí de nuevo los ojos. Me encontré con la inequívoca sonrisa de don Gonzalo. No parecía importarle demasiado el resultado final de las decisiones que se estaban tomando en la sala capitular, donde se hallaban reunidos, a puertas cerradas, los miembros más distinguidos del Tribunal del Santo Oficio. Es más, creo que disfrutaba viéndome en aquel sinvivir.

—No os lo podría decir —contesté, de forma distraída aún, deteniendo por un instante mi incierto caminar por el claustro—. Estos asuntos requieren su tiempo.

—En todo caso, ya veréis como todo discurre según la justicia de Dios. Lo digo porque os veo demasiado tenso. Debéis tranquilizaros.

—Sucede que mientras estamos aquí, aguardando la deliberación del Tribunal, siguen llegando noticias de nuevos casos de *akelarres* en distintas zonas del norte del antiguo reino de Navarra, y eso podría influir en la decisión final de quienes estudian las actas y memoriales.

Mi secretario arqueó una ceja.

—Vuestra señoría sabe muy bien que los miembros del Tribunal son ecuanímes —subrayó después.

—Sí... pero ellos no han estado en las villas implicadas, ni han visto y oído lo que nosotros —le recordé, sin ánimo de polemizar—. Si hubiesen escuchado las falsedades y contradicciones de los vecinos que testificaron en nuestra presencia, y también a quienes se retractaron de sus confesiones, todo sería aquí mucho más fácil.

—Don Bernardo está del lado de vuestra señoría —me dijo, para luego añadir con absoluto convencimiento—: Intercederá para que los demás inquisidores atiendan vuestras razones... estoy seguro de ello.

Huyendo del sol de mediodía, que aquel verano era de justicia, fuimos a sentarnos en un banco de piedra situado en la galería, más allá de las arcadas. El cambio de temperatura atenuó mi desánimo y me hizo sentir más vivo. Distinto.

—¿Pensáis regresar a Logroño cuando todo esto acabe? —me preguntó don Gonzalo, que difícil era tenerlo callado.

—Todavía no lo sé —sin respuesta concreta que ofrecerle me encogí de hombros, suspirando con nostalgia—. Es posible que viaje de nuevo a Jaén. Los miembros del cabildo aprovechan cualquier ocasión para criticar mi ausencia. No he de darles ese placer —sonreí, tras hacer un gran esfuerzo.

—Espero que sigáis teniéndome a vuestro servicio, vayáis al norte o al sur de España —fue el atrevido comentario de mi eficaz secretario—. He de deciros que ha sido un grato placer trabajar para vuestra señoría en este asunto, del que he aprendido a no juzgar a las personas por lo que se dice de ellas.

También yo le había cogido un entrañable afecto y me sentía perdido si no era él quien me acompañaba en mis investigaciones, pues jamás un secretario y yo habíamos compartido tan diferentes y agridulces momentos.

—Descuidad... iréis conmigo allá donde vaya —le prometí—. Aunque tengo el presentimiento de que este asunto no acabará con el veredicto final del Santo Oficio, y que tarde o temprano habremos de enfrentarnos a nuevos casos de brujería.

El tiempo me daría la razón.

—¡Sea! —exclamó don Gonzalo, satisfecho—. Recorreremos juntos esa espinosa senda.

En ese preciso instante vimos venir hacia nosotros a don Bernardo de Sandoval. Caminaba con cierta calma por la galería del claustro. Su venerable sonrisa me recordó a la del niño que trata de ocultar una travesura. Por la satisfacción que derrochaban sus ojos, sin duda traía buenas noticias.

Sacudidos por una increíble sensación de bienestar, don Gonzalo y yo nos pusimos en pie. Permanecimos en silencio hasta que tuvimos frente a nosotros al inquisidor general.

—La Suprema ha dictaminado que ningún Tribunal provincial podrá decidir y ejecutar sentencias de muerte contra los sospechosos de brujería, y menos sin haber aportado pruebas irrefutables. Sólo se adjudicará ese derecho el Tribunal del Santo Oficio en Madrid —anunció don Bernardo, con voz serena. Tras apoyar su mano diestra en mi hombro, me dijo—: Don Alonso, podéis sentir os orgullosos... Habéis ganado esta batalla.

Sin poder evitarlo, encontré un desahogo en el llorar. Y así, apartándome de aquellas dos personas tan queridas para mí, anduve solo y entristecido hasta que dejé de escuchar en mi cabeza los gritos de angustia de quienes ardieron injustamente en la única hoguera donde estuvo presente el diablo; en este caso, ataviado con el hábito del inquisidor.

Epílogo

Hoy he regresado a Logroño, veintiséis años después de la ejecución de las brujas. No he podido evitarlo. Tenía que acudir a la llamada de esas voces que, en mi cerebro, siguen clamando justicia.

Por más que me adentre en sus calles, por más que ahonde en una herida que ya debería estar cerrada, jamás volveré a recobrar la dignidad que perdí aquella noche de noviembre en la plaza de Santiago. Viejo y cansado, me dejo llevar por los recuerdos mientras deambulo a solas por los oscuros rincones de una ciudad que, siendo noble, tuvo que ser testigo de la arbitrariedad de un puñado de hombres sin escrúpulos.

El sol se niega a salir. Siento frío en mi corazón. La madrugada extiende sobre mis hombros su gélido manto preñado de estrellas. Voy en busca de una luz. Mi espíritu atormentado necesita un poco de paz antes de realizar el último viaje.

Sí; me ha parecido escuchar a mis espaldas el sonido de un flautín fantasmagórico de increíbles arpegios, una música celestial que envuelve las piedras que estructuran el habitáculo de mi alma. He creído ver a la Dama Negra bailando su egregia danza frente al pórtico de la iglesia de Santa María de la Redonda. La Muerte me acecha, me vigila, me sigue como una sombra implacable, aunque sabe que ha de esperar un poco más... sólo un poco más de tiempo. Todavía no estoy preparado para caminar a su lado. De ahí que la lleve siempre pegada a los talones, unos pasos por detrás.

Camino por los sombríos pasajuelos del recuerdo, adentrándome con dolor en el pasado. Mis pies recorren la Rúa dos Francos, que en otras ocasiones, cuando es mediodía, da gusto verla por la gran cantidad de peregrinos que recorren la sagrada ruta de Compostela. Nobles caballeros de dudosa reputación y mendigos leprosos se cruzan en mi camino, y yo apenas tengo fuerza para reparar en ellos. Pasan por mi lado abstraídos en sus propios asuntos. Desaparecen para siempre de mi vida. No son parte esencial de esta historia.

Ardua tarea la de liberarse del pasado, bastante más de lo que pensaba. Las imágenes que quedaron grabadas a fuego en mis ojos, los recuerdos del ayer, se fraccionan ahora en un millar de pensamientos incoherentes y ambiguos. Silencio. La memoria agoniza entre feroces lamentos sedienta de lágrimas, por lo que lucha con todas sus fuerzas con el fin de vencer a sus enemigos, que son diversos e inexorables.

¿Puede el hombre defenderse de sus lanzadas, o por el contrario está condenado a sucumbir ante la acometida impetuosa de la conciencia?

El tañido de una campana mañanera da alborada a quienes todavía duermen en sus camastros de infinitos sueños. Logroño comienza a despertar de su letargo. Y yo,

sediento de ilusiones, dirijo mis pasos a la plaza de Santiago. Porque si algo he aprendido en la vida, es que no se puede mirar hacia delante si antes no hemos echado un vistazo hacia atrás. Tengo que hacerlo, he de revivir aquellos momentos tan dramáticos... he de sentir nuevamente la angustia de verlos morir consumidos por el fuego... he de compartir con ellos mi dolor y mi alegría... he de cerrar el círculo.

¡Qué apacible resulta la plaza a estas horas tan tempranas! Es como si el horror jamás se hubiese representado en su anchurosa planicie de piedra.

Según camino hacia el lugar donde antaño se llevó a cabo la ejecución, más se acentúa en mi alma la gélida sensación de estar recorriendo un camino sin vuelta. Un perro aúlla a lo lejos. Sus gemidos se entremezclan con realidades pasadas y presentes. Invoco los inútiles sollozos de María de Arburu y su hermana María Baztan de la Borda... y los de Graciana Xarra... y los de María de Etxatxute... y los de Petri de Juangorena y Domingo de Subildegui. Tampoco me olvido de todos aquellos que murieron de terribles enfermedades en el infierno de las cárceles secretas del palacio inquisitorial, ni de quienes sufrieron el oprobio de la tortura y la vejación de la plebe. Todavía recuerdo haber visto en los ojos de los condenados, mientras iban camino del cadalso, el estigma de los inocentes.

Venerar su memoria ha sido el auténtico motivo de esta alocada y repentina peregrinación a Logroño. Tenía que hacerlo ahora que aún conservo unas pocas fuerzas para caminar. Mañana hubiese sido demasiado tarde.

Y allí, de pie sobre una hoguera imaginaria ardiendo en mitad de la noche, creyendo escuchar los desgarradores gritos de dolor que profieren los reos en un idioma que nadie comprende, me he arrodillado para hablar con Dios. He de rogarle la gracia que yo y mis colegas les negamos a todas aquellas gentes que murieron víctimas del poder totalitario de los señores feudales y la ambición de algunos clérigos, así como por culpa de la superstición y la ignorancia.

Miro en derredor mío. Miles de personas se han congregado para ser testigos de este acto que pretende enmendar el agravio que tuvieron que sufrir los falsos brujos. Desde mi lugar puedo ver a don Alonso Becerra, al licenciado don Juan del Valle, a fray Gaspar de Palencia, al doctor Vergara de Porres... y a todos aquellos que participaron conmigo del proceso inquisitorial contra las brujas de Zugarramurdi. También ellos están aquí para solicitar el perdón de los acusados. Finalmente hemos comprendido que la mentira sobrepasa cualquier expectativa de honradez, y que sentimos la imperiosa necesidad de afrontar la verdad con el corazón y el alma limpios de culpa.

Cierro los ojos e inclino mi cabeza. Rezo en silencio una oración. Toda mi vida se reduce a este instante. Un etéreo resplandor surge por encima de la techumbre de las viviendas logroñesas. Es la luz que he venido a buscar.

Ahora sí, la paz es infinita.

Et lux in tenebris lucet et tenebre eam nom comprehenderunt.



PATRICK ERICSON, Alhama, Murcia, 1962. Seudónimo de José María Fernández-Luna Martínez, es gerente de una inmobiliaria; su interés por la literatura viene condicionado por su parentesco con Concha Fernández-Luna, la escritora lorquina de cuentos infantiles. Ha publicado *Baile de driadas* (novela) en 2000; y *De profundis* (poesía) en 2002. Asimismo ha colaborado con las revistas *Alhama mi pueblo* y *Águilas magazine*. Dos novelas aparecen en 2008 en breve espacio de tiempo, *Génesis*, *el Ritual Rosacruz* (Nowtilus) y *La escala masónica. El manuscrito de Toledo* (Viamagna). Viamagna, además, tiene publicada otra novela que salió en primavera del 2009: *El ocaso de las siete colinas*. En el 2010 Styria le publica *Objetivo: Adolf Hitler* y pronto aparece su siguiente novela, *La memoria de Lucifer*, en 2010 *Anochece en Irak*, y en el 2012, *Maleficum*.

Notas

[1] Este, y los anteriores diálogos transcritos en el antiguo dialecto de los navarros, pertenecen a un documento incompleto que fue publicado en el número 48 de los Cuadernos de Etnografía y Etnología de Navarra; artículo escrito por J. F. Tobar Arbulu. <<

[2] Se llamaba «familiares» a los laicos que informaban a la Santa Inquisición de todo aquello que fuera de su interés. Solían beneficiarse de sus delaciones con exenciones de impuestos y otros favores. <<

[3] Perú. <<